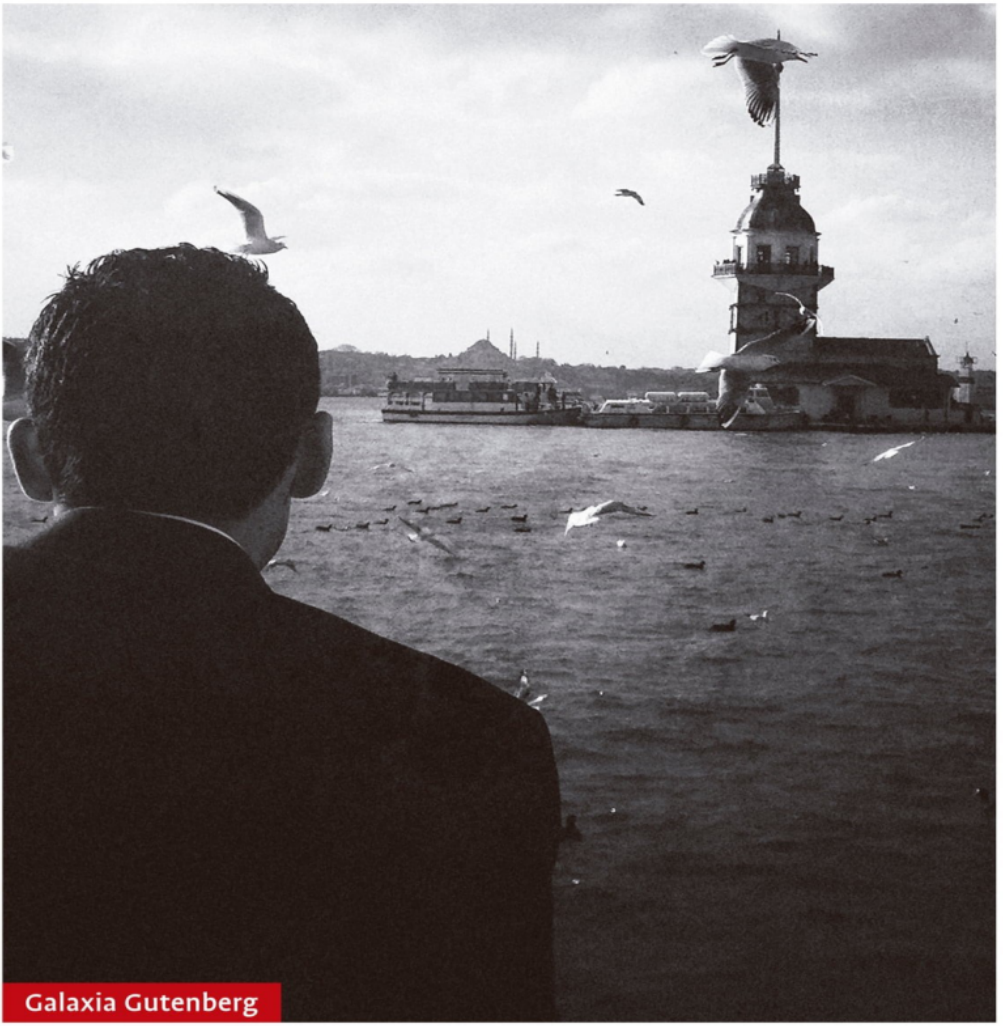
Zülfü Livaneli

Serenata para Nadia

Traducción del turco de Rafael Carpintero



Galaxia Gutenberg

SERENATA PARA NADIA

ZÜLFÜ LIVANELI

Traducción de Rafael Carpintero

Galaxia Gutenberg

© Fethi Karaduman

ZÜLFÜ LIVANELI

Es activista político y el autor más vendido de Turquía. Considerado como una de las figuras culturales turcas más importantes de nuestro tiempo, es conocido por sus novelas, que entrelazan diversos entornos sociales e históricos, personajes e incidentes, entre ellas la aclamada *Bliss* (ganadora del premio Barnes & Noble Discover Great New Writers) y *Serenata para Nadia*. Su obra ha sido traducida a treinta y siete idiomas, ha ganado numerosos premios literarios internacionales y se ha adaptado al cine, al teatro y a la ópera.

Livaneli es también un cantante y compositor de renombre universal.

Estambul, año 2001. Maya Duran es una madre soltera que se esfuerza por compaginar un trabajo exigente en la Universidad de Estambul con los retos de criar a un hijo adolescente. Sus preocupaciones aumentan cuando se le encomienda el cuidado del enigmático Maximilian Wagner, un anciano profesor de Harvard de origen alemán que visita la ciudad para impartir una conferencia en la universidad. Sin embargo, a medida que pasan los días, Maya observa que algo extraño ocurre con el profesor.

¿Por qué los servicios secretos turcos, británicos, rusos les siguen durante sus paseos por la ciudad? ¿Por qué el profesor insiste en que Maya le lleve hasta una playa remota al norte de Estambul? ¿Por qué una vez allí, a pesar del viento helado de febrero, el viejo profesor arriesga su vida por tocar con su violín una serenata frente a un mar inclemente?

Aunque al principio se muestra distante, Maya va conociendo las

trágicas circunstancias que llevaron al profesor Wagner a Estambul sesenta años antes, y las oscuras realidades que le siguen persiguiendo.

Inspirada en la catástrofe del Struma en 1942, en la que, al ser abandonados frente a la costa de Turquía, perecieron los casi ochocientos refugiados judíos que en ese barco huían de los nazis camino de Palestina, *Serenata para Nadia* es tanto una conmovedora historia de amor como un apasionante testamento del poder de la conexión humana en situaciones extremas.

Título de la edición original: *Serenad*
Traducción del turco: Rafael Carpintero Ortega

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: febrero de 2023

© Zülfü Livaneli, 2019
© de la traducción: Rafael Carpintero, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023
Imagen de portada: © Elif Gülen
www.elifgulen.com

Conversión a formato digital: Gama, S.L.
ISBN: 978-84-19392-57-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

1

En primer lugar, tengo que decir que soy una de esas personas que se sienten cómodas en un avión; me olvido de que estoy en una caja de metal a ocho mil metros del suelo, en el vacío, y me concentro en la calidad del vino, el sabor de la comida y la anchura del asiento.

Estoy cómodamente sentada en el avión Frankfurt-Boston, saboreando mi oporto blanco, escuchando el dulce rumor de los motores a reacción.

El avión ya se ha sumido en la oscuridad que sigue al servicio de comida. Algunos pasajeros se han puesto el antifaz que previamente sacaron de la bolsa azul que nos repartieron y están durmiendo, otros se han puesto los gruesos calcetines que venían en la misma bolsa y miran una película en la pantalla que tienen delante. Quienes ven una comedia se ríen en voz alta porque no pueden oír su propia voz con los auriculares puestos. El anciano de pelo cano que se sienta delante de mí debe de padecer el síndrome de las piernas inquietas porque no deja de sacudirlas.

Las azafatas alemanas, con su uniforme azul y su gorrito, están ahora cerrando las cortinillas después de haber recogido la comida y habernos invitado a todos a dormir. Aunque es de noche, lo hacen para asegurarse de que el sol, cuando salga, no despierte a los pasajeros.

Si en lugar de desayuno prefieres seguir durmiendo, tienes que encender el aviso correspondiente encima del asiento. Pero, de todas formas, no tengo intención de dormir.

He empezado a escribir estas líneas en el ordenador portátil que tengo frente a mí y pienso continuar hasta que lleguemos a Boston. Tengo que terminar mi historia antes de que aterricemos en la ciudad.

No sé por qué, es algo que siento como si fuera una obligación. Acabar la historia, terminar con este asunto, que ya no quede nada por contar. Ajustar cuentas con el pasado, enterrar el dolor sufrido, las huellas de la barbarie humana. Carl Sagan decía que el ser humano todavía lleva consigo la agresividad de sus antepasados reptilianos. «El bulbo raquídeo —decía— es el órgano en el que se localizan la violencia, los rituales, las jerarquías locales y sociales herencia de

nuestros antepasados reptilianos de hace millones de años, que han ido evolucionando con el tiempo.»

Me parece una observación muy acertada. Todos llevamos dentro un cocodrilo, oculto, escondido bajo comportamientos amables, pero que, ante la mínima amenaza, saca rápidamente los dientes afilados.

Tengo que contarlo todo. Sólo después de esta confesión y este testimonio podré superar el dolor y la vida volverá a ser más sencilla.

Embarqué esta mañana en el vuelo Estambul-Frankfurt. En Frankfurt esperé un rato para el transbordo mientras me tomaba un café con leche. Luego atravesé los complejos laberintos de este aeropuerto-ciudad en el que todo está pensado para volar y llegué al control de pasaportes. Me puse en la cola de los no europeos, esperé que me llegara el turno y le entregué mi pasaporte con la media luna y la estrella a un policía de fronteras de mirada helada. El policía registró cuidadosamente en el ordenador toda la información que contenía.

Nombre: Maya

Apellido: Duran

Sexo: Mujer

Fecha de nacimiento: 21 de enero de 1965

Supongo que habrá calculado que tengo treinta y seis años.

Menos mal que en los pasaportes no existe la casilla «religión» y por eso no constaba «religión: islam», pero, teniendo en cuenta que sostenía un pasaporte turco, el policía alemán debía de estar bastante seguro de ello. ¡Qué otra cosa podía ser! Sin embargo, yo llevaba en mi interior otras tres mujeres distintas. No era sólo Maya; al mismo tiempo era Ayşe, Nadia y Mari.

Iba a entrar en Estados Unidos con esas cuatro personalidades. Luego tomaría un taxi en el aeropuerto Logan de Boston e iría al Hospital General de Massachusetts.

Nadie me preguntaría por mi religión. Y si alguien sentía curiosidad, tenía la respuesta preparada: musulmana, judía y católica; en suma, persona.

Las azafatas del avión son todas altas, rubias y bonitas. Como a todos los alemanes, el uniforme les sienta como un guante. No he visto en mi vida pueblo como los alemanes, siempre llevan la ropa sin arrugas, como si acabaran de plancharla o de almidonarla en la tintorería. No sé si será porque son así de constitución o porque siempre andan muy erguidos, pero a los alemanes no les pasa como a la gente como yo, que por mucho cuidado que tengas con la ropa y salgas cada mañana de tu casa hecha un pincel, al final de la jornada laboral tienes un aspecto horrible y desaliñado.

Como me he pasado años recibiendo a visitantes extranjeros en la Universidad de Estambul, tengo mis opiniones sobre cada nación, aunque no sean tantas como La Bruyère. En estos asuntos no suelo equivocarme.

Una de esas arregladas azafatas recoge mi copa de oporto y me pregunta en inglés si quiero otra.

«*Thank you*!», le respondo indicándole que sí. Me gusta este vino desde que Filiz me trajo una botella de oporto blanco a su regreso de un congreso de medicina en Portugal. Por mucho que me cueste encontrarlo…

En realidad, no bebo demasiado. Fue Ahmet quien me hizo probar el vino por primera vez. No me gustó, pero como él sí me gustaba no le dije nada. Y luego probablemente me acostumbré. ¡Ah, aquellos primeros años! Aquellos años en los que el monstruo que Ahmet llevaba dentro todavía dormía, en que el Ahmet que yo conocía era otro, en que imaginaba que era el hombre con el que siempre había soñado, fuerte, pero con cierta delicadeza femenina.

Si salto de un tema a otro no es por efecto del oporto, sino por lo enrevesado de mi vida.

Ahmet era un hombre moreno, alto, se podría decir que guapo. Tenía los ojillos juntos, pero esos defectos no afean a los hombres ante la mirada de las mujeres. Nos conformamos con el cuerpo, el tipo y la musculatura.

Ya no es mi marido. Nos divorciamos hace ocho años.

Tenía un amante llamado Tarık, o, más exactamente, un *boyfriend*, según el término de moda, pero ahora también lo he dejado atrás, entre mis recuerdos de Estambul. Porque Maya tiene que ser libre, no debe herirla ningún lazo, ninguna relación.

La azafata me trae un oporto de buena calidad deslizándose en silencio por entre los pasajeros dormidos. Bebo un trago y cierro los ojos. Luego yo también saco los gruesos calcetines de la bolsa azul y me los pongo. Me alivia librarme de los tacones. Sé que en los vuelos largos se me suelen hinchar los pies y me va a costar trabajo calzarme los zapatos cuando aterricemos, pero, bueno, es una molestia futura que se aguanta por la comodidad del presente.

Esta historia, que terminará cuando aterrice en Boston y llegue al Hospital General de Massachusetts y que ha cambiado radicalmente mi vida, empezó hace tres meses, un día de febrero.

Ese día me llamaron por teléfono cuando salía del edificio del rectorado y estaba subiéndome al coche. Era Tarık.

—Estoy hasta arriba de trabajo, Tarık —le dije—. ¡En la universidad no se acaba el papeleo! Hay que darle explicaciones a la

prensa, preparar los discursos del rector, refutar las falsas noticias y tal y cual. Y entre tanto trabajo, ¡vete al aeropuerto a recoger a un visitante extranjero! Con lo lejos que queda y lo horrible que está el tráfico. Y encima hace mal tiempo. La lluvia me cala hasta los huesos.

De repente me quedé en silencio. Me preocupaba que pudiera comenzar un diálogo tenso. Podría ser que Tarık estuviera molesto, o angustiado por algo.

Pero no, por lo que se veía no había peligro de que estallara una discusión. En realidad, la situación era aún peor; por el auricular sólo me llegaban expresiones contemporizadoras, como «ah» o «vaya».

No sabía qué podía estar haciendo al otro lado de la línea. Al fin y al cabo, no lo veía, no hacía falta que se esforzara en disimular que no me estaba haciendo caso. ¡A saber dónde tendría la cabeza! Y quizá tuviera la otra mano entretenida en el teclado del ordenador.

Habría sido mejor que no me llamara. Pero yo había aprovechado para quejarme otra vez. Uf, qué pesado tener que poner punto final a la conversación de una forma medianamente agradable.

—Sabes que febrero en Estambul le revuelve las tripas a cualquiera —continué con voz suave—: Te enfrías con la lluvia que cae día y noche, te sientes constantemente mojada. Es como si todo lo que tocaras estuviera húmedo. Si no sopla un viento, sopla otro. El mar está picado, los días oscuros…

—¿Y? —dijo Tarık—. ¿Cuántas otras calamidades hay en tu vida?

Miré con rabia el teléfono.

—¡Ya te lo he dicho todo! No te preocupes, no hay nada más. Y tú, ¡en vez de ayudarme, me lo echas en cara!

Claro que no se lo había contado todo. Ni siquiera le mencioné que el dolor de vientre que había comenzado hacía tres días atrás no acababa de remitir; ni la pesadilla que había vivido hasta que conseguí encontrar una farmacia porque se me había olvidado coger tampones al venir a la universidad; etc.

Era buen muchacho, un tipo agradable, pero todavía no teníamos tanta intimidad.

—¿Quién es?

Posiblemente se sintió en la obligación de preguntar algo para no prolongar demasiado el silencio.

—¿Quién qué? —le pregunté a mi vez.

—El visitante extranjero. El que vas a recoger al aeropuerto.

Miré el papel que tenía en la mano.

—Maximilian Wagner —respondí—. Profesor doctor, por lo que pone aquí, de Harvard, el nombre es alemán, pero es americano.

—¿Para qué viene? ¿Para una conferencia?

—Bueno, tengo su biografía, pero no me la he leído entera. De

todas formas, no voy a poder llegar al aeropuerto antes de por lo menos una hora, tendré tiempo de sobra por el camino.

—Muy bien. Paciencia, querida. Nos vemos luego.

—¿Para qué me habías llamado?

—Te iba a proponer que nos viéramos esta noche si no tienes nada que hacer.

Clic… Colgó. Otro igual, suspiré. ¿Me encontraré algún día un hombre que entienda no lo que digo sino lo que quiero decir? ¿Tan difícil era comprender que no me refería sólo al clima cuando decía que hacía mal tiempo? ¿Tenía que decir expresamente que estoy harta de esta vida? Alguien que comprenda que necesito apoyo cuando digo que tengo mucho trabajo… ¿Cómo no ha sido capaz de entender que dije que la lluvia me calaba hasta los huesos porque no me veía con fuerzas de decirle que me gustaría que estuviera a mi lado? ¿Qué sentido tiene un abrazo después de haber dicho a las claras «abrázame»? Tengo la sensación de estar dándome cabezazos contra la pared todo el tiempo.

Süleyman, el menudo chófer del coche negro del rector, salió a la autopista con ágiles volantazos. Gracias a Dios, habíamos superado el agobio de avanzar pasito a pasito. Por lo menos en esta carretera hay un carril de servicio a la derecha; todos los coches grandes y negros, incluido el nuestro, podían circular por ese carril prohibido y desierto.

La autopista TEM estaba llena a rebosar, con miles de coches atascados. «¡Vaya ciudad más atestada!», refunfuñé. Miraras donde mirases, todo hervía de gente. ¿Había que salir por la mañana para llegar al avión de la tarde?

De vez en cuando algún listo, envidioso de que nosotros estuviéramos adelantándolos como un cohete, pretendía meter el morro en el carril de servicio, pero retrocedía de inmediato por temor a una multa. ¡Malditos listillos! Sí, también a mí me llevaba el chófer por este carril prohibido, pero yo no iba de paseo por gusto. De no ser por algunos privilegios, ¿cómo íbamos a vivir en una ciudad de quince millones de habitantes amontonados unos encima de otros?

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

«¿El chófer me está espiando —me dije—, o qué? ¡Aparta esa mirada bizca del espejo, muchacho! ¡Mira al frente!»

—Nada, se me ha venido algo a la cabeza.

¿Qué podía ser? Estaba pensando en lo de ir por el carril de servicio de la derecha. Posiblemente sonreí cuando le daba vueltas a si yo podría ir por ahí de no ser por el coche del rectorado.

—¿Cuánto falta?

—Estaremos en veinte minutos —contestó—. De no ser por el

carril preferencial no llegaríamos ni a medianoche, vaya que no.

Mientras avanzábamos a toda velocidad, los guardias que cerraban el carril nos clavaban la mirada. Intentaban comprender si el coche que se les acercaba era el de un ciudadano normal al que debían ordenar que se parase a un lado, echarle la bronca y ponerle una multa, o bien alguien importante a quien tendrían que saludar. Luego, una vez que veían la luz azul parpadeante delante de la matrícula delantera, comprendían que éramos miembros de la república de los elegidos y nos saludaban.

—¡Ay, Dios! ¡Qué patria tan paradisiaca la nuestra! Qué fácil es todo. Mientras vayas en el coche del rector, claro.

Hmmm, iba a leer esos papeles… Catedrático de derecho, alemán, soltero… ¿Soltero? ¿Existen catedráticos solteros en estos tiempos?

«Ah, ahora sí está claro», murmuré; me había saltado lo primero que debería haber mirado en su biografía. Debajo del nombre de Maximilian Wagner estaba escrita la fecha de nacimiento: 19 de agosto de 1914. Por lo tanto, tenía ochenta y siete años. Sí que era mayor, ¿cómo se le ocurría venir por aquí? Posiblemente fuera viudo, o divorciado. Cierto, en su época había menos divorcios que ahora, la gente se casaba para vivir juntos, no como hoy en día, que lo hacen para divorciarse.

Lo que me faltaba, pensé. Me iba a pasar tres días aliviando los achaques de un viejo, dándole sus medicamentos. ¡Maldito sea Maximilian Wagner! ¡No había encontrado otros días para venir a Estambul que en este nefasto febrero!

Ya me sabía de antemano todo lo que iba a preguntarme este anciano europeo. Ah, ¿cómo es que hace tanto frío en Estambul? Y yo que me había traído ropa para un clima desértico. Perdone, pero ¿por qué lleva la cabeza descubierta? ¿Las mujeres pueden trabajar en la universidad?

Me había acostumbrado a preguntas parecidas. Por lo general me preparaba antes del primer encuentro con un extranjero. Y a este anciano le daría la misma respuesta que a los demás, con una sonrisa artificial en el rostro: la República, le diría; las reformas, le diría; le explicaría que en Turquía las mujeres habían conseguido el derecho al voto y a ser elegidas antes que en muchos países europeos; que las mujeres constituían el cuarenta por ciento del profesorado universitario. Le aclararía, subrayando las palabras, que en este país llevábamos más de medio siglo sin fez, sin que los hombres se pudieran casar con cuatro mujeres, que los turcos no éramos árabes, que en Estambul no había ni desierto ni camellos, que a todo el mundo se le helaba el culo de frío en invierno, y un montón de cosas más.

Y por dentro le estaría echando una reprimenda. Tienes tantas

fuentes de información a mano, so tonto, búscalas y léelas, ¡aprende un poco del país al que vas a visitar! ¿Acaso nosotros seguimos creyendo que Estados Unidos es un país de indios con plumas y vaqueros? Eres catedrático, ¿cómo se te ocurre venir a este país conociendo tan poco de él?

Por supuesto, le ocultaría unas cuantas verdades. Que muchas mujeres seguían sufriendo palizas a pesar de todos sus derechos legales, que los refugios de mujeres maltratadas estaban llenos a rebosar, que en el este había muchachas que eran ejecutadas por decisión del consejo de la familia… Porque hablar de esos asuntos me hería el orgullo nacional. Y, encima, no era toda la verdad, sino sólo una parte.

Aclarar todo eso a los visitantes extranjeros que llegaban con frecuencia, ofrecerles luego el tour del Gran Bazar y la Mezquita Azul y acompañarles a comprar chaquetas de piel, té de manzana, amuletos azules contra el mal de ojo y delicias turcas, era la clave de mi trabajo. En estos tiempos en que es tan difícil encontrar empleo tenía que dar respuesta a preguntas estúpidas, hacerme la loca para esquivar los intentos de coqueteo de catedráticos viejos; que me abrazaran y me besuquearan como si fuéramos familia de toda la vida cuando los despedía en el aeropuerto, y aguantar sus discursos sobre la hospitalidad de los turcos…

¡Qué se le va a hacer! Cada trabajo tiene sus dificultades y el mío no era distinto. Si el marido del que te has divorciado no paga la pensión, si caen sobre tus hombros toda la responsabilidad y los gastos del colegio de tu hijo de catorce años, por supuesto que no puedes darte el lujo de comportarte como una estrella de Hollywood con familia numerosa.

Sales de casa de madrugada, te subes al atestado minibús para llegar a tu maldito lugar de trabajo, regresas por la tarde por el mismo camino hecha fosfatina, le llenas la barriga a ese hijo tuyo que cree que el sentido de la vida es jugar con la PlayStation y sigues en pie a duras penas repitiendo cada día lo mismo como una Sísifo mujer que ha llegado al mundo demasiado tarde.

Para cuando llega el fin de semana tienes unas ojeras oscurísimas. Quieres pasar un buen rato con un par de amigas y te tomas un respiro en uno de esos gigantescos centros comerciales que son los nuevos templos de Estambul.

Te sienta muy bien ver una comedia romántica de Hollywood y luego tomarte un par de copas de vino en cualquier *bistrot* sin perder esa sensación agradable que se va extendiendo por tu interior. Miras a tu alrededor y ves que en la mayoría de las mesas hay grupos de chicas. Piensas en cuándo se separaron tanto hombres y mujeres. Las chicas, después de enumerar las virtudes de vivir solas y ser

independientes, no paran de hablar de hombres.

Siempre son las mismas frases: que las mujeres se han liberado de su esclavitud secular y han empezado a levantarse sobre sus propios pies y por eso lo que llamamos matrimonio ha naufragado, que ahora las mujeres están mejor preparadas, que son superiores, que eso pone nerviosos en grado sumo a los hombres, que dentro de doscientos años ya no existirán los varones, que las mujeres podrán reproducirse por mitosis sin su ayuda, y demás.

De vez en cuando yo también participo en estas conversaciones de las mujeres de mi entorno. Digo que esa es la tragedia del mundo contemporáneo para la mujer moderna. Y que seguirá siendo así mientras los hombres elijan a la mujer con la que quieren casarse y no sean las mujeres quienes elijan a los hombres. Cuando lleguen esos días felices, las mujeres comprarán un anillo y les propondrán matrimonio a los hombres y enviarán a sus padres a la casa de él para que pidan su mano. Las familias no ganarán una hija, sino un hijo. Pero probablemente Turquía será el último país al que llegue esta nueva tradición porque, por mucho que se empoderen las mujeres, sigue siendo un país «masculino».

Yo diferencio los países entre femeninos y masculinos. Por ejemplo, los países escandinavos, Francia o Italia son femeninos; Alemania, España o Estados Unidos son masculinos.

El hombre de pelo cano que está delante de mí no para de dar saltitos en el asiento, que ha convertido en cama. No me molesta, pero salta a la vista que es un tipo bastante inquieto. La pareja joven que se sienta a mi altura a la izquierda del pasillo se besa sin cesar. Como en la clase *business* los asientos se reclinan del todo parece que estuvieran en su dormitorio. Se han puesto una manta por encima y estoy tan segura como de llamarme Maya de que por debajo se están toqueteando. Como decía Schopenhauer, la Naturaleza se empeña en engañarles para que se perpetúe la especie. Eso que llamamos amor, ¿de verdad es sólo un engaño que tiene como finalidad engendrar hijos?

Mientras íbamos al aeropuerto a recibir al catedrático, Süleyman el chófer me espiaba de vez en cuando por el retrovisor. Yo intentaba que mi mirada no se cruzara con la suya. Estaba convencida de que hasta este imbécil me miraba con ojos de «divorciada». Todos los hombres son así. Si una mujer se ha casado y luego se ha divorciado seguro que está buscando «un hombre», ¡seguro que necesita «un hombre»! A saber lo que se le pasaba por la imaginación. Apoyé la cabeza en la ventanilla y me quedé un rato contemplando la lluvia.

Por fin llegamos al aeropuerto Atatürk y conseguimos atravesar la

barrera policial de la entrada. Aquí también funcionó el efecto de coche negro grande y oficial; aparcamos justo delante de la puerta de salida, en la zona prohibida para los demás coches. La verdad es que es un Mercedes muy viejo. Destartalado. Herencia de a saber qué rector. Quizá ya se haya muerto, pero el viejo Mercedes sigue cumpliendo su función, aunque sea entre resoplidos y con frecuentes visitas al mecánico.

Desde luego que no me sorprendió lo más mínimo que el aeropuerto estuviera lleno hasta la bandera. De hecho, en este país todo está siempre atestado. Las carreteras, las paradas de autobús, los centros comerciales, los cines, los restaurantes, las plazas… Atestado y ruidoso. En toda la inmensa ciudad no encuentras un rincón en el que estar a solas dos minutos y poder relajarte en silencio. Por ejemplo, atravesamos por entre el bullicio de la plaza de Eminönü, con los echadores de la fortuna con sus conejos, los de los casetes de arabesco atronando, los vendedores ambulantes con sus carritos anunciando a voces sus roscas de pan, sus pepinos pelados, sus kiwis, los encantadores de serpientes, los que te venden relojes falsos, los niños que muestran pájaros en sus jaulas para que les compres la libertad a grito de «¡Pajarito liberado, espérame a las puertas del cielo!»; en suma, pasamos por entre una multitud compacta, sudorosa y escandalosa con la intención de encontrar en las orillas del Bósforo rincones recónditos y silenciosos en los que descansar.

Me entretenía pensando en todo aquello delante de la puerta de salida de los viajeros. Por otro lado, tenía un ojo en el gigantesco panel luminoso que había encima. Sí, el avión de Frankfurt había aterrizado. O sea, que nuestro hombre saldría en cualquier momento. Levanté la cartulina en la que había escrito «profesor Maximilian Wagner» y me dispuse a esperar. Los viajeros empezaron a salir en grupos. Turcos emigrados a Alemania, algunos grupos de turistas, una niña rubia de unos diez años a la que acompañaba una azafata…

Entonces lo vi. Un hombre alto, con abrigo negro y sombrero y unos ojos azulísimos que llamaban la atención. En la mano derecha llevaba un estuche de violín y en la otra una maleta mediana. Estudiaba con la mirada a la multitud que recibía a los recién llegados en la puerta de salida. En cuanto vio la cartulina se me acercó sonriente. Cuando llegó a la barra que separa a los viajeros de quienes los esperan, dejó la maleta en el suelo, se quitó el sombrero y, ofreciéndome la mano, me dijo en inglés: «Buenas tardes. Soy Maximilian Wagner».

Entonces me di cuenta de que aquel hombre que tenía delante me resultaba muy atractivo. Tenía un aspecto estupendo, con una cabeza bien formada de pelo cano, una nariz pequeña y unas profundas arrugas que le sentaban muy bien. Y me sorprendió aún más ver por

primera vez a un hombre que se quitaba el sombrero ante mí.

—Bienvenido, profesor. Me llamo Maya Duran.

Caminamos hasta el extremo de la barra y allí nos reunimos por fin.

—Tenemos el coche justo delante de la puerta, profesor.

Nos pusimos en marcha. Aunque lo pensé, no me ofrecí a llevarle la maleta porque me daba reparo que, en lugar de una joven que ayuda a un señor mayor, lo interpretara como la idea tradicional de servidumbre anclada en las entrañas de una mujer musulmana que se siente una esclava. Además, a pesar de su edad se le veía bastante vigoroso y fuerte. Caminaba muy erguido.

Menos mal que el despierto de Süleyman estaba justo allí. Sonrió enseñando todos los dientes, dijo «*Welcooome, welcooome*» alargando la palabra con su acento turco y le cogió la maleta al profesor.

Cuando salimos al exterior vi que el profesor volvía a ponerse el sombrero y se enrollaba al cuello una bufanda de cachemira gris.

—No me pongo enfermo con facilidad, pero… —dijo sonriendo—. En esta época hace bastante frío en Estambul.

—Ha venido usted bien preparado —dije yo—. Muchos de nuestros visitantes llegan con ropa ligera por aquello de que vienen a un país de Oriente Medio.

Se echó a reír.

—Pero yo conozco Estambul. He sufrido mucho este frío.

No estoy segura de si me lo parece ahora, mientras escribo estas líneas en el cómodo asiento del avión, o si bien lo noté aquel día: recuerdo una expresión triste en ese rostro sonriente.

—¡Oh! *Old man, old car* —exclamó el profesor cuando Süleyman le abrió la portezuela del Mercedes negro.

Nos reímos, aunque la tristeza que se distinguía en su cara cuando hablamos de Estambul aún no había desaparecido.

No soy una persona abiertamente amistosa. Incluso hay muchos que me encuentran fría, pero por alguna extraña razón sentí simpatía por él desde el primer momento.

Por el camino el profesor iba observando los alrededores con una mirada cansada y triste. Me daba cuenta de que su presencia llenaba el coche y me impresionaba de manera extraña. Me provocaba una curiosa simpatía mezclada con respeto. No sé cuál de ellas prevalecía, pero estaba claro que era alguien muy interesante que no se parecía en absoluto a visitantes anteriores.

—¿En qué años estuvo en Estambul? —le pregunté.

—De 1939 a 1942.

—Vaya, hace bastante. La notará cambiada.

—Sí —contestó—. Entonces no había tantos coches ni habían

edificado tanto. Tampoco existían estas carreteras.

Luego se encerró en el silencio. Yo también me callé. Süleyman nos echaba miradas de curiosidad por el retrovisor, incapaz de darle sentido a aquel mutismo.

El camino de regreso también estaba bastante atascado, así que otra vez íbamos a toda velocidad por el carril de servicio.

—¿Puede bajar un poco la calefacción, por favor?

Hasta que hube oído las palabras del profesor no me había dado cuenta del calor que hacía en el coche. Süleyman lo había convertido en unos baños turcos. Le dije que bajara la calefacción. Ayudé al profesor a quitarse la bufanda gris y el abrigo negro. Llevaba una camisa blanca de cuello de picos largos y una chaqueta de pana marrón con coderas. No parecía en absoluto alguien que había volado desde Estados Unidos.

—¿Tiene *jet lag*, Mr. Wagner?

Tan pronto como lo dije, pensé «¡Menuda tontería!». A alguien de su edad por supuesto le afectaría el *jet lag*, y estaría cansado.

—No todavía —contestó—, pero esta tarde lo sentiré, seguro.

—No tiene nada programado para esta tarde. Lo llevamos directamente al hotel. Puede descansar hasta mañana por la mañana.

—¿En qué hotel voy a quedarme?

—En el Pera Palace.

Por su cara se extendió una sonrisa apenas perceptible.

—Me alegra oírlo.

—¿Por qué?

—Porque conozco el hotel. Ya me he hospedado antes ahí.

—Es de 1895. Allí escribió una novela Agatha Christie.

—Es una suerte que todavía no lo hayan derribado. He leído que han tirado muchos edificios antiguos en Estambul.

—El Pera Palace es de los que se han salvado. ¿No ha vuelto nunca desde que se fue, profesor?

—No.

—O sea… —hice un cálculo mental—, hace cincuenta y nueve años.

El profesor no replicó. El silencio que se había desplomado sobre el coche me incomodaba. Más por curiosidad que por oír una voz, le pregunté:

—¿En qué barrio vivía por aquel entonces?

—En Beyazıt. Alquilé un piso por allí para estar cerca de la universidad.

—¿Aprendió turco?

Sonrió y me respondió en turco:

—Un poco. —Y luego añadió—: Muy poco. —Guardó silencio un rato antes de continuar en inglés—: Lo aprendí en los años en que impartía clases aquí, lo hablaba peor que mejor, pero se me ha olvidado por completo. Después de irme de Estambul no lo he hablado con nadie.

—Ahora se le refrescará la memoria. Empezará a recordar la lengua poco a poco.

Se le ensombreció el rostro y volvió a sumirse en el silencio. No habrá sido porque le moleste la idea de recordar la lengua, pensé. Sin duda, las sombras de su cara se debían a algo relacionado con sus experiencias aquí, o con lo que le había dicho sobre refrescar la memoria. Al menos así lo interpretaba, pero no tenía sentido insistir en ello.

Según nos acercábamos a la ciudad, el tráfico de la tarde se iba haciendo más intenso. Un bosque de automóviles, una locura… Pensaba en cómo podría volver a casa después de dejarlo en el hotel. Los días de lluvia no había quien encontrara taxi. Los conductores pisaban el acelerador y desaparecían como si se vengaran de los que en días normales no requerían su servicio. Te dejaban atrás agitando el brazo en vano. Y si tomaba el minibús tardaría por lo menos una hora. Uf, existía la posibilidad de residir en algún lugar cerca de la universidad, pero esos barrios no estaban como para vivir.

Empecé a pensar que Kerem habría vuelto del colegio hacía rato y estaría delante del ordenador. Tendría que prepararle la cena. ¿Habría algo ya listo en la nevera? Y si lo hubiera, ¿qué? De cualquier forma, no se iba a sentar a la mesa del comedor y tendría que llevarle yo la comida. Engulliría todo lo que hubiera en el plato sin mirarme a la cara ni tampoco la comida, con la sensación de que si apartaba los ojos de la pantalla se produciría un gran desastre. El teclado del ordenador se había convertido en una prolongación de su mano. Sólo se alejaba de él por la noche, para dormir.

¿Qué diría Süleyman si le pidiese que me dejara en casa? No hacía nada sin pedir algo a cambio. Veía el mundo pensando sólo en qué partido podía sacar de él. No era inteligente sino astuto, como tantos de su calaña.

Da la impresión de que la inteligencia y la astucia son inversamente proporcionales. Si una es reducida la otra aumenta en compensación. Había algo de astuto incluso en su forma magistral de conducir, en cómo asustaba y espantaba con el claxon a los que de vez en cuando se metían por el carril de servicio.

Sumida en estos pensamientos, me di cuenta de que había un coche pegado a nosotros. Era un Renault civil de color blanco, pero por alguna razón los policías no lo paraban, aun cuando iba por el carril prohibido. O creían que era nuestra escolta, o se trataba de algo

completamente distinto. Los demás conductores, que llevaban horas en la carretera atascada, nos miraban irritados.

—¿Es así el tráfico también en Boston, profesor?

Salió de su ensimismamiento y dijo con voz dulce:

—No. Y mejor así porque allí los académicos no tienen estos privilegios.

—Supongo que en Nueva York sí que será así.

—Sí. El tráfico allí es a veces intenso, pero no creo que llegue a tanto. No entiendo de dónde ha salido tanto coche. En mis tiempos apenas se veía algún coche aislado por las calles. Todo el mundo iba en tranvía o en transbordador.

—Tampoco existían los puentes, claro.

—¿El puente de Gálata? Sí que existía.

—No, me refiero a los puentes del Bósforo. Dos puentes que unen Europa con el continente asiático.

—Ah, sí, por supuesto que he oído hablar de ellos. Por entonces se cruzaba al otro lado en vapor o en barca.

De repente no pude contener la curiosidad y le pregunté:

—¿Es usted alemán, americano pero alemán de origen?

Puso cara larga y sentí que se distanciaba de mí. Murmuró algo que no pude entender.

—Discúlpeme —dije—. Es usted profesor en Estados Unidos, pero tiene nombre alemán. Era simplemente por curiosidad.

—¡No tiene importancia! —Y se explicó—: No ha sido impertinente en absoluto. Es algo particular relacionado conmigo. Reacciono negativamente a las preguntas sobre la pertenencia a un lugar y sobre la identidad. Sí, soy alemán, pero…

—No hace falta que se explique, profesor, no tiene que darme explicaciones. No pretendía agobiarlo nada más llegar. Me disculpo de nuevo.

Sonrió comprensivo.

—Yo tampoco quiero que usted se lleve un disgusto cuando acabamos de conocernos por una pregunta tan simple. No haga caso de estas actitudes mías tan extrañas. Sí, soy alemán, de Baviera, pero vivo en Estados Unidos desde 1942. Luego adquirí la nacionalidad. Desde 1939 no he regresado a Alemania.

—O sea, que su madre patria es Alemania.

—Los alemanes no la llaman «madre» sino «padre», pero yo prefiero no usar nunca esa palabra.

Se había vuelto ligeramente hacia la ventanilla e intuí que se había puesto nervioso y que quería dar la conversación por terminada. Era difícil comprender qué le había molestado. Empecé a pensar que era un hombre lleno de secretos.

Salimos de la autopista y nos dirigimos hacia Beyoğlu. El coche que nos seguía debía de ir en la misma dirección porque no se separó de nosotros. Como me gusta mucho fantasear, hasta el punto de que soy de esas personas que sólo pueden soportar esta dura vida gracias a su imaginación, enseguida me organicé una trama en la mente. ¿Por qué no iba a ser este hombre un gran espía? ¡Y el coche que nos seguía pertenecería a algún servicio de inteligencia! Nos arrinconarían en algún sitio, los agentes saltarían del coche pistola en mano y raptarían al profesor, y a mí me atarían de pies y manos y me arrojarían a una mazmorra… Sería una aventura bien loca. Pero el maldito Süleyman encontraría alguna manera de salvarse, claro. O quizá estuviera con ellos desde el principio.

Era una costumbre que había adquirido en mis años de estudiante en la Facultad de Letras y en los siguientes, en que me interesé intensamente por la literatura: fantasear y percibir la vida en forma de historias.

Pero en los años posteriores me alejé un poco de aquella costumbre. Desde que leí unos cuantos libros sobre técnicas de escritura con el objetivo de escribir una novela. ¿Se habría enfriado mi gusto por la literatura al verla de una forma tan técnica?

Quizá no fuera una razón tan misteriosa la que me había alejado de la literatura. Las obligaciones de la vida me habían impedido convertirme en escritora, así de sencillo. La frase «¡Si quieres, puedes!» que anuncian a gritos esos libros de «autoayuda» que chorrean una superficialidad descafeinada, no es más que un engaño. Una sólo puede querer lo que es capaz de hacer. El concepto de «querer» es algo totalmente distinto a «desear» o «imaginar». Es algo que tiene que ver con asumir un precio y hacer lo que haga falta.

Sí, en los últimos años yo ya no quería escribir una novela porque no tenía fuerzas para escribir. Las condiciones no eran las adecuadas. Pero por lo menos me había quedado esa costumbre de imaginar e inventarme historias. Eso tampoco estaba mal, la verdad. Era divertido.

—Por su sonrisa veo que no se ha enfadado conmigo.

La voz del profesor me hizo volver en mí y me di cuenta de que realmente estaba sonriendo.

—¡Cómo me voy a enfadar con usted, maestro!

En cuanto lo dije me mordí los labios avergonzada. Porque, con la costumbre, me había dirigido a él en turco como «maestro». Como llamamos así a todos los docentes, la palabra nos sale de la boca cientos de veces al día.

Ahora fue Wagner quien sonrió.

—¡Sí, sí! —dijo con entusiasmo—, «¡Maestro, maestro!». Cuando

estaba en Estambul todo el mundo me llamaba «maestro». Llevaba más de medio siglo sin oír esa palabra. Muchas gracias. Ahora sí que asumo que estoy en Estambul.

Cuando llegamos al histórico hotel Pera Palace, el hielo que había entre nosotros se había derretido. El hotel, que queda en una calle estrecha, parecía un mundo de ensueño a la luz de las farolas que relucían en la lluvia, con su marquesina de cristal y hierro forjado.

Por algún motivo, me hace bien pensar ahora en el Pera Palace. En el avión sumido en la oscuridad a ocho mil metros de altura, noto que la luz de la pantalla de mi ordenador portátil se refleja en mi cara. En mi opinión, el hotel, que se construyó para los pasajeros aristocráticos del Orient Express y celebró su baile de apertura en 1895, sigue siendo el edificio con más personalidad de Estambul.

Mientras nosotros nos metíamos a toda prisa en el vestíbulo del Pera Palace huyendo de la lluvia, Süleyman entregaba a los botones el equipaje del profesor. Pero Wagner llevaba él mismo su violín. No se separaba del instrumento.

Después de cruzar las puertas giratorias, me volví a mirar a Süleyman, que se había quedado atrás, y vi que el Renault blanco que nos seguía aparcaba junto a él. Era demasiado para ser una coincidencia. ¿Le habrían puesto las autoridades protección al profesor? ¿Tan importante era? O quizá realmente fuera una casualidad. El nuestro no era el único coche que iría del aeropuerto al Pera Palace.

Desde el instante en que entramos, la tristeza se acrecentó en la cara de Wagner. Sus azules ojos estaban ensimismados. Me dio la impresión de que palidecía, pero puede que fuera por la luz de la gigantesca lámpara que teníamos encima.

—Siéntese un poco, voy a hacer los trámites en recepción —le dije mientras lo conducía a uno de los antiguos pero bellísimos sillones del vestíbulo—. ¿Me da su pasaporte? Por cierto, ¿quiere un café o una copa de algo?

—Cuando termine lo que tiene que hacer, ¿nos tomamos un whisky juntos?

La pregunta me pilló por sorpresa.

—Por supuesto —le respondí. No obstante, me sentía inquieta porque llegaría tarde a casa, por la cena de Kerem y demás.

Mustafa Bey, el recepcionista, me dijo:

—Otra vez tiene un visitante, ¿eh?

—Sí, qué le voy a hacer, es mi trabajo. Es mayor y está cansado, si pudiera darle una habitación tranquila…

—No se preocupe.

—Gracias.

De camino al encuentro con Wagner, le pedí a un camarero que nos trajera un JB doble y un oporto blanco.

—Traiga también hielo y agua para el JB. Y unos frutos secos.

Pero cuando llegué junto al profesor vi que se había quedado dormido en el sillón. Con la cabeza apoyada en una de las orejas, respiraba profundamente y con regularidad. Tenía una expresión de inocencia.

En realidad, aquello me venía bien. Quise aprovechar la oportunidad y marcharme lo antes posible a casa. Anulé el pedido y les dije a los camareros que no lo molestaran.

—Cuando se despierte, acompáñenlo a su habitación.

Luego le escribí una breve nota en una de las hojas que tenían en recepción con el adornado membrete del Pera Palace.

Maestro: Estaba profundamente dormido y no quise molestarlo. Yo me voy, mañana a las once vendré a buscarlo.

Salí del hotel y me encaminé hacia Süleyman poniendo cuidado en parecer sonriente. Incluso le toqué ligeramente el brazo con dulzura antes de decir nada.

—Hoy nos hemos retrasado mucho —comenté.

Me incliné un poco hacia él, con la intención de que al acercar mi cara a la suya mi voz le pareciera más íntima:

—Kerem está esperando la cena. ¿Sería mucha molestia… si me llevas a casa?

¡Ay, Dios! Ahora, al escribirlo, siento un poco de vergüenza. ¿Cómo «si me llevas a casa»? Vaya forma de hablar que escogí para caerle en gracia. Por supuesto, mis palabras no tenían otro significado aparte de lo que dije. Mientras redacto estas líneas me digo que no estaría mintiendo si transcribiera algunas frases de forma distinta a como las recuerdo; o sea, si escojo palabras más adecuadas para lo que pretendía decir. Pero, en fin, estoy escribiendo sin preocuparme por nada, sin que me dé miedo que me malinterpreten, tal y como me sale de dentro.

Al fin y al cabo, no soy escritora: el valor de lo que escribo sólo puede medirse por su sinceridad. De hecho, no sientes que la autocensura sea necesaria volando por el cielo, en el interior de un aparato oscuro en el que todos los que te rodean duermen.

Süleyman se lo pensó un poco. Probablemente estaba intentando

calcular qué provecho podría sacar de aquello.

—Vamos, sube —dijo poniéndose en marcha enseguida—. Te llevo.

Mientras me montaba en el coche la mirada se me quedó clavada en el Renault blanco. En su interior había tres hombres; el que estaba al volante fumaba sonriente. Al parecer nos vigilaban. ¿O sólo era una impresión mía?

«No, hija, ¿por qué nos van a estar espiando?», pensé. Muy bien, ¡pero eso era precisamente lo que hacían! Sí, la situación se iba tornando cada vez más extraña. Si esperaban a alguien que se hospedaba en el hotel, ¿por qué no se bajaban del coche? Probablemente eran guardaespaldas. La embajada americana, o bien las autoridades turcas, habían decidido poner protección al profesor. Así que era un hombre de ciencia importante. Pero, al fin y al cabo, era catedrático de derecho, no de física nuclear ni nada parecido…

Eché un vistazo por la luneta trasera y vi que aquellos desagradables tipos me estaban mirando de mala manera sin apartar los ojos. ¿Quiénes eran esos hombres tan extraños?

Entretanto Süleyman giraba sin cesar la llave de contacto y el coche gruñía un poco y luego se callaba. Las sacudidas y toses del motor hacían temblar el coche entero. Estaba claro que Süleyman, al mismo tiempo que giraba la llave con rabia, pisaba el acelerador con fuerza. Por fin apartó la mano del contacto con un gesto que evidenciaba que dejaba de intentarlo y me miró por encima del hombro.

—Disculpa, pero se ha ahogado.

Lo miré con suspicacia. El Mercedes era viejo de verdad y tenía ese tipo de averías a cada rato, pero ¿no sería una excusa de Süleyman para no llevarme a casa? Era imposible saberlo.

«Muy bien», dije, y de repente me encontré en plena calle sin saber qué hacer. Así que entré de nuevo al hotel, para librarme de aquella sensación. Al echar la vista atrás, pensé por qué no habría tomado uno de aquellos taxis que relucían amarillísimos con la lluvia.

El portero de uniforme que me recibió en la entrada me miraba sorprendido mientras cerraba el paraguas. En cuanto al profesor, seguía sumido en su sueño inocente. Era como si su piel blanca se hubiera blanqueado todavía más. Dormía con la boca entreabierta, como un niño indefenso. Su pelo cano tan bien peinado brillaba con un reflejo azulado. Le toqué ligeramente el brazo y lo llamé con voz suave:

—Profesor, profesor.

Abrió despacio los ojos y primero miró a su alrededor, desconcertado. Es posible que tratara de entender dónde estaba. Luego, cuando esa expresión interrogante empezó a disiparse, dirigió

su mirada hacia mí.

—Lo siento —susurró—. Me he quedado dormido. Lo siento.

—No tiene de qué disculparse —respondí sonriente—. Lleva encima catorce horas de viaje y le han cambiado el día y la noche, es normal.

Me callé un momento como si esperara a que se diera un respiro y luego continué:

—Su habitación está lista. Vamos, le acompaño.

Le cogí del brazo y levanté del sillón su cuerpo ligero. Tomamos el «aristocrático» ascensor de madera y hierro, que en su época había sido el más famoso de Europa, y subimos al tercer piso. Con nosotros venía también un botones. Cuando abrió la puerta con la enorme llave de metal me asaltó a la nariz un olor a moho. El olor a antiguo de un edificio antiguo. *Old man, old hotel*!

Como a cualquier lector turco, se me vino a la cabeza inevitablemente el misterio de Agatha Christie. En este hotel escribió *Asesinato en el Orient Express*, pero desapareció durante once días. Nadie pudo averiguar dónde se había metido. Con posterioridad encontraron una llave de hierro muy grande debajo del entarimado de la habitación.

Yo creo que lo de Agatha Christie fue una escapada amorosa como la de cualquier mujer, que no había misterio alguno, pero cuando el tema es Estambul, el Orient Express, el Pera Palace y Agatha Christie, la imaginación de la gente se pone en movimiento.

Mientras el botones dejaba la maleta, el profesor colocó el violín sobre la antigua consola de caoba. Le ayudé a quitarse el abrigo y le dije:

—Yo me voy, maestro. Mañana tiene un almuerzo con el rector, vendré a recogerlo a las once.

—Y pensar que íbamos a tomarnos una copa… —protestó—. He perdido la oportunidad por haberme quedado dormido, pero quizá pueda invitarla a cenar mañana…

—Me gustaría mucho, profesor, pero mi hijo me espera en casa.

Asintió con un gesto comprensivo.

Al bajar vi que el Mercedes seguía allí esperando.

—Al final esta chatarra ha funcionado—dijo Süleyman con una amplia sonrisa de lobo—. Vamos, sube. Te llevo.

Cuando nos pusimos en marcha bajo la lluvia me acordé de repente y me volví a mirar atrás por el cristal. El Renault blanco ya no estaba. «Bien —pensé—. Se han marchado.» Noté una sensación de alivio en el pecho. Me dejé llevar por el dulce balanceo del coche, ¡qué gusto descansar la mente hasta llegar a casa!

Me estaba acomodando en el asiento cuando me asaltó una

sospecha. ¿Realmente se habría ido el Renault? ¿Y si seguían por allí? Quizá incluso hubieran entrado en el hotel. ¡Ojalá no estuvieran pensando en hacerle algo malo al profesor! ¿Y si lo secuestraban esa noche y no lo encontraba al día siguiente cuando fuera a buscarlo? Luego se me ocurrió otra cosa. ¡Que estuvieran siguiéndonos! Me dio un escalofrío.

«No digas tonterías, Maya —pensé para mí—. Si te dejas llevar por tus fantasías te vas a volver loca. Déjalo de una vez.»

No obstante, no pude impedir mirar atrás de vez en cuando mientras Süleyman conducía el enorme automóvil hacia Taksim por el bulevar Tarlabaşı. Había un montón de Renault blancos, pero no se veía a aquellos tipos. Me sorprendió que hubiera tantos Renault blancos. No podían haberse multiplicado en un día, pero me pareció curioso no haber notado antes que hubiera tal cantidad. Por lo tanto, era una cuestión de percepción.

Si se diera el caso de que estuviera buscando coches de otro color y otra marca, también vería que había más de lo que suponía. Ese debía de ser el motivo por el que se veían tantos coches de lujo por la carretera y tantos ricachones en el país. O bien que se notara tanto lo extendidas que estaban la pobreza y la miseria.

De la misma manera, tendría que aceptar que, si pensaba en lo vulgares y repulsivos que resultaban a veces la mayoría de los hombres, dicha opinión se originaba en mi perspectiva y no en la realidad. O bien cuando encontraba a un hombre guapo y de confianza… No, mujer, ¿qué tenía que ver con mi punto de vista que alguien me pareciera guapo? ¡No iba a verlo de forma distinta dependiendo de mis cambios de humor! ¿O sí? O sea, ¿que uno de los factores era mi estado de ánimo en ese momento? Entonces, ¿hasta qué punto se podía confiar en las propias ideas? ¿Era la realidad de la vida la que determinaba mis pensamientos o era mi estado de ánimo? Pero ¿no estaban relacionadas ambas cosas, de hecho?

Entonces, ¿primero es el pensamiento o la percepción? O bien, ¿había otro tipo de relación entre pensamiento y percepción? Una relación que fuera más allá de lo que viene primero y lo que viene después.

Bueno, y ya que le daba tantas vueltas a asuntos de este tipo, ¿por qué no los analizaba como era debido y leía unos libros sobre el tema? ¿Era esa costumbre mía una consecuencia del entorno académico en el que vivía? Me bastaba con que alguien respondiera a las preguntas por las que sentía tanta curiosidad. Hacerse con información se había convertido en un objetivo. Preguntar, perseguir preguntas y respuestas, no temer que las preguntas se multiplicaran…

¿Estaba siendo injusta conmigo misma? La gente de mi entorno aceptaba que me gustara leer e investigar. De no ser así, ¿por qué

llevaba un rato agotándome la mente con un montón de preguntas?

¿O todo esto en lugar de cansarme la mente me servía para descansar? No pensar en el Renault blanco que nos había seguido hasta el Pera Palace, dirigir mi pensamiento hacia otros temas…

¡Ah, ya habíamos llegado! Con esa lluvia y ese tráfico debíamos haber tardado al menos una hora. Bien, bien, el día de hoy también había terminado. Nada de pensar hasta mañana, ni en el Renault blanco, ni en el profesor, ni en la universidad, ni en el trabajo…

Me incorporé en el asiento de atrás en el que tan cómodamente me había arrellanado. Con una sensación de letargo le di las gracias a Süleyman y bajé del coche. Ni siquiera la lluvia me molestó. Al entrar en el edificio miré la hora. ¡Eran más de las nueve! Kerem estaría preocupado por mí, pensé. No, ni hablar, ¡qué se iba a preocupar! Seguro que no se había dado ni cuenta de mi ausencia. Ahora tomaría el ascensor hasta el cuarto piso, abriría con mi llave la puerta del número 9 y mientras me quitaba la gabardina y los zapatos empapados, vería que el piso estaba a oscuras a excepción de la luz que saldría del cuarto de Kerem. Oiría el apagado rumor de los televisores de los vecinos, que las delgadas puertas no lograban atenuar, un par de risas de mujer y llantos de niño. El confuso olor a comida que impregnaba el patio de luces me llenaría la nariz. Al entrar en el salón, encendería las luces, me dirigiría al cuarto de Kerem y me lo encontraría con el cuerpo delgado inclinado hacia el ordenador, echando chepa.

—Hola, ¿cómo estás, hijo? —le diría.

Murmuraría «¡Bien!» o algo parecido sin mirarme.

Iría a la cocina, me encontraría media pizza en la nevera, resto de ayer, la calentaría y se la llevaría a su habitación con una lata de cola y la dejaría en su mesa; él alargaría la mano y cogería la pizza sin apartar la mirada del ordenador y yo me iría al baño, me metería bajo el chorro de agua caliente y pensaría en los acontecimientos del día. Luego me envolvería en mi albornoz blanco de Denizli e iría a la cocina con el pelo mojado, me prepararía un sándwich de queso y me sentaría en el salón ante el televisor. Trataría de comerme el bocadillo mirando las noticias políticas y de la crisis económica, líderes que se insultaban unos a otros, cantantes dando saltitos, y los detalles de los crímenes cometidos durante el día. Antes de dormirme peinaría los canales de cine en busca de alguna película, me llamaría la atención alguna de esos festivales tan de moda en los últimos años. Un hombre llegaría a una casa y saludaría: «Hola», y una mujer le contestaría cuatro minutos más tarde: «Bienvenido», y así, una vez más, recibiría mensajes de soledad y falta de comunicación en este país en que no se puede ni respirar de la cantidad de gente que hay.

Después, aún a sabiendas de que no me escucharía, diría «¡Kerem,

acuéstate ya!», y sería yo quien se tumbara en la cama. Pensaría en otras vidas, en otros mundos mientras se me secaba el pelo envuelto en una toalla. Y desde el momento en que apoyara la cabeza en la almohada y cerrara los ojos, no sería Maya, sino alguien completamente distinto. A veces una muchacha enamorada, a veces una activista política, a veces una aventurera… Podría ser cualquiera de ellas u otra cosa, pero seguro que me despojaría de mi identidad de Maya.

Repetiría para mí el poema de Emily Dickinson «Hay otro cielo», algo que hago cada día desde los años en que estudiaba en la Facultad de Letras y que por las noches me prepara para el sueño como si fuera una oración. Anhelando otro cielo, por supuesto.

Una vez que llegué ante mi edificio y me bajé del coche, todo ocurrió tal y como me había imaginado y me metí en la cama con el pelo envuelto en una toalla. Pero esa noche, justo antes de quedarme dormida, me di cuenta de que la presencia del profesor me había afectado de una forma sorprendente y de que estaba impaciente por verlo al día siguiente. Estaba claro que no era una variación menor sobre lo habitual.

Cuando me desperté angustiada unas horas más tarde, tenía en la mente un pensamiento distinto: ¿Qué iba a hacer con este niño? ¿Lo estaba educando mal o todos los niños eran así? Hacía poco había leído en un periódico que existían unos programas que apagaban automáticamente el ordenador porque los adolescentes eran incapaces de hacerlo por sí mismos. ¿Y si compraba uno? Kerem no hablaba conmigo. No sólo conmigo, no hablaba con nadie. Había empezado a comunicarse sólo por internet.

El psicólogo al que había consentido ir a duras penas después de que lo engatusara describió su estado como «Temor a la vida». «Se sorprendería si supiera cuántos hay como él —dijo—. El mundo es ahora un lugar muy hosco y duro. Especialmente en las grandes ciudades. Los colegios son nidos de violencia. Algunos adolescentes sensibles e inteligentes se encierran completamente en sí mismos y sólo se comunican online ante el miedo de que les hagan daño.»

Abrí los ojos, tumbada boca arriba. Tenía que confesar que hacía unos días, uno de los raros domingos en que Kerem salía con su padre, había encendido su ordenador. Quería ver qué le interesaba tanto y me encontré un mundo que daba pavor. Me quedé pasmada de la cantidad de películas porno que se le ofrecían a un muchacho en la adolescencia. En todas ellas las mujeres eran terriblemente humilladas, maltrataban sus cuerpos para satisfacer al hombre.

Las pobres chicas se mostraban de todas las formas y maneras. Y los hombres de las películas no se privaban de hacerles daño, de hacerlas sufrir hasta que se les saltaban las lágrimas, de hacerlas

vomitar y sangrar, de apretarles el cuello hasta asfixiarlas. Les embutían bolas en la boca, las encadenaban, las ataban como paquetes, las azotaban, las obligaban a hacerlo con caballos, perros, monos, serpientes… Incluso había películas en las que un montón de hombretones violaban a una niña. Aquello no era una opción personal, por supuesto, pero por lo visto era lo que quería el «mercado». Al parecer en las películas porno se materializaba todo lo repugnante y perjudicial que podía llegar a ser dicho «mercado».

En aquellos actos no había lugar para el afecto, para las caricias, para la ternura. Era un entorno totalmente ajeno a los principios más básicos de la humanidad. ¿Mi hijo crece conociendo el mundo y a las mujeres a través de esto?, pensé. ¿Planeaba comportarse así con las muchachas? ¿No me tenía el más mínimo respeto porque su madre pertenecía a la misma categoría que esas pobres humilladas? Era un mundo enfermo. ¿Acabarían matando y descuartizando a aquellas chicas porque el espectador, como un adicto a las drogas, siempre pedía más?

Luego entré en varios sitios en los que mi hijo se había dado de alta. No los pude examinar en detalle porque se necesitaba la contraseña, pero me di cuenta horrorizada de que en ellos había de todo, desde los que enseñaban métodos fáciles de suicidio para jóvenes, hasta cómo montar una bomba. Se burlaban de todo eso que llamamos «valores» y dibujaban un modelo de mundo nihilista y vacío que no valía la pena vivir.

En cuanto apagué el ordenador sufrí una pequeña crisis. Así que ese era el mundo de internet al que se conectaba mi hijo. Un infierno del que nosotros no sabíamos nada, que no conocíamos. Mientras familias y profesores intentaban darles unas migajas de conocimientos bajo el nombre de educación, la verdadera «educación» que recibían los jóvenes era la que adquirían en estos sitios.

¿Cómo se cerraba los ojos ante esto? ¿Por qué nadie se preocupaba por un sistema que pisoteaba los derechos humanos, que convertía a millones de niños como Kerem en personas anormales, con tendencias suicidas, asociales?

Cuando se lo comentaba a Ahmet, intentaba que lo dejara tranquilo y cambiaba de tema con frases como: «Es un chico, son cosas que pasan, así es la adolescencia, no te obsesiones». Lo que de verdad le preocupaba era no tener que encargarse de la responsabilidad de criar a su hijo, que había echado sobre mis hombros, y tener tiempo para su nueva amante.

Debí de cansarme dándole vueltas a todo aquello porque caí dormida. Cuando me desperté otra vez al amanecer, me acordé del Renault blanco. ¿Estaba exagerando con aquello? Puede que todo fuera una casualidad.

A pesar de mi razonamiento, me acerqué a la ventana a mirar a la calle. A esas horas todo estaba silencioso y desierto. Bajo una farola estaba aparcado un Renault blanco, pero no podía ver si había alguien dentro. De hecho, ¡cuántos Renault blancos había en este país! Lo había estado pensando ayer, de camino a casa… Cuánta riqueza, y cuánta pobreza… Volví a dormirme.

Dos horas más tarde me despertó el timbre del despertador y empecé a arreglarme a toda prisa. Mientras tanto intentaba que Kerem se levantara. Era nuestra rutina de todos los días. Si no estaba rogándoselo hasta salir de casa, no se levantaba. Subía el volumen del televisor, abría las cortinas, encendía las luces, pero todo era en vano. Sabía que se levantaría después de que yo me fuera, que no iría al colegio y que se apalancaría de inmediato frente al ordenador. Había días en que estaba normal, se levantaba a su hora y respondía positivamente a mis esfuerzos por adecentarle y por que llegara al autobús de servicio, pero había épocas en que todo era difícil de verdad.

Uno de esos días llamé por teléfono a Ahmet. «Tu hijo no se levanta y no va a clase. Yo ya no puedo con él, es hijo tuyo también, ¡ven por él!», le dije, pero después de responderme que tenía que llegar a una reunión y que no podía hablar más, me colgó enseguida. Lloré de rabia.

Otra vez daba comienzo el día con una nueva crisis, salí de casa y eché a correr hacia la parada del minibús para no llegar tarde al trabajo. Ya compraría una rosca de pan por el camino y me tomaría un té al llegar a la universidad. No tenía tiempo para desayunar.

Cuando iba a entrar en mi despacho vi que Süleyman me estaba esperando en la puerta.

—Buenos días, tenía algo que decirte.

—Bueno, acompáñame.

—¿Qué tal estás? —me preguntó con una amplia sonrisa.

—Bien. Vamos, di lo que tengas que decirme. Tengo prisa. Tengo que llevarle unos documentos al señor rector.

—Ah, eso es lo que iba a decir.

—¿Qué?

—Tú tienes buena mano con el rector… Tengo un primo, Hüseyin. Y se me había ocurrido que si se lo mencionaras al rector y él le pudiera encontrar un puesto de bedel o de encargado del té…

«Ahora se entiende el favor de ayer», pensé.

—Yo no le puedo pedir algo así al rector. ¿No tienes boca? Pídeselo tú.

Me miró con una expresión mezcla de decepción e ira. Quise cambiar de tema.

—Tenemos que estar a las once en el hotel —continué con voz dulce—. ¿A qué hora salimos?

—A las diez está bien.

Su tono era frío. Ahora, más que decepcionado, estaba furioso, aunque tampoco lo evidenciaba demasiado. En realidad, esa rabia solapada era más peligrosa. Es algo que aprendes siendo niña. Una ira claramente expuesta suele plantear un problema pasajero. Pero si el otro la oculta, tienes que andarte con cuidado, si es que eres capaz de notarla. La ira reprimida puede significar un peligro más tarde.

De seguro que había metido la pata diciéndole con tanta claridad a Süleyman que no iba a poder ayudarle en lo que me pedía. Las cosas no funcionan así en Oriente Medio. Si le hubiera dicho «Muy bien, me ocuparé de que tu primo consiga un puesto», no habría tenido el menor problema.

No había necesidad de que luego hablara realmente con el rector. Podría haberle dado largas a Süleyman durante mucho tiempo. Mientras tuviera esperanzas me aseguraba de que me doraría la píldora y me trataría con mucho más respeto. Podría haberme dejado en casa todas las tardes.

E incluso cuando quedara claro que no iba a conseguir ningún resultado, habría apreciado lo que valía que me hubiera esforzado, aunque fuera inútilmente. Y algo de su forma de comportarse conmigo durante aquel tiempo se convertiría en una costumbre permanente.

La verdad es que en Oriente Medio la amistad puede convertirse en odio con mucha rapidez y viceversa. Pero Süleyman, como todos los turcos, no sólo era oriental, también era occidental al mismo tiempo. Podría haberme aprovechado de que mostrara facetas a veces occidentales y a veces orientales.

Como era incapaz de convertirlo en una ventaja, una vez más sufría el agobio de vivir en una cultura que era al mismo tiempo occidental y medioriental. O, mejor dicho, que no era ni occidental ni medioriental…

Aprovechando que tenía prisa, dejé a Süleyman y me senté a mi mesa. Él se dio media vuelta y se alejó con su rabia encubierta.

Empecé a hojear con rapidez las noticias que habían llegado de las agencias. Era lo primero que hacía cada mañana. Peinar las noticias relacionadas con la universidad y especialmente con el rector, sacar una copia, separar las que era conveniente que viera y presentárselas en una carpeta.

En la prensa había un par de notas sobre el profesor Wagner. Se anunciaba que aquella tarde daría una conferencia en la universidad.

Levanto la cabeza cuando la voz de la azafata me pregunta,

prácticamente en un susurro, si quiero algo. Me mira con una ligera sonrisa mientras sostiene mi vaso vacío. Espera una respuesta. No he visto que se me acercara esa mujer alta y rubia vestida de azul ni que me haya cogido el vaso. Su actitud y su pregunta son incluso más amables que antes.

Le doy las gracias y le contesto que no quiero nada. No tengo el cuerpo como para seguir bebiendo oporto. Y además han empezado a dormírseme los pies. Me vendrá bien darle un descanso a la escritura, levantarme, moverme, ir al lavabo y luego beber un vaso de agua.

2

La lluvia había amainado cuando salí del edificio del rectorado. Las calles estaban llenas de charcos. El cielo seguía encapotado, pero de vez en cuando dardos de luz solar atravesaban las nubes y se clavaban en las cúpulas de las mezquitas, en las chimeneas de los barcos, en las alas de las gaviotas que se zambullían en el mar.

En cuanto llegamos al hotel comprobé inquieta si el Renault blanco continuaba allí. No se veía, pero no me quedé tranquila. Quizá habían aparcado más lejos, o iban a llegar dentro de un rato.

Fui a la recepción y pregunté por el profesor. El joven recepcionista miró el armarito de las llaves que había a su espalda.

—La llave está aquí —dijo—. No estoy seguro, pero parece que ha salido.

Eran las once menos cinco. Pensé que se habría levantado pronto y habría ido a dar un paseo, así que lo esperé en el vestíbulo. Una pareja mayor, que supuse que eran estadounidenses, estaban intentando decidir a qué sitios ir en el mapa que habían desplegado sobre una mesa.

Pocos minutos después entró el profesor. Parecía muy animoso y andaba muy erguido. Había descansado y no le quedaba ni rastro del agotamiento del día anterior. Bajo el abrigo negro, que llevaba abierto, vestía una chaqueta gris de franela y una corbata azul claro. Me saludó quitándose el sombrero de nuevo. Le respondí con una sonrisa que dejaba muy a las claras lo que me gustaba aquel gesto.

—¿La he hecho esperar? —preguntó. Su voz también sonaba enérgica.

—No, profesor, acabo de llegar. Y todavía no son las once.

—He paseado un poco después de desayunar —me dijo como si me quisiera dar explicaciones—. Al fin y al cabo, son lugares que conozco de hace mucho. No obstante, Pera ha cambiado, se ha convertido en un lugar completamente distinto, me ha costado trabajo reconocerlo.

Parecía más dispuesto a la conversación que el día anterior.

—Ha cambiado hasta desde mi época, ¿quién sabe cómo sería en sus tiempos?

—Recuerdo la calle İstiklâl como lo más elegante de la ciudad,

pero la verdad es que… Ahora se ha convertido en una zona de ocio.

—Es usted demasiado amable con lo de «zona de ocio». Puede decir que se ha deteriorado, no me ofenderé.

—No, no quería decir eso. Las ciudades cambian, los barrios y sus habitantes cambian. En esta vida he visto lo suficiente como para comprenderlo.

—Pero degeneran…

—Yo no uso mucho ese término. Degeneración, ¿según quién y qué? Es algo relativo.

No protesté. Era mejor dar por terminada la cuestión charlando un poco más pero sin llegar a discutir.

—¿Ha salido a la avenida por Asmalımescit?

—Sí.

—Esa calle ha mejorado, se han abierto bares y cafés, lo habrá visto.

—Sí, todo muy bonito.

Vi que antes de subirse al coche le daba una propina a Süleyman, que le mantenía la puerta abierta. Siempre le venía bien un poco de dinerillo. Le dio las gracias con una reverencia.

Cuando nos pusimos en marcha el profesor se puso a mirar por la ventanilla con gran atención, como si no quisiera perderse nada. No es que ayer pareciera exhausto, pensé, pero a juzgar por su vitalidad de hoy, claramente estaba muy cansado.

Observaba admirado la ciudad. Al entrar en el puente de Gálata señaló la mezquita de Solimán, que refulgía enfrente con toda su majestuosidad.

—¡Esto sí! —empezó a hablar emocionado y con voz un poco más alta—. Una obra extraordinaria. No es sólo un edificio, sino que tiene alma. A veces me sentaba un rato en el patio en busca de sosiego.

Me resultó un poco extraño que un germano-americano fuera a una mezquita para buscar sosiego, pero no hice ningún comentario ni le pregunté nada.

Aquel anciano tenía en los ojos la ilusión de un niño. Miraba a su alrededor con curiosidad, casi con ansia. Los vapores saliendo del muelle o amarrando, los vendedores de bocadillos de pescado en sus pequeñas barcas, la multitud del puente de Gálata, los pescadores, el Cuerno de Oro, las palomas delante de la Mezquita Nueva…

Mientras seguía mirando por la ventanilla, dijo con voz absorta:

—Estambul se parece a una amante infiel.

Noté que detrás de aquellas palabras yacía un profundo dolor, pero no comenté nada porque había hablado como si no lo hiciera conmigo, sino consigo mismo, contemplando todo lo que nos rodeaba. Tras un breve silencio, continuó:

—Siempre te traiciona, pero tú sigues queriéndola.

Esta vez sí que intervine:

—¿Estambul lo ha traicionado?

Siguió mirando hacia fuera sin contestarme.

—¡Esta es una ciudad muy bella! —exclamó poco después, probablemente para cambiar de tema—. Bizantina, otomana, con sus palacios y sus mezquitas… Es como un cuento. ¿Cómo le diría? Una ciudad especiada.

—Pero esa es la Estambul que ven los turistas, profesor —le previne—. Mi Estambul es muy diferente. No me da tiempo a ver toda esa belleza.

—Recuerde que yo tampoco fui turista en la ciudad. Trabajé aquí dos años.

—Pero entonces era distinta. La vida era más fácil.

Dejó de mirar hacia fuera y volvió la cara hacia mí. Sonrió con amargura.

—Cada época tiene sus dificultades, pero ninguna puede compararse con los años de la guerra. Espero que nunca vea ninguna guerra.

—Ojalá.

—Ojalá —repitió echándose a reír.

Me llamó la atención que de vez en cuando mirara hacia atrás. ¿También él creía que nos seguían? O, mejor dicho, ¿tenía alguna razón para sospechar que lo seguían? Yo misma eché un vistazo pero no vi otra cosa que el intenso tráfico.

—Me gustaría bajar un par de minutos si tenemos tiempo —dijo.

No me habría opuesto aunque no lo tuviéramos.

Se bajó del coche y contempló la histórica puerta de nuestra universidad y la torre otomana para vigilar los incendios.

—Extraordinario. Es como si el tiempo se hubiera congelado.

Hablaba con un vivo temblor, aunque apenas perceptible.

Como si lo viera por primera vez, yo también miré. La puerta de la universidad era de verdad una obra con una arquitectura que no sólo llamaba la atención sino que cortaba la respiración con sus inscripciones doradas. Llevaba tiempo sin prestarle atención a todo aquello, sin verlo en realidad.

Quién sabe cuántos años hacía que no le hablaba a nadie sobre Beyazıt. Algunos remontaban la fundación de la universidad hasta el siglo XIV, pues aceptaban que las instituciones del Imperio romano de Oriente que se alzaban sobre esta colina eran las predecesoras de la universidad de hoy. Otros estudiosos la fechaban en 1453, justo después de la toma de la ciudad por los turcos. Se sabía que el Conquistador había fundado una madrasa en este lugar

inmediatamente después de la conquista.

—Hace un momento hablaba usted de guerras, pues durante un tiempo este edificio fue usado por los otomanos como Ministerio de la Guerra —dije.

—Bueno, las universidades no se diferencian tanto de los campos de batalla.

Como quería pasear un rato, le dije a Süleyman que se fuera y entramos por el arco de la puerta. Cruzamos los jardines y nos dirigimos al edificio del rectorado. Los jardines estaban llenos de cientos de estudiantes, chicos y chicas. El profesor caminaba con toda tranquilidad en aquel entorno tan bullente y vivo. Tal y como había hecho a lo largo del camino, observaba atentamente todo lo que le rodeaba.

—¿Por qué hay policía en la entrada? —preguntó.

—Llevan largos años protegiendo las universidades de los universitarios.

Mi respuesta acentuó el gesto interrogante del profesor. No era el momento para ese tipo de comentarios irónicos, críticos, confusos. Tenía que responderle de la forma más simple, sin liarle la cabeza.

—En los últimos años la policía está sobre todo por las estudiantes con velo —dije—. Como está prohibido que las estudiantes entren a la universidad con el velo islámico que llaman *turban*…

Levantó la mano haciendo un gesto como para pedirme un momento. Esperó un poco y entonces preguntó:

—Bien, ¿y qué hacen las que llevan *turban*?

—Algunas se lo quitan en la puerta y se ponen un gorro, otras se dan media vuelta y dejan la universidad. Hasta hay quienes se ponen una peluca para que no se les vea su pelo auténtico.

—En mis tiempos no teníamos esos problemas. Las estudiantes no llevaban *turban*.

—Ya se lo decía, profesor, Turquía ha cambiado mucho.

El rector esperaba en la puerta del edificio para recibirle. Como había estudiado en Alemania, habló con el profesor en alemán. Yo no entendía lo que se decían. Después de acompañarles hasta el gran salón, los dejé a solas y me fui.

Al entrar en mi despacho y antes de sumergirme en el trabajo acumulado, le eché un ojo al teléfono. Sí, había dos llamadas de Tarık sin responder. Había desactivado el sonido mientras estaba con el profesor y no las había oído. Además, me había dejado un mensaje que decía: *What's up, honey*?

Un mensaje en inglés… Algo que casi nadie consideraría ya extraño. Así eran los jóvenes, sobre todo los que tenían una buena posición, los empresarios, los banqueros… Todos hablaban inglés a

medias: se les caían de la boca palabras como *great, wow, drastic, charisma, trendy, benchmark, success, story, first class*.

Tras un momento de duda, presioné la tecla de llamada.

Empezamos a hablar sin que quedara en mi mente el menor rastro de lo que había estado pensando:

—¿Qué tal tu viejo? —me preguntó.

—Es muy elegante y educado. Y muy guapo.

—Pues, hala, a pasarlo bien. —Soltó una risita—. ¿Tan mal estás que tienes que fijarte en los octogenarios?

—No lo decía en ese sentido, ¡no seas bruto!

—Era broma, mujer, broma. ¿No te digo siempre que no te tomes la vida tan en serio?

—Pero es que mi vida está llena de problemas serios, ¿qué le voy a hacer?

—No te agobies. Disfruta lo que puedas. Además, ¿no te decía el otro día que el humor es también una cosa muy seria?

—Muy bien, Tarık, ¿qué tiene que ver con el humor que disfrute y no me agobie?

—Bueno, bueno… ¿Nos vemos esta noche?

—No creo.

—¿Por qué?

—Porque no voy a poder dejar solo al profesor mientras esté aquí.

—Muy bien, tú sabrás. —Sin insistir demasiado, pasó rápidamente a otro tema—: Ah, dentro de poco tendré buenas noticias para ti.

—¿Qué?

—Estarás ganando dinero.

No me pareció una buena noticia porque no la encontré verosímil. Menudo loco…

—¿Has perdido un tornillo? El presidente del gobierno dice que ha empezado la peor crisis de la historia de la República. La bolsa se ha desplomado. La lira turca se arrastra por los suelos. ¿Cómo voy a estar ganando dinero cuando todos andan lloriqueando?

Por el teléfono me llegó su voz entre risas.

—¡Ya verás!

Y colgó. Pensé que probablemente tenía prisas por encontrar a otra con quien pasar la noche y me puse furiosa.

Oí mi propia voz saliéndome de entre los dientes: «¡Chulo!». Menos mal que estaba sola.

Llevaba bastante tiempo saliendo con Tarık. La verdad es que desde el principio sabía que no podía esperar nada bueno de él, pero seguía viéndole. Me encontraba en ese estado de ánimo con frecuencia: no me apetecía demasiado seguir con él, pero seguía

viéndole sin llegar a cortar.

Probablemente la explicación clave de aquella actitud suya tan despreocupada consistía en que no tenía ningún problema en acceder a mí, en que de todas formas iba a aceptar verlo a menudo. Pero no era sólo eso. Al parecer había hecho algo de dinero en la bolsa. Y según se multiplicaban las ganancias, la confianza en sí mismo había crecido hasta el infinito. Había empezado a menospreciar a todos los que lo rodeaban. De hecho, estos gestores de carteras de inversión siempre miran como a tontos a los que no ganan tanto dinero como ellos.

Pero quizá estaba siendo injusta. Estaba generalizando porque después de mi amarga experiencia con Ahmet los hombres despertaban en mí esa reacción. Si ahora se me posara en la mesa un ángel interrogador y me preguntara qué mal me había hecho ese muchacho, no encontraría una respuesta que ofrecerle. ¿Era amable? A su estilo, sí. ¿Era servicial y te apoyaba en los días malos? Sí. ¿Te hacía sentir guapa y atractiva? Sí. ¿Y si me preguntaba qué era, entonces, lo que me incomodaba? No lo sabía, de verdad que no lo sabía. ¿Acaso estaba buscando yo una relación larga, muy larga, que durara toda la vida? ¿No me bastaba con pasarlo bien? Sentía hacia él una rabia que no podía describir y cuyos motivos desconocía.

Mientras pensaba en todo aquello me di cuenta de que estaba haciendo girar el móvil, que había dejado sobre la mesa, apretándolo con todas mis fuerzas con dos dedos. ¡Otra señal de que estaba disgustada y nerviosa! Cuando el teléfono se paraba después de dar unas cuantas vueltas volvía a hacerlo girar.

Empecé a pensar indecisa si no sería mejor que dejara de marear al aparato aquel. Porque lo que me apetecía era mandarle un mensaje a Tarık: «¡No vuelvas a llamarme!». ¿O sería mejor seguir girando el teléfono en lugar de cortar con él?

La verdad es que llevaba un tiempo deseando escribirle algo así, pero era incapaz de superar mi indecisión y no acababa de atreverme. Además le había confiado los cuatro cuartos que tenía ahorrados.

En eso sonó el teléfono de mi mesa y dejé el móvil en paz. Era la señora Yeşim, la jefa de la secretaría personal del rector. Me avisaba de que teníamos que ir a almorzar.

Esta vez fueron el profesor y el rector quienes usaron el coche negro y yo los seguí en otro vehículo de la universidad.

El almuerzo se había organizado en el restaurante Konyalı, en los jardines del palacio de Topkapı. Al entrar por el gigantesco portón del complejo del palacio pensé que tenía que contarle al profesor que antiguamente se exponían allí las cabezas de los decapitados. Después de tantos años de alternar con visitantes extranjeros me había convertido en algo parecido a una guía turística.

En la comida había algunos otros profesores. Escogí para mí un lugar en el extremo de aquella mesa rectangular que daba al mar por el Cabo de Palacio, lejos del profesor y del rector. De todas maneras, no sabía alemán y no iba a enterarme de casi nada de lo que dijeran. Además, me había cansado de tanto hablar en inglés desde el día anterior.

Pero tampoco me fue posible comer tranquila en aquel rincón de la mesa. Esta vez se sentó a mi lado un adjunto joven que, en cuanto me veía, siempre se me pegaba. Hacía tiempo que me ponía de los nervios aquel tipo pesadísimo que a la menor oportunidad soltaba alguna indirecta de tipo sexual. Al parecer tenía una obsesión por las divorciadas. Continuamente llevaba la conversación a la soledad de las noches. Yo me hacía la inocente como si no le entendiera. Menos mal que poco después llegó la carne con puré de berenjenas que habíamos pedido y tuve la oportunidad de agachar la cabeza y ocuparme sólo de la comida.

Me apetecía contarle al profesor Wagner que aquel plato se llamaba «Al gusto de la soberana» porque le había gustado mucho a Eugenia, la emperatriz de Francia, que había venido invitada por el sultán Abdülaziz. Ahora estaba lejos de mí, con su piel pálida, su forma de sentarse tan erguida y su cuidado peinado. Y parecía estar también muy lejos de los temas de los que me habría apetecido hablarle.

Si hubiéramos estado más próximos, o sea, no sólo por estar sentados el uno junto al otro, sino en el sentido de poder mantener una conversación más cercana, quizá habría mencionado también la triste historia de amor entre el sultán y la emperatriz. Le habría explicado cómo la emperatriz había vuelto a Estambul a velar su cadáver después de que mataran al sultán haciéndolo pasar por un suicidio. Parecía el tipo de hombre al que le gustan esas historias de amor. Se le notaba con facilidad.

—¿Por qué sonríe?

—No estoy sonriendo —le contesté al adjunto sentado a mi lado.

—Vamos, vamos, no me engañe, ha recordado algo bonito, ¿no? Quizá una escapadita agradable. Yo entiendo de esas cosas.

Mientras me lo decía hacía todo tipo de extraños gestos y sacudía el dedo índice como un prestidigitador. Como si al mismo tiempo estuviera hablando de un asunto serio, pero en broma. De hecho, aquella era su actitud habitual. Preparado para soltar un «pero si era en broma» en caso de obtener una respuesta negativa. ¡Ay, Dios, qué tipo más desagradable!

Me sentí más tranquila cuando llegó el café. Olía estupendamente. Pero no era sólo el olor y el sabor del café lo que me reconfortaba. Más que eso, me sentaba bien el hecho de saber que en cuanto nos lo

hubiéramos bebido, nos levantaríamos y nos marcharíamos. Y me libraría del pesado que tenía a mi lado.

Cuando regresamos a la universidad ya estaba todo listo. Fuimos directamente al paraninfo, lleno ya de estudiantes y profesores. Primero subió al estrado el rector, que comenzó subrayando con voz entusiasta con cuánto respeto saludaba al profesor y le dio la bienvenida en nombre de la comunidad universitaria.

Luego invitó a subir al profesor Hakkı, que, como Wagner, era catedrático de derecho y que puso por las nubes a su colega visitante. Enumeró los trabajos que había llevado a cabo en Turquía y los académicos a los que había formado y concluyó que era una de las personas que habían sentado las bases de la educación universitaria moderna turca. Luego invitó al profesor Wagner al estrado llamándole «maestro de maestros» porque él mismo había sido uno de los estudiantes a los que había formado.

Wagner subió con agilidad. Durante un momento paseó la mirada por los asistentes en la sala. Con eso consiguió que el ligero rumor se apagara. La atención de todos se concentró en él.

—*Merhaba*!

Estalló un gran aplauso en la sala. Eché una mirada a mi alrededor; era evidente que había tocado una fibra de la audiencia. No obstante, no había hecho nada. Había bastado con su forma de subir al estrado y de mirar. Por supuesto, también había influido lo que se había dicho sobre él previamente y que saludara en turco.

Y fue en turco como continuó. A trompicones y con mal acento, pero simpático.

—Me siento muy honrado de encontrarme de vuelta en la Universidad de Estambul después de cincuenta y nueve años.

Le costaba un poco hablar. Las erres le salían algo gangosas. Se podía entender que lo había escrito con antelación porque de vez en cuando miraba hacia abajo. Volvieron a aplaudirle.

Luego continuó en inglés contando recuerdos de los dos años que había pasado en la universidad. Habló elogiosamente del nuevo régimen republicano que había tomado la decisión de que la enseñanza del derecho alcanzara niveles europeos. En cierto momento dijo algo que llamó mucho la atención:

—Fiódor Dostoyevski dice que el ser humano sólo madurará mediante el sufrimiento. Desde ese punto de vista, Estambul ocupa un lugar muy importante en mi vida porque yo maduré en esta ciudad.

Aquella frase implicaba que había sufrido mucho en Estambul, pero no entró en más detalles. Lo dejó así. Luego continuó:

—Pero yo no he venido a hablarles del pasado, sino del presente. El mundo de entonces era distinto al de hoy, aunque sigue

manteniendo los mismos problemas en sus fundamentos. Mi amigo el profesor Huntington llama a este problema de base «el choque de civilizaciones». Yo no estoy muy de acuerdo. Algunos le dan el nombre de «guerras religiosas» a este enfrentamiento. No creo tampoco que el motivo sean las religiones monoteístas, todas originarias de Oriente Medio y que predican los mismos principios. Otro amigo mío, Edward Said, objeta esas consideraciones y llama al problema «choque de ignorancias». Podemos decir que es una opinión más coherente que la de Huntington. Por lo menos se aproxima más a mi manera de pensar. Porque esas formas de civilización que a grandes trazos son llamadas Oriente y Occidente no se conocen la una a la otra. En unos tiempos en que la comunicación ha avanzado tanto, todavía vivimos en la época de la Ignorancia.

Dijo «ignorancia» en árabe: *yahiliyya*. Echó un rápido vistazo a la sala. Puede que sintiera curiosidad por cómo se recibían sus palabras. Tras esa breve pausa, continuó:

—Es verdad que no se trata de una ignorancia repartida a partes iguales. Oriente conoce a Occidente un poco mejor de lo que Occidente conoce a Oriente. Pero no soy partidario de andarme con detalles. En mi opinión la cuestión no es tanto la de un enfrentamiento entre civilizaciones o ignorancias, sino un «choque de prejuicios». Como será la primera vez que oigan el concepto, me siento en la obligación de explicarlo un poco. ¿Conocen el significado de la palabra «bárbaro»?

Hubo risas en la sala ante aquella pregunta. Pero eran unas risas nerviosas porque la audiencia se sentía un poco incómoda recordando que «bárbaros» era un adjetivo que Occidente aplicaba con frecuencia a los turcos. El profesor continuó:

—«Bárbaro» era una palabra que en griego antiguo se usaba para los extranjeros. Significaba «forastero», vaya. Todos los que no eran griegos, especialmente los persas y los pueblos asiáticos, eran bárbaros. El término fue adoptado por los europeos para llamar a los que no lo eran. Al principio la palabra no tenía un sentido peyorativo. Por ejemplo, su compatriota Heródoto, porque era de Bodrum, empieza su obra con estas líneas llenas de buenas intenciones: «La publicación que Heródoto de Halicarnaso va a presentar de su historia se dirige principalmente a que no llegue a desvanecerse con el tiempo la memoria de los hechos públicos de los hombres, ni menos a oscurecer las grandes y maravillosas hazañas, así de los griegos como de los bárbaros […] y expone con esmero las causas y motivos de las guerras que se hicieron mutuamente los unos a los otros».[1] Miren, habla de las maravillas llevadas a cabo por los bárbaros. Eso era lo que significaba «bárbaro» en aquella época, pero con el tiempo los prejuicios fueron cargando la palabra con el sentido actual. Como

saben, las mayores barbaries del siglo XX, en este sentido de la palabra, fueron desplegadas por la cultura europea, o por culturas de origen europeo.

Era evidente que estaba habituado a impartir cátedra y dar conferencias a multitudes como aquella. Paseó una vez más la mirada por la sala y siguió:

—Mi tesis es que todos los pueblos, todas las culturas, tienen prejuicios respecto a las otras. Si algún día logramos deshacernos de estos términos prejuiciosos, de esos adjetivos llenos de prejuicios como «bárbaro» en las lenguas de Europa, «*gaijin*» en japonés, «*kâfir*» entre los musulmanes, o «no ario» para los alemanes, podremos alcanzar nuestro objetivo. Y si se preguntan cuál es ese objetivo, en mi opinión consiste exactamente en lo siguiente: una comprensión del humanismo según la cual el valor de la persona provenga sólo del hecho de ser persona, sin que adjetivos previos nos hagan caer en discriminaciones por religión, nación, sexo, color, preferencia sexual o política.

La sala empezó a aplaudir al profesor. Sus hermosas palabras tenían un enorme efecto sobre la audiencia, aunque ninguno llevara a la práctica esas ideas fuera del paraninfo. Gente capaz de todo tipo de discriminaciones no veía objeción alguna en aplaudir las bellas palabras de la conferencia. Cuando poco después regresaran a sus vidas cotidianas, volverían a no ver a las personas como personas, a alimentar todo tipo de discriminaciones y odios. Y para explicar por qué se comportaban así dirían «pero» con frecuencia. Empezarían sus frases diciendo «es verdad, pero…» y se inventarían excusas para cualquier comportamiento ajeno a esos principios que defendían de palabra.

El profesor detuvo los aplausos con un gesto de la mano y continuó. Por desgracia, en ese instante me quedé petrificada y no fui capaz de entender ni una palabra más.

La voz del profesor me llegaba como un rumor venido del otro lado de un grueso muro. Oía su voz, pero no entendía las palabras. O, más exactamente, no era capaz de escucharlas. La sala y la gente que la llenaba se convirtieron en una fotografía borrosa. No podía distinguir ningún gesto, no podía entender ninguna palabra. Solamente podía ver con nitidez a aquellos tres hombres a un lado de la fotografía. Sólo los miraba a ellos. Sí, ¡eran ellos! ¡Los tres hombres del Renault blanco! Sentados en sus butacas, escuchaban con atención al profesor y tomaban notas.

Me pregunté quizá por centésima vez quiénes serían aquellos hombres. Pero es posible que hubiera debido preguntarme «¿Quién es este Wagner?». Si era un apreciado catedrático de derecho como había quedado claro en la ceremonia, ¿qué hacían esos tipos siguiéndole?

«¿Quién eres, Maximilian Wagner?», pensaba todo el rato en el

asiento de atrás del coche mientras regresábamos al hotel después de dejar la universidad. No le dirigía la palabra. Süleyman nos observaba receloso por el retrovisor. En cierto momento vi que el profesor cerraba los ojos. Para alguien de su edad habría sido un día bastante agotador. De todas formas, lo llevaba bien.

—¿Está cansado, profesor? —le pregunté al dejarle en el hotel—. Mejor que descanse un poco, duerma.

Asintió con la cabeza.

—Pero tengo algo que pedirle después.

—Diga.

—Es un favor totalmente fuera de sus obligaciones. ¿Me acompaña esta noche a cenar, Maya?

No me lo esperaba. Y era la primera vez que pronunciaba mi nombre.

—No sé… Tengo a mi hijo en casa…

Me interrumpió con voz comprensiva para que no me molestara en buscar más excusas.

—En ese caso, no insisto. Muchas gracias por todo.

Se inclinó ligeramente quitándose el sombrero y luego se dio media vuelta y echó a andar hacia el hotel. Justo cuando estaba cruzando la puerta, lo llamé:

—¡Profesor!

Se volvió. Seguía teniendo la misma expresión comprensiva en el rostro. El aspecto de un hombre que, más que sentir curiosidad por lo que tenía que decir, me escucharía con tolerancia… Pero también con amabilidad. Me respondió con suavidad:

—¿Sí?

—¿A qué hora cenamos?

—¿A las ocho está bien? —dijo después de pensárselo un momento.

—Bien. ¿Quiere cenar en el hotel o en otro sitio?

—Si no le importa, mejor nos quedamos en el hotel.

Una vez que me hube montado en el Mercedes eché un vistazo a mi alrededor, algo que ya iba convirtiéndose en costumbre. Ni rastro de aquellos hombres por allí.

Cuando el coche se puso en marcha me sentí muy cansada. Todavía tengo que ir a la universidad a perder una hora con tonterías, me dije. Luego empezaría la tortura de regresar a casa. Y después ir al hotel. ¡Qué cuesta arriba se iba haciendo todo aquello ante mis ojos! Qué bien estaría si ahora pudiera volver directamente a casa, me diera una ducha y descansara y después me arreglara para la cena… Así es como vivían las personas, no como yo, siempre corriendo sin aliento.

Dejé de hablar conmigo misma y miré a Süleyman al volante.

¿Todavía estaría molesto conmigo? ¿Seguiría alimentando aquella rabia que disimulaba? No lo parecía. Puede que se hubiera olvidado de la conversación de aquella mañana. O puede que la propina que se había llevado lo hubiera ablandado un poco.

—He pensado —dije— que quizá podía dejarle caer algo al rector sobre tu primo.

Me miró por el espejo. Le llevó un par de segundos entender de qué le estaba hablando. Entonces apareció una repentina sonrisa en su cara.

—Ah, muchas gracias —continuó, dándole un tono quejica a su voz alegre—: Tiene tres hijos y está en paro. Que Dios te lo pague.

—Muy bien, mañana le digo algo en cuanto pueda. O más tarde, o sea, en cuanto se presente la oportunidad.

Me sentía un poco mentirosa, pero traté de pensar en otras cosas. Continuamos un rato sin hablar.

—Süleyman —le dije cuando subíamos por el bulevar Tarlabaşı—, esta noche tengo trabajo con el profesor, ¿y si me dejas en casa?

—Claro —respondió alegre—. A tus órdenes. Te llevo siempre que quieras, no tienes más que pedírmelo.

—No queda mucho para las cinco —me excusé—. No quiero perder el tiempo yendo ahora a la universidad y volviendo luego a casa. De todas formas, esta noche tengo que trabajar…

—¡Por favor! —me interrumpió—. Lo que te parezca mejor…

Me bajé en la esquina de mi calle y entré rápidamente en un asador. Les dije que me pusieran porción y media del asado de Adana que le gustaba a Kerem. Mientras preparaban mi pedido aproveché para acercarme a la verdulería que había al lado. Compré a toda prisa algo de fruta y luego un helado de chocolate del colmado.

En cuanto consigues un rato libre te esfuerzas todo lo posible para aprovechar el tiempo. Te sientes más animada. Apenas tienes la sensación de haberte librado de tus obligaciones aumenta el deseo de vivir.

Cuando entré en casa me sorprendió ver que Kerem estaba dormido. Así que no había podido aguantar la falta de sueño y se había quedado traspuesto. Lo miré dormir un rato. Me reconfortó ver su hermosa cara de rasgos bien formados. Le acaricié el flequillo castaño que le caía sobre la frente. Sólo podía acariciar a mi hijo cuando estaba dormido porque jamás me habría permitido hacerlo si estuviera despierto.

Me rompía el corazón la vida que llevaba, pero no podía hacer nada. Todo el trabajo realizado con tres psiquiatras diferentes había sido inútil. Y lo peor era que Kerem se alejaba de mí cada día un poco más.

Me dirigí a la cocina para dejar la comida. Mis movimientos volvieron a acelerarse. Como alguien que camina por el desierto y atisba una fuente ante él, reunía mis fuerzas a pesar del cansancio y del mal cuerpo y me reanimaba un poco. Me apetecía ducharme lo antes posible.

Poco después, bajo el chorro de la ducha y tal y como me esperaba, noté que el agua que me caía desde arriba se llevaba mi cansancio con ella.

Me envolví en mi albornoz blanco y fui de nuevo junto a Kerem. Seguía durmiendo. Mi mirada se clavó en la pantalla negra del ordenador. Supuse que Kerem lo habría dejado encendido y que el ordenador habría pasado al modo de protección de pantalla, así que le presioné una tecla.

Cuando la pantalla se iluminó me sentí horrorizada. No era precisamente el tipo de asunto del que quisiera ocuparme en ese momento. Pero de la oscuridad surgió a la luz la existencia de un problema que hubiera preferido no ver, o que, por lo menos, me habría gustado dejar para otro día. En la pantalla se veía la misma frase escrita con mayúsculas una y otra vez:

NO QUIERO VIVIR
NO QUIERO VIVIR
NO QUIERO VIVIR
NO QUIERO VIVIR
NO QUIERO VIVIR
NO QUIERO VIVIR

Empecé a bajar el cursor. Cientos de NO QUIERO VIVIR saltaban ante mi mirada. ¡Cientos de gritos! ¡Cientos de golpes!

—¿Estás fisgoneando en mi ordenador?

La voz de Kerem me dio tal susto que casi me estalla el corazón. Me llevé las manos al pecho, como alguien que ha sido pillado con las manos en la masa. La voz sólo me salió después de aspirar profundamente.

—No —dije—, la pantalla se había quedado encendida y la estaba apagando.

Me había quedado inmóvil, con las dos manos a la altura del pecho. Kerem, avergonzado, se alargó hacia el ratón.

—Ya la apago yo —dijo como en un susurro.

Dio unos cuantos clics con movimientos rápidos y acostumbrados. Presionó el «no» en la ventana que le preguntaba si quería guardar el documento.

Lo abracé prácticamente echándome sobre él. Quiso apartarme de

un empujón, pero no se lo permití.

—Sabes que soy la persona que más te quiere en el mundo, ¿no? ¡Es a ti a quien quiero más!

No me contestó.

—Estoy dispuesta a dar mi vida por ti en cualquier momento. Y sin la menor duda.

—Déjame.

—No te voy a dejar. Te necesito.

¿Qué quería decir con «te necesito»? Pero ¡qué cosas le decía al pobre! Empecé a soltar libremente todo lo que se me venía a la cabeza sin retenerlo entre mis labios.

—Estoy en un lío. Te necesito.

Dejó de empujarme y preguntó en voz baja:

—¿Qué ha pasado?

—Me están siguiendo.

—¿Quién?

—No sé quiénes son. Tres tipos peligrosos que van en un Renault blanco.

—¿Por qué?

—Tampoco lo sé. Ha venido un profesor de América y me parece que tiene que ver con él. Tengo mucho miedo.

Veía que su interés iba en aumento según exageraba el asunto y lo adornaba con detalles inventados.

—Esta noche tengo que verme con el profesor para cenar. Cierra bien la puerta y no le abras a nadie. De vez en cuando echa un vistazo por la ventana, a ver si ves un Renault blanco.

Kerem enderezó la espalda al tiempo que decía «De acuerdo» y se sentó más erguido. Por el tono de voz se veía que por fin algo le importaba.

—Puede que vengan a casa, pero por suerte estás tú. Eres un chico fuerte. Y, ¿no has ido a clase de aikido? Podrás con todos.

Del cajón que tenía al lado sacó una cosa metálica que parecía una serie de grandes anillos uno al lado del otro. Se lo puso en la mano metiendo los dedos por los agujeros.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—Un puño americano.

Como vio que no le entendía, me lo explicó:

—Le das al otro así y le partes la cara. ¡Se la haces pedazos!

Me sentí mal. ¿Qué pintaba esa cosa en el cajón de mi hijo?

—¿Por qué te has comprado eso?

—Para defenderme de los chicos del colegio.

Mostraba la seriedad y la emoción de un niño concentrado en su

juego. Aquello de los hombres peligrosos del Renault blanco le había sentado bien. Pero ese asunto del puño americano me inquietaba. ¿Por qué sentía la necesidad de poseer algo así? Pobre pequeño mío, pensé, de manera que en el colegio le pegaban. Probablemente por esa misma razón se dejaba llevar de tal manera por este juego. Pobre hijo mío, quizá quería resguardarse en un mundo imaginario donde no existieran los problemas a los que se enfrentaba en la vida real, en el que pudiera superarlos.

—Se me ha ocurrido otra cosa —exclamé poniéndome en pie.

Corrí hasta mi dormitorio, saqué del bolso el espray de defensa personal del que nunca me separaba y se lo llevé.

—Si vienen, échales esto a los ojos.

Aquello lo alegró bastante más.

—¿Me lo puedo quedar?

Era evidente que también quería llevarse el espray al colegio.

—Sabes que está prohibido, ¿no?

—¿Qué?

—¿No está prohibido llevar cosas así al colegio?

—Bueno, pero no se lo voy a enseñar a nadie.

—¡Muy bien! —Me incliné y le di un beso en la mejilla. Esta vez no se opuso a que lo besara.

Por lo visto, tenía el día de ganarme la simpatía de la gente repartiendo sobornos.

Me levanté y pasé a la cocina con la misma rapidez que cuando llegué a casa. Metí el asado de Adana, ahora frío, en el microondas. El apetitoso aroma que llenaba la cocina fue extendiéndose por toda la casa mientras ponía la mesa. Me alegraba muchísimo poder prepararle un pequeño banquete a mi hijo.

—¡Kereeem!

Con la comida lista bastó una sola llamada para que viniera a la cocina.

—Pero te lo tienes que comer todo. Al fin y al cabo, nos estamos preparando para la guerra.

Empezó a comer sin protestar y yo eché a correr a mi dormitorio. Saqué del armario el vestido negro que me dejaba los hombros al descubierto. Era un poco escotado, pero decidí que no habría problema si el collar me cubría el pecho.

¿El collar? Bien, pero hacía años que no me lo ponía… Estaba guardado bajo llave en la caja fuerte del armario. ¿Por qué se me había venido a la cabeza ahora ese collar? Da igual, me dije, al fin y al cabo, me apetecía ponérmelo.

Calmé mis inquietos movimientos al abrir la caja. Con aire ceremonioso, saqué el collar de la bolsa de terciopelo rojo en que

estaba. Vi que tenía en la mano la crucecita que también estaba en la bolsa de terciopelo. La dejé en la caja. Los diamantes y rubíes del collar brillaban como el sol. Me lo puse al cuello ante el espejo y me contemplé. Era tan grande que el vestido ya no parecía escotado. En realidad, con una joya tan llamativa nadie iba a mirar el cuello que la llevaba. Sentía como si el collar me hubiera sometido a una mágica transformación.

Con ese estado de ánimo me pinté los párpados de un color oscuro y me puse rímel en las pestañas y un poco de lápiz de labios. Mi imagen en el espejo me sonreía como si fuera una mujer completamente distinta.

Desde el momento en que entré en el dormitorio pasé a un mundo de cuento. Con mi vestido negro y mi collar me había convertido en una mujer de ensueño.

Antes de salir de casa le serví el helado a Kerem, que estaba a punto de terminarse la carne. Y le advertí una última vez:

—¡Que no se te ocurra apartar la mirada de la calle! Y presta oído de vez en cuando a la puerta. Si pasa algo, llámame de inmediato.

Me alegraba ver que se dejaba llevar por el juego. Puede que así se olvidara un poco del ordenador.

Llamé por teléfono a la parada de la esquina para pedir un taxi. Aunque estaba cerca, no quería andar por la calle vestida así. Salí despacio pero contenta de la casa en la que unas horas antes había entrado con tantas prisas. Pisando segura de mí misma.

Ahora voy a tener que levantarme un rato de nuevo y mover las piernas, que se me están durmiendo. En la película de dibujos animados que pusieron antes de que el avión despegara aconsejaban hacerlo en los vuelos largos para evitar los trombos. Se deben hacer estiramientos de pies y movimientos de piernas.

Han pasado dos horas desde el despegue, pero no he visto a nadie que lo haga. Quizá no es necesario porque todos están recostados. Si tenemos en cuenta que todas las noches nos acostamos en la cama, probablemente no se formen trombos en posición horizontal. Pero como yo estoy sentada, la sangre se me acumula en las piernas. Por eso debo levantarme y moverme. Además, así me despejaré. No tengo intención de dormir hasta que aterricemos en Boston.

Tengo que continuar contando los extraordinarios sucesos que me han ocurrido.

3

El profesor ni se inmutó por mi vestido de noche negro. La verdad es que esperaba algún cumplido del tipo «¡Esta noche está deslumbrante!».

Por el contrario, estaba bastante serio, correcto y distante. Era imposible que no se hubiera dado cuenta de que me había vestido con especial cuidado para la cena, pero no le daba la menor importancia. Es curioso porque aquello abrió la puerta a que el ambiente se relajara enseguida. Eché una mirada a mi alrededor por el elegante restaurante del Pera Palace. Muchas de las mesas estaban vacías. Al parecer, la mayoría de la gente prefería lugares más *trendy*.

—¿Se ha quedado a menudo en este hotel? —le pregunté.

—Me hospedé aquí la primera vez que vine a Estambul. Me quedé hasta que pude alquilar un piso con la ayuda de unos amigos. Como un mes, más o menos.

—¿Tenía amigos en Estambul?

—Sí, amigos alemanes. Por entonces vivía aquí una comunidad alemana bastante grande.

—O sea, en los años treinta y cuarenta, ¿no? No lo sabía.

—Sí, los funcionarios del consulado, comerciantes, traductores y los profesores alemanes y judíos de la universidad.

—¿Profesores judíos que escapaban del régimen de Hitler? Recuerdo haber oído algo así.

—Sí.

—¿Y usted era uno de ellos?

Se rio.

—No, no lo era. En realidad, provengo de una estirpe aria, justo como le gustaba a Hitler.

—Entonces, ¿para qué vino a Estambul?

—Esa es otra historia.

Al parecer sería mejor que no llevara la conversación al terreno personal.

—¿Y se encontraba con los demás alemanes en este hotel?

—A veces… Pero la mayoría de mis compatriotas se reunía en la

Teutonia Haus, que no quedaba muy lejos de aquí. Los domingos aquello hervía de alemanes. Como decía, funcionarios, profesores, comerciantes, incluso espías.

—¿Espías?

—Claro. En los tiempos de la guerra Estambul estaba lleno de espías de todos los países. Y, por supuesto, Hitler tenía también los suyos. De hecho, este hotel era un nido de espías. Algo que sabía todo el mundo.

El punto al que había llegado la charla empezaba a cortarme la respiración. ¿Se disponía el profesor a hacerme alguna confesión? Primero unos hombres que lo seguían, ahora esta curiosa conversación sobre espías. Los hechos que le había contado a Kerem exagerándolos tanto para distraerle parecían ser más reales de lo que había creído.

El profesor debió de notar que el tema atraía mi atención y, con el tono de quien continúa lo que ha dejado a medias, me preguntó:

—¿Ha oído hablar de Cicerón?

—Claro que sí. Incluso fue durante un tiempo el gobernador romano de nuestra provincia de Cilicia. Pero no entiendo qué relación tiene con lo que estábamos hablando.

—No ese Cicerón, sino el mayor espía que hubo en Ankara durante la Segunda Guerra Mundial.

Le miré a la cara como preguntándole si me tomaba el pelo. No, parecía completamente serio.

—Cicerón era el nombre en código de un turco de origen albanés llamado Elyesa. Trabajaba de ayuda de cámara de Knatchbull-Hugessen, el embajador británico en Ankara durante la Segunda Guerra Mundial. Estaba al tanto de todo tipo de secretos. Era tan íntimo con el embajador que hasta le enjabonaba la espalda y le cantaba cuando tomaba un baño. Se dice que tomó un molde de la llave de la caja, que el embajador llevaba siempre colgada del cuello, cuando este tenía los ojos llenos de jabón. Gracias a ella podía acceder a todos los documentos. Luego empezó a espiar a cuenta de los alemanes. Por entonces el embajador de la Alemania nazi era el famoso Franz von Papen. Cicerón le pasaba a Von Papen una copia de cada documento secreto al que accedía y él los remitía directamente a Berlín.

Cosas así sólo las había visto como argumento de películas y novelas. O como habladurías.

—¿Es verdad todo eso, profesor, o son sólo rumores?

Sonrió con una expresión comprensiva que dejaba bien a las claras que encontraba normal que me pareciera increíble lo que me contaba.

—Es verdad, por supuesto.

—Parece una novela.

A pesar de su piel anciana y de los ojos que los años habían opacado, la vitalidad de su rostro iba en aumento. El hecho de que yo le escuchara con atención debía de energizarlo. Levantó la mano como diciendo «¡Un momento!».

—Espere, todavía no he terminado. Cicerón transmitió la información de que los aliados iban a llevar a cabo un gran desembarco en Normandía. Se trataba de una información histórica, según se supo luego. Pero, como no le creyó, Hitler cambió el destino de la guerra. O sea, de haber creído Hitler a Cicerón, todo habría sido peor, así que mejor que no le creyera y que Alemania fuera derrotada.

—Como una película.

—Tiene razón. De hecho, Hollywood hizo una película sobre Cicerón. Se llamaba *Five Fingers* y el protagonista era James Mason.

Lo escuchaba y al mismo tiempo pensaba en por qué un catedrático de derecho estaría tan interesado en historias de espías. No era un judío que hubiera huido de Alemania, sino ario. ¿Habría sido él también un espía de Hitler? ¿Habría conocido personalmente a Cicerón? ¿Cómo estaba al tanto con tanto detalle de aquellas historias de espionaje?

¿O es que todo aquello tenía que ver con el Renault blanco? Pero, aunque hubiera sido espía de Hitler, de aquello había pasado medio siglo. ¿A quién le podía servir de algo seguirle?

—Bueno, ¿y qué fue de Cicerón?

—Recibía veinte mil libras esterlinas de los alemanes a cambio de cada entrega de información.

—Pues se hizo bastante rico.

El profesor se echó a reír.

—No, no. Los alemanes le pagaron con libras falsas que habían imprimido para hundir la economía británica y Cicerón se encontró con las manos llenas de unos billetes que no valían nada. En cierto momento intentó ganarse la vida como cantante de ópera, pero como era muy malo tampoco le sirvió. Al final murió en la pobreza.

—¡Qué historia más extraordinaria!

—Sí, cierto.

Durante un rato el silencio se apoderó de la mesa. Lo miré a los ojos.

—Profesor, todo eso es muy interesante, pero por quien siento curiosidad es por usted. ¿Por qué vino a Turquía y luego se fue y no volvió en tantos años? Cincuenta y nueve años, ¡se dice fácil! ¿A qué debemos esta visita después de cincuenta y nueve años?

Al parecer no se esperaba unas preguntas tan claras y directas. Vi que le había confundido y que nubes de preocupación atravesaban su rostro. ¿Había algo que me ocultaba sobre lo del espionaje? Pero

entonces, ¿por qué hablaba de ello tan abiertamente? ¿O lo que le alteraba tanto eran los recuerdos personales de los días pasados en Turquía?

Miró un poco a su alrededor. Luego dijo de repente:

—El collar que lleva en el cuello es una auténtica obra de arte. Y muy antiguo. Una obra maestra. ¿Tiene alguna historia?

Sonreí ante aquella maniobra. Era evidente que el objetivo de la pregunta, más que obtener una respuesta, era cambiar de tema. Muy bien, pensé, y volví a mi cena. Pero él continuó como recordándome que esperaba que le contestara:

—Esas cosas siempre esconden una historia.

Sonreí de nuevo para que entendiera que no me había enfadado.

—Todo el mundo tiene sus secretos, no sólo usted, profesor.

Esta vez fue él quien asintió con la cabeza. Yo me sentí obligada a añadir al menos una frase:

—Si no le importa, me voy a limitar a decirle que es una herencia de mi abuela.

Alzó la copa de vino blanco con una sonrisa.

—Entonces, ¡a la salud de nuestros secretos!

Dijo «a la salud» en turco, «*şerefine*».

—Ha escogido un vino maravilloso, muchas gracias —añadió amablemente.

—Le quedan dos días más. ¿Qué le gustaría hacer mañana, profesor? —le pregunté—. ¿Dar una vuelta por Estambul? Sultanahmet, Santa Sofía, el Bósforo… ¿O quiere ir de compras al Gran Bazar?

—Si me lo permite, mañana vamos a dejarlo libre. Me gustaría pasear a solas un poco. Pero pasado, o sea, el 24 de febrero, le voy a pedir algo importante.

—Usted dirá.

—Quiero que, si es posible, me recoja en coche por la mañana temprano.

—¿Cómo de temprano?

—¿Le parece a las cuatro?

Me quedé de piedra. ¿Adónde quería ir este hombre a las cuatro de la madrugada? Me recompuse para disimular mi expresión de desconcierto.

—Muy bien, ¿adónde vamos a ir?

—Si no le importa, se lo diré ese mismo día.

En ese instante sentí miedo. Se me pasó por la cabeza si no debería llamar por teléfono a casa para ver si Kerem estaba bien. Quería saber en qué lío me estaba metiendo. Aquello había dejado de ser una visita

normal de un profesor universitario. No pude contenerme y miré a Wagner con suspicacia. Pero se le veía muy tranquilo, ocupado en comerse el pato que tenía delante. Mientras, a mí me daban calambres en el estómago.

El resto de la cena continuó en medio de la tensión y la frialdad creadas por aquella conversación. No volvimos a tocar el tema; de hecho, no hablamos demasiado. Como si quisiéramos acabar de una vez con esa atmósfera, ambos empezamos a comer más rápido. Tan pronto como terminamos de cenar, me levanté mencionando a Kerem como excusa.

Tomé un taxi y, en cuanto llegué a casa, Kerem me contó excitado que había visto un par de Renault blancos por la calle, pero que nadie había llamado a la puerta. Tenía el puño americano en los dedos y el espray a mano. En la pantalla del ordenador no había ningún texto que pudiera asustarme. Me tranquilicé al ver la cara alegre de mi hijo. Además, no se enfadó cuando le acaricié el pelo y le deseé buenas noches.

—Vamos, acuéstate, no vaya a ser que llegues tarde al colegio mañana.

No protestó.

—Vale.

Al parecer tanto la aventura en la que le había metido como el espray le daban fuerzas para ir a clase. Recordé el dicho de mi abuela: «no hay mal que por bien no venga».

Cogí una jarra de la cocina y regué la maceta del pequeño abeto. Sólo quedaba una de las tres ramas que había plantado en distintas macetas. A un abeto arrancado de las laderas de Kafkasör no le había gustado demasiado mi salón, por supuesto. Pero estaba decidida a que aquel brote sobreviviera. A pesar de todo el sitio que ocupaba ese macetero tan grande, le daba frescura al salón. Me venía bien para mis sentimientos de nostalgia y me tranquilizaba.

Luego encendí el ordenador portátil de la universidad y continué con las notas que había comenzado a escribir después de la llegada del profesor. Me sorprendí de ser capaz de escribir sin parar y tan deprisa a pesar de no haberlo meditado con anterioridad. El cursor avanzaba como si corriera arrastrando las palabras detrás de él. Pero me sentía como si no fuera yo quien estaba escribiendo. Aunque era yo quien observaba a la Maya que estaba al ordenador, sin que ella lo supiera.

Cuando me acosté no pude entretenerme con mi juego de ser otra, de envolverme en otra personalidad. Tampoco recité el poema «Hay otro cielo». ¿Porque tenía mucho sueño o porque escribir lo que me estaba sucediendo había ocupado el lugar de esas costumbres? Simplemente pensé durante un rato en el profesor y en sus secretos.

¡Qué cara de inocencia tenía!

4

La mañana del 23 de febrero la lluvia caía con mayor violencia aún y hacía un frío increíble. A pesar de haberme puesto un grueso abrigo encima de un jersey de lana y de taparme el cuello con una pashmina color lila, no paré de tiritar hasta llegar a la universidad. Y eso que también llevaba un gorro y me resguardaba bajo el paraguas.

Tan pronto como llegué al despacho me llamó la secretaria del rector para decirme que fuera a toda prisa. Crucé los pasillos amplios del histórico edificio y llegué a la secretaría personal. La señora Yeşim estaba hablando por teléfono y me hizo un gesto con la cabeza para que pasara. La saludé y abrí la pesada puerta de nogal.

—¡Buenos días, señor rector!

Me dirigí hacia él, pero de repente me quedé desconcertada sin saber qué hacer. Los tres hombres que llevaban dos días siguiéndonos y que había visto el día anterior en la conferencia estaban frente al rector sentados en los sillones. No se me habían ido de la cabeza sobre todo la cara del tipo que me miraba de arriba abajo mientras fumaba ni su sonrisa burlona.

De repente noté que empezaban a zumbarme los oídos. ¿Qué hacían allí? ¿Qué relación podían tener con el rector? Así que no me había equivocado al pensar que nos seguían. Se trataba de un asunto complejo y quizá peligroso que tenía que ver con el profesor.

Al rector lo que le sorprendió fue que yo me sorprendiera.

—¿Qué le pasa, Maya? Se ha quedado pálida. Siéntese, vamos, ¡no hay nada que temer! —dijo señalándome un sillón libre.

Aturdida, me senté un tanto asustada. Los tres hombres iban de chaqueta y corbata. Uno vestía un traje gris y los otros dos, azul marino. Aquel cuya cara recordaba tan bien tenía un bigotito fino. Era delgado y se sentaba cruzando las piernas. Por algún motivo, era él quien más llamaba mi atención. Su cara morena mostraba una expresión como de estar a punto de perder los estribos en cualquier momento. A su lado, los otros dos parecían inofensivos. Uno había perdido el pelo. El del bigote y el que estaba a su lado debían de rondar los cuarenta años. El otro era más joven.

—Estos señores vienen del servicio de inteligencia —dijo el rector

rompiendo el silencio— y quieren decirle algunas cosas.

No fui capaz de replicar y me limité a asentir con la cabeza y a sonreír de una forma que parecía más una mueca de dolor.

El rector se puso en pie; los otros también y, por supuesto, yo los imité.

—Tengo que presidir el claustro —continuó el rector—. Ustedes quédense aquí sentados hablando tranquilamente.

Luego salió cerrando la puerta y yo me quedé a solas con los tres hombres.

—¿Cómo se encuentra, señora Duran? —dijo el del bigote tras un breve silencio.

Respondí «Bien» a aquella pregunta absurda, pero la voz me salió tan baja que lo repetí, como si corrigiera un error:

—Bien.

—Como le ha explicado el rector hace un instante, somos del servicio de inteligencia.

—Dígame.

—El motivo por el que estamos ocupando su tiempo es que queremos pedirle su apoyo en un asunto importante.

—¿Mi apoyo?

—Sí, el suyo.

—Adelante, pues.

El del bigote se detuvo, encendió un cigarrillo y aspiró el humo profundamente. Se movía con toda naturalidad.

—Es usted una mujer patriota, ¿verdad, Maya?

—No le entiendo.

—No hay nada que entender. Le pregunto si está dispuesta a servir a su patria o no.

—¿Qué tipo de servicio?

—Primero responda a mi pregunta. ¿Es usted patriota o no?

—¿Por qué me lo pregunta?

Como me iba acostumbrando a la situación y empezaba a responderle con mayor tranquilidad, me di cuenta de que era él quien se estaba poniendo nervioso. Se puso en pie con agilidad.

—Soy yo quien hace las preguntas, señora mía. Por favor, ¡conteste!

—Señor mío, no entiendo por qué quiere cuestionar mi patriotismo.

Se detuvo un instante, miró a los otros a la cara y luego, volviendo a sentarse, apagó el cigarrillo aplastándolo en el cenicero.

—¿Por qué le molesta la pregunta?

—Porque me parece mal planteada —respondí—. ¿Existe algún

método para medir quién es más patriota? ¿Por qué hay gente que pretende conseguir privilegios diciendo que aman más que otros a su país?

Apoyó la barbilla en la mano, se inclinó ligeramente hacia delante y meditó durante un momento. Luego se incorporó con brusquedad.

—Entonces le voy a hacer otra pregunta —dijo. Por el tono de su voz comprendí que se avecinaba una amenaza—: ¿Está usted contenta con su trabajo en la universidad?

Tampoco alteré el tono de mi voz cuando le respondí:

—Sí.

—Trabaja codo a codo con el rector de una institución tan importante como la Universidad de Estambul. ¿Tiene un pasado digno de su empleo?

—Creo que sí, he estudiado en esta misma universidad, tengo experiencia en el puesto…

—No, no, no me refería a eso. Háblenos un poco de su pasado familiar. Por ejemplo, de su abuela. ¿Cómo se llamaba? ¿No era Semahat?

En ese momento comprendí adónde quería llegar.

—¿Me está diciendo que eso me impide ser ciudadana turca?

En su rostro apareció una sonrisa de superioridad y seguridad en sí mismo.

—No, no. Tampoco estoy diciendo eso. Sólo le pregunto. ¿Saben la verdad las autoridades de la universidad?

No le contesté. Tras esperar un momento, insistió:

—¿Lo saben?

—No, no lo saben —respondí en voz baja.

—¿Piensa contarles su secreto?

—No.

—No la oigo. Está hablando para sí misma.

—No.

—Pues por eso se lo pregunto. ¿Está dispuesta a servir a su patria?

—Pero si yo no les sirvo para nada…

—Eso lo decidiremos nosotros.

Quedaba perfectamente claro hasta qué punto se sentía dueño de este país y de todos sus habitantes.

—Bien, ¿y qué quieren que haga?

Ante aquella pregunta mía intervino el del traje gris, el más joven:

—El otro día recibió a un profesor alemán.

—Estadounidense. Estadounidense, alemán de origen.

—Lo sabemos, no se preocupe, lo sabemos todo. El profesor Wagner permanecerá cuatro días en Estambul y usted lo acompañará,

¿verdad?

—Sí, ha sido una comisión por orden del rectorado.

—El servicio a la patria que le pedimos es que nos informe de todo lo que haga y diga Wagner.

Había supuesto que se trataba de eso, pero, con todo, seguía estupefacta.

—¿Qué relación puede tener con ustedes un viejo profesor? —pregunté.

—Si no le importa, déjenos eso a nosotros —dijo el del bigote—. Tiene que informarnos hasta de cuándo respira, de sus conversaciones telefónicas, de la gente con la que se encuentra, de las notas que toma.

—O sea, ¿que voy a ser una especie de espía?

—No, querida, no es para tanto. Sólo es algo de información.

—Bueno, ¿y cómo les informo?

—No se preocupe, nosotros nos pondremos en contacto con usted. Pero abra bien los ojos y los oídos. Aproveche esta oportunidad de poner a prueba su patriotismo.

Se marcharon y me dejaron sola en la habitación, totalmente atónita.

Pensé en cómo habrían descubierto el secreto de mi abuela. No seas estúpida, me dije, son de la inteligencia, si no lo saben ellos, ¿quién lo va a saber? Bueno, pero ¿a qué organización de inteligencia pertenecían? ¿A la del Centro Nacional, a la de la Gendarmería, a otra? Conocía algunos detalles de todo aquello porque mi hermano Necdet era oficial de inteligencia militar.

Fui a mi despacho, me apoyé en la ventana y estuve un rato contemplando los árboles centenarios bajo la lluvia, a los estudiantes envueltos en sus impermeables, algunos con paraguas y otros no, a los enamorados que caminaban abrazándose sin que les importara el chaparrón. Eran las diez menos cinco.

Ahora tenía que hojear la prensa, archivar las noticias relativas a la universidad y separar los artículos que requerían respuesta, pero no me apetecía nada hacer aquel trabajo que por lo general realizaba tan a gusto. No me apetecía mover ni un dedo. Me sentía terriblemente agobiada. Por alguna razón estaba furiosa con el profesor porque no quería que lo acompañara. ¿Por qué me había pedido que lo dejara solo? ¿Iba a encontrarse con alguien?

Llamé al hotel y pregunté si el profesor Wagner estaba en su habitación. La operadora dijo: «Le paso». Pero yo no le había pedido que me pusiera con la habitación. De repente oí la voz del profesor, «*Hello*!», y colgué de inmediato.

No era sólo que no me apeteciera hojear la prensa, no quería hacer nada de nada. ¿Y si me escapaba a escondidas? No pasaría nada, en

realidad. De todas formas, el rectorado me había encargado que esta semana me dedicara a pasear a nuestro invitado. Nadie sabía que el profesor me había pedido que ese día lo dejara solo. Nadie notaría mi ausencia. Existía la posibilidad de que Süleyman anduviera por ahí y se fuera de la lengua, pero ya me inventaría alguna excusa. Diría que el profesor había querido pasear por Beyoğlu y que por aquellas calles estrechas no había necesidad de coche. De hecho, por la calle İstiklâl sólo funcionaba el tranvía.

Sin pensármelo más cogí el abrigo, me lo ceñí bien y salí de la universidad. El tiempo estaba horrible de verdad. La lluvia se iba convirtiendo lentamente en aguanieve y cada vez caían más copos del cielo. Me dolían los pulmones con aquel frío húmedo. Tomé un taxi en la plaza de Beyazıt y me fui a casa.

—Que Dios guarde a los que no tienen refugio, a los niños de la calle, a los pobres animales —dijo por el camino el taxista veterano.

Aquella frase me llegó a las entrañas. Por poco no lloro.

En cuanto entré en casa, el calor seco de la calefacción me pareció el paraíso. En un abrir y cerrar de ojos me deshice del abrigo, de la bufanda, del gorro y de todo lo que llevaba encima. Acto seguido, me metí bajo el agua caliente de la ducha. No recuerdo cuánto tiempo estuve allí porque me quedé absorta pensando en los extraños acontecimientos que me habían ocurrido en los últimos días, pero al salir el baño estaba lleno de vaho y no se veía nada en el espejo. Me envolví en el albornoz, me recogí el pelo con una toalla, fui a la cocina y me preparé un té Earl Grey. Su sabor me pareció más delicioso que nunca. Después de tomarme dos tazas me metí en la cama y me dormí de inmediato.

Fue un descanso profundísimo, sin interrupciones, sin sueños. Cuando me desperté el reloj luminoso marcaba las 15.53 y tenía un sabor metálico en la boca. Recordé que no había comido nada, pero no tenía apetito. Volví a vestirme y salí a la calle. Tiritando, pues hacía todavía más frío, me encaminé al colegio de Kerem. Me dispuse a esperarle en el amplio vestíbulo de mármol.

No hubo que esperar mucho a que sonara la campana. Los estudiantes salieron disparados de las aulas como si se hubieran liberado de sus cadenas. Poco después vi a Kerem. No corría como los demás chicos. Andaba solo y ensimismado. Se sorprendió al verme. Miró a su alrededor inquieto.

—¿Te han llamado del colegio? —preguntó.

—No. He venido a recogerte.

—¿Por qué?

—Porque me apetecía, señor mío. He pensado que podíamos salir juntos y hacer algo entre madre e hijo.

—¿Algo como qué?

—Por ahora vamos a comer bien, hablar un rato y luego ir al cine.

Arrugó el gesto.

—¡Aaah! Déjalo. Prefiero ir a casa.

Por supuesto, yo sabía que lo que llamaba «casa» era el ordenador y que estaba deseando recuperar lo antes posible su vida online.

Hacía un par de años que habíamos comprado el ordenador. Los primeros meses lo usó sólo para jugar. Me pedía que le comprara juegos nuevos a cada rato. Pero después de aquellos primeros meses empezó a preocuparme su afición por internet, cada vez en aumento.

Que haya un ordenador en casa se acepta como un signo de la importancia que las familias otorgan a los conocimientos y a la investigación. Siempre se habla de forma positiva de todo tipo de medios y de fuentes de información, empezando por los motores de búsqueda. Pero el año anterior, en una interesante mesa redonda sobre el tema, uno de nuestros profesores expresó su preocupación. «Ya verán —dijo—, a más tardar dentro de diez años, los adolescentes actuales se habrán quedado muy retrasados con respecto a los niveles de investigación y pensamiento a los que ha llegado la humanidad. Habrán regresado al mundo sin libros anterior a la imprenta, un mundo de rumores y cotilleos.»

No estuvimos de acuerdo y planteamos nuestras objeciones. Mencionamos la facilidad de llegar a la información, de lo útiles que eran los ordenadores para investigar. Pero el profesor afirmó que internet, de la misma forma que facilita el estudio, corrompe la capacidad investigadora, la fiabilidad de las fuentes, y provoca que la gente no sienta la inquietud de confirmar lo que ha encontrado.

En mi opinión, desde el punto de vista de Kerem el principal problema no era que pasara demasiado tiempo en internet. Era consciente de que, en lo fundamental, lo suyo tenía que ver con una cuestión de comunicación. La relación con su padre era insuficiente y problemática en gran medida. Por mucho que me doliera, en ocasiones pensaba que su relación conmigo tampoco era del todo sana.

—¿No ibas a ayudarme? —continué—. Esta vez me he metido de veras en un lío. De repente han aparecido un montón de espías.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Y cómo te voy a ayudar?

—Puedes empezar investigando un poco en internet.

—Entonces, mejor que vayamos a casa.

—No, primero tenemos que hablar.

Por fin había podido doblegar su resistencia y convencerle de que

viniera conmigo.

Salimos del colegio y fuimos a un gran centro comercial que quedaba cerca. El interior refulgía de luz. Las tiendas de las marcas más importantes del mundo lo sumergían todo en claridad. Nos sentamos en una cafetería justo en medio del centro comercial. Habían plantado árboles en grandes macetas, cosa que le daba un ambiente casi tropical. Había hasta palmeras.

—Yo primero me voy a tomar una sopa calentita —dije—. De segundo, chuletas de cordero con su vino tinto. Tú también quieres lo mismo, ¿no?

Vi que su rostro se contraía con un impulso de rebelión y añadí riendo:

—Era broma, so tonto. Me sé de memoria lo que comes.

—¿Qué, eh?

—Cosas muy especiales.

Me miró a la cara para obtener la respuesta esperada.

—Cosas tan especiales —continué—, como hamburguesa, patatas fritas y cola.

Se rio. Y su risa me llenó de alegría. «Me alegro de que se me haya ocurrido venir aquí con mi hijo», pensé. De todas formas, se acercaba el fin de mes y no parecía que este fuera a sufrir un descubierto en mi presupuesto. Durante un tiempo no iba a tener que preocuparme por reducir gastos. Debido a la crisis económica no tenía sentido preocuparme por ahorros tan limitados como los míos. Me apetecía pasarme por lo menos un par de meses viviendo sin tener que hacer cuentas.

Era la primera vez desde hacía mucho tiempo que veía reír a Kerem. Se despertó en mí un sentimiento de ternura. Me incliné y le acaricié el pelo. Pero aquel gesto mío provocó que se recluyera en sí mismo de inmediato y me apartó la mano con violencia. Luego echó una mirada preocupada a su alrededor.

—Vale, vale —dije—. Lo siento, he estado a punto de estropear medio bote de fijador. No volveré a hacerlo.

Durante la comida le dicté una serie de términos para que los investigara. Especialmente Wagner, Segunda Guerra Mundial, Alemania y Universidad de Estambul. Y le hablé de los hombres que habían ido a verme esa mañana.

—¿Lo dices en serio o me tomas el pelo? —preguntó.

—Te juro que lo digo en serio. ¿Cómo voy a gastar bromas con algo así? Me he metido en un lío bien gordo.

Aquello lo animó, sacó un cuaderno de su cartera y anotó todas las palabras.

—Tus ojos se parecen a los de tu abuela —le dije.

—¿Y qué?

—Algún día te hablaré de esa mujer extraordinaria.

Se encogió de hombros. Era evidente que no sentía la menor curiosidad.

Después de comer fuimos a los cines del piso superior. Proyectaban siete películas distintas.

—¡Escoge tú!

Eligió una película de la que se hablaba mucho esos días. Dispuesta a llevar a cabo el ritual completo, compré palomitas y unos refrescos. Entramos en la sala y nos acomodamos en las butacas de fieltro rojo.

Le incomodó que llorara bastante al final de la película, pero no era yo sola la que lloraba, sino la mayoría de las mujeres de la sala. Lo que nos emocionaba era que el protagonista fuera hacia la muerte por salvar a su amada. Era una especie de lamento por haber venido al mundo en una época como la nuestra en que amores parecidos se consideraban pasados de moda.

Tras sumirme voluntariamente en la ciénaga del sentimentalismo más barato, regresamos a casa. Kerem corrió al ordenador para empezar con sus investigaciones.

—Mañana por la mañana saldré muy temprano. ¿Podrás apañártelas tú solo?

—¡Sí!

—Si ocurre algo fuera de lo normal, avísame.

—El hecho de que te vayas temprano, ¿tiene que ver con ese alemán?

—Sí.

—¿Adónde vais a ir?

—Eso es lo más raro, que no lo sé. No me lo ha dicho.

—¿Y no te da miedo?

La verdad era que no, pero le contesté «Un poco».

Guardó silencio. Continuó desplazando los dedos por el teclado.

—¡Buenas noches! —le dije.

—Para ti también.

Estuve a punto de abrazarlo por detrás de la alegría que me produjo que me respondiera, pero no me atreví a tanto.

Me fui al dormitorio, puse el despertador a las tres de la mañana y me acosté.

5

En mi sueño estaba llorando. Al despertarme me di cuenta por la humedad de mis mejillas de que había llorado de verdad. Las lágrimas habían resbalado hasta la almohada. Aquello me provocó la sensación de no haber salido de mi sueño del todo. Miré el reloj digital de la mesilla de noche, las 2.35. La casa estaba en silencio. Kerem debía de estar durmiendo.

Me acurruqué dentro del edredón intentando volver a mi sueño. Debería haber dejado tranquilas a mis lágrimas y haberme levantado. Pero todavía no estaba dispuesta a alejarme de la calidez de la cama.

Cuando me dormía en los brazos de mi abuela experimentaba esos estados entre el sueño y la vigilia. Me encantaban esos momentos. La mano anciana que me acariciaba el pelo, el olor a jabón de la bata de franela marrón con florecitas rosas, el roce en mis mejillas de los extremos del pañuelo de tul que se anudaba a la cabeza y los cuentos que me contaba con voz dulce, ¡qué hermoso todo!

Percibía todo aquello como un sueño, pero era real. En realidad, en ese momento estaba durmiendo, pero podía sentir cada caricia y cada palabra de mi abuela.

Tenía unos ojos negros impresionantes. Su marido, empleado de correos, había muerto antes de tiempo, pero había dejado atrás tres hijos. Dos varones y una chica. La chica era la menor. El mediano era mi padre.

Pasé la infancia entre mis padres, mi hermano Necdet, ocho años mayor que yo, y mi abuela paterna. Vivíamos en un piso de un edificio en Üsküdar.

Como mi padre era empleado de banca y mi madre maestra, salían de casa de buena mañana y regresaban por la tarde. Ocuparse de nosotros y de la casa era tarea de mi abuela.

Cuando volvíamos del colegio a media tarde nos estaba esperando una rebanada de pan de hogaza con mantequilla. Por aquel entonces, en lugar de barra de pan se le llamaba hogaza. «Ve a la tahona de la esquina y tráete una hogaza», nos decían. Ahora esa palabra se ha perdido.

Los domingos mi hermano y yo llevábamos una fuente al horno de

la tahona. En ella había o masa de *pide*, u hojaldres, o algún guiso a la cazuela. Si eran hojaldres o guisos, enseguida los metían al horno, pero si llevábamos masa de *pide* extendían con sus manos expertas la masa sobre el obrador cubierto de harina, la pintaban con un pincel con huevo y recién entonces lo metían al horno, donde los troncos se habían convertido en ascuas.

Casi todos los niños del barrio coincidíamos allí los domingos. No me llamaban Maya, sino la Abeja Maya, por los dibujos animados que tanto nos gustaban. Yo me sentía privilegiada por llevar el nombre de una abeja tan simpática y creía que mi abuela, que era quien me había puesto el nombre, lo había elegido por los dibujos. Me encantaban las largas palas que usaban los panaderos, la blancura de la harina, los apetitosos aromas que brotaban del horno caliente. Después de dejar la bandeja en la tahona nos íbamos a jugar a la calle y regresábamos a la hora que nos habían dicho. Llevábamos un papelito con un número. El otro extremo del billetito, con los bordes dentados como un sello, se pegaba a la bandeja de la comida. De hecho, también a los panes les pegaban pequeñas etiquetas por abajo. Mi hermano y yo cogíamos la bandeja caliente con los paños que nos había dado nuestra madre para que no nos quemáramos las manos y nos íbamos corriendo a casa aguantando a duras penas aquel olor tan apetitoso que mareaba.

Volví a mirar el reloj. Eran casi las tres; tenía que levantarme y arreglarme, pero seguía bajo los efectos del sueño. Para ser más precisa, no quería dejar el sueño para volver a esa fría noche de Estambul.

¿Adónde iba a llevarme ese tipo raro a las cuatro de la madrugada? ¿Qué turbios asuntos pretendería llevar a cabo? Y, además, en un día tan inhabitualmente frío en Estambul.

Según lo que me decía mi abuela en el sueño, iríamos a las criptas que hay bajo Santa Sofía. Criptas anegadas en las que nadie ha puesto el pie en mil quinientos años. ¿Quién sabe qué buscaría allí?

Luego me desperté mientras me reprochaba aquellas tonterías; no te lo ha dicho tu abuela, tú misma has hecho que te lo dijera en sueños. ¡A saber de dónde se me habían venido a la cabeza las criptas de Santa Sofía! ¿Lo había leído en algún sitio, lo había visto en algún documental o me las había mencionado algún amigo?

Pero las últimas palabras que había pronunciado en el sueño sí que le pertenecían realmente porque era algo que repetía a menudo en vida:

—En este mundo te encontrarás con gente que querrá hacerte daño, pero recuerda que también habrá gente que te querrá bien. Algunos tienen el corazón oscuro; otros, luminoso. ¡Como la noche y el día! No vayas a enfadarte por pensar que el mundo está lleno de maldad; no vayas a decepcionarte por creer que todo el mundo es

bueno. Protégete, hija mía, ¡protégete de la gente!

Me lo repitió otra vez muy poco antes de morir.

Una noche oí que hacía unos ruidos muy raros y fui a verla. Por aquel entonces estudiaba en la Facultad de Letras de la Universidad de Estambul y mi hermano ya había terminado la academia y era oficial.

La abuela no podía respirar, se retorcía entre jadeos y me apretaba la mano como si quisiera destrozármela. Avisamos al médico que vivía en el piso de abajo. Le inyectó unos tranquilizantes, le midió la tensión y la calmó un poco, pero no dejó de decirnos que por la mañana teníamos que llevarla al hospital sin falta.

Al día siguiente la abuela estaba muy cansada y pálida, pero respiraba con regularidad. La cogimos del brazo y bajamos despacito las escaleras. Antes de salir miró la casa con amargura, era como si pensara que no volvería a verla. Y así fue, nunca regresó.

La abuela tenía derecho a recibir tratamiento en el hospital militar debido a que mi hermano era oficial y allí la llevamos. La ingresaron en una pequeña habitación individual. Le hicieron un electrocardiograma y unos análisis de sangre y luego nos dejaron solos. Mi hermano y mis padres también se fueron. Yo me quedaría en el hospital como acompañante. Le habían puesto un suero.

Por la tarde llegó un general profesor. Lo acompañaban sus asistentes. Un hombre de gruesas cejas, serio, autoritario y respetado. Se portó amablemente con la abuela. Nos explicó que tenía un problema con los vasos sanguíneos y que intentarían administrarle un tratamiento.

Luego vivimos una escena que no olvidaré mientras viva. El médico le hizo a mi abuela una pregunta muy sencilla para averiguar si aquella enfermedad coronaria era genética o no:

—¿De qué fallecieron sus padres?

Mi abuela guardó silencio.

El médico repitió la pregunta en voz más alta creyendo que no le había oído:

—Sus padres, digo. ¿De qué murieron?

Mi abuela seguía callada, sin darle una respuesta. En la habitación se había creado un ambiente muy extraño. Entonces fui yo quien se dirigió a ella:

—¡Abuela, contesta al señor doctor!

Me miró con desesperación y se echó a llorar.

El médico movió la cabeza irritado como diciendo: «Paciencia».

—Señora —le espetó—, ¿sus padres acaban de morirse? ¿Por qué llora?

Esas palabras del médico no se me han ido de la cabeza en toda mi vida. Sin darse cuenta, había expresado una gran verdad. Como yo

entendería más tarde, hay muertes cuyo dolor siempre permanece reciente.

Se produjo un momento de silencio en la habitación. Sólo se oían los sollozos apagados de mi abuela. El médico, intentando controlar su voz, repitió una vez más la pregunta, en un tono tanto comprensivo como algo amenazador:

—Bien, veamos. ¿De qué murieron sus padres?

Un breve silencio más y enseguida llegó la respuesta de mi abuela:

—¡No murieron de ninguna enfermedad!

En su voz había un desafío. Todos la miramos a la cara como si hubiera enloquecido. Estaba sufriendo, agitada, lloraba, pero no tenía nada de loca.

—¿Qué quiere decir, señora? —preguntó el médico.

De repente, los ojos de la abuela se encendieron. Era como si quien hablara fuera aquel par de ojos llenos de dolor en su cara pálida.

—A mis padres los mataron, señor doctor. No llegaron a vivir lo suficiente como para morirse de una enfermedad.

De nuevo se produjo un silencio. Ahora el médico habló con un tono más suave:

—Eso no tiene nada que ver con lo que nos ocupa. Yo solo quería recabar algo de información genética desde el punto de vista de las enfermedades coronarias.

Y entonces llegó una respuesta de mi abuela que me resonaría en los oídos cientos de veces en años posteriores. Pero no lo dijo dirigiéndose al médico, sino mirando al techo y como si hablara consigo misma:

—Y si lo que busca es una enfermedad, lo que los mató fue ¡la crueldad de los hombres!

Todos nos quedamos estupefactos. El general iba a decir algo, pero no sé qué pensaría que cambió de idea y se marchó. Los asistentes lo siguieron después de cerrar la puerta respetuosamente.

La abuela y yo nos quedamos a solas. Me senté a un lado de la cama, me incliné sobre ella y la abracé. Dejó de llorar entre suspiros. No dije nada. Simplemente abracé sus delgados hombros y me quedé con la cara apoyada en la suya. Tenía la mejilla llena de lágrimas, pero no era capaz de saber si eran sólo suyas o si yo también lloraba con ella.

Cayó la oscuridad en la habitación del hospital. Una enfermera abrió la puerta y la despedí diciendo: «¡Espere un poco, por favor!».

No entendía nada, aunque tampoco pensaba preguntar. En ese momento lo importante no era satisfacer mi curiosidad, sino estar junto a ella. Hacérselo sentir.

Luego oí que mi abuela me decía:

—Voy a contártelo —me hablaba al oído como susurrando—. Voy a contarte lo que hasta hoy no le he contado a nadie.

Le cogí la mano sin decir palabra. Después de un breve silencio empezó a hablar con voz entrecortada. El contenido de lo que me contaba me sumía en un gran desconcierto tanto como aquella voz, a pesar de que la conocía desde hacía muchos años.

No podía creerme lo que estaba oyendo, me dejaba atónita. Mi mente no podía aceptar que una mujer hubiera padecido tanto sufrimiento. Estaba viviendo la conmoción de enterarme de que mi abuela, a quien tan bien creía conocer en todas sus facetas, era en realidad alguien completamente distinto.

Me contó que era de Eğin, hija de una familia pudiente, que tenía hermanos, que vivían en una gran casa, que recordaba que su abuelo tocaba el violín. Cuando tenía seis años, llegaron los soldados y se llevaron a sus padres, a su abuelo, a sus tíos.

Porque eran de una familia armenia y enviaban a todos los armenios a un destierro forzado. Cuando se supo la noticia su madre los confió a ella y a sus hermanos a sus vecinos musulmanes. No se sabía lo que podría pasarles en la travesía, pero se decía que había bandas que robaban y mataban a los exiliados por el camino, que cortaban los pechos de las mujeres, que violaban a las jovencitas, que les cortaban las manos para llevarse las pulseras de oro. Por eso quisieron proteger a sus hijos.

Su familia y los vecinos musulmanes se tenían mucho afecto. En realidad, familias pobres que no tenían un mendrugo que llevarse a la boca acogieron sin dudar a los niños armenios. Aunque estaba prohibido, aceptaban el riesgo.

Los niños vieron por las ventanas cómo se llevaban a sus padres y a todos sus parientes. Lloraron junto con sus nuevas familias.

Pero un tiempo después ocultar a los hijos de los armenios deportados se convirtió en algo muy peligroso. Por eso se vieron obligados a entregarlos a las autoridades. Y estas los asentaron en distintos hospicios. Mari, que sólo tenía seis años, fue entregada a un orfanato de Estambul con el nombre de Semahat.

Mi abuela guardó silencio un rato, mientras aspiraba profundamente como si estuviera muy cansada. Aproveché la pausa para superar un poco la impresión.

—¿Y qué fue de tus hermanos, abuela?

—No volví a tener noticias de ellos. ¿Quién sabe dónde fueron?

—¿Cómo sabes que tus padres murieron?

—Años después volví a Eğin. Encontré a la familia que nos había protegido. Todos lloramos. Al parecer habían detenido al grupo de mis padres a la entrada de un puente a las afueras de la ciudad. Los

degollaron a todos y arrojaron los cadáveres al río. No se salvó ninguno. Lo cierto es que había guerra por allí. Era invierno y los bandoleros habían tomado los caminos. Sólo un puñado de soldados hacían de escolta a grupos de cientos de armenios. Y ellos no podían hacer nada contra las partidas de bandoleros que los atacaban, claro. De todo eso me enteré luego. Mis padres fueron víctimas de esos salvajes.

Volví a cogerle la mano. No hacían falta palabras. Compartía su dolor de todo corazón. Un dolor que comprendía que siguiera vivo a pesar de que habían pasado tantos años y de que yo acabara de saber de él. Mi abuela continuó haciendo uso de todas sus fuerzas. La voz empezó a salirle con un poco más de brío:

—Esos salvajes, o sea, los bandoleros…, por alguna extraña razón nunca los he visto como los verdaderos culpables. Quizá porque nunca los conocí, sólo porque oí de ellos ya de mayor. Siempre he considerado que los verdaderos culpables fueron los que tomaron la decisión de aquella deportación. Enver Bajá y sus compinches. Nunca los he perdonado. Nunca ha mermado el odio que siento por ellos. ¡Y se decían musulmanes! ¡Y decían que lo más importante era no hacer daño a nadie! Ojalá después de la muerte pase lo que ellos creen. Porque ahora me estoy muriendo y estoy deseando que me lo pregunten al llegar al otro mundo. Gritaré con todas mis fuerzas: «¡No los perdono!».

De repente noté que se formaban cálidos torrentes húmedos en mis mejillas. Apretaba cada vez con más fuerza la mano de la abuela. Me habría gustado decirle: «Ya está bien, abuela, calla, no sigas hablando». No quería que volviera a revivir el dolor tan profundamente. Pero era ella quien había decidido contármelo. Puede que lo pensara así porque vivía en una cultura acostumbrada a ocultar los problemas. Puede que lo más correcto fuera exponerlos abiertamente y con todo detalle.

—¿Te acuerdas de tus padres, abuela?

—¡Cómo no me voy a acordar! Es verdad que no me queda ni una fotografía. No recuerdo sus caras. Pero me acuerdo de ellos muy bien de otra forma, en otro sentido. Muy vivamente.

Por lo que supe por mi abuela ese día, mientras Semahat crecía en aquel orfanato una familia de Estambul la eligió para adoptarla. Vivió como hija de aquella familia y cuando se hizo mayor se casó con mi abuelo.

—¿Sabía el abuelo que eras armenia?

Por primera vez en mucho rato apareció una ligera sonrisa en su cara.

—Sí, lo sabía. De hecho, era imposible que no lo supiera porque en

mi documento de identidad ponía «*mühtedi*».

—¿Y qué quiere decir «*mühtedi*»?

—Conversa, que ha cambiado de religión.

—¿De verdad cambiaste de religión?

—Nadie me preguntó nada. Nací cristiana, pero he vivido como musulmana.

—Pero tú haces las oraciones y ayunas en ramadán.

—¿No rezamos todos al mismo Dios, hija, en la iglesia o en la mezquita? ¿Qué más da?

No hablé más de aquel asunto con mi abuela, no se dio la oportunidad. Simplemente, al otro día, en un momento en que nos quedamos a solas me llamó a su lado y me dio una llave muy en secreto, como si hubiera alguien por allí que pudiera vernos.

—Es la llave del cajón de mi armario. Ve y ábrelo, dentro tengo un regalo para ti. Algo que mi madre me apretó contra el pecho antes de que se la llevaran y que me he pasado la vida luchando para ocultar de las miradas de todo el mundo. Que sea un legado de tus antepasados de mi parte.

Una semana más tarde mi abuela falleció en aquel hospital de insuficiencia cardiaca.

Su funeral se celebró en la mezquita, el imán rezó por «esta virtuosa mujer, la señora Semahat Duran» y preguntó la fórmula: «¿Cómo la conocisteis?»; y los fieles al completo gritaron: «Era una buena persona».

Cuando abrí el cajón de mi abuela me encontré el collar. Estaba claro que era antiguo y muy valioso. Me maravilló que hubiera podido ocultar algo así desde su niñez, sin que nadie lo viera. En la misma caja tenía su antiguo carnet de identidad y una pequeña cruz. Era también antigua y al parecer no estaba fundida en un metal demasiado valioso. Estaba un poco oxidada. Limpié a conciencia aquella herencia de mis antepasados. Luego la oculté. En cuanto al collar, decidí usarlo los días que me parecieran importantes.

La abuela me había pedido que no le contara su secreto a nadie y no lo hice; exceptuando a una persona.

Se lo conté a mi hermano, que no me creyó. Entonces le enseñé el viejo carnet donde se podía leer «*mühtedi*». Esbozó un gesto de sorpresa e irritación. Y dijo algo que me entristeció mucho y que dio pie a que nuestra relación se enfriara:

—Así que nosotros también tenemos la sangre sucia.

—¿Qué estás diciendo? La abuela, papá, tú, yo. Somos lo que somos. ¿Qué quiere decir que tenemos la sangre sucia? ¿Cómo va a haber sangre sucia?

—¿A cuántos diplomáticos nuestros ha matado ASALA? —me

respondió—. ¿No lees la prensa? Y ahora los armenios de todo el mundo nos han declarado la guerra.

—¿Qué tiene que ver la abuela con una organización terrorista?

—No hablaba de la abuela.

—Pero la abuela era armenia y, por lo tanto, nosotros somos medio armenios. Mejor será que te lo metas en la cabeza de una vez.

Le ponía el dedo en la llaga a propósito porque estaba muy enfadada.

—Da igual —dijo—. Lo único que te pido es que no le hables de esto a nadie. Cierra bien el pico, por favor. Porque si sale a la luz que tengo sangre armenia, no voy a ascender en el ejército, no voy a conseguir promociones, nunca seré general, incluso puede que me obliguen a retirarme de comandante; en suma, adiós muy buenas a mi futuro. ¿Has visto tú algún general armenio?

—Guardaré silencio si retiras lo de la sangre sucia.

Retiró sus palabras con la condición de que no volviera a mencionar el tema. Y a partir de ese día no volvimos a vernos exceptuando un par de encuentros obligados como su boda o la circuncisión de su hijo.

Una vez fui a su casa, para celebrar su ascenso a coronel. Se había mudado cerca de mi casa, al barrio de Uçaksavar.

Mis padres habían tenido la suerte de jubilarse pronto, ella a los cuarenta y seis y él a los cuarenta y ocho, gracias a las oportunidades que daba cada gobierno para conseguir votos. Vendieron el piso de Üsküdar y se compraron una casa de una cooperativa en Bodrum, por la parte de Gümbet, a la orilla del mar. Allí vivían invierno y verano. Nunca hablamos del asunto con ellos. Y ese día que fui a casa de mi hermano, ambos nos comportamos como si no recordáramos la conversación sobre la abuela. Quizá él lo había olvidado de verdad.

Pero esos tipos de ayer en el despacho del rector… Era evidente que había más gente que lo sabía, que no lo había olvidado. De repente sentí una extraordinaria inquietud. O, más exactamente, hallé el motivo de mi inquietud. El origen no era el profesor, sino esos tres hombres que nos seguían, que habían venido a la universidad y que me amenazaban. En especial, no se me iba de la cabeza la sonrisa de lobo del delgado de traje gris. Teniendo en cuenta que sabían de mi existencia, seguro que también sabían de Necdet. Pero, a pesar de eso, no le habían tocado. Había ascendido, había llegado a coronel y estaba cerca de que lo nombraran general, e incluso, según había oído, se le abrían todas las puertas en la inteligencia militar.

La verdad era que siempre nos enterábamos de aquellas cosas por rumores. Nadie decía nada abiertamente. Sólo hacían comentarios bajando la voz y entrecerrando los ojos: «Es posible que sea de la

inteligencia».

Justo en ese momento sonó el despertador, cosa que hizo que pegara un salto. Eran las tres. Apagué la alarma. Me arreglé en silencio pero con rapidez. Kerem se había quedado dormido delante del ordenador. Ni se dio cuenta cuando lo acosté en la cama. Me aproveché de la situación y le di un beso en la frente. Los niños dormidos son maravillosos. Ojalá siempre durmieran y sus madres pudieran acariciarles y quererles dormidos… En la pantalla del ordenador había unos documentos sobre Maximilian Wagner. Así que el muchacho había trabajado con ahínco. Sentía un violento deseo de leer lo que había escrito, pero no tenía tiempo. Llegaba tarde. No obstante, no pude impedir echar un vistazo a unas cuantas líneas. Me aparté de la pantalla de mala gana y me dirigí al recibidor.

Me puse el abrigo más grueso que tenía, me anudé un pañuelo verde al cuello y salí cerrando silenciosamente la puerta.

La quietud de los pasillos vacíos y el vestíbulo del bloque me asustaron. Aunque no hagas nada malo, siempre se despierta una sensación de culpabilidad al entrar o salir de las casas a horas que no se consideran aceptables. Ahmet, mi exmarido, me dijo una vez lo siguiente: «Me siento culpable cuando llego tarde a casa aunque tú no estés».

No le di importancia a esas palabras porque pensaba que me quería, pero tiempo después comprendería que él percibía el matrimonio como una sensación constante de responsabilidad y culpabilidad. Para ser más precisos, me lo contó él mismo:

—No aguanto más, lo siento, entiéndeme —me dijo—. Esto no tiene nada que ver contigo. Yo no estaba preparado para casarme, me equivoqué. El matrimonio me ahoga, me siento como si me hubieran condenado a cadena perpetua.

—¿No sabías que el matrimonio consiste en renunciar a tu libertad para formar un hogar y compartir tu vida?

—Sí —contestó—. En teoría lo sabía. Creía que estaba preparado, pero no es lo mismo saberlo que vivirlo. ¡Perdóname!

Al salir a la calle me estremeció la violencia del frío. Había dejado de llover pero soplaba un viento terrible. No recordaba un día tan frío. Mi abuela habría dicho «El aire se está cargando de nieve». Y quizá de veras se convirtiera en nieve en un rato. «La nieve es buena», decía también mi abuela. Según ella, cuando nevaba, la ventisca amainaba un poco y el ambiente se templaba, aunque sólo fuera un poco. Además tenía un dicho muy bonito de raíces anatólicas: «La nieve es la colcha de Anatolia».

El Mercedes negro aguardaba bajo una farola. Me alegré de que Süleyman no me hubiera hecho esperar y llegara a su hora, pero en

cuanto abrí la puerta casi me asfixia el humo de tabaco, así que no me aguanté y le espeté con mal genio:

—¡Pero en qué cabeza cabe! Esto es una cuadra. ¿Cómo se te ocurre fumar de esta manera? Ya podías haber fumado fuera esa porquería. ¡Debería darte vergüenza, Süleyman!

El humo que llenaba el coche hacía que me lloraran los ojos y me quemaba la garganta. Me di cuenta de que me había pasado con mis palabras y mi tono de voz, pero ya era demasiado tarde.

—Hace mucho frío —gruñó Süleyman.

—¿Y no se te ha ocurrido abrir la ventanilla? —dije abriendo la de mi lado.

Süleyman puso el coche en marcha con más brusquedad de la necesaria y empezó a conducir a una velocidad temeraria. De hecho, la principal característica de los varones turcos es conducir deprisa cuando se enfadan. Por eso no se debe discutir con ellos cuando están al volante. Siempre he pensado que en los accidentes de tráfico, en los que mueren siete mil personas al año, las peleas familiares tienen un papel muy importante. La mujer se queja y el hombre pisa el acelerador, la mujer se queja un poco más y el hombre acelera más, y la familia es arrastrada hacia un suicidio semiinconsciente. Y lo que tiene que ocurrir siempre les sucede a los pobres niños que, ajenos a todo, están en el asiento de atrás saludando con la mano a los otros coches.

—¡Despacio! —le dije—. Tenemos tiempo.

El aire frío que entraba por la ventanilla abierta me cortaba la cara como una cuchilla de afeitar. Hacía un día realmente horrible.

Y a ver adónde nos llevaría el profesor en un día tan malo…

Empecé a tiritar de frío. Süleyman estaba de muy mala uva. Se lo veía resentido conmigo porque no había hablado con el rector para que contratara a su primo, como le había prometido el día anterior. Ojalá le hubiera dicho que se lo había comentado. Después podía contarle que había vuelto a hablar con él del asunto pero que no había puestos disponibles. Así no me habría creado un enemigo. En fin, una vez llegados a este punto no estaba dispuesta a ceder ni un palmo.

—Süleyman, ¿por qué no pones la calefacción?

—Porque se ha averiado.

En ese momento oigo una voz que me habla a lo lejos. Una voz masculina que se dirige a mí en inglés:

—¿Va a seguir escribiendo todo el rato? —me pregunta.

Aquello me sorprende. Por un momento no sé qué decir. El hombre me mira a la cara; no lo conozco. Luego me echo a reír.

—Supongo.

—Escribe desde que despegó el avión. —Es un americano maduro, cuyo pelo empieza a encanecer.

—Lo cierto es que empecé mucho antes —le explico—. Estoy pasando a limpio mis notas, añadiendo y arreglando algunas cosas.

—Todo el mundo está durmiendo y usted trabajando sin parar. ¿Es escritora?

Habla en voz muy baja para no molestar a los demás.

—No, pero sí estoy escribiendo un libro.

—¿Qué quiere decir? No la entiendo.

—No soy una escritora profesional. No pienso seguir trabajando en esto. Pero escribo sobre algo que me ocurrió.

—Debe de ser algo lo bastante importante como para contarlo.

—¡Desde luego! —le respondo riendo.

—Muy bien, entonces la dejo tranquila.

Una vez que se va me doy cuenta de lo tensa que estoy. Tengo agarrotados los brazos, los hombros, el cuello. Quizá se deba a estar sentada en la misma postura todo el rato, quizá porque me parece estar viviendo lo que relato.

Me levanto y voy hacia el morro del avión. Bebo agua, hago unos movimientos gimnásticos. Luego paseo dos veces a lo largo del avión. Una por la derecha y otra por la izquierda.

El gigantesco Airbus 340 está lleno a rebosar. Todo tipo de personas duermen en sus asientos. Mujeres, hombres, jóvenes, viejos, niños, un montón de gente. Extraños los unos a los otros, pero sin ser conscientes de que comparten un destino.

Si el avión se cayera todos morirían en el mismo minuto y la muerte les uniría para siempre. Esa anciana, el nieto que duerme apoyado en ella, el joven que se sienta más allá, los empresarios de la *business class*, hasta los pilotos y las azafatas, que incluso a esas horas de la noche todavía no tienen ni una arruga en el uniforme. Los miro y pienso: «Cada viaje es una unión de destino, pero no somos conscientes de ello».

Además, se trata de una gran verdad lo miremos como lo miremos. Por ejemplo, ¿no se puede ver como un viaje la aventura de la especie humana en este planeta? Un viaje cuyo equilibrio ecológico empieza a deteriorarse. Y el deterioro de este sistema, ¿no implica una unión de destino para toda la humanidad? Nos conozcamos o no, ¿no está unido a los demás el destino de cada uno de los individuos? Esa es la consecuencia de viajar, en cualquier sentido.

Mientras no nos pasa nada no lo comprendemos, no percibimos ese destino que nos une los unos a los otros en cada viaje que emprendemos. Puede que a ustedes les resulten extrañas estas palabras, pero un poco de paciencia, por favor, lo que voy a contar

más adelante dejará perfectamente claro lo que quiero decir.

Al volver a mi asiento después de pasearme dos veces por el avión pienso que en realidad debería dormir un poco. Para poner en orden mis recuerdos y transmitirlos como es debido tengo que estar en posesión de todas mis fuerzas. Si descanso los ojos media hora posiblemente podré continuar mejor. Lo ideal sería reclinar el asiento, ponerme el antifaz, echarme la manta por encima y dormir un rato.

Pero quiero añadir algunos párrafos antes de cerrar el portátil para que, cuando me despierte, pueda empezar con más facilidad el capítulo que voy a escribir. Hemingway dejaba de escribir en un punto por el que podía seguir cómodamente.

Süleyman, de quien deduje que estaba muy enfadado conmigo por su cara larga y porque no me dirigía la palabra, condujo el automóvil por las calles vacías de Estambul, y cuando llegamos ante el Pera Palace el reloj marcaba las 3.52.

Encontré al profesor en el *lobby*. Llevaba el abrigo negro y el sombrero. No olvidó quitárselo al saludarme con una cara de extrema seriedad:

—*Good morning*!

Luego cogió de la mesa que había ante él el estuche negro de violín y algo que resultaba muy extraño a esas horas en el desierto vestíbulo del hotel. Se trataba de una pequeña corona de flores. Una corona hecha sólo de flores blancas. Tenía una cinta en la que estaba escrito algo. Me incliné y leí «*Für Nadia*». Debía de haberla encargado el día anterior.

Salimos y el profesor subió al coche por la puerta derecha que le abría Süleyman. Yo me senté a la izquierda.

Me pareció raro que no me sonriera, me extrañó también la expresión dramática, incluso dura, de su rostro y que no demostrara la menor cercanía. De hecho, hasta me molestó un poco. Primero Süleyman y ahora esto. Así que esta mañana los malos modos iban a venir todos seguidos.

—¿Adónde vamos, profesor? —le pregunté con voz helada.

—¡A Şile!

Me quedé sin palabras de la sorpresa.

—¿Adónde?

—¡A Şile!

O lo había oído mal o el profesor se liaba con los nombres.

—Profesor, Şile es un pueblo de veraneo en la costa del mar Negro. Lo sabe, ¿no?

—Lo sé.

—¿Y quiere ir allí?

—Sí, por favor.

—A las cuatro de la madrugada, en invierno, a Şile… ¿No se estará equivocando?

—¡No, *fräulein*! —contestó el profesor de una forma que se veía que estaba intentando controlar su genio—. Quiero ir a Şile. Me hablaba de los puentes del Bósforo, ¿se acuerda? Pues usando uno de ellos quiero pasar a Asia e ir a Şile al lugar que le indicaré. ¿Alguna otra pregunta?

—No.

Entonces le dije a Süleyman, que se había vuelto hacia atrás torciendo el cuello mientras trataba de entender lo que decíamos:

—Quiere ir a Şile.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Venga, vamos. Nos vamos a Şile en esta hermosa mañana de febrero. Ojalá hubiéramos cogido los bañadores.

Nos pusimos en marcha. Cruzamos el puente del Sultán Mehmet el Conquistador y nos dirigimos en dirección a Ankara. En la autopista sólo había camiones. Pero también desaparecieron cuando doblamos en la indicación a Şile y nos metimos por unas carreteras estrechas y llenas de baches rodeadas de bosques. Íbamos completamente solos.

Ninguno de nosotros hablaba. Nos enfundábamos prietamente en los abrigos ateridos de frío. Al parecer estábamos todos enfadados unos con otros.

Yo había ido a Şile dos veces con Ahmet. Con su puerto de pescadores, sus restaurantes y sus playas inmensas, tendría que haber sido un pueblo de veraneo maravilloso, pero no lo era. Le faltaba algo. No sé si porque eran unos brutos o por la falta de atractivo del pueblo, pero me juré que no volvería. O puede que a mí me pareciera así. Posiblemente contribuyera la violenta discusión que mantuvimos Ahmet y yo en el camino de regreso. Habíamos comido pescado y bebido vino blanco en uno de los primitivos restaurantes del puerto. Nos rodeaba una gente bastante desagradable. De esas parejas de gordos que visten el mismo chándal marido y mujer, que los domingos llenan los restaurantes y que miran sin parar a su alrededor con cara de: «¡Mirad qué bien nos lo estamos pasando!». Hasta en su forma de entrechocar los vasos de *rakı* como si quisieran romperlos había algo de ordinario.

Como siempre me ocurre cuando bebo durante el día, ese día que pasé en Şile con Ahmet sufrí una migraña.

Mientras regresábamos por aquella carretera llena de curvas los maldije por dentro entre náuseas: «¡A ti y a Şile!». Habíamos ido porque él había insistido mucho.

A saber cómo sería en invierno aquel sitio que no me había

gustado ni siquiera en verano. El mar Negro era peligroso. Cada año se producían casos de ahogamientos porque las olas erosionaban de repente la arena bajo los pies de los bañistas y provocaban remolinos.

Bien, pero ¿qué tenía que hacer este hombre extraño un día de invierno en Şile? ¿Con quién iba a encontrarse a esas horas? Teniendo en cuenta que en la orilla opuesta se encontraba Rusia, podría haber forjado un montón de fantasías si fueran los tiempos de la Guerra Fría. Por ejemplo, un submarino que surgiera de repente del mar Negro, o luces que se encendieran y apagaran desde un barco.

Antiguamente detenían y les fastidiaban la vida a muchos profesores de izquierdas que vivían en la región del mar Negro y tenían un transistor con la excusa de que se comunicaban con Rusia. Las gigantescas estaciones de radar de la OTAN y sus submarinos de guerra, que aguardaban en inmensas cuevas que se abrían al mar, también estaban situadas en el mar Negro.

Cerré los ojos. Recordé las palabras de mi abuela: «En este mundo te encontrarás con gente que querrá hacerte daño, pero recuerda que también habrá gente que te querrá bien. Algunos tienen el corazón oscuro, otros luminoso. ¡Como la noche y el día! No vayas a enojarte por pensar que el mundo está lleno de maldad; no vayas a decepcionarte porque creer que todo el mundo es bueno. Protégete, hija mía, ¡protégete de la gente!».

Me protegeré, abuela, pensé, no te preocupes.

Estuvimos dando bandazos por las curvas durante dos horas. Cuando nos acercábamos a Şile empezaba a clarear bajo un cielo plomizo.

6

Llevábamos dos horas de camino. A pesar de que no funcionaba la calefacción, el interior del coche había alcanzado una temperatura soportable gracias al calor del motor y a nuestro aliento.

El profesor sacó un mapa del bolsillo. Lo miré de reojo y vi que tenía algo garabateado.

—¿Podemos ir un poco más despacio? —preguntó después de examinarlo cuidadosamente.

Se lo traduje a Süleyman, que levantó el pie del acelerador.

Íbamos por una carretera muy estrecha, flanqueada por árboles. El profesor miraba atentamente a su izquierda, como si buscara un camino.

—Por favor, pare y dé marcha atrás —dijo al rato.

El coche retrocedió y a unos cien o ciento cincuenta metros vimos la entrada de un camino. Era un sendero de tierra que subía ligeramente. El profesor nos pidió que nos desviáramos por allí.

—¿No íbamos a Şile, profesor? —le pregunté.

—No, vamos a un sitio cerca de Şile.

Entonces sí que me asusté. Si no íbamos a la ciudad, ¿a qué recóndita aldea nos dirigíamos? ¿Y cómo conocía él los alrededores? ¿Cómo podía reconocer los senderos de un país al que había vuelto después de cincuenta y nueve años? Menos mal que tenía a Süleyman conmigo. Por muy enfadado que estuviera siempre transmitía cierta seguridad.

El profesor estaba tan sumido en su propio mundo como para no notar mi inquietud, o más bien, mi enfado. De vez en cuando miraba su armonioso perfil, su pequeña nariz apuntando un poco hacia arriba, su elegante barbilla, y me decía «¡No será capaz de hacer nada malo!», pero los acontecimientos se iban ramificando y avanzaban en el sentido contrario al esperado, como si quisieran tomarme por mentirosa.

Entre nosotros estaban la funda del violín y la corona de flores. Aquello también era raro de verdad. Volví a leer la cinta de la corona: «*Für Nadia*». ¿Una corona encargada para Nadia?

Bueno, ¿y quién sería Nadia? ¿Qué relación tenía con que

fuéramos de madrugada a los alrededores de Şile? A medida que reflexionaba, me sentía cada vez más confusa y no encontraba respuestas lógicas a mis preguntas.

Desde que salimos de casa había ido echando miradas a nuestras espaldas, pero no nos seguía ningún coche. Si nos siguieran, seguro que lo habría visto por aquellas estrechas y desiertas carreteras de Şile. Así que la misión de espía que me habían encomendado parecía no necesitar que nos vigilaran. Esperaban conseguir de mí todo tipo de información sobre el profesor.

Poco después se acabaron los árboles y llegamos a un cerro. En cuanto llegamos a la cima, el mar apareció ante nosotros de repente. Olas malhumoradas golpeaban las negras rocas al fondo del acantilado haciendo estallar blanca espuma por encima. El camino de tierra por el que habíamos venido se convertía en un sendero de arena y guijarros después de la cima. Empezamos a avanzar en dirección a la playa.

El día gris que ya clareaba era del mismo color que el mar y, al fondo, apenas se distinguía la línea del horizonte. El cielo y el mar se fundían en lo gris. El cielo plomizo, manchado aquí y allá por nubes negras, se unía al mar. Me bastó mirar el paisaje para sentirme congelada.

El profesor observaba muy emocionado la playa que teníamos frente a nosotros. Parecía en trance y no me habría oído si le hubiera dirigido la palabra. Con los ojos entrecerrados trataba de reconocer el lugar.

Habíamos llegado a veinte metros de la orilla. Allí terminaba el sendero. Estábamos en una playa desierta. En un pequeño altozano a la izquierda había una casita de dos pisos, sin encalar y con los ladrillos a la vista, sólo eso.

En realidad, más que una casa parecía una construcción dejada a medias. La parte baja, acristalada, se usaba probablemente como cafetería. Mirándola con mayor atención vi en la puerta un cartel que decía «Black Sea Motel». ¿Quién podría venir a un motel en un sitio así? Quizá tipos que hacían una escapadita de fin de semana con su amante y querían alejarse de cualquier mirada. Pero ni siquiera ellos vendrían en esta estación. Detrás del edificio se veía en la playa un chamizo medio ruinoso. Parecía abandonado. De hecho, por un lado se le había caído el techo de chapa ondulada.

El profesor cogió el violín y la corona. Sus gestos empezaban a parecer un poco indecisos. Se volvió hacia la luneta trasera y miró el pequeño altozano que habíamos dejado a unos cien metros.

—¿Podemos volver ahí?

Protestando en silencio, «Ay, Dios», Süleyman puso la marcha

atrás. Se giró para ver mejor y estaba a punto de poner el coche en movimiento cuando el motor se detuvo. Süleyman se volvió de nuevo hacia delante con expresión de enfado y apretó el acelerador, pero el coche no reaccionó. Lo intentó tres o cuatro veces más; nada, no funcionaba. Nos mirábamos sin saber qué hacer. Por fin se puso en marcha tras otro intento y empezamos a retroceder.

Apenas habíamos llegado a la mitad de la distancia que nos separaba del alto cuando el profesor le pidió que parara. Nos detuvimos y nos quedamos mirándolo mientras pensábamos qué querría ahora. Como Süleyman no entendía al profesor, por lo general no le miraba a la cara cuando hablaba. Pero ahora debía de sentir tanta curiosidad que se había vuelto y le miraba directamente a los ojos.

—Voy a pedirles que me disculpen un momento —empezó a explicarse el profesor—. Continúen y espérenme allí, por favor. Yo iré un momento al otro lado de la colina y me uniré a ustedes.

—¿Y luego? —pregunté.

—¿Luego? Bueno… Luego, supongo que regresaremos.

Se bajó con el violín y la corona en brazos y se quedó de pie un momento junto al coche. Cuando abrió la puerta para bajar entró un frío escalofriante. Esperó a que nos alejáramos con ojos impacientes. Posiblemente Süleyman pisó demasiado el acelerador porque el coche se puso en marcha con un fuerte ruido del motor. No podía saber si lo hacía así porque estaba enfadado o porque temía que se parara de nuevo. De hecho, no podía entender nada de lo que estaba pasando, qué significaba todo aquello.

Mientras el Mercedes retrocedía yo miraba al profesor a través del parabrisas delantero. Había echado a andar contra el viento, con aquel frío. Se encaminaba directamente hacia el mar.

Süleyman detuvo el coche cuando superamos la cima. Desde ese punto no se distinguían ni el mar ni el profesor. Bajé de inmediato, avancé cinco o diez pasos y llegué a la cima. El profesor seguía caminando. El frío me cortaba la respiración. Era como si el viento que venía del mar me atravesara por todos lados. De hecho, desde que había salido de casa no había logrado entrar en calor.

El profesor llegó a la orilla. Si hubiera seguido un poco más, las altas olas que avanzaban hacia él habrían podido tragárselo. Se detuvo allí. Se lo veía muy extraño con su abrigo negro y su sombrero contra el fondo gris. Se inclinó y dejó la funda de violín en el suelo. Seguía sosteniendo la corona de flores. Dio unos pasos y volvió a inclinarse. Debió de dejar en el agua la corona porque cuando se incorporó tenía las manos vacías.

Luego se giró, dio un paso y se detuvo. Creo que le molestó verme.

La verdad es que yo no tenía la menor intención de resfriarme por aquel loco. Le di la espalda y me alejé.

Cuando llegué junto al coche Süleyman estaba fumando apoyado en la carrocería frotándose las manos. Llevé las mías al motor tratando de calentármelas un poco.

—¿Qué hace ahí? —me preguntó irritado.

No encontré palabras con las que explicárselo. Me encogí de hombros y bajando las comisuras de los labios le hice un gesto de «No lo sé». El calor del motor me estaba haciendo volver en mí. Nos quedamos así un rato.

Cuando me puse en movimiento para entrar en el coche vi que Süleyman tiraba la colilla al suelo y echaba a andar hacia la cima. Preocupada por que fuera a cometer alguna barbaridad, descarté subirme al coche y fui tras él.

Al llegar a la cima Süleyman abrió los brazos doblándolos ligeramente a la altura de los codos en un gesto que evidenciaba su asombro. Cuando llegué junto a él vi el espectáculo que tanto le había sorprendido. Aquello me dejó curada de espanto.

Olas enloquecidas levantaban espuma blanca chocando contra las rocas. Aparte de eso, todo era gris. Contra el gris del mar y del cielo, dándonos la espalda, los faldones del abrigo negro del profesor aleteaban con el violento temporal. Allí de pie, el profesor estaba tocando el violín.

Süleyman repitió el gesto de abrir los brazos y ahora soltó una maldición en voz alta. Luego se encaminó de nuevo al coche. Yo eché a andar hacia el mar.

Acorté la distancia que me separaba del profesor. Desde ese punto se podía oír la música, aunque el sonido iba y venía. Seguí andando para poder oírla mejor. Me detuve a unos quince metros de él.

El profesor estaba tocando una melodía muy hermosa y lírica. Recordaba un poco a la *Serenata* de Schubert. Como el viento soplaba en nuestra dirección podía oír perfectamente el violín a pesar del estruendo de las olas. Estaba oyendo música mientras miraba la silueta de un hombre con un abrigo que tocaba el violín a la orilla del mar Negro.

Pensando en que nunca en mi vida había visto un espectáculo tan extraño, noté que el Mercedes llegaba justo detrás de mí. El coche se detuvo como tosiendo y Süleyman se bajó de él.

—¿Por qué has parado el motor? —le reñí en voz baja.

—No lo he parado yo, se ha parado solo —me respondió de mala manera—. No es bueno tratar de meterle una marcha con el motor caliente. Luego lo arranco.

En eso la melodía se detuvo. El profesor tocaba unas notas

dubitativo, como si no supiera cómo seguir, y luego se paralizaba.

Süleyman exclamó «¡Ay, Dios!» con cara de hartazgo y sin sentir la necesidad de controlar el volumen de su voz y se metió en el coche.

Era como si todo lo hiciera para ponerme de los nervios.

Enseguida el profesor empezó a tocar de nuevo con fluidez. Pero al llegar al mismo punto repetía aquellas notas dubitativas de manera confusa y se atascaba. O sea, que empezaba una y otra vez y no podía continuar a partir de ahí.

Para entonces, el motor apenas me calentaba y ya no servía de mucho. No me pude aguantar más y entré en el coche. Dentro tampoco hacía mucho calor, pero comparado con el frío de fuera era el paraíso.

Un momento después vi que unos copos de nieve se pegaban en el parabrisas. Primero empezó a caer muy suave, luego tomó potencia y ya estaba a punto de convertirse en una ventisca. Fuera debía de hacer más frío que antes porque el interior del coche también se estaba enfriando.

El viejo loco de la orilla seguía esforzándose en tocar el violín. Pensé en la que me caería encima si no podía aguantar el frío y se moría. Sería a mí a quien pidieran cuentas. Querrían saber qué buscábamos en una playa en las cercanías de Şile de madrugada y yo me vería obligada a responderles con tres palabras: «No lo sé».

Bajé del coche, me enrollé el pañuelo en la cabeza cubriéndome la boca. Caminé hacia la orilla mientras me hundía en la arena y trataba de ofrecer resistencia a la tormenta de nieve. ¿Por qué me habría puesto zapatos de tacón? ¡Cómo iba a saber que vendríamos aquí!

Al llegar junto al profesor me asusté un poco. Tenía el rostro amoratado y un aspecto terrible, con cara de muerto, con los labios pálidos por falta de sangre. Le habían caído unas lágrimas que se le habían congelado en las mejillas. Tenía los dedos, que parecían blancos huesos, agarrotados sobre las cuerdas del violín. De no haber estado de pie habría podido jurar que lo que veía era un cadáver congelado. En sus hombros y en su sombrero empezaba a acumularse la nieve.

—¡Profesor! —grité.

No me oía.

—¡Profesor, profesor! ¡Mr. Wagner! ¡Se va a morir, venga, por favor!

Le cogí del brazo y empecé a darle sacudidas.

—¡Eh, profesor!

Las olas se lanzaban rabiosas contra nosotros. Flores blancas arrancadas de la corona que había traído el profesor se movían arriba y abajo por entre las furiosas aguas, mezclándose con la espuma negra

sobre el mar gris.

El viento frío que me llenaba la boca cuando la abría para llamar al profesor provocaba que, por momentos, me quedara sin aliento.

Le toqué las manos heladas. Traté de coger el violín abriéndole los dedos, pero no podía. Dejé de intentarlo y empecé a llevarlo en dirección al coche tirando de él con todas mis fuerzas.

Pero no dejaba de volver la cabeza y mirar hacia atrás. Débilmente trataba de que le soltara el brazo y yo, como no quería usar la fuerza contra él, lo dejaba. Se volvía a mirar, entrecerraba los ojos como si en el mar abierto hubiera algo que no se pudiera distinguir bien y luego se agitaba como si fuera a echar a correr hacia allá. Por supuesto, yo se lo impedía agarrándole de inmediato del brazo. De hecho, aunque no interviniera como mucho habría dado dos o tres pasos antes de caerse. Lo giraba hacia el coche y seguía obligándole a andar. Mientras avanzábamos con dificultad trataba de decir algo como «*suturm… sutma…, sutuma…*». No entendía aquellas palabras que pronunciaba como en un delirio. Sólo podía distinguir algo de vez en cuando: «Ha venido; se paró; viene; voló», pero en ese momento lo único que me preocupaba era llegar al coche. De repente volvía a tirar del brazo y a querer darse media vuelta. Yo me veía obligada a dejarlo. Repitió la misma operación tres o cuatro veces en aquella corta distancia.

No era consciente de lo que estaba haciendo, como si hubiera perdido la cabeza. No se resistía y no me impedía que tirara de él. No obstante, resultaba muy difícil hacerle andar. El frío y el viento lo complicaban todo. Menos mal que poco después Süleyman nos vio, se tomó la molestia de bajar del coche y corrió en mi ayuda. Entre los dos logramos meterlo en el automóvil.

El interior se había enfriado bastante. Sólo nos salvábamos del viento, porque el frío era más o menos el mismo. Maldiciendo por dentro, «Imbécil, imbécil», le dije a Süleyman:

—¡Vamos, rápido, ponlo en marcha!

Giró la llave de contacto enseguida, pero el motor se limitó a soltar unos estertores y no se encendió.

—¡Lo que nos faltaba! —exclamé—. ¡Dios, te lo ruego, todo menos esto! ¡Justo ahora!

El anciano, sentado a mi lado y muy agarrotado, empezó a tiritar como si le hubiera dado un ataque. Podía oír cómo le entrechocaban los dientes. Parecía estar a punto de morir. Ni siquiera era capaz de abrir los ojos. Le cogí las manos, me las llevé a la boca e intenté calentárselas con mi aliento, pero no sirvió de nada.

Süleyman seguía probando a poner en marcha el motor, pero era imposible.

—¡Vamos, Süleyman, haz algo, que se nos muere! —grité—. Luego nos pedirán cuentas a nosotros.

Pareció animarse con aquello y, murmurando «En el nombre de Dios, el clemente, el misericordioso», metió una marcha y empezó a pisar con fuerza el acelerador. Siguió haciéndolo un rato hasta que nuestras esperanzas se esfumaron del todo.

El maldito coche se había ahogado otra vez. No era cuestión de perder la cabeza, como si no bastara que aquel hombre se nos muriera en los brazos, ahora nosotros también estábamos en peligro.

Sólo se me ocurrió una cosa, y fue lo que hice. Le pedí a Süleyman que me ayudara a sacar al profesor del coche. Lo cogimos de ambos brazos y empezamos a arrastrarlo. Las piernas ya no le sostenían y por eso lo llevábamos como si transportáramos un muerto. La verdad es que nunca había llevado un muerto, pero debía de ser algo así.

Entre nosotros y el Black Sea Motel había unos trescientos metros. Además el camino era muy irregular. Por muy delgado que estuviera, no era fácil llevar así a aquel anciano tan alto, pero lo logramos gracias a la desesperación de saber que no teníamos otra alternativa. Abrimos la puerta de la parte acristalada y entramos. No se veía a nadie y aquello también estaba muy frío.

Las cinco o seis sucias mesas, las sillas baratas y las marinas colgadas de la pared tenían un aspecto tan miserable que se me encogió el corazón. Era un sitio horrible.

—¿Hay alguien aquí? —grité haciendo además un poco de ruido.

Poco después apareció un muchacho escuchimizado que llevaba un anorak. Tenía una cara extraña. Todo lo tenía anguloso, la cara, las cejas, la barbilla…

—¡Rápido! —le dije—. Se muere. ¿Hay calefacción aquí?

Me miró pasmado.

—No.

—¿Y una estufa?

—Tampoco.

—¿Qué haces tú aquí?

—Soy el vigilante. Esto está cerrado en invierno. Yo lo vigilo.

Se le entendía con dificultad. Estaba claro que no hablaba demasiado bien el turco y que también estaba helado. Eché un vistazo a mi alrededor buscando una chimenea, un fogón, algo. Pero tampoco.

—¿Y cómo te calientas? ¿Cómo vives aquí?

Señaló con la mano una puerta destartalada un poco más allá.

—Vivo en ese cuarto. Es muy pequeño. Había un hornillo eléctrico. Con él me hacía la comida y el té y me calentaba.

Lo miré a la cara para comprender por qué hablaba en pasado y continuó:

—El hornillo se estropeó. Esta mañana lo llevé al taller. A Şile. Me dijeron que me pasara esta tarde. Que si no estaba, lo podría recoger mañana. Pero si no lo arreglan para esta tarde, ¡os juro que esta noche me congelo!

Había vivido tantos acontecimientos increíbles en tan breve plazo de tiempo que ya todo empezaba a parecerme normal. No me sorprendió que el hornillo se hubiera roto justo unas horas antes. O quizá no le di demasiadas vueltas porque no tenía tiempo para sorprenderme.

—Bueno, pues abre una de las habitaciones.

—No sé —contestó el muchacho—. Igual se enfada Abdullah.

—¿Quién es Abdullah?

—El dueño.

—¿Y dónde está?

—En Estambul. Viene en verano.

Adopté una actitud autoritaria y le dije con rudeza:

—¡Tú abre una habitación! Pienso pagarla. Abdullah se va a enfadar de verdad si no nos la abres.

Tras un momento de duda echó a andar con rapidez hacia el otro lado de la sala y abrió un cajón. Por el sonido, era evidente que estaba buscando una de las llaves.

Mientras llevábamos a cabo este diálogo habíamos sentado en una silla al profesor, que parecía muerto. Süleyman y yo lo levantamos y lo subimos a duras penas por las estrechas escaleras. El chico abrió una puerta. Como era de esperar, la habitación estaba impresentable.

Una cama de matrimonio, dos simples mesillas a la cabecera, un espejo roto en la pared. Eso era todo. Acostamos al profesor y lo tapamos.

—¿Existe la posibilidad de que funcione el coche? —le pregunté a Süleyman.

—No sin que venga un mecánico. Puede que haga falta una grúa incluso… —Luego se volvió y le preguntó al muchacho—. ¿Hay taxis colectivos a Şile?

El chico hizo un gesto con la mano, como señalando un lugar muy lejano.

—Pasan por la carretera principal. A veces.

—Voy a salir e ir a Şile —dijo Süleyman—. Buscaré un mecánico. Si puede arreglarlo, primero dejo el coche en el taller y luego volveré por vosotros.

Lo miré desesperada. Continuó en voz más baja:

—Si el mecánico no puede arreglarlo, seguro que sabe de alguna grúa. La llamaré. Al final acabaremos haciendo que esa chatarra funcione.

—¡Uf, Süleyman! ¿Cuánto tiempo llevará eso?

—Tres o cuatro horas. Si todo va bien.

—Si para entonces no se ha muerto… ¿Y si llamamos a alguien a Estambul?

—¡No hace falta! —me replicó con brusquedad como si yo tuviera la culpa de todo—. Y nadie de allí podría llegar antes que yo.

—Vamos, ¡date prisa!

Cuando salía oí que el muchacho le decía:

—Te acompaño. —Y ambos salieron a toda prisa.

Me quedé a solas en la habitación con el profesor, a quien habíamos acostado con el abrigo puesto. Estaba presa del pánico. Corrí a arroparle con la colcha, remetiendo bien los lados para que no quedara nada al descubierto.

Pero todo, la colcha, el abrigo, la cara del profesor, estaba tan frío que sólo cubrirle no serviría de nada. Lo destapé y le quité primero el abrigo y luego la chaqueta, el chaleco, los zapatos y los pantalones.

Me di cuenta de que las sábanas seguían heladas, aunque llevaba un rato en la cama. Lo puse de lado y lo coloqué con las rodillas contra el pecho. Le empujé la nuca para que doblara un poco el cuerpo. Trataba de que ocupara el menor espacio posible. Lo tapé bien de nuevo.

Se me vinieron a la memoria las noches de invierno que pasé con Ahmet en la primera casa en que vivimos después de casarnos. Nos acostábamos tiritando de frío en aquella casa que sólo tenía una estufa. Aunque abríamos la puerta cuando se acercaba la hora de irnos a la cama y así el dormitorio se calentaba un poco, las sábanas y el edredón seguían helados.

Nos abrazábamos acurrucados ocupando el menor espacio posible y nos tapábamos bien con el edredón sin que quedara nada de espacio. Poco después el aire encerrado bajo el edredón empezaba a calentarse.

Controlé de nuevo que la colcha del profesor estuviera remetida por todos lados. Él estaba bien tapado, pero todo lo que tocaba mi mano estaba frío como el hielo. ¡No había ni una gota de calor en su cuerpo que pudiera templar el aire dentro de las sábanas! Tenía que hacer algo con urgencia. En cualquier momento podía ser demasiado tarde para él. Al fin y al cabo, me lo habían confiado a mí. Era misión mía vigilarle y protegerle en nombre de la universidad. Si ahora se moría ante mis ojos, ¿qué podría decirle al rector? ¡Cómo iba a decirle: «Lo llevé a Şile. Se heló de frío y se murió»! ¡En qué cabeza cabía! ¿Y la prensa? A saber qué historias sacaban de su muerte. «Catedrático estadounidense pierde la vida congelado al ser llevado a Şile con este frío en un coche del rectorado con la calefacción averiada.» Un escándalo así podía costarle el puesto al rector. ¿Y qué

opinaría la Universidad de Harvard, cómo le comunicaríamos la noticia? ¿Qué era eso de encontrarme con un cadáver entre las manos en Şile?

Dejé de lado mis dudas y me quité el abrigo. Y lo que llevaba debajo también. Pasé al otro lado de la cama, levanté la colcha y, en ropa interior, me metí de un salto entre las sábanas. ¿No se tira una de cabeza al mar porque si entra poco a poco el agua fría le parece una tortura? Pues eso hice.

El frío de la cama me nubló la vista por un instante. Temí desmayarme. No era capaz de impedir que los dientes me entrechocaran y temblaba como un flan. Abracé al profesor por la espalda y lo apreté con fuerza contra mí. La camiseta de algodón que llevaba parecía haberse quedado tiesa del frío. Intentaba echar todo el aliento caliente que podía por la boca. Una vez hacia dentro, por debajo de las sábanas, y otra hacia la nuca y los hombros del profesor.

En ese momento empezó a dolerme la dentadura. Posiblemente porque no podía impedir que los dientes me castañetearan.

Menos mal que poco después empezó a hacerse soportable estar en la cama. Sí, mi intervención había servido de algo, al menos para mí. Yo había empezado a calentarme, pero al profesor no le había afectado lo más mínimo. Estaba muy mal. Yacía allí, sin percatarse de nada y sin esperanzas. ¿Sería ya demasiado tarde?

Me enfadé conmigo misma por haber dudado tanto. Me levanté bruscamente. Desnudé al profesor a toda velocidad. Le quité la camiseta de algodón. Tenía el cuerpo, en el que se le podían contar los huesos, casi morado.

Ojalá esta colcha fuera un poco más gruesa, pensé. Miré a mi alrededor, pero la única posibilidad era cubrirnos con el abrigo negro. Tendríamos que seguir con la fina colcha y el abrigo, pues. Sin perder un momento, lo coloqué de costado, pasé al otro lado de la cama y de nuevo me metí en ella de un salto. Nos tapé bien apretados y me abracé con fuerza a la espalda del profesor.

Fue como si mi cuerpo desnudo, a excepción de la ropa interior, tocara un cubito de hielo. Me estremecí, temblé, pero no me di por vencida. Cuanto más frío sentía, con más fuerza lo apretaba contra mí. A la vez intentaba calentarle la nuca con mi aliento.

Estaba tan delgado que podía sentirle los huesos de las caderas.

Abrazada a él empecé a pensar en todo lo que me había ocurrido los últimos días y a sentir pena de mí misma. «En qué líos te has metido», me dije.

En el mar no había ningún barco, ningún bote de pescadores. De hecho, tendrían que estar locos para haberse hecho a la mar con este tiempo. Probablemente ahora estaban en el puerto de Şile, en el

refugio, reparando las redes y tomándose un té al calor de una estufa. O en un café jugando al *rummy*.

Era imposible que el profesor le hubiera estado haciendo señales a nadie en ese mar desierto. Así que no se trataba de ningún asunto turbio, sino de otra cosa.

Pero entonces, ¿por qué los servicios de inteligencia habían caído tras el pobre hombre? ¿Por qué se metían con una persona tan maltratada, tan rota?

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Ninguna de mis preguntas tenía respuesta. Les daba vueltas y revueltas y volvía al mismo punto.

Y cada dos por tres se me venían a la memoria los recuerdos de aquella primera casa con estufa en la que viví con Ahmet. Intentaba alejarlos de inmediato, como si fueran un pecado. ¿Qué tenían que ver con lo que estaba sucediendo ahora? En primer lugar, entonces nos desnudábamos después de calentarnos un poco bajo el edredón y ahora nos habíamos desnudado para calentarnos. Pero ¿por qué me daba a mí misma tan extrañas explicaciones?

Me di cuenta de que me estaba enfriando tratando de calentar al profesor con mi cuerpo. Le había pasado todo mi calor. Eso era bueno, su espalda y sus caderas empezaron a cobrar vida. Lo abracé con más fuerza. En ese momento y de una forma bastante curiosa, sus hombros empezaron a resultarme interesantes. Recordé la novela de Yasunari Kawabata *La casa de las bellas durmientes*.

Pero, como mis brazos rodeaban al profesor, podía notar que su pecho aún seguía frío como el hielo. Así que me deslicé por encima de su cuerpo y pasé al otro lado. Apoyé contra él la espalda, las caderas y la parte de atrás de mis piernas, que estaban más calientes.

Estábamos en la posición contraria a la que teníamos poco antes. Ahora sus ingles tocaban mis caderas. Éramos como dos cucharas pegadas una a la otra. Intentaba calentarle por todos lados.

Al poco, mi espalda se enfrió y mi pecho se calentó. De nuevo cambié de sitio y pasé a su espalda. Luego otra vez adelante. Y, mientras tanto, la cama alcanzó una temperatura bastante soportable por debajo de la colcha.

En cierto momento me quedé dormida. Me despertó el ruido de la puerta que se abría de repente. Había empezado a oscurecer. Süleyman entró en la habitación, probablemente para decirme que el coche estaba reparado, se quedó perplejo al vernos así, miró la ropa que había sobre la silla y gritó:

—¡Hay que ver…! ¡Maldita seas!

Sin darme tiempo a explicarle nada salió corriendo del cuarto. Podía oírle gritando por el pasillo «¡Qué vergüenza!». Lo llamé, pero

no me escuchó. Enseguida oí el ruido del motor del Mercedes poniéndose en marcha delante del motel y alejándose hasta perderse.

Nos quedamos allí. Podía suponerme lo que contaría en la universidad. Me tocaba a mí dar explicaciones de por qué estaba en la cama con aquel profesor viejo. Sabía que la mayoría de la gente no aceptaría la verdad y me verían como una pervertida que arrastraba a la cama a los viejos. Pero ahora tenía algo más importante que pensar que en eso. ¿Cómo íbamos a salir de allí? El cuerpo del profesor se había calentado un poco y su respiración era más regular, pero aún no había vuelto en sí. En realidad, habría que llevarle a un hospital.

Me levanté y me vestí. Sentí el frío helado de la ropa y pensé que aquello era bueno, que significaba que mi cuerpo estaba caliente, que la cama también lo estaba y que el profesor, aunque fuera un poco, se había calentado. Saqué del bolso el teléfono móvil. Como tenía el sonido apagado había un montón de llamadas sin contestar. Todas eran de Kerem.

Inquieta, llamé a mi hijo. ¿Le habría sucedido algo? Qué estúpida había sido dejando el teléfono en silencio.

—¿Qué hay, Kerem? —le pregunté en cuanto lo cogió—. ¿Estás bien?

—¡Están aquí! —respondió excitado.

—¿Quiénes?

—Esos hombres.

—¿Qué hombres, Kerem?

—Los que me dijiste. ¡Los tres hombres!

Me dio un vuelco el corazón. Aquellos tres tipos estaban en mi casa, con mi hijo. ¿Qué querían de nosotros, malditos fueran, qué querían?

—¿Está también el del bigote, Kerem?

—Sí.

—Pásamelo.

En cuanto oí su voz que decía «Diga» empecé a hablar como una ametralladora. No paraba de preguntarle con qué derecho había ido a mi casa y hablaba con mi hijo. Cuando terminé, me respondió:

—Pero es que usted no nos ha dado ninguna información. Así que decidimos hacerle una visita amistosa.

—¡Váyanse de mi casa de inmediato!

—Primero cuéntenos. A ver, ¿qué es lo que han hecho?

—No hemos hecho nada. ¡Váyanse de mi casa de inmediato!

—¿No han hecho nada? ¿Y qué se les ha perdido tan lejos?

—¿Dónde?

—Pues allá, en Şile.

Me quedé desconcertada.

—¿Cómo lo saben?

—Porque su teléfono da señal desde Şile —se rio.

Tonta cabeza mía, pensé. Estos tipos son de inteligencia, cómo no van a saberlo.

—Quiero hablar con mi hijo.

Por fortuna me lo pasó.

—¿Estás asustado, hijo?

—No. Es hasta divertido.

—Muy bien. Yo estoy un poco lejos.

—Ya lo he oído. Estás en Şile.

—Luego te lo cuento. Me es imposible regresar a casa de inmediato, pero voy a llamar a alguien para que vaya a casa.

—¿A papá?

Medité un momento.

—Ahora mismo no lo sé.

El primero en venirme a la mente había sido Ahmet. Al fin y al cabo, Kerem también era hijo suyo y podría hacerse cargo de la situación. Pero luego pensé en lo egoísta y lo voluble que era y cambié de idea. Si lo llamaba ahora seguro que no me respondía, o se inventaba alguna excusa, o no sería capaz de entender la gravedad del asunto. Y, aunque sirviera de algo, aquello le daría material para echármelo en cara durante años.

Llamé a mi hermano por primera vez en siglos. Cogió el teléfono después de que sonara cuatro veces.

—¿Maya?

—Sí, soy yo.

Noté que estaba sorprendido y que dudaba.

—Ah, hola.

—Escucha, te llamo por una urgencia, necesito tu ayuda.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—Estoy en Şile. Kerem está solo, pero con unos de inteligencia que se han metido en casa.

—¿De inteligencia?

—Sí.

—¿Civiles o militares?

—Visten de civil, pero no sé.

—¿Y qué pintan en tu casa?

—Ya te lo contaré. Ahora, ¿puedes ir y ocuparte de Kerem?

Se produjo un momento de silencio. Luego:

—Pero tengo invitados…

—¡Escucha! —dije—. Esto es importante, hay unos tipos de

inteligencia en mi casa, ¿no lo entiendes? ¿Quién sabe hasta dónde podría llegar esto?

La indirecta pareció surtir efecto.

—De acuerdo. Ahora mismo voy.

Suspiré profundamente. Estaba a punto de llorar.

—Gracias, hermano. Yo también intentaré ir lo antes posible.

—¿Qué significa «intentar»? ¿Qué estás haciendo en Şile, en invierno, al anochecer?

—Tenemos un profesor visitante americano. Vine porque me lo pidió, pero el coche se averió. Nos hemos quedado encerrados en un motel cerca de Şile. No hay nadie por aquí.

—Entonces os enviaré un coche.

—Eres un ángel, hermano. Gracias. Estamos en un sitio llamado Black Sea Motel.

—No te preocupes, lo encontrarán. Les voy a dar tu teléfono.

Después de colgar me acerqué al profesor, que dormía profundamente debajo de la colcha y el abrigo, con la intención de despertarle. Había recobrado un poco el color, su cuerpo se había calentado, pero ¿cómo tendría los pulmones?

Lo zarandeé ligeramente al tiempo que lo llamaba:

—Profesor, ¿se encuentra bien? ¿Podrá levantarse?

Abrió los ojos por un instante y volvió a cerrarlos. Sacó la mano de la colcha y cogió la mía. Empezó a emitir los mismos ruidos que en la playa:

—*Sutuuma*, ha llegado, *Sutuuma*, se paró, Nadia, *Sutuuma*, voló.

—Profesor, ¿me oye? ¿Quién ha venido? ¿Quién es *Sutuuma*? Profesor, ¿puede levantarse?

Abrió los ojos de nuevo. Esta vez no los cerró de inmediato. Miró sorprendido a su alrededor.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

Entonces empezó a temblar otra vez y los dientes, a castañetearle.

—Seguimos en la playa. Más exactamente, en el motel de la playa. Perdió usted el sentido por el frío y lo traje aquí. Ahora vendrán por nosotros. Por favor, vístase, profesor.

En ese momento se dio cuenta de que estaba desnudo y no pudo entender por qué. Me miraba a la cara con curiosidad mientras se vestía.

—Sí, profesor, yo lo desnudé y lo metí en la cama —dije—. Tenía que hacer algo para salvarle la vida.

—¿Como qué? —Y, sin esperar respuesta, dijo con voz débil—: Gracias.

Lo ayudé a vestirse. Luego, llevándolo prácticamente en brazos

para que pudiera andar, lo bajé por las escaleras. El vigilante había encendido un fuego pequeño cerca de la puerta y trataba de calentarse las manos.

En cuanto nos vio, se incorporó. Justo cuando me acercaba a él llegó a toda velocidad un automóvil oscuro del que bajó un hombre que me llamaba por mi nombre:

—¿Maya Duran?

—¿Sí?

—Hemos venido a recogerla.

En eso bajó también el conductor.

—¡Qué rápido! Creía que tardarían por lo menos dos horas en llegar desde Estambul.

—No venimos de Estambul, sino de muy cerca. Nos hemos puesto en camino en cuanto nos lo pidió el coronel.

Les di las gracias. Luego, con su ayuda, subimos al profesor al coche.

—¿Quiénes son? —preguntó él.

—Nos están ayudando. Nos llevarán a Estambul.

—¿No esperamos el Mercedes?

—El coche se ha averiado, profesor, por eso nos llevan otros. Quédese tranquilo.

Íbamos a ponernos en marcha cuando me acordé de algo. Bajé y le pregunté al joven vigilante por el precio de la habitación.

—No lo sé —me contestó.

Le di un billete de cincuenta millones.[2] Luego nos pusimos en camino en aquel coche oscuro. El interior estaba cálido. Era la primera vez que le veíamos el rostro al calor desde hacía horas. El profesor se quedó dormido de nuevo. Yo apoyé la cabeza en el cristal de la ventanilla y me puse a pensar en los acontecimientos del día.

Mi hermano debía de estar en casa ahora. Muy probablemente estaba ocupándose de todo porque era un hombre diligente.

Qué raro era no llamar al padre cuando un niño está en problemas, pensé. Era el primero a quien tendría que haber avisado. Incluso sólo a su padre y no a su tío. Pero cualquiera que conociera a Ahmet entendería por qué no lo hice. Mi exmarido era un hombre de aspecto exterior muy correcto, alto, con el pelo fino y castaño que le caía sobre la frente, que se podría decir guapo. Pero para aniquilar todo su atractivo bastaba el gesto cobarde y suspicaz que reflejaba su personalidad en plena cara. Era muy inseguro, lo que quizá se debía a su padre, un hombre excesivamente autoritario.

Mi antiguo suegro era un político más o menos conocido en el país y un racista. Había consagrado su vida a demostrar que nuestros ancestros turcos, que habían llegado a Anatolia desde Asia Central,

eran la raza superior y la más heroica del mundo. Pertenecía a esa tradición turquista que en otros tiempos había apoyado al nazismo alemán. Puede que destrozara el espíritu de su hijo con su fuerte personalidad. Porque Ahmet era alguien que no asumía el menor riesgo, que intentaba librarse lo antes posible de cualquier problema, que no era capaz de responsabilizarse de una mujer, de un hijo, de un amigo, en suma, de nadie, siempre dispuesto a traicionar en cualquier momento, escurridizo. Además, cuando alguien se le enfrentaba era un cobarde, pero intentaba quedar por encima en cuanto el otro retrocedía. La mirada suspicaz de sus ojos juntísimos revelaba continuamente aquella personalidad suya.

Estaba cansada, había sido un día muy largo. Lo único que quería era llegar a casa cuanto antes, abrazar a Kerem y darme una ducha caliente. Todo se había complicado de una manera que… Ah, Süleyman… Uf… En ese momento no estaba como para pensar en todo aquello.

Saqué el teléfono y llamé a mi amiga Filiz, médica en el hospital de la Facultad de Medicina de Çapa, que dependía de nuestra universidad.

Le dije que un profesor invitado del rectorado había estado expuesto a un intenso frío y que necesitaría tratamiento. Era muy fácil que un hombre de su edad sufriera una pulmonía. Filiz me dijo que lo llevara de inmediato al hospital. Ella no estaba allí, pero iba a llamar al médico de guardia y a informarle de todo.

Luego desperté al profesor zarandeándole del brazo.

—Pronto llegaremos a Estambul. Estos señores lo llevarán al hospital.

—¿Al hospital?

—Sí, porque ha pasado muchísimo frío. Que le miren los pulmones.

—Bueno, ¿y usted?

—Me voy a casa. Estoy agotada. Mañana iré a verlo.

—¿Quiénes son estos hombres?

Iba a responderle cuando uno de ellos se volvió y oí que le decía en un inglés fluido:

—No se preocupe, profesor, somos amigos.

Como quedaba más cerca, primero nos dirigimos a mi casa. Me acerqué al oído del profesor y le pregunté lo más bajo que pude:

—Profesor, ¿quién es *Sutuuma*?

Me miró con una expresión llena de interrogantes. No entendía nada. Además, los ojos se le cerraban porque le costaba trabajo mantenerse despierto. No obstante, insistí un poco. Incluso me vi obligada a darle unos ligeros golpecitos para que no se quedara

dormido. Le detallé como mejor recordaba las palabras que había pronunciado en su delirio en la playa y el motel y repetí la pregunta:

—Profesor, ¿quién es *Sutuuma*?

Estiró un poco los labios. No pude averiguar si era una sonrisa o una expresión de dolor.

—Es el nombre de un barco —respondió en un susurro—. Venía de Rumanía…

El coche se detuvo justo en mi puerta, como si hubieran venido ya muchas veces. Les di las gracias a aquellos hombres. Eran gente amable, sin duda. El que ocupaba el asiento del acompañante incluso se bajó a abrirme la puerta. Cuando me apeé del coche el profesor se había dormido.

Una sorpresa me esperaba al entrar en casa. No estaban ni mi hermano ni los tipos de inteligencia. En cuanto a Kerem, estaba tan animado y alegre como no le había visto en mucho tiempo. Me sonreía mientras sostenía una enorme bolsa de patatas fritas. Estaba tan contento que ni protestó cuando lo abracé.

—¿Dónde está tu tío?

—Se ha ido. Ha dicho que lo llames mañana.

—¿Y los otros?

—El tío habló un poco con ellos. No pude oír lo que les decía. Luego se fueron. El tío me dijo que no me asustara, que no pasaba nada, que tú vendrías enseguida. Y también él se fue. Mamá, ¿qué está pasando? ¿Quiénes son esos tipos?

—¿Y si hablamos mañana, Kerem? Me muero de cansancio. Y pásame esa bolsa de patatas, vamos a ver.

Sentía espasmos en el vientre porque llevaba veinticuatro horas sin comer nada. Kerem se quedó boquiabierto al ver que me comía con tanto apetito las mismas patatas que siempre intentaba quitarle de las manos diciéndole: «No comas esas porquerías». Me las comía a puñados. Estaban riquísimas, habría jurado que nunca en mi vida había comido nada tan sabroso.

—Mamá, déjame alguna a mí —se rio Kerem.

—¡Perdona! —le dije con la boca llena—. Pero esta vez no.

Luego me fui al baño. Me enjaboné a conciencia bajo el agua caliente y me lavé el pelo. Después sequé el vaho del espejo y me entretuve un rato mirándome. Me puse un protector en los labios resquebrajados y me embadurné la cara entera con crema hidratante, sobre todo las mejillas y el cuello, tirantes por el frío. Mi piel absorbió la crema de inmediato. Me envolví en el albornoz y me fui directamente al dormitorio.

Lo último en lo que pensé antes de quedarme dormida fue en el profesor. ¿Podría aguantar un cuerpo tan débil lo que había vivido

hoy? ¡Qué delgado estaba! Todavía podía sentir en mi cuerpo sus helados huesos.

Luego me sumergí en el sueño y dormí como un tronco hasta la mañana.

7

Cuando me desperté eran las siete de la mañana. Me di cuenta de que no había soñado. Me había sentado bien acostarme temprano y dormir de un tirón. Y tenía tanta hambre «como para comerme un caballo», como decía a veces Kerem. Me sonaban las tripas.

Me sentía no sólo descansada, sino bien en todos los aspectos. Tenía dentro una alegría cuya causa desconocía. Estaba como más ligera. Sin embargo, no existía ninguna razón para estar contenta, más bien lo contrario.

A saber qué brujerías andaría ahora cocinando Süleyman en la universidad. Las funcionarias de la secretaría personal del rector, unas viejas y gordas a las que nunca les había gustado, cuchichearían tapándose la boca.

—¡Ah! ¿Desnudos del todo?

—¡Así que un viejo de su edad todavía se las apaña!

—¡Bravo por él!

—De hecho, esa tal Maya nunca me ha caído bien.

—Tanto mirarnos por encima del hombro; esos aires; ese saltarse la secretaría personal e ir directamente al rector…

—Ese presumir de que tiene una carrera.

—¡Una fulana la mires como la mires!

—Que si su inglés es muy bueno, que si lee mucho…

—Su marido no pudo aguantarla y la abandonó.

—¿Cómo es que se lleva tan bien con el rector?

—¡No le importa para nada la jornada laboral! Entra y sale cuando quiere.

—Y no le gusta cómo hablamos.

—¡Y dice que pasa de la moda! Pero cada día viene toda arreglada.

—Sobre todo si viene algún visitante extranjero…

—¡Aunque tenga noventa años!

—¡A ver cómo sale ahora de esta!

Aquellas cotorras de la universidad se tomarían el té mañanero sorbiendo con más placer del habitual. El profesor estaba en el hospital, los de inteligencia habían allanado mi casa, me encontraba

en medio de un montón de incertidumbre, pero, no obstante, sentía una frescura sin motivo.

Quizá mi subconsciente, agotado y harto de hacer todos los días lo mismo y de llevar una vida sin sentido, se había animado con las nuevas emociones y bombeaba continuamente endorfinas y serotonina. Era muy agradable comprobar que a Kerem le pasaba lo mismo. Había podido verle los hoyuelos de las mejillas por primera vez en años.

Fui a la cocina. Según una costumbre que no podía dejar, lo primero que hice fue poner Earl Grey en la tetera, y calentar agua en el hervidor. Saqué de la nevera cuatro huevos y *sucuk*[3] de Kayseri. Coloqué las rodajas en una sartén a fuego lento. No le puse aceite porque enseguida la cubriría la grasa del *sucuk*. En ese punto eché en la tetera el agua, que estaba a punto de hervir. Esa era una de las claves en el arte de la preparación del té, que aprendí de mi abuela. El agua tiene que calentarse, pero nunca hervir. En caso contrario, pierde el oxígeno.

En cierta ocasión le pregunté a mi abuela por qué los bereberes vertían el té en el vaso desde muy arriba, como se mostraba en algunos documentales sobre el Norte de África. No lo sabía. Pero luego comprendí que esa costumbre, que también tienen los árabes, es para que se oxigene el agua del té. O sea, un proceso como el de verter lentamente un vino de calidad en el decantador para que se airee. En unas vacaciones que pasamos Ahmet y yo en España el camarero lo hizo así y por eso lo sé.

La sartén empezó apenas a chisporrotear y el *sucuk* a soltar un olor apetitoso junto con la grasa. Casqué los huevos en la sartén. La clara se extendió por la superficie, pero las yemas permanecieron redondas. El aroma no se podía aguantar. Llené dos vasos de cristal con té y los dejé en la mesa. Luego cogí la sartén tal cual y la llevé al cuarto de Kerem. Dormía con toda su inocencia y su hermosura. Ni siquiera se lo oía respirar. Suspiré «¡Pobre hijo mío!» y deposité en su mejilla un beso ligero. Lo que le despertó no fue el beso, sino el aroma que se desprendía de la sartén y que te hacía perder la cabeza.

Olfateó un par de veces y luego abrió lentamente sus hermosos ojos. Se incorporó sobre los codos preguntando: «¿Mamá?».

—Vamos —le dije—. A cambio de las patatas que te tomé prestadas anoche, banquete de huevos fritos con *sucuk*. Lávate la cara y ven enseguida. Que no se enfríen.

La razón principal de mi alegría debía provenir de nuestra proximidad de los últimos días. Porque el estado anímico de Kerem era como una montaña rusa que me oprimía el corazón sin que hubiera forma de aliviarlo. No había nada que no hiciera por verle así, feliz y contento, pero lo que no habían conseguido médicos y

psicólogos lo habían logrado el profesor y los líos en que me había metido. Sólo por eso tenía que estarle agradecida. Por cierto, ¿cómo estaría? ¿Lograría salir sano y salvo de aquel desastre?

Ese día fue posiblemente el desayuno más alegre de nuestra vida.

—Esos tíos se quedaron de piedra, mamá —me contaba entusiasmado—, porque no me asusté nada. Cuando los vi, dije: «Ah, son ustedes esos de los que me ha hablado mi madre, pasen, adelante». Primero se miraron entre ellos y luego entraron.

Comía el desayuno con apetito sin dejar de hablar.

—«¿Podemos echarle un vistazo a la casa?» «¿Tienen una orden judicial de registro?», les contesté. «¿De dónde has sacado eso?», me preguntaron. «¡Oh, de todas partes! De *Ally McBeal*, de *CSI Miami*…» Se rieron moviendo la cabeza y yo también me reí. «Pueden mirar donde quieran, no tenemos nada que ocultar», les dije.

Cuando dejaba de comer más rato de lo debido, yo le advertía:

—¡Vamos, no dejes que se enfríen los huevos!

Engullía otro bocado a toda velocidad y continuaba:

—Pero el follón de verdad vino luego. «¿El ordenador es tuyo o de tu madre?» «Mío.» No le dieron importancia, seguro que pensaban que sólo me dedicaba a jugar. «Estoy haciendo una investigación importante.» Con un poco de pitorreo me preguntaron sobre qué. «Sobre la época de los profesores alemanes judíos, especialmente sobre Maximilian Wagner.» Otra vez se quedaron de piedra y otra vez se miraron entre ellos. El del bigote me preguntó de dónde había sacado aquello y yo le dije que tú me habías pedido que investigara. Entonces fue cuando llamaste por teléfono y después vino el tío Necdet. Cuando lo vieron se llevaron un buen chasco. Una tarde estupenda, vaya. De puta madre, como una película.

Mis ojos se clavaron en el bigote que empezaba a salirle como una sombra. Luego le miré la cara entera. ¡Cuánto se parecía a su abuela con sus espesas cejas oscuras y sus ojos del color de las aceitunas negras!

—Bueno. ¿Y qué has averiguado en internet?

—¡Qué no he encontrado! Tu profesor estaba entre los que huyeron de Alemania y vinieron a Turquía.

—Eso ya lo sé. Más.

—Encontré un montón de documentos. No puedo entenderlos bien porque no conozco la historia de esos años, pero los he imprimido todos y te he preparado una carpeta. Esta tarde te lo lees.

—Muy bien, ¡me lo leeré! Por cierto, quiero que investigues algo más. Un barco llamado *Sutuuma* o algo parecido.

—Pero mamá, ¿así cómo voy a encontrar nada? Necesito más datos.

—Pues no tengo más. Ah, sí, el barco venía de Rumanía.

—Un barco de Rumanía. *Sumuta*… ¿Cómo era?

—Yo tampoco lo sé exactamente. *Sutuuma* por lo que recuerdo.

—*Sutuuma, Sutuuma* —lo repitió varias veces con la intención de memorizarlo—. *Sutuuma, Sutuuma*.

Le di un beso, le puse el chaquetón, le anudé con firmeza una bufanda al cuello a pesar de todas sus protestas, le puse dos millones de liras en el bolsillo y lo mandé al colegio.

Recogí la mesa y dejé los platos en el lavavajillas. Los habíamos rebañado de tal manera que no tuve ni que enjuagarlos. Abrí la ventana para ventilar un poco la casa. Un aire fresco y limpio llenó la cocina. Me asomé a la calle. Seguía haciendo frío, pero era más suave, nada parecido al de ayer. Puede que la nieve lo hubiera templado. «No podíamos haber ido hoy a Şile, ¿eh, profesor?», protesté para mí. O anteayer. ¿Era obligatorio que tuvieras que buscar el día más frío del año? Casi te matas, y a mí también.

Llamé al hospital. Le dije a la telefonista que quería hablar con la doctora Filiz Ünaldı. Sabía que los médicos apagaban los móviles a las horas de consulta y no respondían. Por lo menos, eso hacía Filiz. La encontraron después de llamarla por los altavoces, anuncios que yo misma pude oír.

—¿Cómo está? —le pregunté.

—Chica, nos mandaste un cadáver viviente. Tendría que haberse muerto hace mucho, pero aguanta, lo que quiere decir que tiene una constitución muy fuerte.

—¿Qué le pasa?

—Puede ser una neumonía. Le estamos haciendo pruebas. Quedar expuesto a un frío tan violento puede haberle afectado varios órganos. Por eso lo están explorando en cada uno de los departamentos. Ahora está en infecciosas.

—Bien —dije—, muchas gracias, Filiz. Es un importante hombre de ciencia, un invitado especial del rector… Por eso…

—Lo sé, lo sé —me interrumpió—. Chica, un hombre apuesto para su edad. Como un actor. A saber cómo era de joven.

—Hablas como si le hubieras echado el ojo, Filiz.

—No, que Dios lo guarde para su verdadera dueña.

—¡Qué dueña va a tener a su edad! En fin, ya me pasaré a verte. Un beso.

Filiz colgó con aquella molesta palabra:

—Hala, *bye*.

Mucha gente lo hacía así, uniendo el «¡Hala!» local al «*bye*» inglés y alargando el *bye*.

La influencia de las series americanas no se limitaba a eso. Una de

las frases nuevas que se usaban era «Cuídate», probablemente una traducción de «*Take care of yourself*».

Y los jóvenes, al colgar a veces decían «Te devuelvo la llamada»; o sea, «*I'll call you back*».

Cuando protestaba en mi entorno por esa forma de hablar a todos les parecía muy extraño, como si fuera algo del todo normal y yo estuviera intentando ser diferente.

El verano pasado cuando fuimos de vacaciones a Bodrum, Kerem le dijo a su abuelo «¡Cuídate!». El pobre hombre se sorprendió mucho y le contestó: «No tengo nada, hijo, no te preocupes, me cuido bien».

Lo de que se cuidaba bien era cierto. Mis padres salen cada día a pasear por la playa, comen mucho pescado y verduras frescas que compran a los campesinos en el mercado de Bodrum, duermen al menos media hora de siesta y llevan una vida envidiable rodeados por esa naturaleza paradisiaca, aprovechando todas las bondades del Egeo.

En las grandes ciudades ni los más ricos del mundo podrían disfrutar de su calidad de vida. Porque no se pueden comprar con dinero ese aire, ese olor a mar, esa comida. Además, Bodrum le sienta muy bien al reumatismo de mi madre. A pesar de estar en la costa, en la península de Bodrum no hay humedad, el ambiente es muy seco. El viento de las Cícladas, ese que los libros pintan como Zeus soplando, se lleva toda la humedad y seca el aire. En resumen, llevan una vida maravillosa. Cada verano Kerem y yo vamos con ellos de vacaciones al menos un mes. En cierto momento incluso pensé en matricular a Kerem en algún colegio de allí y mudarnos.

Pero luego mis amigos, empezando por Filiz, me hicieron cambiar de opinión. Porque Bodrum tiene otra cara, que no es demasiado brillante para un adolescente. Las noches locas que han provocado que a Bodrum le llamen «*Bedroom*», las fiestas de espuma en los clubes nocturnos, el abuso de drogas y las calles por las que casi nadie pasea sobrio no son el mejor entorno para criar a un muchacho.

Gümbet, donde viven mis padres, es famoso por sus clubes nocturnos. Las agencias de turismo traen cada año a Gümbet a miles de jóvenes británicos que a lo largo de una semana beben noche y día, duermen en las calles y luego se los llevan de vuelta sin que ni siquiera hayan visto el centro de Bodrum.

Mientras la casa se ventilaba saqué del armario el traje de chaqueta azul marino, al que acompañé con una blusa blanca de seda. Me puse una sombra de ojos morada y un poco de rímel. Con un lápiz de labios rojo completé mi aspecto exterior. Me calcé los zapatos de tacón más altos que tenía. Me preparaba como una guerrera porque realmente tenía por delante unos días de guerra.

Debía estar lista para enfrentarme a gente mala, y lo estaba.

Primero fui a la comandancia de Maslak. Les dije a los soldados que estaban de guardia en la puerta que quería ver al coronel Necdet Duran.

—¿La está esperando?

—Sí. Soy su hermana.

Adoptaron una actitud respetuosa, pero no dejaron de comprobarlo por teléfono.

—Espere un momento. Ahora vendrán por usted —me informaron.

Me dediqué a contemplar el cuidado jardín que se extendía ante mí, los elegantes edificios, los senderos limpísimos, a unos soldados marchando al unísono. Todos tenían la misma estatura y realizaban los mismos movimientos al milímetro. Era como si aquel pelotón no estuviera compuesto por individuos, sino que fuera un único ser moviendo sus extremidades.

Pensé en cuánto tendrían que haber practicado para marchar así. La extraordinaria disciplina del tercer ejército del mundo en número de efectivos le hacía eso a cualquiera. No sólo a los militares profesionales, también a los que eran llamados a filas para cumplir su deber con la patria se les enseñaba que era más importante obedecer que pensar. El objetivo era formar hombres que marcharan al mismo paso, pero que también tuvieran el mismo vocabulario, los mismos saludos y las mismas ideas. Siendo así, como las particularidades de cada uno acababan desapareciendo, a cada cual se le daba el valor de las insignias que llevaban en los hombros o en la manga. En esta máquina, por un lado entraban personas y por el otro salían soldados.

Había llegado hasta aquí con mucha facilidad porque en nuestro país las instalaciones militares están en los mejores emplazamientos del centro de la ciudad. Junto al hotel Hilton, uno de los más elegantes de Estambul, se levanta una residencia militar, probablemente más elegante que el hotel. Las orillas del Bósforo y el mar de Mármara también están llenas de clubes, restaurantes y hoteles para militares. En enormes complejos de residencias militares hay villas extraordinariamente lujosas, hoteles de cinco estrellas y restaurantes de cinco tenedores para los oficiales jubilados.

Por lo que sabía por mi hermano, todo aquello era en extremo barato. Los civiles sin familia militar tenían prohibida la entrada. Mi hermano tenía toda la razón en esforzarse tanto por ascender a general, porque una vez que alcanzara aquel rango conseguiría un nivel de vida muy alto para el resto de sus días.

Poco después llegó un oficial joven que me recogió con mucha amabilidad. Cruzamos el jardín y me acompañó hasta uno de los edificios de atrás. Subimos al segundo piso. Los pasillos estaban llenos de oficiales de todos los rangos. No sé si los escogían a propósito o si

era un efecto del uniforme, pero todos parecían muy entusiastas y ágiles. De seguro que esa es una de las causas por las que los ejércitos del mundo tienden a ser tan puntillosos con los uniformes. Se me vinieron a la mente los correajes de cuero de los oficiales nazis.

El joven oficial llamó cuidadosamente dos veces, esperó a la orden de «¡Adelante!», me cedió el paso con mucho respeto y cerró la puerta a mis espaldas. Mi hermano se levantó de su enorme mesa de caoba y vino hacia mí. Me dio unos besos en las mejillas y luego me ofreció asiento en uno de los dos sillones enfrentados delante de una mesa baja. Él se sentó en el otro. En la mesita que nos separaba había un jarroncito azul con flores frescas que difundían un agradable aroma por el despacho.

Sobre su mesa había una fotografía de familia feliz donde aparecía él con su mujer y sus dos hijos. Le había puesto un marco de plata. Como estaba colocada en diagonal en una esquina, podía verla desde donde estaba sentada. Había tal orden en el despacho que pensé que probablemente allí no entrara ni una mosca sin permiso.

Mi hermano también se veía muy digno en su uniforme. La única señal que mostraba que era un ser humano normal como todos nosotros era el corte que se había hecho al afeitarse a la derecha del cuello.

—Tráele a la señora un café medio de azúcar —le dijo al soldado que entró—. Yo no quiero nada.

Sonreí. A pesar de los años que habían pasado no había olvidado cómo me gustaba el café.

—Gracias, Necdet —le dije—. Ayer acudiste en mi ayuda como un ángel.

—¡Cuánto ha crecido Kerem, madre mía! —dijo sonriendo ligeramente—. Está hecho un león. Y ayer se comportó con mucha madurez.

—¿Quiénes eran esos hombres? —le pregunté.

—Personal de inteligencia, como me dijiste.

—O sea, ¿del Centro Nacional de Inteligencia?

—No.

—¿Inteligencia militar?

—Tampoco.

—¿Pues qué?

—Pues… Una unidad especial.

—¿Y qué quieren de nosotros?

—No se interesan por ti, sino por ese profesor alemán.

—Americano de origen alemán.

—Lo que sea. Quien de verdad les interesa es ese hombre.

—¿Qué quieren de él?

—Eso no puedo decírtelo.

—Estuvo en Estambul hace cincuenta y nueve años. Algo que colea desde entonces.

—Puede ser.

—¿Hay algún delito de por medio?

—Podría decirse que sí.

En ese momento llamó a la puerta el soldado que me traía el café. Un café espumoso en una taza blanca y delicada. Traía asimismo un vaso de agua fría. Pensé que seguro que había algún reglamento especial también sobre cómo preparar el café. Tanto café, tanta agua que se calentará hasta tantos grados… Todo perfecto.

Di un sorbo al café una vez que se fue el soldado y continué presionando con mis preguntas a mi hermano, sin preocuparme de si se cansaba de mí ni hacer caso a sus deseos de acabar con la conversación lo antes posible.

—¿Qué tipo de delito?

—No te lo puedo decir.

—Vamos, Necdet. Tengo derecho a saber de un asunto que me ha metido en tantos líos.

—Sería mejor que te olvidaras de todo esto y que cortaras cualquier relación que tengas con ese profesor Wagner.

—Muy bien, lo haré. Pero sólo si tú me satisfaces un poco la curiosidad. —Y con un tono irónico añadí—: ¿O es un espía?

—No.

—¿Un caso de atraco?

—No.

—¿Asesinato?

Dudó un instante.

—Podrías llamarlo así —murmuró y aquello me produjo un escalofrío.

¿La causa de todo esto era un asesinato cometido hacía cincuenta y nueve años? ¿Y quién era el criminal? ¿El profesor? ¿Había matado el profesor a esa tal Nadia? Quizá la había ahogado en esa cala cerca de Şile y había vuelto años después al no poder soportar los remordimientos. Una no deja de leer en las novelas que los asesinos no pueden resistirse al deseo de regresar a la escena del crimen.

—¿Es el profesor un asesino?

—No.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—¡Uf, Maya!

Se puso en pie de puro hartazgo. Dio unos pasos por el despacho, pasó al otro lado de la mesa, apoyó las manos en ella y me dijo:

—¡No me presiones más, Maya! Créeme, no puedo hablar. Esto te supera. Sólo puedo decirte que es un asunto internacional de mucha importancia. Olvídate de todo esto por tu bien y por el de Kerem.

—De acuerdo, haré lo que me dices. Pero tengo una última pregunta. No levantes así las cejas, créeme que es la última. Si el profesor no es un asesino, ¿por qué les interesa?

Mi hermano meditó un poco. Parecía estar calculando cómo plantear lo que iba a decirme. Por fin, habló en voz muy baja:

—Temen que el profesor hurgue en el pasado y saque a la luz un delito.

Pero esa respuesta sólo sirvió para arrastrarme a un enigma mucho mayor que el anterior. Si el profesor no era culpable, si, todo lo contrario, estaba tratando de exponer al perpetrador de un asesinato, ¿qué objeción podía haber?

En realidad, me sentí aliviada al oír que el profesor no tenía culpa de nada. Así pues, él no había matado a la tal Nadia. ¿Estaría tratando de descubrir a sus asesinos?

Mi hermano se me acercó para acompañarme a la puerta. Me cogió de los hombros —era una cabeza más alto que yo— y me miró a los ojos.

—Mira, Maya, tienes que entender una cosa. Anoche, cuando me llamaste tan desesperada, corrí en tu ayuda. Pero, por favor, que sea la última vez. El chico tiene padre, habla con él. Eres una mujer adulta, ocúpate tú de tu hijo. Vivimos en mundos distintos. No me metas en estos asuntos. Te lo ruego, no vuelvas a meterme en esto.

—¿No eres mi hermano mayor?

—Sí, pero desde el punto de vista de nuestras vidas y nuestros mundos, somos como dos extraños. Por favor, que cada cual siga su propio camino.

Más dolorosos que el significado de sus palabras eran la expresión de su rostro, la mirada fría en sus ojos entrecerrados y que hablara por entre los labios apretados con una voz tan baja como un susurro.

El hombre que tenía ante mí no era el Necdet a quien conocía desde niña, parecía que lo hubieran cambiado por otro. Cuando era niña, pensaba que llegados a cierta edad se llevaban a los niños y en su lugar traían a los adultos. O sea, que eso que llamamos «crecer» ocurría de repente. Necdet era un ejemplo que confirmaba esa fantasía infantil.

Era evidente que estaba muy asustado. En su mirada, en su postura, en las manos que me asían de los hombros podía notar la furia causada por un profundo miedo. Pero eso no le daba derecho a hacerme daño. De repente se despertó dentro de mí el deseo de hacerle daño a mi vez.

—Necdet, tengo que contarte algo —le dije—. Esos tipos saben lo de la abuela.

Abrió los ojos asombrado.

—¿Lo dices en serio? —me preguntó.

—Sí. Me amenazaron con contarlo.

—¡Maldita sea! —exclamó arrugando el gesto—. ¡Maldita sea! ¡Maldita sea! —Entrecerró los ojos y dijo—: Muy bien, adiós, Maya.

—Necdet. No te preocupes. Está claro que lo saben desde hace años, pero tú has llegado hasta aquí y ellos no han abierto la boca. O sea, que nadie duda de tu patriotismo.

—¿Eso crees?

—Sí. Estoy segura. En caso contrario, hace mucho que te habrían dejado de lado. Y ¿por qué iban a hacerlo? Eres tan buen nacionalista como para decir que la sangre de tu abuela era sucia.

—Todavía no se te ha olvidado eso, ¿eh?

—Nunca —respondí—. Y, por curiosidad, ¿lo sigues pensando?

—No es cosa mía lo que ocurrió antes de que naciera. Y menos lo que pasó antes de la República. Soy turco y mi deber es proteger esta nación.

—Perdona, hermano, pero preferiría que fueras de los que salvan a su familia y que lloran con ella antes que tan buen patriota.

—¿Así es como me lo agradeces?

—No pretendía molestarte. Lo mejor es que no volvamos a mencionar el asunto, que no hablemos nunca más de ello. Muchas gracias por todo lo que has hecho.

Me miró inquieto a la cara para comprender si me estaba burlando de él o no.

Alargué la mano y le toqué el brazo. Me habría apetecido que nos diéramos un abrazo, pero el brazo uniformado permanecía impasible.

—Necdet, no puedo pagarte lo que has hecho por Kerem, por mí. Te lo agradezco de todo corazón. Recuerdos a tu mujer y a tus hijos.

Por un momento dudó como si no supiera qué hacer. Podía ver que le había afectado que le recordara que había llamado «sangre sucia» a la abuela. Estaba claro que había empujado aquello a las profundidades de su memoria y que, durante años, no había permitido que aflorara a la superficie. Pero yo me había introducido de repente en su vida como un fantasma del pasado y le había obligado a enfrentarse con él.

—No tenéis ni idea, ni idea —dijo por entre los labios apretados.

—¿Qué dices?

—No tenéis ni idea. Seguís la moda y os metéis en asuntos que ignoráis.

—¿Quiénes? ¿Kerem y yo?

—No, tú y tus amigos.

—¿Qué amigos?

—Tus amigos progres.

—Necdet, no entiendo lo que me quieres decir. ¿Quiénes son esos amigos? ¿De qué no tenemos ni idea?

Hablaba con el gesto hastiado de quienes siempre repiten las mismas cosas.

—Os empeñáis en lo de los armenios y os convertís en juguetes de la diáspora.

—Necdet, yo sólo hablo de la abuela.

—Bueno, ¿y por qué no hablas de la madre de mamá?

—¿Qué tiene que ver?

—Por supuesto que tiene que ver, pero no os conviene.

Se me agotó la paciencia.

—Hermano, te lo ruego, deja de hablar con adivinanzas. ¿Qué pasa con la abuela? ¿Qué es lo que no sé? Y no me hables en plural con ese «vosotros», «vosotros». Explícamelo, vamos, ¿qué es lo que pasa? ¿Por qué te has enfadado tanto?

Lo cierto es que podía ver que estaba muy enfadado, apretaba la mandíbula e incluso había empezado a palpitarle una vena en la sien.

—Ven entonces, siéntate —dijo. Me cogió otra vez de los hombros, volvió a llevarme al sillón del que acababa de levantarme y me sentó a la fuerza. Él se apoyó en el respaldo del otro.

—De lo que no tenéis ni idea es de la historia reciente de este país, de lo que ha ocurrido, de lo que nos han hecho.

—Pues explícamelo, te escucho.

—En los últimos tiempos ha salido una moda progre. Que si los armenios por aquí y los armenios por allá. Como si en este país sólo hubieran sufrido ellos, ¡como si solamente los hubieran masacrado a ellos!

—Yo sólo hablo de la abuela, eso no es seguir ninguna moda…

Me callé al notar impaciencia en su cara. De todas formas, lo que yo dijera no significaría nada.

—¿Tú crees que existe el privilegio del sufrimiento?

—Posiblemente no —contesté.

—Entonces, ¿por qué ignoráis el dolor de los millones de muertos turcos y expulsados de sus tierras de los Balcanes y de Anatolia y no el de los armenios? Todos los súbditos del Imperio otomano sufrieron mientras las potencias occidentales despedazaban el país. Los armenios, los rumíes, los judíos… De acuerdo, pero se olvidan de los cinco millones de musulmanes otomanos muertos. Es injusto, ¿no?

—Muy bien, puede ser. Pero eso no es impedimento para que recuerde a mi abuela.

—¡Lo es!

—¿Por qué? ¿Y qué tiene que ver la madre de mamá en todo esto?

A mi abuela materna Ayşe no la habíamos tratado tanto como a la otra porque no vivía con nosotros, sino en Antakya. A veces íbamos a visitarla durante las vacaciones de verano. Era una mujer muy cariñosa, pero que estaba siempre triste y no hablaba. Su marido, el abuelo Ali, era igual. Como si fueran unos extraños de corazón de oro que se portaban muy bien con nosotros.

Recuerdo haber saboreado la maravillosa cocina de Antakya en aquella casa. En especial, la abuela preparaba con trigo y carne picada algo llamado «*oruk*» que no te cansabas de comer. Aunque algunos de sus platos me resultaban demasiado picantes. En el jardín de su casa de dos pisos había unos estupendos granados y la abuela nos hacía zumo con sus frutos. Un día el abuelo Ali me enseñó muy orgulloso una granada enorme que había arrancado de la rama y luego la llevó al colmado para que la pesaran. Volaba de felicidad cuando resultó que aquella única granada pesaba 980 gramos. Recuerdo que también hacían vinagre con su zumo. Todas las vacaciones regresábamos con las maletas llenas de vinagre de granada, *oruk*, pimentón, que para mí era demasiado picante, concentrado casero de pimientos rojos y todo tipo de mermeladas. Una vez le pregunté a mi madre por qué era tan picante aquella comida. «Esto es la frontera con Siria, muy cerca de Alepo. Por eso se parece a la cocina árabe», me contestó.

La abuela tenía una cara muy bonita, con una piel como la nata. En cuanto al abuelo Ali, tenía las mejillas hundidas y fumaba sin parar, encendía un cigarrillo con otro. Ambos murieron demasiado pronto. De hecho, como mamá era diez años más joven que papá, sus padres eran más jóvenes que mi abuela paterna, por supuesto.

—¿O es que ella era también de origen armenio? —le pregunté.

—No. De los turcos de Crimea. Y el abuelo, ya lo sabes, de Antakya.

—Bueno, ¿y cuál es su historia?

—Te la voy a contar.

No creía que lo que fuera a contarme pudiera asustarme tanto. Pero según escuchaba a mi hermano comprendí una vez más que en realidad no conocía nada a quienes pensaba que sí. ¡Qué extraño país en el que vivíamos, en el que cada casa tenía un secreto, una historia!

De acuerdo con lo que me contó mi hermano, la abuela Ayşe nació y creció en Crimea y, cuando era jovencita, estalló la guerra. Por aquel entonces los turcos de Crimea sufrían amargamente la extraordinaria opresión estalinista. Cuando empezó la guerra reclutaron a los

hombres para el Ejército Rojo.

Poco después Hitler atacó la Unión Soviética. Los ejércitos alemanes empezaron a avanzar hacia el interior de Rusia. Mientras tanto, el gobierno de Ankara convenció a los turcos de Crimea para que se pasaran a las filas del ejército alemán. Será lo mejor para vosotros, Hitler va a ganar la guerra, os libraréis de Stalin, les dijeron.

En aquella época el gobierno turco, aunque no había entrado en la guerra, apoyaba en secreto a Alemania e incluso le proporcionaba el cromo que necesitaba para el esfuerzo bélico. Así que los turcos de Crimea se pasaron a los alemanes de Hitler como les sugería el gobierno de Ankara. Los llamaron «el Regimiento Azul». Pero tiempo después, la situación dio un vuelco, el ejército alemán empezó a retroceder y se vieron obligados a abandonar sus hogares. Los soldados del Regimiento Azul, junto con sus familias, fueron asentados en la región montañosa del norte de Italia.

—¿Y la abuela estaba con ellos? —le pregunté a mi hermano en ese punto de la historia.

—Claro —contestó—. Te estoy contando su historia. Siendo una muchacha joven se vio obligada a huir de los rusos con su madre y su padre, que era miembro del Regimiento Azul. De haberse quedado, todos habrían sido aniquilados por el Ejército Rojo, por supuesto. Y con ellos huyeron miles de turcos de Crimea temerosos de la venganza de Stalin.

—¿Cómo sabes todo eso?

Mi hermano me miró a la cara como diciendo «¡Qué pregunta más estúpida!» y continuó sin responderme:

—Cuando los Aliados entraron en Italia, el Regimiento Azul tampoco pudo quedarse allí. Se establecieron en Austria, en la región de Oberdrauburg, cerca del río Drava. Pero sus penas no acabaron con eso. En cuanto el 8.º Ejército británico invadió Austria, cayeron prisioneros y entonces los trasladaron al campo de Dellach. Puede que pensaran que se salvarían por ser prisioneros de los británicos. Se dejaron llevar por la imaginación creyendo que, en el peor de los casos, podrían venir a Turquía y empezar una nueva vida. Pero, por desgracia, no fue así.

Escuchaba horrorizada a mi hermano. ¿Quien había vivido todo eso era mi silenciosa, triste y cariñosa abuela materna? ¿Por qué nadie me había mencionado nunca nada?

—En 1945 llegó un telegrama de Londres en el que se ordenaba que los presos del campo fueran entregados a la Unión Soviética. Aunque los soviéticos hicieron pública su decisión de fusilarlos a todos, los británicos optaron por entregarlos. Rogaron e imploraron, pero nadie los escuchó. Y entonces ocurrió algo terrible.

—¿Qué?

—Tres mil personas se suicidaron arrojándose a las aguas frías como el hielo del Drava porque prefirieron morir a caer en manos de los soviéticos. Primero saltaron las mujeres con sus hijos de la mano y después los hombres. Los cuatro mil que quedaron tuvieron que escuchar los gritos de los que morían. Luego los metieron en vagones que cerraron claveteando tablones en las puertas y el tren se puso en marcha.

—Y la abuela estaba dentro, ¿no?

—Sí, con sus padres, en el tren. Sus dos hermanos se habían suicidado arrojándose al río. Días después el tren entró en las fronteras de Turquía. Soldados turcos lo vigilarían hasta la frontera rusa.

—¿Cuánto duró eso?

—Tres días por lo menos. Toda su esperanza residía en que el gobierno turco les ayudara y les salvara de la muerte abriendo las puertas de los vagones. Pero eso no ocurrió.

Tomó aliento y continuó:

—En los vagones iban como sardinas en lata y las condiciones eran muy malas. Habían clavado las puertas por fuera con tablones. Algunos murieron por falta de aire o enfermedades, pero ni siquiera sacaron los cadáveres. Les imploraron durante días a los soldados turcos que les abrieran las puertas, pero estos les respondían con lágrimas en los ojos que obedecían órdenes.

Siguió con voz un poco más baja y triste:

—Sobre todo la abuela. No dejaba de rogarle a un soldado llamado Ali. Antes de que nos fusilen los soviéticos, disparadnos vosotros, le decía.

—Pero… Pero… ¿Ese soldado era el abuelo Ali?

—Paciencia. Así viajaron hasta la frontera. Un día de invierno llegaron al lago del embalse de Kızılçakçak en la frontera turco-rusa. Allí se bajarían los soldados turcos y el tren pasaría al otro lado. Las tropas soviéticas esperaban más allá, con los fusiles listos. En eso, algunos de los prisioneros rompieron las puertas y se arrojaron al lago Kızılçakçak. Allí se suicidaron otros dos mil turcos de Crimea. Y el resto fueron fusilados en la misma frontera. No quedó nadie del Regimiento Azul ni de sus familias.

—¿Y la abuela?

—Eso es lo interesante. La abuela fue de las que se tiraron al lago Kızılçakçak, pero un soldado saltó tras ella y la salvó.

—¡El abuelo!

Mordiéndose los labios asintió con la cabeza.

—¡Ali el de Antakya! Salvó de la muerte a la joven, se la llevó a

Antakya, le buscó un documento de identidad falso con el nombre de Ayşe y se casó con ella.

—¿Para qué un documento falso?

—Porque si el gobierno encontraba a alguien que se hubiera salvado de aquella tragedia lo devolvería a los soviéticos.

Yo estaba desencajada, como si la sangre se me hubiera ido a los pies.

—Necdet, ¿es verdad esto que me cuentas?

—Sí. Por desgracia es verdad palabra por palabra.

—¿Y qué pasó con sus padres?

—Los fusilaron en la frontera.

—Estoy muy confundida —le confesé—. Cuántas coincidencias, ¿no? Ambas abuelas ocultaron su identidad. Tantos secretos en una misma familia… Es difícil de creer.

—Pues en eso consiste todo. Cualquier familia en Turquía tiene secretos parecidos. Un país pierde a más de la mitad de la población ¿y no van a pagar el precio todas las familias? Muchas de ellas ni siquiera conocen sus propios secretos. Cuando se desplomó el imperio hubo quien vino de los Balcanes, o del Cáucaso, o de Oriente Medio… Todos salvados de milagro de las bayonetas. Gente que había luchado en nueve frentes. Por eso las familias y las estirpes se mezclaron unas con otras.

—Pero nosotros los llamamos turcos a todos…

—No como raza. Esa palabra se refiere a la mezcla formada por la gente que se refugió en Anatolia tras salvarse de las matanzas. Una nueva vida, un país nuevo, una nación nueva. Con ella no se está poniendo el énfasis en la raza turca de Asia Central.

—Algo me ha llamado la atención. ¿No es culpable el gobierno de Ankara que primero alentó al Regimiento Azul y luego se quedó mirando cómo los mataban?

—Lo que pasó, pasó. Yo no soy quién para juzgar al Estado.

—¿Y piensas lo mismo de la masacre de los armenios?

—Sí. Mi deber me obliga no a culpar al Estado, sino a proteger sus intereses.

—Pero en ambos casos el Estado fue culpable.

—Míralo desde otra perspectiva. Tanto los armenios como los turcos de Crimea colaboraron con las fuerzas de ocupación enemigas en tiempos de guerra. Los armenios ayudaron al ejército ruso contra el Imperio otomano, del que eran súbditos. Los turcos de Crimea se alistaron en el ejército alemán. En cualquier lugar del mundo, ese crimen no habría quedado impune.

—Pero, Necdet. ¿Qué culpa tenían las mujeres y los niños en ambos casos?

—Así es la guerra. Pagan justos por pecadores.

—¡No te creo! —exclamé—. Esos que llamas justos y pecadores son tus abuelas. ¿No tienes ningún cargo de conciencia? ¿No piensas en lo que sufrieron? Si les pasara lo mismo a tus hijos, ¿podrías quedarte igual de impasible? ¿No tienes ninguna empatía?

—¡Otra de esas palabras de moda! ¡En lugar de sentir empatía por este y por aquel ya podríais tener algo de simpatía por vuestros compatriotas!

—Pero tú mismo has dicho que no eran una nación.

—Nosotros creamos una nación. Y con muchas dificultades. No vamos a dejar que los progres nos la tiren abajo.

—¡Necdet! ¡Ojalá vivieran las abuelas y les dijeras eso a la cara! El abuelo Ali era un simple soldado, pero tenía bastante más nobleza.

Golpeó con fuerza la mesa que nos separaba.

—¡Te estás pasando, Maya! —gritó.

—¡Poco estoy haciendo! ¿Sabes cuál es la diferencia fundamental entre nosotros? Que cuando tú miras a la gente sólo ves uniformes, banderas y religiones.

—¿Y qué es lo que ves tú?

—Personas, simplemente personas. Personas que aman, sufren, sienten hambre, frío y miedo.

Seguía horrorizada por lo que había oído mientras el joven oficial que esperaba en la puerta me acompañaba hasta el cuerpo de guardia, pero sobre todo pensaba en la carpeta que había visto en la mesa de mi hermano. Una carpeta amarilla, oficial. Tenía estampado un sello rojo de ALTO SECRETO y debajo del sello habían escrito dos palabras: MAXIMILIAN WAGNER.

8

Al salir por el cuerpo de guardia me sentía muy confusa. Tan pronto como llegara a casa pensaba sacar del álbum familiar las fotos de los abuelos Ayşe y Ali, enmarcarlas y colgarlas de la pared. Su historia me había conmovido profundamente. ¿Cómo era posible que no supiéramos nada de aquellos sucesos? ¿Por qué no habíamos oído hablar del Regimiento Azul? Así que en este país la crueldad no entendía de turcos, armenios, kurdos, rumíes o judíos. Los Estados eran crueles con todo el mundo.

La carretera de Maslak estaba atascada, como siempre. En la otra parte de la amplia avenida se alineaban los elegantes rascacielos que son el último grito de Estambul. Hoy el sol asomaba un poco la cabeza por entre las nubes y luego se retiraba rápidamente, pero no hacía demasiado frío.

Salté a un taxi y le dije al conductor: «A la Facultad de Medicina de Çapa». Pensé en cómo me recibirían en la universidad. ¿Qué tipo de sanción me impondrían? ¿Me despedirían? ¿Le habrían hablado aquellos tipos al rector de mi abuela? ¿Sabía el rector quién era Wagner y con qué objetivo había venido? ¿Tenía noticia de los crímenes que se habían cometido?

Como un enjambre de abejas, me revoloteaban cientos de preguntas por la mente para las que no encontraba respuesta. ¿Qué era aquello de un asesinato?

Cuando me metía en el taxi se oyó un trueno tremendo, como si fuera a llover. Quizá incluso cayera una cellisca. La tarde invernal de Estambul, de por sí ya húmeda, acabaría más húmeda todavía y todos terminaríamos como envueltos en toallas mojadas.

Entramos por la atestada puerta principal de Çapa y nos dirigimos hacia el pabellón de medicina interna. Las veredas estaban llenas de enfermos y de enfermeras, con su cofia y con capas marrones sobre los uniformes blancos. Lo mismo ocurría en el interior del edificio. La mayoría de los enfermos eran gente pobre. Esperaban pacientemente a que les llegara el turno sentados en bancos o acuclillados en los rincones.

¿Enfermaban más los pobres que los ricos, o como eran un mayor

porcentaje de la población, llenaban más los hospitales?

Subí al tercer piso en uno de los grandes ascensores. Pregunté por Filiz a la enfermera que había tras el mostrador. Su voz, que anunciaba por el micrófono el nombre de la doctora Filiz Ünal, provocó un ligero eco por los pasillos. Todo olía a medicamentos. Poco después vi que Filiz se acercaba con paso rápido. Nos saludamos con un beso. Me condujo a su despacho y me ofreció un té.

Quiso tirarme de la lengua para que le dijera quién era Wagner, pero me limité a informarla de que simplemente era un invitado especial del rector.

Por otra parte, yo estaba pensando que, a causa de la multitud, aquello no estaba tan limpio como cabría esperarse de un hospital. Todo me parecía sucio. Ni siquiera me apetecía tomarme el té. Me sentía como si los miles de enfermos del exterior fueran a contagiarme sus microbios. No tocaría nada a no ser que me viera obligada.

Como siempre, Filiz estaba muy guapa y elegante con su bata blanca de médica con el nombre bordado en hilo de seda azul en la solapa. Tenía una cara como de esmalte y el pelo rubio natural. Al igual que todos los tracios tenía la cabeza un poco pequeña con respecto al cuerpo. Eso, como a los europeos, la hacía parecer más alta. Wagner tenía unas proporciones parecidas. En Anatolia la mayoría de la gente tiene la cabeza grande. Por eso parecen más bajos de lo que son.

—¿Qué tiene? —le pregunté.

—Seguimos con las pruebas —me contestó—, pero tiene buen aspecto. Esta mañana ha desayunado. La respiración, el pulso, la tensión, todo ha vuelto a sus niveles normales. Sólo tiene un poco de fiebre. Ahora están preparando el informe de los rayos X de los pulmones.

—Bien. Me alegro.

Realmente me alegraba mucho. Por alguna razón aquel hombre me agradaba.

—Lleva toda la mañana preguntando por ti. —En la cara de Filiz había una sonrisa burlona—. Como si todo fuera a ir mal si no estás a su lado. ¡Cómo te lo has ligado en unos días, muchacha! Si fuera más joven diría que…

—Por Dios, Filiz, no digas tonterías. A cuántos visitantes no habré acompañado. ¿Puedo verlo?

—Pero no te has terminado el té…

—La verdad es que no me apetece. Venga, vamos.

Por los pasillos los enfermos y sus acompañantes miraban a Filiz como a alguien importante. Ella se movía con comodidad, al contrario que mucha gente a la que la multitud le hace sentirse extraña. Por

supuesto, aquí las mejores personas a los ojos de todos eran los médicos, que andaban a toda prisa por los pasillos.

Entramos en la habitación número 344, del mismo piso. Era un cuarto cómodo, con una amplia ventana que daba al jardín. En la cama se encontraba Maximilian Wagner. Le habían puesto un pijama de hospital y un suero en el brazo. En su mano derecha se veía un catéter con un vendaje. Estaba despeinado y un poco pálido, pero, al verme, la cara se le iluminó de repente.

—¡Ah! —exclamó—. Tenía miedo de no volver a verla nunca más.

Yo también sonreí.

—¿Por qué, profesor?

—Pensaba que quizá estaría enfadada conmigo después de todos los problemas que le causé ayer.

—No, profesor, no me he enfadado con usted, pero estoy un poco molesta porque no puedo entender lo que ha pasado.

En eso Filiz se marchó para ver a sus enfermos. Al salir cerró la puerta. Nos quedamos el profesor y yo a solas. Acerqué el sillón que había junto a la ventana y me senté de forma que pudiéramos vernos las caras con comodidad.

—¿Cómo se encuentra, profesor?

Tenía una expresión sonriente, pero la voz le salía bastante débil.

—Bien, no estoy mal. Me he pasado la noche entera durmiendo.

—De día también durmió.

—Sí, lo recuerdo entre brumas —continuó azorado—. En aquel cuarto de motel, ¿no? Cuando me desperté estaba medio desnudo.

—Sí.

—¿Le pregunté si me había desnudado usted?

—Me lo preguntó y yo le contesté que sí.

—Lo siento.

—No hay nada que sentir, profesor. Si le hubiera dejado la ropa puesta habría muerto.

—Muy probablemente… Me ha salvado la vida.

Luego cayó sobre la habitación ese asfixiante silencio entre personas que no saben qué decirse.

Me di cuenta de que evitábamos mirarnos. Cuando sus ojos se cruzaban con los míos miraba de inmediato hacia otro lado y yo hacía lo mismo. Era una situación muy incómoda.

Me revolví inquieta en el sillón.

—Me voy ya, profesor —dije—. Volveré luego.

—Muy bien. Gracias de nuevo. ¿Puedo preguntarle algo?

—Claro, profesor.

—¿Dónde está mi violín?

Dudé por un momento tratando de recordar.

—Lo recogí de la playa y lo tenía en la mano cuando lo metí a usted en el coche. No, era usted quien lo tenía en la mano. Ahora tiene que estar en el coche.

—Le agradecería que cuidara de él.

—No se preocupe. En cuanto vaya a la universidad me lo llevaré a mi despacho y lo guardaré bajo llave. Y cuando usted esté listo para salir de aquí, se lo traeré.

Me dirigí hacia la puerta y ya estaba saliendo cuando oí que decía:

—Ayer pasó algo muy extraño.

Me di media vuelta y lo miré a la cara.

—Era como si en mi sueño Nadia estuviera a mi lado. Me abrazaba. La sentía como si estuviera viva, incluso podía percibir su olor.

Volvió la cara y continuó mirando por la ventana.

—Era como si no hubieran pasado tantos años. Era joven y me calentaba con su cuerpo. Incluso me dio la impresión de que me besaba el hombro.

—Profesor —le pregunté—, ¿quién es Nadia?

Giró la cabeza de nuevo hacia mí. Me miró largamente a la cara.

—Ya se lo explicaré, porque se lo ha ganado.

Salí y cerré la puerta despacio a mis espaldas. No se veía a Filiz por allí. Fui con pasos lentos al jardín y paseé un rato, ensimismada. Que me tomaran por una tal Nadia a quien no conocía era una sensación rara. Tanto como abrazarse al cuerpo desnudo de un extraño.

Hasta entonces, sólo me había acostado con dos hombres. Ahmet, mi marido, y Tarık. El tercero fue el profesor y había sentido una curiosa paz al hacerlo. Una paz que no tenía nada que ver con el sexo. Sentir en mi cuerpo su espalda, sus caderas, su pecho, sus piernas, dio paso a que experimentara un profundo sentimiento de ternura. Cuando lo tomé entre mis brazos me inundó un hondo sosiego. Aquella escena que tanto había escandalizado a Süleyman había sido quizá uno de los momentos más honestos de mi vida. Aquel perfume que desprendía el cuerpo excesivamente pálido del profesor y que yo aspiré hasta lo más hondo de mi ser parecía seguir conmigo. Su pelo blanco y sedoso me había acariciado la cara. Ayer ni siquiera me di cuenta de cómo pasaban las horas abrazada a él.

¿Se puede estar tres o cuatro horas abrazada a alguien? Antes de ayer habría contestado que no, pero ahora había comprendido que sí se podía. Y con mucho gusto. Además, lo confieso porque lo hecho, hecho está, en cierto momento deposité unos besos cálidos en sus hombros.

En aquella cama me acordé de Yasunari Kawabata y su novela *La*

casa de las bellas durmientes. En ella, hombres mayores van a una casa de citas y observan dormir a jóvenes que han sido drogadas previamente. En realidad, nuestra situación había sido justo la contraria de lo que se cuenta allí, pero de todas formas se parecía de una manera extraña.

Con los dos hombres con los que me acosté previamente había tenido sexo, pero no esa paz y esa limpia ternura. Con ellos había sido como si se unieran dos cuerpos ajenos el uno para el otro, incapaces de completarse. Lo cierto era que de aquellos dos tampoco conseguí un placer sexual como para tirar cohetes a pesar de lo que se esforzaban por demostrar su virilidad. A muchas amigas mías, Filiz incluida, les gustaban los hombres muy machos, pero yo nunca había buscado a nadie así. En realidad, prefería un hombre que se comportara con amabilidad en la vida cotidiana a un macho en la cama.

Caminé hasta la puerta principal del hospital y allí tomé un taxi. Fui a la universidad para hacer el trabajo que llevaba eludiendo desde esa mañana. Me fundía el dinero en taxis que pagaba desde hacía días, pero no me quedaba otro remedio. Mi rutina diaria se había alterado y me veía obligada a ir corriendo de acá para allá.

Hasta entrar a mi despacho en el edificio del rectorado no percibí ninguna reacción fuera de lo común en la gente con la que me crucé. Hasan el del té, el vicerrector Suat, la catedrática Suna, todos me saludaron sonriendo amablemente. No se notaba ninguna anormalidad. Eché una ojeada a los documentos y periódicos que se acumulaban en mi despacho y luego cogí el teléfono y llamé a la secretaría personal. Dije que quería ver al rector. Maravilla de maravillas, ni siquiera la arisca secretaria me dijo nada desagradable. No pude intuir nada en su voz. Y cuando pasé por delante de ella, hasta me sonrió.

El rector estaba sentado a su mesa hablando por teléfono. Me señaló con la mano uno de los sillones que había delante de la mesa y me senté. Era un catedrático de medicina de cincuenta y ocho años. Un hombre simpático y regordete que había perdido el pelo. En su entorno lo tenían en mucha consideración. Le respetaban tanto por su maestría como cirujano y por los estudiantes que formaba como porque su nombre no se había visto envuelto en ningún asunto desagradable. A mí también me caía bien. Me trataba con amabilidad, como hacía con todo el mundo. Llevaba un traje beige con una corbata de gruesas rayas azules y amarillas y de bastante mal gusto, como siempre con el nudo torcido. Despertaba en ti el deseo de levantarte y enderezárselo. Colgó el teléfono y se volvió hacia mí.

—¿Cómo va todo? —me preguntó.

—El profesor se ha puesto enfermo, señor rector —dije—. Lo he

ingresado en el hospital clínico de Çapa.

Aquello lo inquietó y se puso en pie de un salto.

—No es nada importante, sólo pasó demasiado frío. Pero como es muy mayor, creí que sería conveniente tomar precauciones.

Volvió a su estado de hombre regordete y maduro y se sentó con pesados movimientos.

—Ah, bueno. ¿Cómo está ahora?

—Bastante bien. Simplemente, no sé cuándo lo dejarán salir del hospital. Puede afectar al programa de su viaje de vuelta. Según nuestros planes, debería regresar mañana, pero posiblemente tenga que prolongar su visita unos días.

—Ay, Dios —dijo—. Bueno, lo importante es que se ponga bien. Tiene que descansar para poder estar en forma para un viaje tan largo.

—Señor rector, quería comentarle algo, pero…

—Dígame, Maya.

—Estos últimos días he tenido que ir de acá para allá detrás del profesor. Siempre en taxi…

Comprendió dónde quería ir a parar.

—Tiene razón. Süleyman ha llevado el Mercedes al taller. Esta vez va a llevar bastante tiempo, según él. Le dije que todo lo que fuera necesario porque en los últimos tiempos nos ha dado muchos problemas.

—Es un coche viejo, casi una antigualla, tendría que comprar uno nuevo.

—Tiene razón. Podríamos comprar un coche nuevo con el fondo de ingresos propios y nadie protestaría, pero recelo de ese tipo de actuaciones. Que si la gente habla, que si se levantan rumores, ¿qué necesidad hay? Estos puestos se enfrentan a innumerables peligros. Como mucho, me quedan dos años. Cumplirlos tranquilamente, no quiero más. Entretanto dígale a la secretaría general que le asignen otro coche.

—Muchas gracias. Es usted muy comprensivo.

Me llamó cuando ya estaba abriendo una de las hojas recubiertas de cuero de la puerta para salir:

—¡Casi se me olvida! Con tanto trabajo no sé dónde tengo la cabeza. Venga aquí.

—Dígame. —Me dirigí de nuevo a su mesa. En la mano sostenía un sobre bastante grande y adornado.

—Esta tarde hay un cóctel en el consulado británico. Yo ya tengo un compromiso previo. Vaya usted en mi representación.

Cogí el sobre que me ofrecía.

—Pero ¿no sería más correcto que fuera uno de los vicerrectores, o el secretario general?

—Opino lo mismo, pero cuando les avisé de que no podía ir, pidieron que fuera usted.

—¿Yo?

—Sí, con nombre y apellido.

—Si no me conocen… Se han equivocado.

—No, en absoluto —dijo el rector señalando con el dedo el sobre que tenía yo ahora en la mano—. Dice que traje de noche. Hala, adiós.

Estaba bastante desconcertada al salir del despacho. Era la primera vez que me pasaba algo así. Por supuesto que invitaban al rector a muchos sitios, pero, cuando no podía ir y como yo misma le dije, enviaba a alguien con un cargo que pudiera representar a la universidad. ¿Por qué habían pedido que fuera una insignificante funcionaria contratada a la que nadie conocía? A saber cómo les sentaría a los vicerrectores y al secretario general.

Me dirigí a mi despacho y abrí el grueso y elegante sobre, escrito con una caligrafía muy bonita. Bajo el escudo de la familia real de Gran Bretaña, decía con unas frases muy corteses que rogaban mi presencia en una recepción que tendría lugar a las 19.30. Debajo de la parte de SRC podía leerse «*black tie*» y «*evening wear*». En mi vida había recibido una invitación parecida, nunca había ido a un lugar así. Me puse nerviosa y una oleada de pánico creció dentro de mí. ¿Qué podía hacer en una recepción donde no conocía a nadie y en la que no sabía siquiera cómo comportarme?

Aunque esperaba ostracismo y burlas, en la universidad me encontré con una actitud completamente distinta. Por raro que pareciera, Süleyman no le había contado nada a nadie. Por ahora, claro. A saber qué cálculos estaría haciendo. ¿Pensaría chantajearme? Me esperaba cualquier cosa de él. No tenía la menor compasión y sólo pensaba en sí mismo.

Me quedé largo rato sentada a mi mesa. De repente me puse en pie de un salto. Tenía mucho que hacer durante esa tarde y ya pasaban de las tres. Fui a la secretaría general. Les dije que el rector había pedido que asignaran un coche para el profesor invitado. Como siempre, el secretario me lanzó una sonrisita y me miró el pecho. Muchos hombres lo hacían sin que te dieras cuenta, pero al secretario general le gustaba dejarlo bien claro. No le hice caso.

—Tengo prisa —le dije.

Llamó por teléfono a algún sitio. Diez minutos más tarde, cuando bajé, me estaba esperando un Ford Focus azul marino. El conductor era un tal Ilyas, un muchacho bien educado que ya me había llevado un par de veces.

—Ilyas, vamos de inmediato a mi casa, a Levent.

Como todavía no había terminado la jornada laboral y no se

habían incorporado al tráfico decenas de miles de vehículos de transporte de personal, llegamos a Levent en un tiempo razonable. Ilyas me estaba pidiendo que le describiera el camino para llegar a casa cuando cambié de idea, le dije que lo dejábamos para luego y le di otra dirección.

El peluquero Mehmet se quedó muy sorprendido, y después muy satisfecho, porque no estaba acostumbrado a verme en horas de trabajo. Aquel gay y yo nos llevábamos muy bien. ¿Quién puede no querer a gente con el corazón de oro? Mehmet lo tenía.

—Vamos, tengo mucha prisa. Esta tarde voy a una recepción en un consulado.

—Entonces vamos a hacerte un moño, Maya.

—Como quieras, confío en tu gusto.

La peluquería estaba llena de mujeres que se estaban tiñendo, haciéndose la manicura, la pedicura o depilándose. Posiblemente yo fuera la única con el pelo moreno.

Una de las empleadas giró el sillón en el que estaba sentada, me echó la cabeza hacia atrás y me lavó el pelo como si me lo acariciara en el pequeño lavabo.

Luego, mientras por un lado me hacían el pelo y por otro saboreaba un café, llamé a Filiz al hospital. Pude enterarme de que el profesor estaba mejor y que le darían el alta después de tenerlo el día siguiente en observación.

Mehmet me había hecho un moño realmente maravilloso, pero yo me sentía desnuda porque me dejaba la nuca y el cuello al descubierto. «Bueno, eso lo arregla el collar», pensé y eché a andar hacia el coche y su chófer, que me esperaba como a las esposas de los millonarios. Estaba oscureciendo e incluso había empezado a caer un poco de aguanieve otra vez. En la zona comercial en la que se encontraba la peluquería la gente hacía las compras de la tarde. En la tienda de la esquina me hice con medio kilo de hojaldre con queso.

Al llegar a casa Kerem estaba ante el ordenador, como siempre, pero ya no estaba sumido en su antigua desesperación.

—¡Mamá! No te vas a creer lo que he encontrado.

La impresora funcionaba sin parar y las hojas de papel ya formaban un buen montón.

—Mira —dijo—. ¿Sabías que Einstein había escrito una carta a Atatürk?

—No, no lo sabía. Pero ¿qué tiene eso que ver con nosotros?

—Con nosotros no, pero sí con Maximilian Wagner.

Me quedé boquiabierta. ¡Qué cosas encontraba mi hijito! Le prometí que me lo leería todo esa noche cuando regresara, luego coloqué el hojaldre en un plato y me metí en la ducha. Me duché

poniendo atención en no estropear mi magnífico moño. Pasé al dormitorio y me puse por la cabeza con mucho cuidado el vestido negro que había llevado dos noches antes a la cena con Wagner. Me maquillé. Saqué de su caja el collar de la abuela, me lo puse al cuello y, para qué mentir, me gustó mucho mi reflejo en el espejo.

Los cumplidos de Kerem, a los que no estaba nada acostumbrada, aumentaron mi confianza en mí misma.

—Mamá —dijo—, te juro que te pareces a las mujeres de los programas del corazón.

—No trabajes más —le respondí—. De hecho, ya se me ha acumulado mucha lectura. Estudia un poco. O mira la televisión.

Se frotaba los ojos. Que no protestara a mi advertencia demostraba que estaba verdaderamente cansado. Mientras apagaba con lentitud el ordenador se inclinó a un lado como si de repente se le hubiera venido algo a la mente y me alargó unas páginas que estaban aparte de las demás.

—Mira, esto es lo que he encontrado sobre el barco.

Cogí los papeles. En la primera página había un encabezamiento muy interesante:

Secreto
Ministerio del Interior
Dirección General de Seguridad
N.º 55912-S/13 de septiembre de 1941

—¿Qué es todo esto? —le pregunté—. ¿Es sobre el barco procedente de Rumanía que te pedí que investigaras? ¿El *Sutuuma*?

Por su rostro se extendió una sonrisa de orgullo.

En muy poco tiempo Kerem había encontrado páginas y más páginas llenas de información. Incluso aunque yo no había podido darle apenas datos. Era sorprendente. O bien internet ya se había convertido en una fuente importante o mi hijo había empezado a mejorar mucho en esto. O puede que ambas suposiciones fueran ciertas.

De verdad que sentía mucha curiosidad por lo que pudieran decir aquellos papeles, pero no tenía tiempo para leer. Me los llevé a mi cuarto, los dejé sobre la cómoda y salí. Me subí al coche, que de nuevo me esperaba a la puerta como a las esposas de los millonarios.

El consulado inglés estaba muy cerca del Pera Palace. Era un edificio de piedra grande e imponente. Había leído que mientras se hacía el palacio de Dolmabahçe, el Imperio británico había competido con el otomano en la construcción de ambos edificios, luchando con ahínco por canteras y maestros albañiles. Le entregué la invitación al

guardia de la puerta, que me abrió respetuosamente la puerta. Subí por la escalinata de mármol al impresionante edificio, entré al vestíbulo iluminado por lámparas gigantescas donde unos criados vestidos de negro recogieron mi abrigo y me precedieron hacia el piso superior.

Aquello estaba lleno de gente. El cónsul y su esposa estaban en la puerta y saludaban a los invitados con un «*Welcome*» y un par de frases agradables. Era evidente que a algunos los conocían de antes por su comportamiento más franco y las sonrisas mutuas. Me puse a la cola, que no era tan larga. Le dije mi nombre al cónsul cuando me estrechó la mano, pero no le sonó de nada, por supuesto. Le expliqué que venía en representación del rector de la Universidad de Estambul y entonces se le iluminó la cara, era pelirrojo y regordete. Me apretó la mano con ardor y le comentó a su esposa: «La profesora es de la Universidad de Estambul». Me callé y no le corregí el error porque habría quedado muy raro en ese momento explicarle que no era profesora sino una funcionaria contratada de relaciones públicas y me limité a responderles con una sonrisa como la suya.

En el salón todos estaban vestidos de oscuro. La mayoría de los hombres llevaba esmoquin y las mujeres parecían salidas de una revista de modas. Conversaban en grupos de cuatro o cinco. Unos camareros servían bebidas en bandejas redondas y otros repartían canapés y salchichitas y pequeñas albóndigas ensartadas en palillos. Tomé una copa de vino tinto y luego una albóndiga. En ese instante me di cuenta de que no había comido nada en todo el día desde el desayuno de los huevos con *sucuk* de la mañana. Tenía bastante apetito. Empecé a comer cogiendo canapés de cada camarero que pasaba y diciéndome que, total, nadie me conocía. Hojaldres cuadrados para comer de un bocado, salchichas de cóctel, gambas… Aquello empezaba a convertirse en un agradable banquete.

En un momento en que me dedicaba a estudiar el gigantesco gobelino de la pared, el cónsul empezó a pronunciar un discurso. Las frases iniciales las leyó en turco y el resto en inglés. Todo el mundo le aplaudió al terminar.

De nuevo comenzó el servicio de comida y bebida. Traté varias veces de acercarme a grupos que conversaban y de unirme a ellos, pero como nadie se interesaba por mí agarré una copa de champán y continué examinando los cuadros y los gobelinos de las paredes. Estaba ante un gigantesco cuadro sobre la batalla de Trafalgar cuando me di cuenta de que alguien se me acercaba por la derecha y empezaba a mirar el cuadro también.

Luego se inclinó hacia mí y me preguntó:

—¿Se aburre?

Al volver la cabeza vi que se trataba de un inglés alto, delgado y

con gafas.

—No, todo es muy agradable.

—Me parece que no conoce a mucha gente —dijo echando una mirada a su alrededor.

—Sí, podría decir que a nadie.

Sonrió con amabilidad.

—Pues no lo diga. Yo sí la conozco.

—Quizá sepa que vengo de la universidad.

—No, no me refiero a su puesto. La conozco.

—Entonces —sonreí—, dígame cómo me llamo.

Inclinó ligeramente la cabeza, como si me saludara.

—Mrs. Maya Duran.

Me quedé de piedra. La sonrisa de mi cara se borró de repente.

—¿De qué me conoce?

—Estos días se ha multiplicado el número de quienes la conocen, ¿no se ha dado cuenta?

—¿Qué significa eso?

Me hizo un elegante gesto con la mano, indicándome que esperara un momento.

—No se enfade. Me gustaría invitarla a una copa de champán.

Me cogió la copa casi vacía, tomó otra fría de un camarero y me la ofreció. Luego entrechocó la suya con la mía.

—A la salud de la famosa Maya.

—¿Quién es usted?

—Oh, disculpe, qué maleducado. Soy Matthew Brown, agregado consular.

Sacó una tarjeta del bolsillo del esmoquin y me la entregó con un aire muy ceremonioso.

—No soy profesora ni nada parecido —le dije.

—Lo sé.

—Tampoco soy vicerrectora. Soy una simple funcionaria.

—Lo sé.

No se le borraba la sonrisa. Era de esos ingleses con pinta de tener una confianza inquebrantable en sí mismos y que nunca muestran sus sentimientos. Recordé que en otros tiempos había leído una frase que venía a decir que los ingleses parecen felices por fuera pero son infelices por dentro. Era un hombre apuesto. Se daba un aire a Hugh Grant.

—Entonces, ¿por qué me han invitado a esta recepción?

—Porque quería hablar con usted.

—¿Sobre qué?

Entonces dijo algo que casi provoca que se me cayera la copa al

suelo.

—Sobre el profesor Maximilian Wagner.

Dios mío, ¿quién era ese hombre? Como si no me bastaran los turcos, ahora también me seguían los ingleses. Y este debía de ser un agente bajo la cobertura de agregado consular. ¿No se había inventado el apellido Brown para tipos así?

Recordé las primeras frases del método de inglés Gatenby: «*Mr. And Mrs. Brown went to the seaside*».

—¿Y qué quería hablar sobre Wagner?

—Lo que ha hecho, para qué ha venido a Estambul…

—¿Por qué se lo contaría?

—No está obligada, por supuesto. Es simplemente una charla de cóctel.

—Vino a dar una conferencia a nuestra universidad. Eso es todo.

Alzó un momento las cejas.

—Eso no es todo.

—Sí que lo es. No sé nada más.

—Entonces, ¿qué hacían ayer en Şile?

¡Maldita sea! ¡Sabía lo de Şile! Y yo que me creía que estábamos completamente solos…

—Yo también quiero preguntarle algo —le dije—. ¿Por qué es tan importante ese hombre?

Por primera vez se puso serio. Me miró a la cara un buen rato.

—Mejor que no lo sepa.

Lo dijo de una forma tan decidida que comprendí que no le iba a arrancar nada más por mucho que le tirara de la lengua. Me daba dolor de cabeza con sus abrumadoras preguntas. Supongo que el moño que me había hecho Mehmet y la mezcla de bebidas lo agravaban.

—Con su permiso, me voy. Adiós.

—La acompaño —dijo.

Cruzamos la ruidosa multitud y bajamos las escalinatas. Un criado me trajo el abrigo. Con amabilidad, Matthew me ayudó a ponérmelo. Luego me acompañó hasta el coche.

—Mrs. Duran —me advirtió mientras subía—, si nos da información sobre las actividades de ese hombre, prestará una gran ayuda al gobierno de Gran Bretaña y se ganará nuestra amistad.

Como veía que lo miraba sin responderle, continuó:

—Siempre hacen falta amigos, ya lo sabe. Tiene mi tarjeta. Llámeme, por favor.

Cerró con cuidado la puerta del coche y se despidió en turco: «*Güle güle*».

Nos alejamos de allí y nos mezclamos con el luminoso y

burbujeante tráfico nocturno de Estambul. Me deshice el moño, me quité los zapatos de tacón y abrí la ventanilla para que me diera el aire fresco en la cara. Estaba estupefacta y dominada por el pánico. Aquello me superaba con creces y no tenía a nadie a mi lado; ni mi hermano, ni mi marido, ni el rector, ni un amigo. Sólo un muchacho de catorce años. Un niño que investigaba para mí con su ordenador.

En realidad tendría que hablar de aquello directamente con Wagner, pero no podía hacerlo mientras estuviera en el hospital.

Cuando pasábamos por delante del Pera Palace, me dije: «Ah, si ahora estuviera aquí y pudiera ir a su habitación y preguntarle ¿quién eres, Maximilian Wagner? Dime, vamos, ¿quién eres? ¿Por qué todos andan detrás de ti?».

Me sentía muy cansada de todo aquel asunto. No me quedaba otra alternativa que regresar a casa y leerme los documentos que mi hijo había reunido. Empecé a frotarme despacio para aliviar el dolor que se me había instalado en la sien derecha.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó İlyas.

—No pasa nada, İlyas. Simplemente, me duele un poco la cabeza.

—Si quiere, buscamos una farmacia de guardia.

Ahí tenía a una buena persona. No como Süleyman.

—Gracias, en casa tengo medicamentos. Muchas gracias, İlyas. Eres muy buena persona.

—Gracias.

Me quité otra vez los zapatos de tacón en cuanto llegué a casa y entré con ellos en la mano. Kerem seguía frente al ordenador.

—¡Mamá, menudo tema! No tiene fin…

—No lo necesitamos todo, hijo. Nos basta con comprender quién es Wagner.

—¿Dónde está ahora, mamá?

—En el hospital. Pasó mucho frío y le están administrando un tratamiento.

—¿Cuándo vuelve a América?

—Probablemente dentro de un par de días. ¿Por qué lo preguntas?

—Quiero pedirte algo.

—¿A cambio de tu investigación? —le pregunté riendo.

—No, pero ya que hemos estado tan ocupados con este hombre, preséntamelo antes de que se vaya.

Aquella petición de Kerem me pilló por sorpresa.

—¿Por qué?

—Porque no he visto a nadie tan importante en toda mi vida.

—¿Cómo sabes que es importante?

—¡Ay, mamá! Si no fuera importante, ¿andarían tantos agentes

detrás de él? Eso quiere decir que él es el mayor espía de todos.

Fui a la cocina dándole vueltas a aquellas palabras de «el mayor espía». Saqué dos Alka Seltzer del armarito, los eché en un vaso de agua y contemplé cómo se disolvían. Luego me lo bebí de un trago. Si tuviera migraña habría tomado Relpax, pero después de tantos años sabía distinguir un dolor de cabeza normal de una migraña. Este era un dolor provocado por la angustia, los nervios, el moño que me tiraba del pelo y las copas que me había bebido con el estómago vacío, y el Alka Seltzer me lo cortaría en media hora.

Me di una ducha caliente dejando que el agua me corriera largo rato por la nuca. También me lavé el pelo porque ya no necesitaba ocuparme más del moño. Bajo el agua pensé en Matthew Brown. Era lo que me faltaba. El gobierno de Gran Bretaña pretendía que le ayudara. ¿Quién era yo para ayudar al gobierno de Su Majestad?

¿Y cómo pensaban apoyarme? ¿Iban a darme dinero, o un empleo? ¿O ayudarían a que mi hijo pudiera estudiar en Inglaterra? Quizá no fuera una mala oferta. Le sacaría unas frases al profesor, quedaría una noche para cenar con Matthew y me pondría bajo las alas del gobierno de Su Majestad. Se me vino a la memoria Cicerón, el espía alemán del que me había hablado el profesor. ¿Me engañarían a mí también con dinero falso?

Notaba que el agua caliente y el medicamento me estaban sentando bien y que el dolor de cabeza empezaba a aliviarse. Al salir de la ducha incluso me descubrí silbando ligeramente mientras me secaba con mi toalla de Bursa y me ponía el albornoz. Me di cuenta maravillada de que era la obertura de la serenata lírica que había tocado el profesor. Había repetido tanto esa melodía que se me había grabado en la memoria. Dejaba de silbar donde él se detenía porque no conocía el resto de la melodía, pues no había llegado a tocarla entera.

¿Por qué no lo habría hecho? ¿Porque se le congelaban los dedos del frío? Pero de ser así, no habría repetido una y otra vez la primera parte. El problema empezaba con la segunda. De seguro que había olvidado la melodía. Era una de las preguntas que tenía que hacerle.

Cogí el montón de papel impreso por Kerem.

—¿Me puedes pasar también la dirección web de todo esto? —le pedí.

—¡Claro!

—Buenas noches —le dije y me fui a mi dormitorio. Empecé a examinar los papeles, pero me interesaba sobre todo lo de Einstein. ¿Qué relación podía tener con Atatürk el físico que formuló la teoría de la relatividad? ¿Y con Wagner?

Empecé a leer. Los ojos se me abrían como platos según avanzaba

en la lectura.

Tengo el cuello agarrotado de llevar tanto rato escribiendo, o más exactamente de copiar y pegar lo que ya había escrito, de corregirlo y trabajar sobre ello. Siento que empieza a dolerme el costado izquierdo. Debo volver a levantarme y moverme un poco. En la pantalla que tengo delante se ve el avión en algún punto sobre el océano Atlántico. Me preocupa no poder terminar mi historia antes de que aterricemos en Boston. Pero los fragmentos que tengo que copiar y pegar de los siguientes capítulos parecen mejor acabados. Informaciones, testimonios y declaraciones que había pasado con anterioridad al ordenador portátil. Supongo que será más fácil.

Por otra parte, la batería del ordenador va disminuyendo. Tengo que encontrarle remedio.

Voy junto a la azafata que se sienta en la proa y le hago unas preguntas por charlar. Que cuánto se quedan en Estados Unidos, que cuándo regresan, que cómo se las apaña con el *jet lag*, cosas así. Debe de estar aburrida porque contesta a mis preguntas de muy buena gana.

En los vuelos interoceánicos se quedan de media tres días en los países a los que van. El equipo anterior, ya descansado, se lleva el avión de vuelta. Están acostumbrados a eso. El *jet lag* es mayor problema al volver que al ir. Algunos pilotos y azafatas usan melatonina para regular el sueño, pero ella —o sea, Renata— está en contra del uso de medicamentos y trata de acostumbrar el cuerpo a ese ritmo. Me pregunta si quiero tomar algo. Puede prepararme un plato de fruta. Que si soy escritora, le ha llamado la atención que escribo desde que despegó el avión, algo que no ven muy a menudo.

Le digo que sí, que soy escritora. Me pregunta sobre qué escribo. Le respondo que sobre los académicos alemanes que se refugiaron en Turquía durante la Segunda Guerra Mundial. Se sorprende, nunca había oído nada de eso. Sonrío comprensiva y le digo que no se preocupe, que es algo que nadie sabe. Luego le doy las gracias a Renata, le digo que un plato de fruta sería maravilloso, pero añado que tengo que pedirle un pequeño favor.

—¿Hay alguna forma de que pueda cargarme el ordenador?

—Por supuesto.

Vamos juntas al asiento 6C y cogemos el ordenador. Lo llevamos a su cubículo y lo conecta a un enchufe. Ahora tengo tiempo para tomar algo de fruta y dormir. Gracias, Renata.

9

Excelencia:

Como presidente honorario de la Unión Mundial de la OSE,[4] le ruego a su Excelencia que me permita solicitarle que otorgue permiso para que cuarenta profesores y médicos de Alemania puedan proseguir sus trabajos científicos y clínicos en Turquía. Los mencionados no pueden ejercer su profesión debido a las leyes vigentes en Alemania. La mayor parte de ellos posee una amplia experiencia y extensos conocimientos y méritos científicos y, en caso de vivir en un nuevo país, demostrarían ser de extrema utilidad.

Estos cuarenta especialistas y académicos, a quienes rogamos a su Excelencia que les permita establecerse en su país y continuar con su trabajo, han sido seleccionados entre las muchas solicitudes que se han presentado en nuestra Unión. Estos científicos están dispuestos a trabajar, sin esperar ningún tipo de retribución, durante el periodo de un año en cualquier institución de acuerdo con las pertinentes instrucciones de su gobierno.

En caso de que apoye esta solicitud de forma que su gobierno la acepte, me atrevo a expresar mi esperanza de que no sólo se limitará a una prestación humanitaria en el más alto grado, sino que también obtendrá grandes beneficios para su país.

Con el honor de ser el fiel servidor de su Excelencia,

PROFESOR ALBERT EINSTEIN

De todas las páginas que Kerem había reunido como resultado de sus investigaciones en internet, lo primero que leí fue esa carta. Sentada en la cama con un montón de papeles en el regazo mientras al lado se recargaba el ordenador portátil.

Había estado muy bien que la universidad cambiara los ordenadores de sobremesa por portátiles. Ahora me lo traía algunos días a casa. Así no tenía que verme obligada a esperar dos horas

cuando le pedía a Kerem que me dejara el ordenador para un asunto de dos minutos.

Según la información que Kerem había copiado al pie de la página, aquella carta firmada por Albert Einstein había sido escrita y enviada a la Presidencia del Gobierno de la República de Turquía el 17 de septiembre de 1933. En cuanto la leí, sentí curiosidad por esa OSE de la que Einstein era presidente honorario, así que abrí el ordenador y me puse a buscar.

Me salieron muchas OSE. Había de todo, desde Osaka Securities Exchange hasta Operations System Embedded. Sólo llegué a la respuesta correcta después de relacionar las siglas con el nombre de Einstein. La verdad es que no era nada difícil usar los motores de búsqueda de internet. La OSE era una sociedad fundada en París para rescatar a los judíos durante el mandato nazi y su presidente honorario había sido realmente Albert Einstein.

Einstein, que estaba impartiendo clases en la Universidad de Berlín, vio que no podría permanecer más en el país cuando se intensificaron las actividades de los nazis y se trasladó a París. Por aquellos años estaba de profesor en el Collège de France. El 17 de septiembre de 1933 envió a Atatürk aquella carta con el objetivo de salvar a profesores judíos alemanes.

A decir verdad, el profesor Wagner había venido mucho después de esa fecha, pero era esa carta la que había dado pie a todo.

En los sitios turcos de internet se aireaba la carta que Einstein había escrito a Atatürk con gran entusiasmo y orgullo nacional. Tenían razón en hacerlo, la verdad. Al fin y al cabo, había representado un acto de solidaridad frente al nazismo alemán. No obstante, al leer diversas fuentes, pude comprobar que en aquel suceso que tanto había entusiasmado a Kerem había otras realidades.

De entrada, la carta no se había dirigido a Atatürk, sino al Consejo de Ministros de la República de Turquía. Además, aunque su firma constara al pie, no la había redactado Einstein, sino la dirección de la OSE. Según su secretaria personal, Einstein se había ausentado diez días de París, incluido el 17 de septiembre. No obstante, había firmado algunos folios en blanco con el membrete de la OSE y se los había dejado en la dirección en caso de que necesitaran usarlos.

Entonces, ¿se podía considerar el documento una carta de Einstein?

En mi opinión, sí; porque aunque muchos discursos de políticos han sido escritos por *ghost writers*, ¿acaso no se admiten como palabras propias de dichos líderes? Esto era algo parecido. Aunque estuviera fuera de París, seguro que estaba al tanto de lo que se decía en la carta. Una carta con la firma de Albert Einstein podía no ser un documento personal, pero sin duda era oficial.

Continué investigando. Por aquel entonces era presidente del gobierno İsmet Bey. Como todavía no se había proclamado la ley del apellido no había adoptado aún el de İnönü. El presidente, después de recibir la carta, había añadido al margen una nota de su puño y letra y se la había remitido al ministro de Educación Nacional, el Dr. Reşit Galip.

Pero la respuesta fue negativa.

El presidente İsmet Bey denegó la petición de Einstein y el 14 de noviembre de 1933 le envió la siguiente carta:

> Estimado profesor:
>
> He recibido su carta en la que solicita que aceptemos en Turquía a cuarenta profesores y médicos que no pueden llevar a cabo sus labores científicas y clínicas en Alemania debido a la política seguida por el gobierno en el poder. He visto que estos caballeros aceptaban trabajar sin sueldo durante un año en nuestras instituciones públicas. Por mucho que su propuesta resulte muy atractiva, no veo la posibilidad de darle una respuesta positiva a causa de las leyes y los ordenamientos de nuestro país.
>
> Estimado profesor, como sabe, actualmente estamos proporcionando empleo a mucho más de cuarenta profesores y médicos. La mayor parte de ellos tienen cualidades y capacidades similares y se encuentran en las mismas condiciones políticas que quienes usted propone. Estos profesores y médicos aceptaron trabajar sometiéndose a las leyes y condiciones locales.
>
> En la situación actual estamos tratando de llevar adelante un ente muy delicado compuesto por miembros procedentes de todo tipo de culturas, lenguas y raíces. Por ese motivo siento tener que comunicarle que en las condiciones en que nos encontramos actualmente no es posible que proporcionemos empleo a más personal.
>
> Estimado profesor, lamento no poder cumplir con su petición y le ruego que crea que cuenta con mis mejores deseos.

En esta carta del presidente del gobierno parecía que se les cerraban las puertas a los científicos alemanes, pero al final no fue así. Turquía aceptó no sólo cuarenta científicos alemanes como proponía Einstein en su carta, sino a ciento noventa. Vinieron primero desde Alemania, luego desde Austria después del *Anschluss* de 1938 y desde Praga después de la ocupación nazi de 1939.

Rápidamente abrí otra página en mi ordenador. Le puse por título «Para investigar» y como primer tema escribí «*Anschluss*». Volví a la

hoja de Kerem.

Por aquella época la intervención de Turquía empezaba a dar resultados y muchos científicos encontraron la posibilidad de empezar una nueva vida en Estambul para ellos y sus familias, como por ejemplo Alfred Kantorowicz, un odontólogo que había pasado nueve meses en un campo de concentración.

¿Cuál fue la fuerza que logró que esos científicos vinieran a Turquía a pesar de la actitud del presidente y del Consejo de Ministros? Algunas fuentes lo relacionaban con Kemal Atatürk, por entonces presidente de la república y comprometido con la urgente modernización de Turquía. Según ellos, Atatürk intervino personalmente y las puertas se abrieron de par en par.

También fue él quien invitó a dos grupos de científicos que acababan de llegar a un banquete que ofreció en honor al sah de Irán en el palacio de Dolmabahçe. Habló con cada uno de ellos y les dio la bienvenida. Incluso el profesor Alfred Kantorowicz le arregló la dentadura al Shah y el oftalmólogo Joseph Igersheimer le recetó unas gafas nuevas.

En aquellos textos había muchos términos que no entendía e intentaba comprender cada uno de ellos descifrando su significado. Otros los escribía en la página del ordenador titulada «para investigar». Luego le daba un descanso a la lectura y me sumergía en internet.

Por lo que pude entender, *Anschluss* era el nombre que se le daba a la anexión de Austria por parte de la Alemania nazi. Tras la desaparición en 1806 del Sacro Imperio Romano Germánico, la unión de la raza alemana se había convertido en un ideal y Adolf Hitler dio el primer paso al anexionarse Austria.

Eché un breve vistazo a algunos datos históricos para asentar bien todo aquello en mi mente. Mis conocimientos al respecto eran muy limitados ya que Turquía no había participado en la Segunda Guerra Mundial; más exactamente, lo que sabía era lo que habíamos aprendido por las películas de Hollywood.

El partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, dirigido por Adolf Hitler, había ganado las elecciones celebradas en el otoño de 1932. Hitler se convirtió en canciller el 30 de enero de 1933.

A partir de ese día el objetivo de los nazis fue arrancar de raíz a los judíos de Alemania. En realidad, el antisemitismo de los nazis había empezado mucho antes, pero con su llegada al poder la presión sobre los judíos se incrementó notablemente. Fue por eso por lo que muchos comenzaron a abandonar el país.

En cierto momento me di cuenta de que me ardían los ojos por la falta de sueño. Había sido un día muy largo otra vez y estaba agotada.

Además, ahora empezaba a darme cuenta del error que había cometido al cargar aquella investigación sobre los hombros de Kerem. Incluso a mí me era difícil abarcarlo todo. ¿Qué sabría un chico de catorce años? No obstante, le había dado cierto sentido a su vida. Estaba segura de que mañana, en el colegio, presumiría de haber descubierto que Einstein le había escrito una carta a Atatürk. Muy posiblemente ni sus profesores lo supieran.

Mi último pensamiento antes de dormirme fue para mi pobre abuela Ayşe. Había vivido sucesos terribles pero nunca nos lo había hecho notar. De hecho, en muchos hogares turcos existía ese tipo de silencios, no se hablaba del pasado. Como si al mencionar acontecimientos funestos todo fuera a comenzar de nuevo.

¿Sería una consecuencia de aquella costumbre el hecho de que en Turquía, a todos los niveles y sobre cualquier tema, se diera prioridad a tapar los problemas y no a resolverlos?

En este país estábamos acostumbrados a ignorar cualquier asunto polémico, a hacer como si no existiera, desde el problema kurdo a la pobreza. Si alguien se rebelaba y hablaba de ellos, nos enfurecíamos con él, como si fuera quien creó el problema. Pensar de forma diferente en la mayoría de los casos suponía que te consideraran un enemigo.

Como sociedad habíamos tomado la decisión de callar firmando un contrato silencioso y nada de lo vivido se había transmitido a las generaciones más jóvenes. No sé si eso era malo o bueno. Habíamos crecido sin tener enemigos. Esa era la parte buena, pero también sufríamos una terrible ignorancia con respecto a nuestro pasado.

Si hubiera tenido más confianza con mi abuela Ayşe, quizá me habría contado lo que le había sucedido, como mi otra abuela Mari. Pero ambas habían ocultado su identidad viviendo con personalidades distintas.

Con la mente confusa y mientras me deslizaba hacia las profundidades del sueño, recé por aquellas dos benditas mujeres. No sé si pude acabar la oración.

4.

10

Cuando desperté a la mañana siguiente, me encontré entre los papeles y mi ordenador portátil. Aquellos folios, aquella información, aquellos temas ahora llenaban mi vida. ¡Y cuántas cosas no sabía, no comprendía!: Wagner, Nadia, espionaje, asesinatos, mi abuela materna…

De repente se me vino a la cabeza el Renault blanco. En los últimos días no había visto a los tres agentes de inteligencia. ¿Por qué sería? ¿Habrían dejado de seguirme? ¿Se lo habría pedido mi hermano? Y el rector no había vuelto a mencionar el tema, no me había preguntado nada. Fuera lo que fuese, me habían dejado tranquila. Quizá se debiera a que mi hermano se había hecho cargo del caso. ¿Estaría vigilándonos?

El expediente sobre Maximilian Wagner que había visto en su mesa, ¿se lo habría hecho llevar esa mañana o andaba metido en el asunto desde el principio? Pero cuando lo llamé desde Şile se comportó como si no supiera nada. De hecho, se quedó muy sorprendido.

Los acontecimientos de mi vida y las preguntas en mi cabeza se sucedían a una velocidad vertiginosa, pero, por otro lado, los asuntos cotidianos seguían su curso. Daba comienzo un nuevo día, como siempre. Despertar a Kerem, preparar el desayuno, mandarlo al colegio, ir a la universidad…

Ese día no encontré las fuerzas para preparar un desayuno espectacular. Por alguna razón sentía una extraña pesadez. Me dolían las articulaciones y, de no haber tenido trabajo, me habría quedado todo el día en casa, mirando la televisión y leyendo. Tomamos copos de maíz para desayunar, yo con kéfir y Kerem con leche. No le gustaba el kéfir.

Todas las mañanas se lo tomaba con mucha tranquilidad porque contaba con que yo le pincharía para que no perdiera el autobús del servicio; no le daba importancia a la hora porque sabía que, fuera como fuese, yo lograría que llegara puntual. Se había acostumbrado a que corriera detrás de él sin parar diciéndole: «Vamos, hijo, vamos, es tarde, ¡vas a perder el autobús!». Pero aquel día estaba desconcertado

porque yo no le decía nada.

Desayunaba tranquilamente e incluso se lo tomaba un poco a broma. Al cabo de un rato le llamó la atención lo rara que estaba y le echó un vistazo al Casio sumergible que su padre le había regalado por su cumpleaños. Luego frunció el ceño y me miró de arriba abajo. Me hice la loca y seguí hojeando el periódico. Me apetecía echarme a reír, pero disimulé. Kerem se estaba poniendo nervioso, aunque tampoco quería decirme nada.

Miró el reloj un par de veces más y luego me preguntó:

—Mamá, ¿hoy qué es?

—Viernes —le contesté sin levantar la cabeza del periódico. Y, en la misma postura, le pregunté yo—: ¿Por qué?

—O sea, que no es fin de semana. Que hay clase.

—Sí —dije muy absorta y pasando una página del periódico.

Se estaba reconcomiendo y yo estaba disfrutando como si me vengara de años pasados. Por fin no pudo aguantarlo más y se levantó de un salto.

—¿Qué te pasa? —me dijo—. Voy a perder el autobús. Me quedan dos minutos.

—¿De verdad? No me había dado cuenta.

Corrió al vestíbulo y empezó a ponerse el chaquetón. Trataba de actuar como un adulto enojado y parecía todavía más infantil. Seguía siendo un niño muy mono. Me acerqué a él riendo.

—No hace falta que te des prisa. Hoy te llevo yo al colegio.

—¿Tú?

—Sí.

Fui hasta la ventana a mirar. Como suponía, İlyas ya había llegado. Llamé a Kerem y le mostré el Ford Focus esperando a la puerta del bloque. İlyas fumaba apoyado en el coche.

—Ahí está. Ahí están nuestro transporte y nuestro chófer.

—¡Joder! —E inmediatamente se llevó la mano a la boca como si hubiese alguna opción de recuperar la palabrota—. ¿Ahora voy a ir al cole con chófer, como los niños ricos?

—Sí.

—Mamá, ¿por qué te ha dado un coche la universidad? ¿Es por Wagner?

—Sí.

—¡Cada vez me cae mejor ese tío!

Tenía otra sorpresa para él, pero no pensaba revelársela en ese momento.

Salimos y nos montamos en el coche. İlyas, que era un muchacho respetuoso, me abrió la puerta. Kerem, sentado a mi izquierda, echaba

un ojo a las ventanas por si había vecinos mirando. La situación le estaba gustando mucho. No sonreía, pero en su cara no había ni huella de aquella expresión de infelicidad que se le había instalado de forma permanente. Cuando nos íbamos acercando al colegio sí que le apareció una sonrisa. Y yo, aprovechando la coyuntura, le besé en la mejilla antes de que se bajara del coche. No dijo ni pío.

—¡Hala, adiós! —se limitó a decir.

Cuando llegué a mi despacho en la universidad me dediqué a los asuntos que llevaba días descuidando. Hojeé los periódicos de la semana, no había ninguna noticia sobre el rectorado, nada que aclarar o que refutar. Sin embargo, era algo que ocurría a menudo. La necesidad desbocada de la prensa de noticias sensacionalistas nos daba frecuentes dolores de cabeza. También las ambiciones personales influían en noticias y columnas. Un padre cuyo hijo había suspendido, una empresa privada que no había podido conseguir un contrato para una lavandería o un aparcamiento, diversos opositores al rector que pretendían ocupar su sillón o gente enfadada con él por motivos políticos escribían a menudo en su contra.

Y nosotros llamábamos uno por uno a todos los medios de comunicación, los invitábamos a la universidad, les dábamos información y acariciábamos sus egos. A los que no atendían a razones les enviábamos refutaciones a través del juzgado. Pero eso ya no me incumbía. Una vez que se decidía continuar por esa vía, el asunto quedaba fuera de mi competencia. Fundamentalmente, ese era mi trabajo. No debía dejar que las noticias se me escaparan.

Una vez terminado, fui a almorzar a la cafetería. La principal razón no era que tuviera apetito, sino que quería ver a Nermin. Era una mujer madura un tanto regordeta que nunca dejaba pasar el almuerzo. Era la responsable del archivo de la universidad y muy agradable. Había estudiado biblioteconomía. Ese día era muy importante para mí verla.

No me había equivocado. La atrapé antes de que empezara a comer. Por suerte, fue ella quien se acercó a mí sin necesidad de que yo hiciera el menor esfuerzo.

—Oh, Maya, ¡qué alegría verte!

Comimos juntas, naturalmente. En un momento apropiado de la conversación le expliqué que el rector tenía un invitado y que yo necesitaba alguna información.

—¿El profesor Wagner?

—Sí.

—¡Por supuesto! Tenemos una sección específica para los profesores extranjeros que han trabajado en nuestra universidad. Ven cuando quieras.

—¿Podemos ir cuando terminemos de comer? —le pregunté.

Como tenía la boca llena, asintió con los ojos y la cabeza.

Media hora más tarde me hallaba en aquel archivo donde estaban clasificados cientos de miles de expedientes. Nermin me contó que habían abierto un curso nuevo sobre recogida y clasificación de documentos, que los nuevos se creaban directamente en el medio digital y que estaban trabajando con ahínco para digitalizar todo el archivo.

—¿Se ha digitalizado ya lo de los profesores extranjeros? —le pregunté.

—No. Por desgracia, todavía no les ha llegado el turno. No te puedes creer la cantidad de papeles que tenemos.

Me llevó a un cubículo que quedaba entre unos muros de archivos formados por un sistema llamado *space-saver*.

—Aquí lo tienes. Todo lo que quieres está aquí. Perdona, pero te dejo sola porque tengo mucho trabajo.

Le agradecí en el alma que me dejara a solas. Empecé a leer los nombres de los expedientes.

Ernst Reuter, Fritz Neumark, Paul Hindemith, Alfred Braun, Ruth Sello, Robert Anhegger, Maximilian Ruben, Ernst Praetorius, Rudolf Belling, Carl Ebert, Margarete Schütte-Lihotzky, Julius Stern, Bruno Taut, Hans Bodlaender, Eduard Zuckmayer, George Tabori, Alfred Joachim Fischer, Clemens Holzmeister, Martin Wagner, Gustav Oelsner, Erna Eckstein, Ernst Engelberg… La lista seguía. La mayoría de aquellos científicos se había quedado en Estambul y una pequeña parte había ido a Ankara.

En uno de los escritos del archivo aparecía lo siguiente:

> Los científicos que huyeron del régimen nazi alemán y vinieron a Turquía formaron los cimientos de la Universidad de Estambul. La reforma universitaria propuesta por el doctor suizo Albert Malche se puso en práctica en 1933. La Darülfünun,[5] herencia de los otomanos, cambió su nombre al de Universidad de Estambul.
>
> Hacía diez años que se había instaurado la República de Turquía. Como el nuevo régimen republicano había iniciado un proceso de occidentalización, confió en los científicos alemanes para crear bibliotecas y currículos en disciplinas como derecho y medicina, así como para la formación de arqueólogos. De igual forma, prestaron sus servicios en medicina, botánica, geología, química o bioquímica.
>
> Se consideró que lo más adecuado era que estos profesores extranjeros en principio impartieran clase mediante un

traductor, pero se les puso como condición que en tres años adquirieran el nivel suficiente de turco que les permitiera dar clase en dicha lengua.

Los profesores alemanes cobraban un sueldo cinco veces mayor que sus colegas turcos.

Por lo que podía entender de los documentos, a pesar de cobrar el quíntuple, la vida de aquellos profesores no era demasiado cómoda. Había infinidad de cosas que les dificultaban la vida, como que rumíes y armenios de Estambul apoyaran a los nazis precisamente por su antisemitismo, que Hitler presionara una y otra vez al gobierno de Ankara para que los mandara de vuelta, los problemas del aprendizaje de la lengua, que los profesores turcos no les miraran con buenos ojos porque ganaban mucho más que ellos, etc.

A pesar de todo, fueron ellos quienes sentaron las bases del sistema turco de enseñanza superior y algunos permanecieron décadas en el país e incluso fueron enterrados en Turquía en cumplimiento de sus últimas voluntades.

Las tumbas de Curt Kosswig y el profesor Dr. Erich Frank estaban lado a lado en el cementerio Aşiyan en el Bósforo. El famoso arquitecto Bruno Taut yace en el cementerio de Edirnekapı y el arqueólogo Clemens Bosch en el de Feriköy.

El profesor Fritz Neumark fundó la Facultad de Económicas y permaneció diecinueve años en Turquía. Luego regresó a Alemania y fue elegido dos veces rector de la Universidad de Frankfurt.

Ernst Reuter había creado el Instituto de Vivienda y Urbanismo y cuando volvió a Alemania se convirtió en el primer alcalde de Berlín.

El profesor Wilhem Röpke fue un famoso economista, el profesor Umberto Ricci fue miembro de la Universidad de Roma, el profesor Dr. Bruno Taut fue uno de los fundadores de la escuela de la Bauhaus, el profesor Clemens Holzmeister era urbanista, el profesor Dr. Kurt Bittel arqueólogo… Y la lista continuaba…

Así que en cierta época en Turquía se habían reunido algunos de los científicos más importantes del mundo. Pero de ellos no se hablaba ni en Turquía ni en el mundo.

Había cientos de nombres, pero al que se le daba más importancia era al del profesor Ernst Hirsch. Según lo que se decía, el *Método práctico de derecho* de aquel famoso experto en leyes todavía era un libro de cabecera para muchos. Hirsch obtuvo la nacionalidad turca en 1934.

También se escribió aquí *Mímesis*, de Erich Auerbach, uno de los grandes nombres de la crítica literaria.

Me iba entusiasmando según leía y ante mis ojos se desplegaba un mundo completamente nuevo del que no sabía nada. Íbamos y

veníamos por aquella universidad sin saber el tesoro sobre el que nos hallábamos y, exceptuando algunos miembros del profesorado, nadie tenía ni idea de aquella enorme riqueza.

En los expedientes de cada profesor se había añadido una nota que especificaba «ario», «semiario», «mestizo» o «judío».

Todo muy bien y muy bonito, pero todavía no me había encontrado nada sobre Maximilian Wagner. Así que dejé de leer un montón de expedientes interesantes y me centré en encontrar el apellido Wagner. Lo busqué cruzando de arriba abajo estantes llenos de carpetas y por fin lo encontré. Pero en cuanto tuve el expediente en mis manos me di cuenta de inmediato de que algo andaba mal. Las otras carpetas eran gruesas, con muchos datos y documentos. La de Wagner parecía vacía.

En efecto, cuando la abrí sólo encontré dos folios. El primero era un atestado en el que se decía que el ciudadano alemán (ario) Maximilian Wagner, miembro del profesorado de la Universidad de Estambul, había sido deportado tras su arresto por parte de las autoridades policiales turcas. En el documento también se informaba de que había sido declarado *persona non grata* por el Consejo de Ministros y que el papeleo correspondiente había sido entregado en la Dirección General de Seguridad.

En la segunda hoja estaba escrito que el señor Scurla, enviado personal de Adolf Hitler, canciller del Tercer Reich, había venido a la universidad para recabar información sobre el señor Wagner y lo había denunciado al rectorado como espía a sueldo de Inglaterra, que enviaba sus mensajes cifrados en forma de partituras.

¡Partituras! Me quedé estupefacta.

Entre tantos científicos respetables, ¿me había topado precisamente con un espía? ¿Había alimentado simpatía por un agente y hasta me había metido en la cama con él?

Hice fotocopias de ambos papeles y los dejé de nuevo en su carpeta. Le di las gracias desde lejos con un gesto de la mano a Nermin, que les estaba explicando algo a los estudiantes que se reunían a su alrededor, y me dirigí a mi despacho mientras me preguntaba quizá por centésima vez: «¿Quién eres, Maximilian Wagner?».

Le pedí un café medio de azúcar a Hasan, el bedel, que me lo trajo poco después en su bandeja amarilla. Bebí el café sentada un rato para organizar las ideas. Quería librarme del asombro que sentía. Los documentos que había visto no dejaban lugar a dudas de que Wagner era un espía, pero, de alguna forma, me resultaba difícil encajar aquello con el hombre que había conocido. Era como si se tratara de dos personas distintas.

Kerem debía de haber vuelto a casa ya. Llamé a İlyas:

—Sabes dónde está mi casa, ¿podrías recoger a Kerem y traerlo aquí?

—Por supuesto.

Vi por la ventana que se ponía en marcha de inmediato. Telefoneé también a Kerem.

—İlyas va a recogerte. Estate preparado.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó, pues sospechaba por la seriedad de mi voz—. ¿Ha ocurrido algo?

—No.

Crucé los brazos sobre la mesa, apoyé la cabeza en ellos y cerré los ojos. Estaba muy inquieta. ¿Qué es todo esto que me está pasando?, me pregunté.

¿Por qué se hacían de tapadillo tantas cosas en nuestro país? ¿Me iba a encontrar con un secreto cada vez que levantara una piedra, que coincidiera con alguien, que abriera una carpeta? Como solía hacer la mayoría de las veces en que necesitaba tranquilizarme aunque sólo fuera un poco, pensé en las praderas de Kafkasör en Artvin.

Al instante, sentí un gran alivio en el corazón. Abrí los ojos con alegría y luego los cerré lentamente. Y allí estaba, en Artvin, en los prados de Kafkasör. Paseaba por las cumbres nevadas. Caminaba hundiendo los pies en la blancura helada y aspiraba aquel aire que enfriaba mis pulmones. Contemplaba admirada los abetos y los pinos cubiertos de blanco que ante mis ojos parecían trajes de novia del mar Negro o de Georgia. Luego me tumbaba sobre la nieve y me echaba a rodar. Se me enfriaban las mejillas y los brazos se me dormían un poco.

Abrí los ojos de mala gana. Me dolía el brazo de estar echada así sobre la mesa.

Cuando me sentía agobiada a veces pensaba en aquellas milagrosas laderas. Hacía dos años me había unido a un *trekking* por los montes Kaçkar. Por la noche dormíamos en tiendas. Teníamos un guía muy guapo que nos explicaba cosas sobre aquella zona maravillosa. Las cascadas que en verano caían tumultuosas desde las montañas se congelaban en invierno y formaban exquisitas esculturas de hielo. En los montes se veían aisladas casas de madera, muy alejadas unas de otras.

En aquel viaje mi corazón quedó deslumbrado por mil y una sensaciones de frescura, limpieza, transparencia. No quería irme de allí. Recogí tres brotes de abeto de los prados de Kafkasör, me los llevé a Estambul con cuidado de que no se me secaran y los planté en macetas. Como ya he dicho, dos se murieron, pero uno aún vivía. Iba creciendo lentamente en el salón de casa y cada vez que lo miraba me

refrescaba el alma como un huésped que ha venido de muy lejos.

Después de enterarme de la historia de mi abuela Ayşe, el significado de aquel arbolito de mi casa aumentó de repente. También aumentó mi amor por Kafkasör. Una parte de mí tiraba hacia mi abuela. Añoraba el aire fresco de las montañas del Cáucaso.

¡Scurla!

Mis hermosas fantasías y mi meditación sobre la nieve se vieron interrumpidas de repente por aquel nombre. ¡Scurla, enviado personal de Hitler! ¿Así que había venido a nuestra universidad y se había interesado por Maximilian? Aquel nombre se me había aparecido hacía un rato, cuando investigaba en el archivo gracias a Nermin. Y ahora, de repente, se me venía a la mente como si estuviera interfiriendo en mis pensamientos.

Otro nombre del que tendría que ocuparme. ¿Quién era este Scurla? Además, ¿qué quería decir con que Wagner mandaba sus mensajes cifrados en partituras? ¿Su violín tenía algo que ver con esto? La melodía que había tocado junto al mar, ¿podía ser parte de su labor de espionaje? ¿Partituras y mensajes cifrados? Nunca había oído nada parecido, pero esta semana me habían ocurrido tantas cosas que ya me lo creía todo.

Abrí un motor de búsqueda en el ordenador portátil. En la ventana correspondiente escribí el nombre de Scurla. Otra vez me pasó lo mismo de antes. Me enfrentaba a más Scurlas de los que podía abarcar. Así pues, escribí Scurla y Hitler y ahora me aparecieron artículos que demostraban su existencia como enviado especial. La mayoría estaban en inglés, claro.

Los guardé a toda prisa y empecé a investigar el tema de la música y las matemáticas. También con esto fui víctima de un alud de datos. Guardé en la lista de «para leer» artículos sobre la sucesión de Fibonacci y la música, el número pi y la música y otros parecidos. Scurla era real y se podían crear determinados cifrados con música.

Mientras estaba ocupada con esto, entró un bedel con el correo. No abrí los sobres, simplemente les eché un vistazo: no había nada importante.

Entonces sonó el teléfono fijo. Levanté el auricular, al otro lado estaba Gizem, una licenciada en prácticas que acababa de empezar a trabajar en la secretaría personal.

—La llaman del consulado ruso, le paso.

Me sorprendí un poco, claro, pero tampoco demasiado.

—Señora Maya, le deseo unos buenos días —dijo una voz masculina que hablaba turco con acento eslavo.

—Buenos días.

—Soy Arkadi Vasiliyevich, agregado cultural del consulado general

de Rusia.

—Dígame.

—Me gustaría visitarla si está disponible.

—¿Y cuál es el motivo de su visita?

—Me gustaría programar algunos encuentros en su universidad.

—¿Su visita tiene alguna relación con el profesor Maximilian Wagner, que ejerció en nuestra universidad?

Ya me había acostumbrado a la situación y me lo tomaba un poco a broma incluso.

Mi interlocutor dudó un momento. Estaba claro que Arkadi Vasiliyevich no se esperaba esa pregunta y estaba desconcertado.

—Estooo… *Pajalsta*… Sobre todo en la universidad… —Después de mezclar un poco el turco con el ruso recuperó la compostura—. Con el debido respeto, le explicaré en presencia los fundamentos de la audiencia.

Era evidente que Arkadi Vasiliyevich había recibido clases de algún viejo turcólogo en la Escuela de Lenguas Extranjeras de Moscú porque hablaba a la antigua.

—¿Le viene bien el lunes a las tres de la tarde?

—Por supuesto, señora mía. Espero no ser una molestia.

Colgamos. De repente me había convertido en una mujer muy importante.

Una hora más tarde bajé y me dispuse a esperar el coche. Kerem e İlyas debían de estar a punto de llegar. Pero me equivocaba de nuevo. Tuve que esperar veinte minutos a que el coche apareciera ante la puerta.

Cuando llegamos al hospital de Çapa eran las cinco y diez. Subimos directamente al tercer piso, a la habitación 344. Llamé a la puerta. Una voz dijo en turco: «¡Pase!». Abrí, el profesor estaba en la cama, solo.

—Profesor, qué buen turco tiene —le dije.

—No, no. Improviso con las pocas palabras que sé.

—Le he traído un visitante. —Y dejé que Kerem entrara en la habitación.

El profesor se incorporó ligeramente en la cama y le ofreció la mano a Kerem, que se la estrechó.

—Es su hijo, ¿no? Qué bonita sorpresa. ¿Sabe inglés? —entonces le preguntó—: *What's your name*?

—Kerem —respondió mi hijo.

Pero estaba claro que le daba mucha vergüenza hablar en inglés. Las clases de inglés de su colegio eran buenas y su gramática no era mala, pero, como muchos estudiantes turcos, prefería evitar hablar

con extranjeros. De hecho, como tampoco era muy hablador, se quedó allí de pie sin saber qué decir.

El profesor le preguntó si estudiaban inglés en el colegio.

—*Yes*!

Y se acabó la conversación, nos gustara o no.

—¿Cómo se encuentra hoy? —le pregunté.

—Muy bien —respondió—. Su amiga la doctora Filiz me ha dejado como nuevo. De hecho, podría decir que estoy mejor que antes. Con estos tubos me han puesto sangre, me han alimentado y me han metido un buen chorro de vitaminas en las venas.

Me señalaba el gotero de suero inyectado en el brazo.

La verdad es que se le veía muy bien. Tenía las mejillas sonrosadas.

—Mañana salgo de aquí —añadió.

—Vendré por usted para llevarle al hotel. ¿Para cuándo quiere que programe su billete?

—Me gustaría viajar en el vuelo del domingo, si hay plazas.

—Muy bien, hablaré con la agencia de viajes, profesor.

Nos miramos un momento. Sonrió con dulzura. Luego me volví hacia Kerem.

—Despídete del profesor, nos vamos.

Kerem estrechó de nuevo la mano del profesor y con una voz apenas perceptible le dijo: «*Bye, bye*». Me alegré de que no le dijera: «Hala, *bye*». Pero pasaba algo extraño. Kerem no soltaba la mano de Wagner y se revolvía como si quisiera decir algo.

—Vamos, Kerem.

De repente, le preguntó al profesor en turco:

—¿Es usted un espía?

Sentí como si me hubieran disparado en la cabeza y me empezaron a arder las mejillas. Seguramente me había puesto rojísima.

—Profesor —intervine a toda velocidad—. Kerem se está despidiendo de usted.

Wagner se rio.

—Esa palabra la he entendido. No se preocupe, tiene derecho a preguntar.

Luego le contestó a Kerem en turco «*Hayır*!» («¡No!»). Pronunciaba la erre final de la palabra un poco gutural.

Cogí a Kerem del brazo y lo arrastré fuera de la habitación. Me había enfadado mucho por su indiscreción, pero no lo regañé. No quería que nuestra relación se volviera a malograr, ahora que en los últimos días parecía haberse arreglado. Al fin y al cabo, Kerem era mi hijo y era mucho más importante para mí que el profesor.

En ese momento pasábamos por la estación de enfermería y sonó el teléfono. La enfermera lo cogió, escuchó y me lo pasó con cierta alarma:

—El profesor ha olvidado decirle algo. La llama.

Sorprendida, di media vuelta y entré en la habitación.

—¿Ha encontrado mi violín? —me preguntó Wagner.

¡Ay!, se me había olvidado por completo.

—Enseguida me encargo, no se preocupe.

En el camino de regreso le expliqué la situación a İlyas.

—¿Tienes el teléfono de Süleyman? —le pregunté.

—Sí, lo tengo.

—El violín del profesor Wagner se quedó en el Mercedes. ¿Podrías recogerlo mañana, por favor?

—De acuerdo.

En el coche iba muy ensimismada; miraba por la ventanilla sin encontrar respuestas a las preguntas que tenía en mente, contemplaba a los trabajadores que volvían apresurados a casa. Los automóviles particulares se alineaban uno detrás de otro y los conductores esperaban irritados entre los gases de los tubos de escape. En las paradas de autobús la gente iba como sardinas en lata. Los ciudadanos de menos recursos, que esperaban ilusionados un autobús que llegaba ya repleto, parecían airados con la vida, hartos de sus duras condiciones. Era como si estuvieran soportando enormes cargas que les empujaran los hombros hacia abajo.

¿Por qué preguntaba Wagner con tanta insistencia por su violín? ¿Porque era un viejo recuerdo o…? ¿O qué? ¿Por la relación entre la música y las matemáticas?

¿Un mensaje cifrado?

Cuando llegamos a casa saqué la comida de la nevera, la calenté y puse la mesa. Cenamos sin hablar y después nos retiramos cada uno a su cuarto. De nuevo existía esa tensión entre nosotros.

Me coloqué en el regazo el ordenador portátil. Primero leí sobre Scurla. En algunas fuentes Herbert Scurla pasaba por ser un subsecretario del Ministerio de Educación del Tercer Reich y en otras por enviado especial de Hitler. No podíamos confiar en todo lo que leíamos por internet. Pero, fuera cual fuese su empleo principal, lo cierto era que había existido realmente y había cumplido importantes funciones en la Alemania nazi.

En un sitio di con la siguiente información:

> Herbert Scurla nació en 1905 en Cottbus. Estudió derecho y economía en Berlín. En 1933 se hizo miembro del partido nazi. En las décadas de los treinta y los cuarenta trabajó en el

Programa de Intercambio Interuniversitario. Entre 1937 y 1939 vivió en Turquía. Posteriormente se unió a la Wehrmacht (fuerzas armadas alemanas).

La biografía de Scurla continuaba con mucho detalle, pero lo sorprendente era que aquel notable nazi no había sido juzgado después de la guerra y hubiera podido continuar con su vida en la zona soviética sin ningún problema. Incluso había escrito algunos libros y había alcanzado cierta popularidad como escritor en la República Democrática Alemana. ¿Cómo era posible? ¿O se trataba de un agente soviético que había logrado llegar hasta Hitler?

En un sitio turco había algunos datos interesantes:

> En los días en que dio comienzo la Segunda Guerra Mundial, Hitler no estaba satisfecho, sino muy inquieto, de que hubiera científicos que habían huido de la opresión nazi en Alemania y Austria y se habían refugiado en Turquía. En 1939 el subsecretario del Ministerio de Exteriores alemán, Herbert Scurla, vino a Turquía, se encontró con el ministro de Educación Hasan Âli Yücel y le transmitió el siguiente mensaje: «Entréguennos a esos científicos y les mandaremos los cerebros más brillantes de Alemania».
>
> No obstante, Turquía no aceptó la propuesta de Hitler y los profesores continuaron ejerciendo sus funciones. El informe que Scurla presentó a Hitler a su regreso fue hallado en 1987 en los archivos de los nazis.

Así que todo lo que se refería a Maximilian estaba en aquel informe y este se encontraba en los archivos nazis. Bien, pero ¿dónde estaban esos archivos? Menos mal que existía internet. Tras una breve investigación encontré la respuesta.

El archivo en cuestión estaba en Bad Arolsen, cerca de la ciudad de Kassel. Se llamaba ITS. O sea, International Tracing Service, Servicio Internacional de Búsqueda.

El informe de Scurla, que tan impaciente estaba por leer, seguro que también se encontraba en ese archivo, pero ¿cómo podría conseguirlo?

Era evidente que las autoridades turcas no me iban a poner al corriente del secreto de Maximilian, quién era y por qué lo deportaron. Tampoco iba a conseguir esa información de ingleses o rusos. Por lo tanto, lo único que me quedaba era el informe de Scurla. Él era quien podía iluminar el pasado.

Cerré el portátil y saqué el álbum familiar que guardaba en el baúl de nogal de mi dormitorio. Aquel baúl también era herencia de mi

abuela paterna. El álbum en sí era exquisito, de color marrón, con repujados y las amarillentas fotografías estaban protegidas por papel de seda entre las páginas. Desde pequeña me encantaba hojearlo y mirar las fotografías de bordes troquelados.

Contemplé largo rato las fotos en las que aparecían mis abuelos maternos. Al verlas después de tantos años me parecía descubrir en sus caras un gran misterio y una historia que no habían podido contar. O esa era la impresión que me daba a causa de lo que mi hermano me había contado.

La abuela tenía una cara ancha que mi madre y yo habíamos heredado, una piel tersa y brillante y pómulos salientes. Sus ojos negros parecían ligeramente rasgados y le daban un aire muy lindo. Tenía las mejillas ensombrecidas. El abuelo Ali era un hombre delgado, con los carrillos hundidos y la nariz bastante grande. Traté de imaginármelo como un soldado de unos veinte años. Así que se prendó de la muchacha que había estado vigilando tantos días y, cuando ella se arrojó al lago helado, él la siguió sin dudar.

Mi abuela, y, por lo tanto, mi madre, mi hermano y yo, le debíamos la vida a aquel acto heroico. Si la abuela hubiese llegado a ahogarse, ninguno de nosotros habría venido a este mundo. De repente una angustia existencial se desprendió de mi corazón y se me subió directamente a la cabeza. ¡Vaya casualidades a las que debíamos nuestra existencia! Si hubieran asesinado a la abuela Mari junto a su familia, o si la abuela Ayşe no hubiera saltado al lago Kızılçakçak, ninguno de nosotros existiría. Y Kerem tampoco habría nacido. Así de fácil. A saber cuántos otros detalles desconocidos existían.

Bien, pero ¿cómo era posible que ambas abuelas, la paterna y la materna, se hubieran salvado de la muerte y hubieran cambiado de identidad? De haberme topado con tanta coincidencia en una novela habría pensado que el autor exageraba. Pero mi hermano había hablado con mucha seguridad. Tenía documentos oficiales, claro.

Esa era la historia reciente de Turquía. En aquellos años en que todo estaba patas arriba se mezclaron razas, religiones, lenguas, masacres e identidades falsas y aquello dio paso a que cada familia escondiera un secreto. La nuestra no era una excepción. Una historia típicamente otomana.

Así pues, ese era el motivo de que las raras veces que había acudido a los registros de familia oficiales para encontrar mi árbol genealógico sólo hubiera podido retroceder dos generaciones sin encontrar nada más allá. Los registros sólo comprendían a mis padres y a mis abuelos. No retrocedían más.

Siempre me había sorprendido, pero ahora entendía la razón. Mi hermano había dicho: «Los documentos no pueden hacerse públicos porque se armaría un escándalo. Los orígenes de muchos personajes

importantes del Estado saldrían a la luz».

El esfuerzo por crear una nación turca en la que todos se parecieran a partir de una sociedad como la otomana, con muchas culturas, religiones y lenguas, había traído consigo ese tipo de servidumbres. Por eso las autoridades eran tan sensibles con el tema de la identidad turca. Porque, de nuevo según palabras de mi hermano, al contrario que las demás naciones, no nos habíamos creado un Estado para nosotros mismos. O sea, lo que se había formado no era exactamente un Estado-nación, sino que el Estado había creado una nación a su medida. A nuestra recién forjada república se le podría llamar más bien nación-Estado. Por eso criticar a las autoridades significaba atacar a la nación y no se toleraba.

Pensé en cómo de simples e ingenuos nos habían educado. Habíamos crecido no ya sin conocer como deberíamos nuestra historia reciente, sino incluso sin tener ni idea de la historia de nuestras propias familias.

Por lo tanto, que cada mañana millones de estudiantes repitieran el juramento común que empieza diciendo «soy turco» y termina «mi vida entrego a la nación turca», no era un ejercicio vano. Sin embargo, cuando lo recitábamos cada mañana sólo prestábamos atención a que la voz nos saliera con fuerza y no pensábamos para nada en lo que significaban las palabras. También los estudiantes armenios y rumíes de nuestro colegio recitaban a gritos el juramento.

Mi abuela materna sí que era turca de verdad pero al igual que la otra no había podido librarse de la opresión del Estado.

—Ay, abuela —susurré—. Nunca supe lo que valías. Perdóname.

Luego besé su hermoso rostro y, colocando la foto en ese álbum que ocultaría para siempre su secreto, lo guardé con llave en el baúl.

Me puse a pensar en Maximilian, que desde el lunes había alterado tanto mi vida. Él no tenía la menor noticia de la existencia de mi abuela Ayşe, pero yo había sabido aquella verdad gracias a los acontecimientos que se habían desencadenado con su llegada. El día siguiente era sábado. Lo recogería en el hospital, lo llevaría al hotel y, como me había prometido, me contaría su historia. Se veía obligado a contármela después de haberme metido en tantos líos. ¿Acaso no me había dicho que me lo había ganado? Mañana sería el gran día.

Pero ¿cómo podría yo situar lo que me contara en el contexto adecuado si apenas sabía nada de la historia reciente de mi propio país? ¿Cómo podría entenderlo? Además, me daba cuenta de que cierta inclinación hacia él que empezaba poco a poco a florecer dentro de mí provocaba que no me gustara parecerle demasiado inculta a un hombre tan sabio. Por lo tanto, sería mejor que me preparara un poco. Eran todavía las nueve y tenía ante mí mucho tiempo de lectura.

Internet estaba lleno de millones de páginas sobre la época nazi. Probablemente no hubiera en el mundo más información que sobre aquello. Ya era un problema en sí mismo cómo clasificar todos los datos, cómo encontrar la verdad entre millones de detalles, pero me las apañaría. Al día siguiente acudiría a encontrarme con el profesor como alguien que conocía sobre el tema. Al fin y al cabo, también se me había quedado algo en la memoria de los libros que había leído en todos estos años.

Lo que leía en internet me servía en parte para recordar y en parte para aprender cosas nuevas. Con respecto al ascenso de Hitler al poder, las fuentes iban bastante atrás y comenzaban hablando de la crisis económica y política en la que había caído Alemania. Durante la época de la hiperinflación de 1922-1923 un dólar americano llegó a valer 4,2 trillones de marcos alemanes. En cuanto vi aquella cifra busqué en otras fuentes por si había algún error. No, aquel número increíble era correcto. Un dólar, 4,2 trillones de marcos.

Nosotros también sufríamos mucho por la inflación y, de hecho, acabábamos de entrar en el epicentro de una gran crisis, pero, de todas formas, no se podía comparar.

Lo cierto era que en aquella semana tan relevante para mi vida personal, también se estaban viviendo unos días bastante particulares desde el punto de vista de la economía del país. Me había ensimismado tanto en mis propios problemas que se me habían ido de la cabeza aquellas noticias sumamente importantes que ocupaban los titulares de prensa y los programas de televisión.

El día que llegó el profesor discutieron el presidente del gobierno y el de la república y, cuando el primero salió del palacio, anunció que había comenzado «la mayor crisis de la historia de la República». Yo me había quedado impresionada porque generalmente los presidentes de gobierno tratan de tapar las crisis. Y el nuestro dijo: «Ha dado comienzo una crisis», y de verdad que comenzaba una gran crisis. No tenía tiempo para entretenerme con eso, pero por las noticias que de vez en cuando llegaban a mis ojos la lira turca perdía valor ante las divisas a toda velocidad, un dólar había llegado a valer un millón setecientas mil liras, se producían grandes evasiones de capital y empresas y bancos se declaraban en quiebra. Muchos empresarios eran detenidos y otros se suicidaban. La bolsa estaba por los suelos. Es decir, nos hallábamos en una situación similar a la de Alemania antes de Hitler.

Me preocupaban mucho los ahorros que le había dado a Tarık para que los invirtiera en bolsa. Él insistía en lo contrario, pero probablemente todo se hubiera desvanecido. Sin embargo, aquel dinero de reserva era de suma importancia para mí. Ahmet no tenía la menor intención de pasarme la pensión y cada mes daba con una

excusa. Que si tenía los plazos de algo, que si no había podido cobrar un préstamo que le había hecho a un amigo… Cada vez que nos veíamos inventaba mil y una excusas. Por esa razón, todos los gastos, incluido el colegio de Kerem, recaían sobre mis hombros.

—Uf, uf. —Me di cuenta de que estaba resoplando y me entregué de nuevo a la lectura.

También en Alemania la alta inflación evaporó los ahorros, y las masas, inquietas, desesperadas e irritadas con la situación, empezaron a empatizar con los inflamados discursos nacionalistas de un partido de reciente creación. El partido se llamaba Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, abreviado en nazi. Adolf Hitler, el líder del partido, manipulaba magistralmente a los ciudadanos, decepcionados por la guerra y la inflación.

En retrospectiva, en lo que muchos autores estaban de acuerdo era en que muy poca gente intuyó los peligros a los que darían paso Hitler y su partido. Incluso después de su llegada al poder en 1933 imperaba el desconocimiento del verdadero significado de aquel «movimiento». Hitler llegó al poder gracias a unas elecciones, o sea, mediante un proceso democrático, y recibió el cargo de canciller del jefe del Estado Hindenburg, que en tiempos lo había llamado «el cabo bohemio». Hasta en los momentos en que se encaminaba de forma directa hacia una dictadura, los demás países se refugiaban cómodamente en el cliché de «eso aquí no pasa».

Una de las primeras leyes que promulgó Adolf Hitler después de formar gobierno fue la «Ley para la Restauración de la Función Pública». El objetivo de aquella ley de nombre tan ambiguo era limpiar de judíos las instituciones del Estado, dejar sólo a los funcionarios arios e incluso poner la administración en manos de los fieles cuadros del partido. Aquella ley determinó el destino de nuestros profesores. Porque después de su entrada en vigor los profesores, jueces, notarios o funcionarios judíos de cualquier empleo público se vieron de repente en la calle.

Ahí había algo que no me encajaba y que me gustaría preguntarle a Maximilian. Ya que él no era judío sino ario de pura cepa, ¿por qué había escogido el camino de marcharse de Alemania? Dejé la pregunta para el día siguiente y continué leyendo.

El ambiente de inseguridad en el país hacía que muchos indecisos se decantaran por quienes tenían el poder en sus manos, o sea, por el partido nazi. También se unían al nuevo movimiento los decepcionados por el régimen anterior y los que alimentaban deseos de venganza. Aparecieron muchos grupos de esos que llamaron «seguidistas». Hasta gente que antes defendía otras ideas y que se habían hecho con un puesto honorable en la sociedad se prendían insignias nazis en la solapa ante las miradas atónitas de sus amigos.

Adolf Hitler, a quien nosotros conocíamos como un terrible dictador, lo hacía todo según las normas, de acuerdo con el sistema democrático, e iba forjando paso a paso su imperio personal. La mayor parte del pueblo, los industriales y las instituciones lo respaldaban y apoyaban con todas sus fuerzas sin sospechar lo más mínimo de sus intenciones. Al leerlo hoy era incapaz de creerme que todo un país estuviera tan aletargado y cerrara los ojos ante la realidad, pero Hitler llegó incluso a encontrar la forma de inhabilitar el parlamento. Cuando aún no se había cumplido su segundo mes en el poder, el 24 de marzo de 1933, hizo aprobar personalmente por el parlamento la «Ley Habilitante» que eliminaba toda capacidad de control del órgano legislativo sobre el gobierno y le concedía un espacio infinito de libertad de acción. Después de aquello ya no quedó ningún poder que pudiera controlarle. Como siempre, el camino que llevaba al infierno estaba empedrado de buenas intenciones.

En ese momento me entró sueño. Como me pasa ahora mientras sigo con esta historia en el avión.

Debemos de estar en medio del océano. Se me cierran los ojos. De todas formas, a nadie le hará daño que me duerma media horita. Reclino el asiento para recostarme.

Mientras cierro los ojos ambos momentos se entremezclan. Es como si me llegara el sonido de los dedos de Kerem en el teclado del ordenador. Al sumirme en el sueño pienso que mañana conoceré el secreto del profesor.

—Buenas noches, Maximilian —susurro—. Buenas noches, abuela Mari; buenas noches, abuela Ayşe; buenas noches, abuelo Ali. Buenas noches, gente de buen corazón del mundo. Que durmáis todos bien.

11

En mi sueño nadaba en las aguas color turquesa del Egeo. A cada brazada que daba me alejaba más de la orilla. Sentía tanta energía como para seguir nadando hasta el infinito. El cielo y el mar estaban muy azules, no había ni una nube. El sol me quemaba los hombros. El agua me envolvía de una manera tan agradable que era como si tocara seda susurrante con los brazos. Al mismo tiempo, pensaba: «Este es el mejor momento de mi vida, no puedo ser más feliz». Era como si mi cuerpo apenas pesara nada, me parecía volar. Había adquirido tal velocidad que nadar hasta la isla de enfrente, hasta la isla griega de Cos, sólo me tomaría unos minutos.

Justo en ese momento noté que algo rozaba mi pierna. Algo me agarraba del tobillo y tiraba de mí hacia las profundidades. Pensé que podía ser un pulpo gigante, pero aquello no me daba miedo. Me dejé llevar, le permití a aquella fuerza poderosa que me llevara hasta el fondo del mar. Ante mis ojos pasaron peces multicolores, pulpos y algas. Por fin mis pies tocaron las rocas del fondo. Entonces miré qué era lo que me había llevado hasta allí y vi a mi abuela Ayşe. El pelo le flotaba en el agua y me miraba con una sonrisa pícara. Se llevó un dedo a los labios para indicarme que guardara silencio. La abracé. Estaba fría y pegajosa. «Esta no es mi abuela», pensé y me desperté.

Miré la hora, eran casi las nueve. Como era fiesta no había sonado el despertador, que tenía programado sólo para los días laborables. Me desperecé tranquilamente pensando que tenía todo el día ante mí. Ahora me daría una buena ducha y un desayuno contundente, luego iría a algún centro comercial a comprarme ropa en las rebajas, que aún continuaban, quizá almorzaría allí mismo y luego recogería a Wagner del hospital y lo llevaría al hotel. Eso era lo que iba a hacer y estaba muy contenta de no tener que aparecer por la universidad. «Vamos —me dije—. Espabila, ánimo, hoy es un día importante.»

El sol inundó mis ojos cuando abrí las cortinas. Por mucho que nos quejemos, así es Estambul. Te tortura durante días con lluvia, tormentas y frío y luego, como si se arrepintiera de tanta crueldad, te envuelve con un gozo primaveral. Vivir días de verano en los meses de invierno es una de las características de esta ciudad.

Aprovechando el sol que brillaba en ese día de asueto, cientos de miles de personas se echarían a la calle. Saldrían a pasear por el Bósforo, la orilla del Mármara y el bosque de Belgrado, miles de cañas de pescar lanzarían sus anzuelos al mar, unos cogerían los bártulos y se irían a las islas en el vapor, otros se dedicarían a mirar escaparates en la atmósfera de lujo y brillo de los centros comerciales. También estarían hasta la bandera cines y restaurantes. Por la tarde, de los restaurantes junto al mar se esparciría el aroma a pescado y mejillones fritos y los estambuleños saborearían sus *rakıs* con hielo contemplando las aguas relucientes del Bósforo que prácticamente llegaría a sus pies y el sol rojo poniéndose por detrás de las mezquitas.

Estambul es Estambul. Cruel, peligrosa, pero igualmente bella. Como decía el profesor: «Siempre te traiciona, pero tú sigues queriéndola». Behçet Kemal Çağlar se preguntaba en un poema: «Si el corazón no ama Estambul, ¿qué entenderá de amor?». ¿Cómo se lo tomaría el profesor si se lo tradujera? No estaba enamorada de nadie, pero amaba Estambul.

Eché un vistazo al cuarto de Kerem. Mi querido hijo, mi nuevo aliado, dormía como un angelito. Como era fiesta, no tuve el valor de despertarle y lo dejé para después de la ducha.

Hay una ley que no falla: siempre aparecerá alguien que te fastidiará un día tan hermoso. El timbre de la puerta sonando a las diez interrumpió el agradable desayuno que estaba compartiendo con mi hijo. En ese momento le estaba contando a Kerem un montón de historias tontas de espías y cómo yo misma estaba a punto de hacer carrera en el ramo, pues había recibido una propuesta del gobierno británico, y que iba a educar a mi talentoso hijo como espía internacional.

Era Ahmet, que venía por Kerem para pasar el fin de semana. No tendría que haberme sorprendido porque ese era nuestro acuerdo, pero no podía entender por qué venía precisamente hoy cuando no lo hacía la mayor parte de los fines de semana y menos que se dejara caer tan temprano.

Estaba plantado en el descansillo con la expresión cobarde de su rostro; me miraba con aquellos ojillos tan juntos. Hasta en su forma de decir «Hola» había algo falso, egoísta, artero. Parecía una adolescente que espera que siempre le hagan cumplidos, que la elogien. Confiando en su atractivo conseguía seducir a muchas mujeres que no conocían su verdadero rostro interior ni su personalidad escurridiza, pero sólo lo hacía para satisfacer su impulso de «Mira lo mucho que les gusto a las mujeres, las vuelvo locas».

Pero yo lo conocía tan bien que podría escribir un libro sobre él. Por las mañanas se pasaba más de una hora en el baño arreglándose y contemplándose admirado en el espejo, como lo sorprendí más de una

vez. Pero ahora que se acercaba a los cincuenta y le clareaba el pelo, era consciente de que aquello le acarrearía grandes sufrimientos. En su juventud se había convencido de que algún día sería un filósofo poeta que crearía grandes obras. Se sumergía en copas de vino y escribía poemas estúpidos en papelitos. Luego me obligaba a leerlos o me los leía él mismo en voz alta.

Por supuesto, yo sabía desde el principio que no valían gran cosa, pero no abría la boca y hacía como si me gustaran. No obstante, aquello no le bastaba y pretendía que le aplaudiera cada verso como si fuera Dante. Le poseía esa necesidad de gustar que yo podía ver en mucha gente de mi entorno. Por eso no dejaba de hacerse autobombo. Siempre pensé que la causa de todo residía en la falta de confianza en sí mismo provocada por ciertos traumas infantiles.

De entrada, los turcos varones crecen tragándose las bofetadas de sus padres; siendo niños todavía sufren el trauma sexual de que les corten el prepucio con una hoja de afeitar, y luego continúan aguantando golpes en el colegio, en el servicio militar y en los partidos de fútbol. Todo eso apenas les deja nada que podamos llamar confianza en sí mismos. La mayoría opta por la agresividad, por aplastar a los que son más débiles que ellos. Ahmet era tan cobarde como para ni siquiera ser agresivo.

—¿Y a qué te dedicas últimamente? —dijo intentado iniciar una conversación con la esperanza de que le dejara entrar.

—A nada. Intento ganar dinero para pagar el colegio de mi hijo y los gastos de esta casa.

Luego llamé a Kerem:

—¡Kerem! Vamos, prepárate, tu padre te va a esperar abajo, en el coche.

Cuando iba a cerrar vi que Ahmet estiraba la cabeza. En el último momento levantó las cejas como para decir algo, pero demasiado tarde, lo que quisiera decir sólo podría decírselo a aquella puerta marrón.

Kerem se arregló y se dispuso a salir. Le metí veinte millones en el bolsillo.

—Que tu padre no lo vea. Si quieres algo, se lo pides, que te lo compre. Que no se te ocurra pagarlo tú. Te lo gastas la semana que viene.

Se fue sin decir nada. Ni gracias, ni adiós.

Nuestra extraña familia era así.

Había algo que había descuidado al organizar el programa del día. Tenía que ordenar y limpiar un poco la casa. Una vez por semana venía la señora Elmas a limpiar, pero no bastaba con un solo día, claro. En una semana la casa acababa manga por hombro. Empecé por

el cuarto de Kerem; recogí las camisetas, pantalones y calzoncillos que había tirado por ahí. Algunos los eché en la cesta de la colada del baño, otros los doblé y los guardé en el armario.

Al hacer la cama me llamaron la atención las manchas de la sábana. Sabía lo que eran, por supuesto. Se trataba de una función normal en un niño en la adolescencia con la imaginación bombardeada por tantas fantasías sexuales de internet, pero de todas formas me dio asco. Intentando no tocar las manchas, eché las sábanas en la cesta de la ropa sucia. La verdad era que su padre debería hablar con él sobre aquello. ¡Pero ya podía sentarme a esperar! Como madre, yo no podía hacerlo. Imposible.

Arreglé un poco la casa, dejé lo demás para la señora Elmas y me vestí. Fui andando hasta un centro comercial cercano.

El interior era elegante, luminoso y cálido. A pesar de que no era ni mediodía ya estaba lleno a rebosar. Me dio envidia ver a los jóvenes tomando café y me dejé llevar pensando que beber un café con aroma a almendras me contagiaría su despreocupada alegría. Observé aquella juventud que en los últimos tiempos había cambiado tanto. La ropa, los comportamientos y la confianza de las chicas eran muy distintos de los de nuestros tiempos. Algunas llevaban un jersey corto y una chaqueta de cuero sobre unas ajustadas mallas negras. Sabía también que aquello tenía sus modas y que las estudiantes formaban grupos de distintos nombres.

Fuera como fuese, esto no era la Estambul de los tiempos del profesor. Se parecía a cualquier otra metrópoli del mundo. Después del café me di un paseo mirando los escaparates. Necesitaba bastante ropa para el trabajo y me preocupaba por comprarla en las rebajas. Me había acostumbrado tanto que ya no era capaz de adquirir nada a su precio normal porque pensaba que, de todas maneras, un par de meses más tarde bajaría a un cuarto de su precio. Y además, ahora que había pasado el Año Nuevo y estábamos a punto de dejar atrás el invierno, en todas las tiendas se anunciaban las segundas o terceras rebajas.

Habían vendido lo que había que vender y se veían obligadas a dar prácticamente gratis los productos que les quedaban para que no ocuparan espacio. No me resultaba difícil encontrar cosas para mí ya que tengo una talla 38. Y así fue. En cada tienda a la que iba los dependientes se esforzaban para que me llevara casi todo lo que les quedaba en el establecimiento. Y ahora había surgido la costumbre de pagar a plazos con la tarjeta. Algunos te ofrecían hasta doce plazos. Me compré unas faldas, unos vaqueros y dos chaquetas de las que se pueden usar a diario. Todo muy barato, y pagando en doce plazos sumaba una cantidad que no me incomodaría a fin de mes.

En ese momento me llamó la atención una bufanda muy bonita.

Era de hombre, de un color lila muy difícil de encontrar. Y estaba muy rebajada. La compré también y les dije que la envolvieran para regalo.

Luego entré en una librería. Una de esas cadenas gigantescas que se encuentran en cualquier centro comercial. Vendían incluso libros en inglés. Pero las novedades en turco eran tantas que era imposible, no ya leerlas, sino incluso estar al tanto. Se me vino algo a la mente. ¿Encontraría algún libro sobre los profesores alemanes que habían venido a Estambul? Se lo pregunté a una muchacha con un jersey blanco que estaba organizando las estanterías y que me condujo hasta el ordenador.

—¿Sabe el nombre del libro o del autor? —me preguntó.

—No. Sólo quería saber si hay libros sobre el tema.

—Encontrarlo así va a ser un poco difícil. —Pero continuó buscando con toda su energía. Poco después dijo—: Creo que he encontrado uno, acompáñeme.

La seguí y llegamos a la sección de «Historia, estudios».

—Bien —dijo la joven después de pasar la mirada por los estantes —. Aquí está.

Me entregó un libro bastante grueso con tapas rosadas. En la cubierta decía lo siguiente: *Mis memorias. Época del Kaiser-República de Weimar-El país de Atatürk*, de Ernst E. Hirsch.

Lo había traducido Fatma Suphi y estaba publicado por el Instituto de Investigaciones Científicas y Técnicas de Turquía. No puedo expresar lo que me alegró encontrarlo. Ahora conocía el nombre del profesor Hirsch y su importancia. La semana pasada ese nombre no me habría dicho nada, pero en este momento tenía la información suficiente.

Pagué en la caja. Qué cosa tan extraña es la información. Puede estar durante años como un genio encerrado en una botella esperando el día en que llegues y la destapes. A saber cuánta gente habría trabajado sobre aquel tema del que no había oído hablar en mi vida. Puede que hasta hubiera gente que había consagrado su existencia a estudiar la cuestión de los científicos judeoalemanes en Turquía. Por ejemplo, la misma Fatma Suphi, que había traducido este libro de trescientas noventa páginas con quién sabe qué esfuerzos.

Me senté en la elegante cafetería de la librería y pedí un café y un bocadillo. Luego, emocionada, leí la contracubierta del libro. Decía lo siguiente:

> Tras dejar Alemania, el profesor Hirsch trabajó como profesor invitado en la Facultad de Derecho de Estambul entre 1933-1943 y en la de Ankara entre 1943-1952. Las opiniones y observaciones reflejadas en *Mis memorias* sobre los años del desplome de la República de Weimar, la llegada al poder de

> Hitler y la actitud de los legisladores y los primeros treinta años de la Turquía de Atatürk, serán de interés para todos aquellos, especialistas en derecho o no, a quienes atraigan la historia cercana y la vida social y política. Otra particularidad del libro que tienen en sus manos es que es una importante fuente de referencia para quienes quieran saber de dónde viene la vida de nuestra universidad y adónde va.

En las primeras páginas había un retrato del profesor a toda página. Un señor mayor que no miraba al lector sino hacia un costado, que se llevaba la mano a la cabeza como si tratara de recordar algo, con el pelo cano ligeramente escaso, con gafas y un traje gris y corbata. Debajo de la fotografía decía: «Una vida que supera las fronteras del tiempo». Hirsch nació en 1902 y murió en 1985, así que era bastante mayor que Wagner. De inmediato eché una ojeada al rico índice onomástico que había al final del libro y busqué el nombre de Maximilian Wagner. No estaba.

Hirsch citaba un poema de Goethe al principio del libro.

> Hasta los mayores dones de la tierra son fugaces.
> Lo único que, superando las fronteras del tiempo,
> existe y queda para la eternidad
> es nuestro espíritu influyendo en otros espíritus.

El primer capítulo se titulaba «No olvides de dónde vienes» y en él Hirsch hablaba de su niñez. Me lo salté y busqué los años de Hitler. En eso llegaron mi café y mi bocadillo. Después de pasar unas pocas páginas encontré el capítulo que buscaba. Todo lo que contaba el profesor coincidía con lo que llevaba varios días leyendo. El profesor Hirsch había reflejado en aquellas páginas cuán profundamente le habían herido los acontecimientos posteriores a que Hitler pasara por el parlamento la ley habilitante y consiguiera un poder sin límites. Así lo contaba:

> El NSDAP, es decir, un partido político y no una institución pública, el día 1 de abril de 1933 llamó a boicotear los establecimientos, comercios, bufetes de abogados, consultas de médicos, etc., judíos. Escribían carteles con el llamamiento: «¡Alemanes! ¡No lo hagáis! ¡No compréis a los judíos!». Y obligaban con amenazas a que los mismos que sufrían el boicot los colgaran de los escaparates de sus tiendas, a las entradas de sus talleres, consultorios y bufetes. Así fue como empezó el terror.
>
> Lo que hacía que el terror fuera más efectivo eran los

piquetes de los grupos de SA que se plantaban delante de los lugares boicoteados e impedían que la gente entrara. El pueblo alemán, aparte de contadas excepciones, permitió que le aterrorizaran de aquella manera y no mostró el valor ciudadano necesario.

El verdadero día alemán de la vergüenza no fue la noche de los cristales de noviembre de 1938, sino el 1 de abril de 1933, día del boicot a los judíos. Fue entonces cuando el pueblo alemán demostró su debilidad al no oponerse a la arbitrariedad del NSDAP alentando a los nazis a que tomaran medidas aún más arbitrarias.

Estaba tan absorta en la Alemania nazi que recién me di cuenta de que el teléfono estaba sonando en mi bolso en la silla de al lado después de un buen rato. Abrí el bolso, pero hasta que lo encontré entre todo lo que llevaba habían colgado. La llamada era de Filiz. Acto seguido, presioné la tecla de rellamada.

—Perdona no lo había oído. ¿A qué hora recojo al profesor?

—Por eso te llamaba. Nuestros médicos decidieron hacerle un chequeo general aprovechando que está ingresado y los resultados estarán esta tarde. Si quieres ven entonces.

—Perfecto. Iré a las seis.

Luego llamé a İlyas.

—¿Puedes recogerme en casa a las cinco? Tenemos que ir al hospital.

—De acuerdo.

—İlyas, ¿has encontrado el violín? —le pregunté.

—No, señora.

—¿Por qué? ¿No le has preguntado a Süleyman?

—Sí, pero me dijo que en el coche no estaba.

—Muy bien, gracias. —Y colgué.

Otro problema que caía sobre mis hombros; o bien nos habíamos dejado el violín en la playa en medio de la confusión, o bien Süleyman mentía. Estaba segura de que, mientras tiraba del profesor hacia el coche, había intentado quitarle el violín pero no lo había conseguido. Seguía teniéndolo en sus manos y lo sujetaba con mucha fuerza. Quizá la funda se quedara allí, pero el violín lo tenía él. No podía recordar qué habíamos hecho con el instrumento cuando lo metimos a duras penas en el coche. Muy posiblemente lo dejé también allí. Tampoco tenía yo fuerzas en ese momento como para lanzarlo a las dunas.

Abandoné el centro comercial y regresé a casa andando de nuevo. En calles y avenidas ya había más gente. Al llegar a casa me puse ropa más cómoda, me metí en la cama y continué leyendo las páginas de

Hirsch. Estuve leyendo hasta las cuatro.

Las siguientes frases bastaban para explicar la gravedad de la situación:

> Era un hecho innegable que Hitler se había ganado a la mitad del electorado. Sedujo al pueblo adoctrinándolo mediante la demagogia, pisoteando y destrozando con sobornos y corrupción todo tipo de valores tradicionales y ofreciendo a cambio otros nuevos. Sin embargo, cualquiera que hubiera sido testigo de la falta de nivel de gran parte de la prensa anterior a 1933, que percibiera cómo el enfrentamiento político iba derivando en matonismo, se habría dado cuenta de que en realidad aquello era un envoltorio para tratar de legitimar un golpe gubernamental orientado a hacerse con el poder por la vía constitucional.

Cerré el libro y pensé un momento. Ese había sido el precio de la alta inflación, del orgullo nacional humillado y del enorme desempleo: cincuenta millones de muertos.

Luego se me vinieron a la cabeza nuestros sucesos del 6 y el 7 de septiembre de 1955. Sentí un escalofrío, como si acabara de vivirlos. Las pintadas de Beyoğlu iguales a con las que los nazis habían marcado las tiendas y los hogares de los judíos con su «No compréis a los judíos»… No lo pagamos tan caro de milagro.

¡A qué sucesos tan terribles, a qué grandes dolores daba pie el que creyéramos que nuestra nación o nuestras creencias eran superiores a las de los demás!

Pensé que dentro de poco tendría que levantarme y arreglarme para aquella velada tan importante. Me pondría la chaqueta negra y la falda de cuadros escoceses que había comprado esa mañana. Y una blusa blanca de seda.

Mirando a izquierda y derecha para remolonear un poco más en la cama, vi unos papeles que tenía en la mesilla, a mi cabecera. Había dejado allí las páginas relativas al barco sobre el cual le había pedido a Kerem que buscara información. Me estiré para cogerlas. En cuanto vi el llamativo encabezamiento de la primera página me sorprendió que se me hubiera olvidado leerlas, a pesar de que me despertaban mucha curiosidad.

SECRETO
MINISTERIO DEL INTERIOR
DIRECCIÓN GENERAL DE SEGURIDAD
N.º 55912-S/13 de septiembre de 1941

> En respuesta a su solicitud de fecha 4 de septiembre de 1941, le comunicamos que se les concederá permiso para abandonar el país a todos aquellos que se hayan registrado hasta el día de hoy en el *Struma* y a quienes lo hagan a partir de ahora una vez que realicen los pertinentes trámites de emigración. Por otra parte, es necesario que nos presenten ustedes una lista de aquellos judíos que hayan solicitado su partida y que se encuentran en campos de trabajo, para que puedan abandonar el país.

Sí, el barco se llamaba *Struma*.

Kerem había reunido un montón de páginas llenas de información de una manera bastante desordenada, incluidos también temas que no tenían relación. Estaba claro que a él aquello no le decía mucho. Había todo tipo de datos históricos, textos, citas de libros y demás, unos detrás de otros, dispuestos al azar y muchas veces inconexos.

Pero, al recordar algunas lecturas y conocimientos previos, empecé a darle sentido a algunos de los papeles que sostenía en mis manos.

Al parecer, mientras los judíos rumanos eran exterminados en masa, quemados, colgados de ganchos de carnicero, por otra parte seguían funcionando los engranajes de la corrupción. Gracias al dinero recibido a través de diversos intermediarios, se permitía que se salvaran algunas de las víctimas. Pero ¿cómo? ¿Por qué medios conseguirían marcharse?

Y ahí era donde entraba el *Struma*.

Por los papeles que me había preparado Kerem supe que en los periódicos rumanos se habían publicado frecuentes anuncios relativos al *Struma* a partir de septiembre de 1941. Se vendían billetes para viajar de Rumanía a Palestina.

No obstante, en los anuncios de aquel barco de bandera panameña había muchos engaños. Hasta las fotografías que se usaban pertenecían a otros barcos. Además, los billetes se vendían al altísimo precio de mil dólares. Así que lo que se compraba no sólo era un billete para viajar en barco. También se vendía una falsa esperanza para quienes querían salvarse de la opresión nazi.

Teniendo en cuenta las condiciones de la época, no era difícil comprender la gran demanda que se produjo para embarcar. Cientos de pasajeros que habían conseguido un billete fueron transportados desde Bucarest a Constanza en vagones de ganado. Allí los tuvieron esperando varios días hambrientos y sedientos. En la aduana les confiscaron sus posesiones.

Los documentos demostraban que Londres seguía con atención los acontecimientos a través de los servicios de inteligencia. Y era seguro que se había solicitado al gobierno de Ankara que no concediera

permiso al barco para cruzar los estrechos. O sea, que antes siquiera de que los pobres viajeros embarcaran, su destino ya se había empezado a trazar.

Finalmente embarcaron setecientos sesenta y nueve pasajeros, entre los cuales había embarazadas, bebés y niños pequeños. Sólo entonces pudieron ver que lo que les habían descrito como un transatlántico era un mercante que se usaba para transportar ganado por el Danubio.

El *Struma* había sido sometido a una reforma chapucera, habían montado literas en la bodega con tablas de cajas de naranjas. Nadie creía que aquel barco pudiera llevar por alta mar a tan gran número de pasajeros. Como mucho, habría podido con doscientos cincuenta. Por lo tanto, sin duda hubo que pagar considerables sobornos a las autoridades para que le dieran permiso para levar anclas.

Mucha gente se despidió del *Struma* cuando dejó el puerto de Constanza. Algunos eran maridos que se quedaban atrás porque no habían conseguido suficiente dinero para sus propios billetes y decían adiós a sus esposas e hijos.

Otros eran parejas que sólo habían podido pagar el pasaje de sus hijos y se los habían confiado a conocidos que viajaban en el *Struma* con la esperanza de que al menos ellos se salvarían. Por ese motivo en el barco había muchos niños sin padres.

Navegando por el mar Negro en dirección al Bósforo, el barco comenzó a sufrir diversos problemas y se averiaba continuamente. Por fin los motores dejaron de funcionar del todo. Un remolcador turco lo trajo hasta Estambul la noche del 16 de diciembre de 1941. Para cuando llegó a la ciudad había dejado de ser un barco para convertirse en un ataúd flotante.

Rumanía no quería que el barco regresara. En cuanto a las autoridades turcas, no permitían que los viajeros desembarcaran. Según las leyes vigentes en aquel momento, sólo quienes tuvieran un visado del país de destino podían conseguir uno de tránsito por territorio turco y hospedarse temporalmente en Turquía.

Por aquel entonces Palestina estaba bajo mandato británico. Sin su permiso, y el correspondiente visado, era imposible dejar el *Struma*. El Ministerio de Exteriores turco le pidió garantías al embajador británico en Ankara, Adrian Knatchbull-Hugessen, de que los viajeros contarían con visados para Palestina. De esa manera, los turcos demostraban que tenían la intención de permitir que los viajeros bajaran a tierra, al menos hasta que el barco fuera reparado. No obstante, los británicos se negaron a ofrecer ninguna garantía.

A pesar de la intervención de diversos organismos internacionales, el gobierno británico envió un telegrama al alto comisariado en el que solicitaba que impidiera que el barco llegara a Palestina a cualquier

precio.

El alto comisariado en Palestina informó de que la mejor solución para conseguirlo era que las autoridades turcas enviaran el barco de vuelta, al mar Negro.

El ministro de las Colonias, Lord Moyne, se quejó de que, si permitían que aquella gente escapara, «eso tendría el amargo efecto negativo de animar a otros judíos a huir en barco».

Así fue como el *Struma*, con los motores inservibles y el generador sin funcionar, fue abandonado a su destino en mar abierto cerca de Estambul.

De repente, me levanté de un salto. Iba a llegar tarde. Me había dejado llevar por aquellos papeles que reunían información tan dispersa. A toda prisa, empecé a ponerme la falda escocesa y la blusa de seda blanca.

12

İlyas llegó antes de que dieran las cinco. Miré por la ventana y lo vi de nuevo fumando, apoyado en el coche. Aquel muchacho fumaba como un carretero, pero, por lo menos, no apestaba el coche como Süleyman.

Cuando nos pusimos en marcha le pregunté por el violín.

—Süleyman dice que allí no estaba —me respondió con una voz que mezclaba la contrariedad con la suspicacia—. Le pedí que lo volviera a buscar, pero insiste en que no está.

Se trataba de una situación complicada. Estaba claro que el violín era muy importante para el profesor. Quizá porque era un recuerdo de aquellos días. Ahora, o regresaba a Şile para perder el tiempo en un esfuerzo tan inútil como investigar si alguien se había encontrado o no un violín en la playa, o hallaba una forma de apretarle las tuercas a Süleyman.

No era un buen presagio que no hubiera dicho palabra después de que se fuera de la habitación del Black Sea Motel gritando «¡Qué vergüenza!». Era impensable que no fuera a usar aquello. Pero entonces, o estaba planeando algo, o retrasaba revelar la noticia para fastidiarme cuanto más, mejor, dejándome en la incertidumbre. De seguro que la semana próxima se desataría el apocalipsis.

—¿Dónde lleva a reparar el coche? —pregunté.

—A Industria del Automóvil, a un mecánico que se llama Rıza.

—¿Podemos pasar por allí?

—Claro. De hecho, estamos cerca.

—Bien, vamos entonces.

En la primera rotonda, İlyas dio media vuelta y nos metimos en la Industria del Automóvil de Maslak. Chicos jóvenes con grasientos monos azules llevaban tuercas y tornillos, bujías, latas de aceite y llaves inglesas, cambiaban neumáticos y manipulaban cosas por debajo de coches elevados.

Era otra juventud. Tenían la misma edad que los del centro comercial, pero eran muy distintos a ellos. En sus caras manchadas de grasa había una expresión de amargura que no armonizaba con su edad. Trabajaban en aquellos duros empleos incluso los fines de

semana para mantener sus hogares y, al caer la tarde, llevaban los cuatro cuartos que habían ganado a sus familias, que vivían en lejanos barrios de construcciones ilegales.

El padre de uno estaba postrado en cama, el de otro en la cárcel. O parado, sin empleo, sin nadie… Otra posibilidad era que el padre hubiera dejado los niños a cargo de la madre y se hubiera evaporado. Lo mismo que me pasó a mí. Aquellos adolescentes de caras largas e infelices tenían la misma edad que Kerem, pero su desdicha provenía de otras causas. En algunos talleres se oían los gemidos lastimeros de las canciones de arabesco.

Cuando llegamos al taller de Rıza vi el enorme Mercedes alzado en el elevador. En ese momento nadie lo estaba reparando. Y tampoco se veía a Süleyman por allí. Del cuarto acristalado del entrepiso bajó un hombre vestido con un mono.

Tenía grandes bigotes y parecía un tipo bonachón. Me presenté al tal Rıza, le dije que venía del rectorado y no olvidé extenderle mi tarjeta, por supuesto. Le expliqué que un profesor invitado se había olvidado el violín en el coche, que mañana dejaba el país y que por eso me había visto obligada a venir a recogerlo.

Como el asunto estaba muy claro, Rıza fue muy comprensivo y hasta, como cualquier comerciante, nos preguntó si nos apetecía un té. Lo rechacé dándole las gracias.

Rıza dio las pertinentes instrucciones para que bajaran el coche. El enorme Mercedes, montado sobre aquellos pilares hidráulicos, comenzó a descender. En ese momento se me vino a la memoria algo extraño que me había encontrado entre todos los documentos que había leído en los últimos días. El presidente del consejo de dirección de Mercedes Benz Edzard Reuter también se había criado en Ankara y hablaba muy bien turco. Su padre, Ernst Reuter, estaba destinado en Ankara y su hijo *Edzie* era muy querido por sus amigos turcos. «Este Mercedes debe de ser de entonces», pensé.

Por fin el coche descendió del todo y se asentó lentamente sobre sus neumáticos. Rıza abrió la portezuela al tiempo que decía: «Adelante, señora». Me lancé a rebuscar por el interior. Ni rastro del violín en los asientos, ni en los delanteros ni en los traseros. Luego hice que me abrieran el maletero. También estaba vacío. En la parte de atrás, en el rincón de la derecha, había un revoltijo de trapos para la limpieza. Aparte de eso, nada más.

¿Habría dicho la verdad Süleyman? ¿Se habría quedado realmente el violín en la playa? ¿O en el Black Sea Motel? Pero no era posible que estuviera en el motel porque no cabía la posibilidad de que lo llevara en una mano mientras arrastraba a duras penas al profesor con la otra.

—¿Se llevó algo Süleyman del coche? —le pregunté a los

empleados.

—No.

Le di las gracias a Rıza. Iba a montarme en el coche cuando me di media vuelta.

—Si no es molestia, ¿podría volver a mirar el maletero? —pregunté.

—Claro.

El maletero se abrió con un crujido. Me estiré para palpar los trapos y en cuanto mis dedos los tocaron me di cuenta de que el violín estaba allí. Tiré del revoltijo hacia mí y los deshice. Lo habían envuelto en aquellos trapos sucios como si fuera un bebé. Aparté los trapos a un lado y cogí el violín.

—Lo han visto todos, ¿verdad? —les pregunté a Rıza y a los demás mecánicos.

—Sí, por supuesto.

Y a İlyas.

—Tú también has visto lo que ha hecho Süleyman, ¿no?

—Sí, señora —asintió con una inclinación de cabeza.

Nos despedimos de Rıza, que seguía insistiendo en invitarnos: «Pero ¿cómo van a irse sin tomarse un té?», y nos alejamos de allí.

Estaba muy contenta de haber encontrado el violín y, por otra parte, de haber conseguido una baza contra aquel canalla de Süleyman. Quizá aquello lo detuviera, le obligara a replantearse las maquinaciones que estaba tramando.

Como suponía, probablemente habíamos llevado el violín hasta el coche mientras alejábamos de la orilla al profesor. La funda se quedó allí y casi seguro que se la tragaron las rabiosas olas y desapareció en el mar Negro. En fin, lo importante no era la funda, habíamos salvado el violín.

—¿Podemos pasar por la calle Sıraselviler? —le pregunté a İlyas.

Como siempre, aquel muchacho tan educado contestó sin dudar:

—Por supuesto.

—Recuerdo haber visto allí dos tiendas de música una junto a la otra. Vamos a parar a comprarle una funda al violín.

Después de pasar junto a los famosos puestos de bocadillos de Taksim, nos metimos entre el gentío de la calle Sıraselviler. Estaba oscureciendo, habían encendido las farolas y de las mezquitas se elevaba la llamada a la oración. Los jóvenes comían hamburguesas y *döner kebab* delante de los iluminados puestos y reían alegremente.

Con destreza, İlyas acercó el coche a la acera junto a las tiendas de música.

—Pero no puedo pararme aquí —dijo—. Estamos obstruyendo la calle. ¿Puede venir al aparcamiento del hospital alemán cuando

termine con lo que tenga que hacer?

Mientras pensaba en quién habría podido criar a un joven tan educado en estos tiempos agarré el violín y me bajé del coche.

Le dije a un hombre con gafas que se disponía a cerrar la tienda que quería una funda para el violín. Lo cogió y le dio vueltas y más vueltas.

—Es un violín muy antiguo y valioso, señora —dijo—. Fabricación alemana. Si quiere venderlo, puedo mostrárselo a algunos interesados.

—No, no quiero venderlo. Sólo quiero una funda.

—Por supuesto, señora, pero esta es una tienda sencilla. Si busca una funda especial…

—No, cualquiera que tenga me sirve.

Sacó tres fundas, todas iguales, de hecho. Compré una y guardé el violín. Luego fui hasta el aparcamiento del hospital alemán, que estaba a dos pasos, y me subí al coche al tiempo que le daba las gracias a İlyas por abrirme la puerta.

—Ahora ya podemos ir al hospital de Çapa.

¡Uf, qué alivio! No le había dejado el violín a ese chacal de Süleyman. Aunque fuera poca cosa, me sentía orgullosa de mí misma.

Cuando llegamos al hospital eran casi las siete. Filiz me saludó con un reproche.

—Pero ¿dónde estabas? El abuelo se ha puesto malo de esperarte con los ojos clavados en el camino. No hace más que preguntar dónde estás.

—Perdona —dije—. Me he retrasado por un asunto que le concernía. Y te he retenido a ti aquí en tu día libre. Anda, perdóname.

—No tiene importancia. Hoy estoy de guardia. —Y continuó en voz más baja—: Pero tú tienes que portarte bien con este anciano.

Me lo dijo como si fuera algo que se saliera de una conversación corriente, así que me despertó la curiosidad por saber qué habría querido decir con aquella última frase. El ambiente del hospital, al que, después de tres visitas, empezaba a acostumbrarme, volvió a resultarme extraño. Un lugar que olía a medicamentos por todos lados y en el que no debía tocar nada.

—¿Qué hay? ¿Ha pasado algo?

—Te dije que le habíamos hecho un chequeo a fondo, ¿no?

—Sí, ¿y?

—Al hacerle el TAC le detectaron un bulto en el páncreas. No parecía nada bueno. Hablamos con él para pedirle que se hiciera otros análisis, pero no quiso.

Filiz no continuó y me miró a la cara con un movimiento de cabeza como diciendo: «¡Qué le vamos a hacer!».

—¿Cómo que no quiso? No es para tomárselo a broma…

—Claro que no, pero nos contó que ya sabía lo del bulto, que le habían hecho análisis en Boston y que era maligno.

—¿Cómo?

—Que tiene cáncer de páncreas.

—¡No me digas, Filiz! ¿Y lo sabe?

—Sí, pero no parece importarle mucho. Nos lo contó sonriendo y dándonos las gracias. Es un hombre con mucha clase.

—¿Y cuánto le queda de vida?

—Es difícil decirlo, pero, según los especialistas, no más de seis meses.

—Así que ha venido a despedirse de Estambul, ¿no?

—Probablemente. Vamos, no le hagas esperar, pero no comentes nada sobre su estado a no ser que él mismo te lo diga. Al fin y al cabo, no debería habértelo mencionado porque me lo prohíbe el código deontológico.

—No te preocupes, Filiz. No le diré nada.

Fuimos juntas a la habitación. Yo estaba destrozada. Saber que Wagner estaba condenado a muerte me hacía sentir muy extraña.

En cuanto nos vio, los ojos le brillaron.

—Oh, me tenía abandonado, creía que no iba a volver nunca —dijo.

Estaba contento. Se había arreglado, se había puesto otra vez aquel traje negro y la corbata y se había peinado a conciencia. Se le veía tan apuesto que no quería ni siquiera pensar en que desaparecería en un breve plazo de tiempo.

Al salir del hospital se despidió de todos, uno por uno. Les dio una propina a auxiliares y enfermeras. Luego subimos al coche.

—Ah, han cambiado el coche y el conductor.

—Sí —contesté—. El Mercedes está en el taller y el chófer con él, pero este compañero es mejor.

Y luego:

—Esta es nuestra última noche, profesor. ¿Quiere ir ya al hotel o hay algún sitio que le gustaría visitar?

—Sí, por supuesto. Pero no me atrevía a pedirlo por si era demasiada molestia. Si pudiéramos pasar por la plaza de Sultanahmet, así vería aquello por última vez.

Ese «por última vez» hizo que se me encogiera el corazón. Se lo dije a İlyas, así que nos metimos por el camino de las vías del tranvía y llegamos a Sultanahmet. Bajamos del coche. Estar parados entre Sultanahmet y Santa Sofía, iluminadas a aquellas horas del anochecer, despertaba en nosotros una sensación rara, como si viajáramos en el tiempo. El profesor miraba a su alrededor, absorto. Compré un cucurucho de castañas calientes de un puesto que había al pie de los

muros del patio de Santa Sofía. Empezamos a comérnoslas quemándonos la boca.

—¿Sabe? Este era el famoso hipódromo de Bizancio —dijo después de un rato el profesor.

—Lo sé.

—Durante los levantamientos de Nika le prendieron fuego también a Santa Sofía. ¿Sabe qué es ese edificio?

—Sí, el palacio de Damat Ibrahim Bajá, ahora es un museo.

—¿Sabía también que ese desdichado visir de Solimán el Magnífico hizo erigir tres estatuas en la plaza?

—No —contesté sin ocultar mi sorpresa—. Tenía entendido que la escultura estaba prohibida en el islam.

—Sí, pero Ibrahim Bajá confiaba tanto en su poder que colocó sobre unas altas columnas tres estatuas de bronce de Diana, Hércules y Apolo. De hecho, las embarazadas de Estambul peregrinaban a la estatua de Diana y le ofrecían exvotos para que sus hijos fueran guapos y sanos como ella.

—¿Y qué fue de esas estatuas?

—Después de que el sultán Solimán mandara estrangular a Ibrahim Bajá, el pueblo las derribó y las destrozó. Afirmaban que Ibrahim Bajá era un pagano. En realidad, es lo que pasa siempre en la historia otomana. Lo que uno construye, otro lo destruye. Todos los enfrentamientos se producen entre esos dos extremos. ¿Ha estado en Venecia?

Hablaba saltando de un tema a otro y esparciendo su buen ánimo a su alrededor.

—No.

—El hotel más famoso y más caro de la ciudad es el Palacio Gritti.

Me sorprendió que pasara de los otomanos a Venecia, pero no dije palabra. Posiblemente la atmósfera nocturna y sobrenatural de Sultanahmet le hacía hablar así. Pensar en los dos grandes templos del cristianismo ortodoxo y el islam y todo lo que se había vivido en aquella plaza realmente te introducía en un ambiente extraño. En especial al anochecer, cuando se iban los autobuses de los turistas y no quedaba nadie, no había nada ante tus ojos que te recordara el mundo moderno.

Cada vez que venía a Santa Sofía me acordaba de sus dos arquitectos. Habían muerto hacía mil quinientos años, no quedaban ni sus huesos ni sus descendientes, pero su obra permanecía en pie.

—Los Gritti eran una familia muy importante de Venecia —continuó el profesor—. Al embajador de Venecia en Estambul se le llamaba «bailo». Andrea Gritti, por aquel entonces bailo de Venecia, tenía un hijo. El joven Alvise Gritti e Ibrahim, que era un rumí de

Parga, eran los mejores amigos de Solimán, el príncipe heredero. No se separaban ni de día ni de noche. Entretenían al príncipe, Ibrahim tocando el violín y Gritti, la guitarra. Bien, ¿conoce Beyoğlu?

Se veía que había decidido llevarme de sorpresa en sorpresa ese día.

—Por supuesto —respondí—. Ahora vamos a ir allá. Al barrio donde se encuentra su hotel los extranjeros lo llaman Pera y los turcos, Beyoğlu, «el hijo del señor».

—¿Y nunca ha pensado por qué lo llaman «el hijo del señor»?

—No.

—Alvise Gritti tenía una gran mansión en Pera y era hijo de un señor, Andrea Gritti. ¿Le dice algo eso?

Noté que una sonrisa se extendía por mi cara.

—Claro que sí. Pero me he quedado en lo de que Solimán mandara estrangular a su amigo de la juventud. ¿Por qué lo haría?

—Por un motivo bastante corriente: porque tenía el poder de hacerlo.

—¿Y todo el que está en el poder mata a otros?

—Sí. Poder significa tiranía. Sobre todo el poder sin control.

—¿Y si son buenas personas las que llegan al poder?

—Eso no ocurre nunca.

—¿Por qué?

Me lo explicó con una amarga sonrisa:

—Las buenas personas no llegan al poder, y, si llegan, el poder las corrompe, las vuelve crueles.

Me eché a reír.

—Disculpe, profesor, pero está usted obsesionado con Hitler. ¿Qué quiere decir eso de que todo poder mata? Si yo, es un ejemplo tonto, llego al poder, ¿cree que mataría?

Me cogió de los hombros y me miró a los ojos.

—Sí. Incluso usted mataría porque no hay otro medio para mantenerse en el poder. Antes se hacía abiertamente, ahora con más discreción.

Bajó las manos y continuó con una voz más suave:

—Mataría de forma indirecta, provocaría muertes, porque, de alguna manera, el hecho de que se mantuviera en el poder dependería de matar. Puede que ahora no tenga la capacidad de hacerlo. El del poder es un camino lleno de dificultades. Un camino muy largo. Un camino que transforma a la gente. Sólo puede alcanzarse cuando la persona está lista para llegar a él, cuando ha cambiado lo suficiente.

«Quizá tenga razón», pensé por un instante.

—Le voy a contar la historia de Korkut, el hermano del príncipe

Selim —siguió el profesor—. Los dos príncipes vivían en Bursa. Uno de ellos se convertiría en emperador cuando su padre muriera. Como era costumbre que quien ascendiera al trono mandara matar a todos sus hermanos varones, que uno se convirtiera en sultán significaba la muerte del otro. Y no sabían quién sería el heredero. Por lo tanto, hicieron un juramento. Si cualquiera de ellos llegaba al poder, perdonaría al otro. Por fin llegó el día y Selim se convirtió en sultán.

—¿Y qué pasó con Korkut?

—¿Qué va a pasar? Lo mataron. Esto no tiene nada que ver con la palabra dada ni con las buenas intenciones. Sólo un control férreo puede embridar al poder. Es decir, aunque lo obtuvieran los mismísimos santos, también ellos matarían.

—Entonces —dije—, lo que de verdad puede marcar una diferencia no es llegar al poder, sino a la oposición.

Asintió con la cabeza como diciendo «por supuesto» y sonriendo como un maestro orgulloso de su discípula.

Quizá fuera por la atmósfera histórica de Sultanahmet, pero desde que habíamos llegado sólo hablábamos de la muerte.

—Los cruzados también saquearon la ciudad en 1204 —dije para cambiar de conversación.

—Sí —asintió—. El verdadero daño se lo hicieron a Constantinopla los cruzados, no los otomanos. Saquearon todo lo que encontraron.

—Incluso se llevaron de aquí las esculturas de los cuatro caballos de la plaza de San Marcos de Venecia.

—Eso es verdad. ¿Ha estudiado usted historia?

—No, profesor, filología, pero son hechos fundamentales que se cuentan en todas partes. Incluso en los periódicos.

—En Occidente no lo sabe mucha gente.

—Sí, incluso muchos de su época lo ignoran.

—¿Qué época?

—La época de los extraordinarios hombres de ciencia que vinieron a Turquía durante la guerra.

—¿Extraordinarios hombres de ciencia?

—Sí. Reuter, Neumark, Hirsch, Auerbach, Spitzer, usted…

—¡Alto, alto! Todos esos eran compañeros míos. ¿Cómo ha oído hablar de ellos?

—Sé leer, profesor, y además tengo curiosidad.

—¿Ha leído sus memorias?

—Algo, estoy empezando ahora. Además, he investigado en el archivo de la universidad.

—¿En el archivo? ¿Tienen expedientes de todos?

—Sí, y todos con bastante información. Pero debo decirle que el

más delgado es el suyo, profesor.

—¿Por qué?

—Porque los servicios de inteligencia han confiscado todos sus papeles. Sólo quedaban dos documentos.

—¿Cuáles?

—Uno que informaba de que le deportaban y otro que decía que Scurla había estado investigando sobre usted.

—¿Scurla?

—Sí.

El profesor guardó silencio un momento sumido en sus reflexiones. Luego dijo:

—Volvamos al coche y vamos al hotel. Tengo mucho que contarle. Va a ser una noche muy larga.

13

Mientras regresábamos al hotel, tomé la funda del violín del asiento delantero y se la entregué.

—Hemos encontrado su violín.

En un primer momento, el profesor se alegró, pero al tomar en sus manos una funda más grande y vulgar que la suya, exclamó:

—¡Pero si este no es mi violín!

—No se preocupe, la funda es otra, pero el violín es el mismo.

La abrió y comprobó que decía la verdad. Contempló su violín un rato con los ojos llenos de nostalgia y cariño.

Le conté cómo nos lo habíamos llevado a rastras de la orilla y cómo en medio de aquel lío habíamos recogido el violín, pero se nos había olvidado la funda en el suelo. Las maquinaciones de Süleyman, mejor ni mencionarlas.

Dejó cuidadosamente el violín en su regazo.

—Ese día les puse en peligro también a ustedes —dijo—. No recuerdo bien lo que pasó.

—Profesor, le voy a preguntar algo y quiero que me lo cuente de una vez. ¿Quién es Nadia?

—Se lo contaré, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que deje de llamarme profesor. Dígame Maximilian o Max, si prefiere abreviar.

—Yo también tengo cosas que contarle, Max.

Me resultaba extraño llamarlo así. Lo miré a la cara, sonreía ligeramente, como para expresar su satisfacción. Cuando llegamos al Pera Palace le dije a İlyas que no esperara. Lo que tenía que hacer podía durar un buen rato y siempre podía llamarlo por teléfono.

El vestíbulo y el bar del histórico hotel estaban llenos de gente. En el bar, que en tiempos bullía de espías, ahora se sentaban turistas extranjeros que no querían regresar a sus hoteles de ambiente americano y sí respirar un poco la atmósfera de la Estambul de la época del Orient Express, así como estambuleños de clase media-alta aficionados a los ambientes históricos.

Por el camino Max me había ofrecido que cenáramos juntos, pero yo ya sabía que lo haría.

Recogió la llave en la recepción. Subiría un momento a su habitación mientras yo le esperaba abajo. Le entregué el paquete del regalo y le dije:

—¡Un recuerdo de Estambul!

Se quedó sorprendido y se ruborizó. Me dio las gracias y se dirigió al ascensor.

Me senté a esperarle a una pequeña mesa redonda del bar. Le pedí al camarero un oporto blanco. Además, le pregunté si podía reservarnos una mesa tranquila en el restaurante. Mientras saboreaba mi vino me sentía muy emocionada por la historia que estaba a punto de oír. Por fin esta noche se desvelaría el misterio que me ocupaba desde hacía una semana. Me enteraría de quiénes eran Max y Nadia, por qué habíamos ido a Şile, qué significaban aquellas extrañas ceremonias, por qué tantas misiones diplomáticas extranjeras se interesaban de aquella manera por él y por qué le habían deportado.

Pensando en todo aquello me acabé el oporto con rapidez. Pedí una segunda copa. Cuando llegó el profesor ya estaba un poco achispada con los oportos que me había bebido tan deprisa con el estómago vacío.

Al hacer su entrada en el bar, muchos se volvieron a mirarle. Estaba tan apuesto con su chaqueta gris, la camisa blanca y un fular azul marino al cuello, que costaba creer que seis meses más tarde estaría bajo tierra.

—Muchas gracias por su regalo, Maya —dijo—. Es una maravilla. Me lo pondré en Boston a menudo y cada vez que lo haga me acordaré de usted.

Como había llegado la hora de la cena no quiso tomar nada antes, así que pasamos al restaurante. Nos sentamos a una mesa en un rincón relativamente solitario, lejos de las otras.

Esa noche en el menú había también platos otomanos. Escogimos alcachofas en aceite y luego pata de cordero asada con puré de berenjenas. Volvimos a pedir el mismo vino de la otra noche.

Era evidente que Max estaba inquieto. Parecía agobiado. Como si lo que iba a contarme le diera miedo. Era natural si se tiene en cuenta que iba a compartir conmigo una historia que no le había contado a nadie más en tantos años.

—La semana pasada, tal día como hoy, no tenía noticia ni de usted ni de sus colegas —dije.

—Y, por supuesto, estaba más tranquila. Le he provocado muchos problemas.

—No, estoy muy satisfecha. Me ha abierto nuevos horizontes.

Hizo con la cabeza ese gesto afirmativo de quienes no se oponen a lo que piensas aunque no estén de acuerdo: levantó ligeramente las cejas e inclinó un poco la cabeza a un lado. Yo continué sonriendo.

—En uno de los textos que he leído un estudiante turco de su época le daba las gracias a Hitler.

Me miró asombrado.

—¿Por qué?

—Porque de no ser por él, habría sido imposible traer a Turquía profesores de ese calibre; porque no habría podido recibir esa formación en Estambul. Era alumno de Erich Auerbach.

—Entonces tuvo mucha suerte porque Auerbach realmente era un extraordinario hombre de ciencia. Por supuesto, habrá leído *Mímesis*, que escribió mientras estaba en Estambul.

—No, por desgracia no, profesor; perdón, Max.

—Pero ha estudiado filología en la misma universidad. ¿Cómo es que ha dejado pasar esa obra maestra?

—En lo que he leído estos últimos días me he topado con ese título, pero por desgracia no está traducido al turco. Ahora que lo dice, me doy cuenta de lo extraño que es que no esté traducido, en ese momento no me lo pareció tanto.

—*Mímesis* es una de las obras más importantes de la crítica literaria y, como digo, fue escrita aquí, en Estambul, en su universidad. En cuanto vuelva a Boston le mando la versión en inglés.

—¿Está traducido al inglés?

—Claro. Incluso se han escrito libros sobre él. Después de Estambul, Auerbach recibió invitaciones de universidades norteamericanas. Cuando murió estaba en Yale. Y la obra la publicó en 1953 la Universidad de Princeton.

—Así que los americanos se dieron cuenta de lo que pasaba y se los llevaron a todos ustedes de aquí.

—Mi caso fue distinto, pero ahora le toca a usted una misión muy importante.

—¿Qué misión?

—Traducir *Mímesis* al turco y que el libro regrese a la tierra en que fue escrito.

He de confesar que la idea me entusiasmó. Sería maravilloso, de verdad. Con cada frase suya Max continuaba colmándome de emoción, añadiendo color y aventuras a mi aburrida vida.

—Sí —dije—. Sería estupendo.

—Entenderá lo importante que es después de haber leído el libro. Ahí tiene la oportunidad de prestar un servicio histórico a su país. ¿Me lo promete?

—¡Prometido! Bien, ¿qué es lo que hace que sea un libro tan

importante?

—No es posible explicarlo en pocas palabras.

—Entonces explíquelo en muchas.

Por su cara se extendió una adorable sonrisa.

—Querida muchachita, ¿vamos a cenar usted y yo a solas o estamos en clase?

—Muy señor mío, le estoy rogando una charla intelectual a un importante profesor que se va mañana para hacer más atractiva la cena.

—Muy bien, intentaré resumírselo únicamente para despertar su interés por la traducción. Erich Auerbach, junto con su colega Leo Spitzer, trató de sistematizar el concepto de *Weltliteratur*, o sea, de literatura universal. En realidad, el concepto había sido propuesto hacía tiempo por Goethe. Goethe, que también era filósofo, quería comprender la literatura que se producía a nivel mundial, más que la creada por las distintas culturas. Fue por eso que aprendió francés ya de muy mayor. Leyó a los grandes poetas iraníes, a Hafiz, a Sadi y también a Mevlana Rumí, que es un valor compartido entre ustedes y ellos, y escribió el famoso *West-Östlicher Diwan*.

—¿O sea, *Diván de Occidente y Oriente*?

—Sí, esa es la traducción exacta.

—Max, ¿por qué dice que Mevlana Rumí es un valor compartido con los iraníes?

—Porque vivió en Konya pero escribió en persa. De haber escrito en turco, siento decirlo, el mundo no habría tenido demasiada noticia de él. Mire sus grandes poetas Yunus Emre o el Jeque Galip, aunque no valen menos, en el extranjero nadie los conoce. Sin embargo, Omar Hayyam, Sadi, Hafiz o Rumí se leen mucho. A eso han contribuido bastante el persa y, por supuesto, Goethe.

—Supongo que tiene razón. Nunca lo había pensado desde ese punto de vista.

—Cuando uno mira de muy cerca no ve nada. En fin, Spitzer y Auerbach intentaron sistematizar el concepto de *Weltliteratur*. *Mímesis* hace un análisis muy amplio que va desde la Biblia y Homero, o sea, las dos fuentes básicas de la literatura occidental, hasta Proust y Virginia Woolf. Pero, de todas formas, se puede decir que se limita a la literatura de Occidente. De hecho, su nombre completo es *Mímesis: la representación de la realidad en la literatura occidental*.

—Espere un momento, estoy un poco confusa —dije—. El libro trata sobre la literatura universal, está escrito en una ciudad como Estambul, ¿y deja fuera la literatura oriental?

—Para no ser injustos, tenemos que decir que el libro se refiere sólo a la literatura occidental. Auerbach siempre se quejaba de que las

fuentes que tenía a mano en Estambul eran muy insuficientes y de que no encontraba los libros que quería.

—Entonces yo le voy a contar una historia sobre los libros de la literatura oriental. Se las llama *mesel*, parábolas. ¿Ha oído hablar del imán Gazali?

—Claro.

—Tras terminar su formación en Bagdad, Gazali regresa en una caravana a la ciudad de Tus. Pero por el camino unos ladrones asaltan la caravana y roban el oro y la plata de todos. Gazali sólo lleva una bolsa y también se la quitan. Mientras todos los demás se resignan a su suerte, Gazali empieza a buscar a los ladrones. Después de meses de búsqueda, encuentra la cueva donde se esconden y les pide que le devuelvan la bolsa. Los guardias se disponen a matar a aquel muchacho loco, pero el jefe de la banda oye el alboroto y pregunta qué pasa. Le dicen que ha llegado un loco y que no hace más que insistir en que quiere su bolsa. El jefe les dice que se la manden. Entonces le pregunta: «Hijo mío, les quitamos a todos su fortuna y nadie alzó la voz. ¿Qué puede haber en tu bolsa tan valioso como para que arriesgues la vida viniendo hasta aquí?». Gazali le responde: «Mi equipaje es más importante que el de ellos porque llevo las notas de clase de mi maestro de Bagdad». El jefe ordena a sus hombres: «¡Entregadle su bolsa, dadle de comer y dejadle marchar!». Y luego se vuelve a Gazali: «Te devuelvo tus notas de clase, muchacho. Pero si quieres ser un sabio hay algo que no debes olvidar». Gazali le pregunta qué es y el jefe le responde: «La sabiduría que te pueden robar, nunca ha sido tuya».

Max se echó a reír.

—Una parábola muy bonita. De hecho, el Occidente es de libros y el Oriente de parábolas. De modo que una rebelión desde Oriente contra el autor de *Mímesis*, ¿eh?

Yo también me reí.

—Puede ser. Si hubiera investigado las ricas fuentes orientales de que disponemos en Estambul, él también habría podido llegar, como Goethe, a una *Weltliteratur*, pero, por lo que entiendo, sólo trabajó sobre la *Westliteratur*. De todas formas, espero que me mande el libro y pienso traducirlo.

—Quizá pueda exponer sus ideas en un prólogo.

—Por supuesto.

—Por cierto, estoy seguro de que las cartas de Auerbach también serían un documento muy importante para usted. En ellas habla de su país, de los primeros años de la República, de Atatürk.

—¿Recuerda lo que decía de Atatürk? Porque en estos momentos se discute mucho si fue o no uno de los dictadores de la época.

—Auerbach lo distingue decididamente de los dictadores. Lo describe como un hombre ingenioso, inteligente y alegre, pero en las cartas que le escribe a Walter Benjamin deja claro que no le gusta cómo la joven República se ha deshecho del islam y su antigua cultura ni las prisas por cambiar el sistema de escritura y la lengua. En sus cartas habla de «lo salado del pan ajeno». Es una cita del canto XVII de la *Divina comedia* de Dante, sobre quien escribió un libro: «Conocerás lo salado del pan ajeno y lo duro que es subir y bajar escaleras ajenas».

—¿Pan salado?

—Sí, es una referencia al pan salado que el pueblo judío comió durante el cautiverio en Babilonia y es así como habla de su propia vida en el exilio. Con este simple ejemplo queda clara la profundidad de la percepción del mundo de Auerbach, que iba del Antiguo Testamento a Dante, y de este a su exilio en Estambul.

—Sí, Max, y al mismo tiempo la profundidad de la cultura que tiene usted. Podría escucharle durante días, semanas.

Se sonrojó con aquellas palabras, tosió ligeramente e intentó cambiar de tema. Propuso que esta vez brindáramos por Auerbach y por la traducción de *Mímesis*.

—Max, ¿de verdad no habría venido nadie de no ser por Hitler? ¿Es cierto lo que escribió el estudiante?

—Para ser sinceros, sí. Turquía era una cultura muy ajena para nosotros. Sabíamos muy poco de ella. Apenas que el Imperio otomano se había desplomado y que en su lugar había llegado una república que estaba haciendo reformas al estilo europeo. No teníamos ni la menor idea de la lengua. Y los que vinieron eran grandes hombres de ciencia de talla mundial, la columna vertebral de la universidad alemana. —Se rio—: Excepto yo, claro. Piénselo, en aquellos tiempos en toda Turquía sólo había una Facultad de Medicina. Y tenía muchas carencias. Calcule los demás departamentos. Atatürk quería occidentalizar el país a toda velocidad y de la misión se encargaron los profesores alemanes. Formaron a las élites del país y crearon una tradición que podría transmitirse de generación en generación. Por ejemplo, el sistema de enseñanza de la música lo creó un compositor de fama mundial como Paul Hindemith. Fue una especie de milagro.

—¿Cómo era Turquía cuando usted llegó?

—Yo llegué a principios de 1939, una fecha tardía comparado con los que emigraron en 1933. Incluso entonces Turquía era todavía un país agrícola con diecisiete millones de habitantes. ¿Qué población tiene ahora?

—Setenta millones. Max, por lo que he leído, en Alemania los profesores judíos fueron expulsados de la universidad en 1933. Hubo

boicots y demás. Hasta 1939 quién sabe qué más sucesos terribles se vivieron. ¿Cuál fue el motivo de que viniera tan tarde?

Poco a poco íbamos entrando en materia.

—El motivo es muy simple. Porque no soy judío. Vengo de una familia burguesa católica.

—Bien, entonces, ¿por qué dejó Alemania en 1939?

—Eso es lo que voy a contarle. Pero no sé por dónde empezar.

—Empiece retrocediendo lo más posible, por favor. Por su infancia, su juventud.

—Bueno, pero prepárese para una historia larga.

—Estoy lista —dije—. Sólo tengo algo que pedirle. ¿Puedo grabar lo que me cuente como recuerdo?

Frunció levemente el ceño. Vi que dudaba un poco.

—No tengo ninguna otra intención —le expliqué—. Simplemente, siento que después de que se vaya me voy a encontrar con un gran vacío y sólo podré llenarlo escuchando su voz y leyendo sobre esa época. —Y añadí entre risas—: Y traduciendo *Mímesis*, claro.

También él se rio.

—¡Muy bien! Grábeme, pues.

Saqué una pequeña grabadora digital que me había traído preparada de casa y se la acerqué por encima del mantel blanco. La lucecita roja intermitente del aparato parecía subrayar la importancia de lo que iba a escuchar a continuación.

El restaurante estaba lleno aquel sábado por la noche. Los experimentados camareros, con sus uniformes negros, sorteaban las mesas con agilidad.

El profesor Maximilian Wagner comenzó su historia:

—Como le decía, nací en el seno de una familia adinerada, incluso con pretensiones de nobleza. Recibí una buena educación. Mi padre era un juez muy conocido. Mi madre, una buena pianista. Pasé la infancia y la juventud aprendiendo latín, griego antiguo, filosofía, literatura, historia, música… Me convertí en profesor asistente en la universidad cuando era extraordinariamente joven.

»Mis días transcurrían felices. No tenía problemas. Eran todos maravillosos, mis catedráticos, mis colegas, mis estudiantes y mis compañeros del cuarteto de cuerda con los que me reunía una vez por semana para tocar las obras que más nos gustaban. El mundo parecía hermoso a nuestros ojos. De vez en cuando se hablaba de un antiguo cabo que había provocado disturbios en una cervecería de Múnich y que se había enfrentado a la policía, pero en general la gente se burlaba de él. Nadie se lo tomaba en serio.

»Un tiempo después conocí a Nadia. Era estudiante de Historia. Recuerdo que primero pensé que era una chica muy mona. Unos días

más tarde empecé a decirme que era muy guapa. Una semana más tarde mi opinión se había convertido en que tenía unos ojos maravillosos. Y tiempo después, en que su cara, sus ojos, su cuerpo eran como una obra maestra de la pintura. Me daba cuenta de que pensaba en ella incluso fuera de las horas de clase. Levantarme, vestirme e ir a clase por las mañanas se convertía en una dulce inquietud mientras pensaba que iba a verla. Por la noche, al acostarme, pensaba en Nadia; los fines de semana, tocando música, mi mente estaba con ella. Sus gestos eran alados, gráciles y sus labios parecían los de una niña enfadada, y nada de aquello se me iba de los ojos. Ella no tenía ni idea de nada, pero en el plazo de un mes yo caí perdidamente enamorado. Era 1934. Hacía un año que Hitler había llegado al poder y aquella famosa ley…

—La de la función pública.

Maximilian se sorprendió.

—¿Cómo lo sabe?

—Ya le dije que he estado leyendo. En fin, continúe…

—Fue un golpe terrible e inesperado. Mis profesores judíos se vieron obligados a dejar su trabajo. Mientras tanto, empezaron las presiones sobre los estudiantes judíos. A ellos también les fue imposible seguir estudiando. Los universitarios nazis crearon un clima de terror. Nadia insistía en seguir viniendo a clase, pero un día vi que unos nazis la zarandeaban en el jardín. Intervine de inmediato.

—Sí —le interrumpí—. En aquellos días no ocurrían cosas agradables en Alemania. Por ejemplo, el día del boicot al judío.

Estaba siendo más pedante de la cuenta, pero mi objetivo primordial era retrasar un poco esa historia del profesor por la que sentía tanta curiosidad. Tenía tantas ganas de oírla, la esperaba con tanta emoción que la retrasaba a sabiendas para estar un poco mejor preparada.

—Sí —contestó—. Tiene razón. El día del boicot al judío. La primera gran barbarie que envalentonó a los nazis. También fueron a la sastrería del padre de Nadia y le dieron una buena paliza al pobre hombre.

—¿Y el pueblo alemán no podía exigir que pararan esas salvajadas?

Maximilian sonrió.

—Ya ha leído el libro de Hirsch. Nunca perdonó al pueblo alemán por guardar silencio ese día, pero creo que no tenía razón del todo.

—¿Por qué?

—Porque el pueblo sólo puede ser efectivo cuando está organizado. Los individuos, por sí solos, se acobardan ante la brutalidad. Es la norma general. Y el pueblo alemán no podía hacer nada. Sin embargo,

los partidos y otras organizaciones sí que tuvieron culpa en esto.

—Sigo sin entenderlo —dije—. ¿Por qué un pueblo se va a quedar callado mientras maltratan a sus conciudadanos?

—Recuerde lo que pasó aquí el 6 y el 7 de septiembre de 1955. Y fue en este mismo barrio, en Pera. ¿No saquearon todas las tiendas de los rumíes? ¿No salieron una serie de grupos salvajes a la caza de quienes no fueran turcos y musulmanes? ¿No fueron unos días de linchamientos?

—Sí, sin duda.

—Muy bien, ¿alzó la voz el ciudadano de a pie?

—Por lo que yo sé, no. Sólo algunos turcos salvaron la vida de sus vecinos rumíes y armenios.

—O sea, fue una iniciativa individual de gente con conciencia.

—Sí.

—No me malinterprete. No lo digo para acusar al pueblo turco ni para comparar lo que ocurrió con las monstruosidades nazis. En todos los países han ocurrido cosas así y la gente corriente no abre la boca. ¿Qué le decía hace un momento? Todos los poderes matan. Algunos menos, otros más.

—Entiendo, profesor. Volvamos a su historia.

—Pero ¿no iba a dejar de llamarme profesor?

Me estiré y le rocé el brazo.

—Se me ha escapado. Bien, Max, continúe, por favor.

Levantó un dedo y me amenazó en broma:

—¡Que no vuelva a pasar!

Me reí. Estaba relajada y ya me sentía lista para la historia.

—Bien, Max, nos quedamos en el día en que los nazis zarandeaban a Nadia en el jardín de la facultad. ¿Y luego?

Antes de contestar clavó la mirada en un punto del blanco mantel. Estuvo así un rato, sin moverse. Luego, como si transmitiera lo que estaba viendo allí, empezó su narración sin interrumpirse y con voz monótona.

La lucecita roja de la grabadora parpadeaba sin cesar.

Los camareros iban y venían, nos llenaban las copas de vino, nos cambiaban el servicio… A veces el profesor seguía hablando sin prestarles atención. A veces esperaba que a terminaran lo que estaban haciendo, bebía un trago de vino o decía un par de cosas sobre un tema distinto. Entonces clavaba de nuevo la mirada en aquel punto del mantel y continuaba la narración donde la había dejado.

Había cosas que yo no era capaz de escuchar. En ocasiones me apetecía llevarme las manos a la cara y llorar; otras, ponerme en pie de un salto y gritar, expresar en voz alta mi repulsa. Pero, por lo general, intentaba mantenerme lo más tranquila posible. Tenía

especial cuidado en no hacer gestos exagerados que pudieran distraerle.

Cuando no podía soportarlo, aparentaba escucharle, pero trataba de mantener la mente ocupada con otras cosas. Lo único que no quería era hacer algo que le impidiera seguir contando. Porque, de todas formas, aunque no le atendiera, la grabadora de la mesa lo estaba registrando todo. Ya lo oiría dándome descansos y a la velocidad que prefiriera.

No obstante, hubo un momento en que no aguanté más y me levanté de un salto. Tenía los ojos llenos de lágrimas y me sentía muy angustiada. Me fui al baño sin decir nada. En ese momento no tenía fuerzas para hablar.

Cuando regresé, la mesa estaba desierta. Me dio miedo. Presa del pánico miré al centro de la mesa. Sí, la grabadora seguía allí, la luz parpadeaba muy roja.

Poco después llegó el profesor. Parecía que hubiera descansado durante un breve instante. Tenía la cara sonriente. Puede que se sintiera aliviado por contar su historia.

—Lo siento, Max —dije—. Lo he interrumpido.

—No importa —respondió con una voz madura que había vivido todo el dolor del mundo—. En realidad, ha venido bien que nos diéramos un respiro.

Prolongamos un poco más la pausa. Saboreamos el vino. Les pedimos a los camareros que recogieran la mesa y nos trajeran algo de fruta. Luego volvió a clavar los ojos en aquel punto de la mesa y continuó narrando como antes. A veces entrecerraba los ojos y en su rostro aparecía un gesto de dolor, a veces los ojos le brillaban con esperanza y miraban como dos de las múltiples luces mate del Pera Palace. Era evidente que lo que veía en aquel punto blanco le producía dolor, luego le infundía esperanzas y seguidamente le hacía sufrir una decepción. Pero la monotonía de su voz nunca cambiaba.

Según narraba, su rostro se llenaba de vida. Yo notaba que le hacía bien poder compartir con alguien el peso que se había acumulado en su corazón. Teniendo en cuenta que moriría antes de un año, alguien tenía que dar testimonio de su historia.

Mientras tanto el restaurante se fue vaciando poco a poco. La voz del profesor empezaba a oírse mejor a medida que todo se quedaba en silencio. Los camareros esperaban adormilados en los rincones dejando bien claro su deseo de que los últimos clientes se levantaran y se marcharan.

Apoyé dulcemente mi mano en la suya. Continuó hablando sin hacerme caso. Cuando finalizó lo que estaba diciendo levantó la cabeza y me miró.

—No quiero ser maleducada, Max, pero me parece que deberíamos irnos —susurré—. No queda nadie aparte de nosotros.

Miró ensimismado a su alrededor.

—Claro, claro.

Pidió la cuenta con un gesto. De hecho, el *maître* ya la tenía en la mano. La trajo de inmediato y la dejó sobre la mesa. Max escribió su número de habitación y la firmó. Cuando nos levantamos, dejé algo de propina. Salimos al vestíbulo.

—Tengo que escuchar el final de su historia, Max —le dije—. Y el bar también cerrará dentro de poco. ¿Quiere que vayamos a alguno de los bares de fuera?

—No. No quiero salir a estas horas, venga a mi habitación. Puedo invitarla a algo del minibar.

Probablemente aquello fuera lo más lógico. De todas maneras, Kerem se quedaba con su padre, así que no tenía obligación de llegar a casa a una hora determinada. Sentía verdadera curiosidad por el final de la historia. No existía ninguna objeción a que me quedara un par de horas en su habitación, pero no estaría bien que llamara a İlyas a las tantas. En fin, siempre podía tomar uno de los taxis aparcados a la puerta del hotel.

Max y yo subimos en el famoso ascensor y lo hicimos bajo la mirada del recepcionista de noche. Ya en la habitación, nos instalamos en los cómodos sillones y Max sacó coñac del minibar. Una vez servidos los vasos, continuó:

—Podría contarle muchas cosas sobre la vida en Estambul de aquella época, sobre los profesores y la universidad de entonces, pero siento que este no es el momento.

—Tiene razón —contesté—. Por favor, háble me de Nadia. ¿Pudo encontrarla?

Negó con la cabeza.

—Vaya.

Esperamos un instante en silencio. Luego bebimos un trago de coñac.

Habíamos llegado a finales de los años treinta en los recuerdos del profesor. Mientras se preparaba para continuar, recordé a mi pobre abuela Ayşe. Su desgracia había comenzado justo después de todo aquello.

Daba la impresión de que el profesor estuviera reuniendo energías para poder contar sus recuerdos sin interrupción, como en el restaurante. Como la gente que se dispone a emprender un viaje largo y difícil, se sentaba de la manera más cómoda posible y tocaba temas que pudieran elevarle el ánimo.

El coñac se terminó con la segunda copa. Se levantó sonriendo

como si estuviera contento de tener la oportunidad de distraerse un poco. Fue hasta el teléfono y pidió una botella de coñac Martell. Esperamos sin hablar a que nos lo trajeran. Pero se iba creando una tensión insoportable según se prolongaba el silencio en la habitación. Por fin el camarero llamó a la puerta con el Martell, nos llenamos los vasos y siguió con sus recuerdos donde nos habíamos quedado en el restaurante, con la misma voz monótona.

Presioné el botón de la grabadora, que había dejado sobre la mesita. La lucecita roja empezó a parpadear.

Tras escucharle inmóvil un rato sentí la necesidad de hacer algo, de enfrentarme a lo que estaba experimentando, así que me levanté y empecé a dar vueltas. Por supuesto, no podía cambiar aquellos días vividos hacía más de sesenta años, pero era incapaz de aceptarlo.

Como de todas maneras lo escucharía después en la grabación, no había problemas de que se me escapara nada de lo que el profesor contaba. De hecho, me venía bien pensar un poco en algo distinto.

Pensé en mi propia época y en la gente de mi entorno. No se vivían aquellas matanzas ni aquellos terribles sufrimientos, pero la gente seguía elucubrando día y noche y esforzándose en pensar en cómo podían hacer la vida más difícil al prójimo, cómo hacerla insoportable y así ser la causa de su infelicidad. Menos mal que no siempre disponían de tantas oportunidades como durante la juventud del profesor.

Me di cuenta de que la voz de Max vacilaba. Luego se detuvo por completo. Podía ver que estaba muy cansado porque se había puesto palidísimo. Las arrugadas manos le temblaban. Era un cansancio físico y psicológico. No obstante, estábamos llegando al final de su historia, que hablara un poco más, luego lo ayudaría a acostarse y me iría a casa.

—Se ha cansado mucho, Max —dije—. Posiblemente queda ya poco. Luego dejaré que descanse.

Su respuesta me sorprendió.

—No, no queda poco. La verdadera historia comienza ahora.

—Entonces siga contándome tumbado en la cama, por favor, profesor. Si se queda dormido, mañana me resume el final.

Primero pareció que iba a protestar un poco, pero me hizo caso porque realmente ya no podía aguantar más. Lo ayudé a desvestirse, a ponerse el pijama y a acostarse.

Se echó de lado y yo me senté en un sillón junto a él. Siguió su narración con voz cansada y cascada.

Me tenía viajando entre nombres, Rumanía, Alemania, Estambul, Ankara y otros. Percibía su dolor y su entusiasmo. Luego aquellas imágenes que podía ver ante mis ojos empezaron a ralentizarse y a

diluirse hasta que la voz de Max se detuvo. Dormía respirando ligera pero regularmente.

Me puse en pie sin hacer ruido y me quedé un rato mirando por la ventana el Cuerno de Oro y la avenida Tarlabaşı repleta por el tráfico del sábado por la noche. ¿Debía coger la puerta y marcharme? «¿Y si dentro de un rato se despierta y quiere seguir con la historia?», pensé. Luego, sin pensármelo mucho, me quité la chaqueta y me metí en la cama. Tal y como había hecho en el Black Sea Motel, lo abracé por detrás. Yo también estaba muy cansada. Al principio creí que no se había dado cuenta de mi presencia, pero sin cambiar de postura dijo:

—Gracias.

El avión está a oscuras. Como las cortinillas están cerradas, no puedo saber si afuera hay luz o no. Pienso también en lo lejanos que parecen para la mayoría de los que vivimos en la actualidad unos acontecimientos que están en un pasado a una distancia no mayor de una vida humana.

¿Acaso podemos pensar que no tendrán ningún efecto en las siguientes generaciones tanto exilio, tanto dolor, tantos hechos ocultados? Aunque no hayamos vivido lo que el profesor, ¿no nos han criado quienes sí lo han experimentado? Dormimos en este diminuto avión en el inmenso cielo. ¡Qué universo tan oscuro cuando no se tiene noticia del amplio mundo que hay más allá de las cortinillas!

A mi alrededor se despiertan algunos pasajeros. Se multiplican los que van al baño. La mayoría son hombres más que maduros. Probablemente les obliga la próstata. Qué raro ver la cara nocturna de gente que no conozco. No saben que ahora mismo me he permitido un descanso de copiar, pegar y ordenar las notas que he tomado sobre los días transcurridos desde la llegada del profesor y que estoy escribiendo sobre ellos.

Si leyeran únicamente estas páginas, qué raro les resultaría que me metiera en la cama de un extraño y lo abrazara. Pero si conocieran la historia de Max, si la hubieran oído de su voz conmovedora e insomne…

Quiero acabar esta parte antes de darme un breve descanso.

Después de meterme en la cama del profesor y abrazarlo, oí cómo me daba las gracias.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Así podré hablar con más facilidad.

—No es la primera vez que lo abrazo, Max.

—Sí, lo sé. Por eso le doy las gracias. Me salvó la vida.

Esta vez estábamos los dos vestidos, pero, igual que la primera, me

poseyó un sentimiento de afecto muy intenso, casi palpable. Apoyé la frente en su espalda y me quedé así, aspirando su olor.

Su voz cansada se había convertido en un susurro.

Con la tranquilidad que me infundía saber que la luz de la grabadora seguía parpadeando en la mesita que tenía a mis espaldas, me limitaba a dejarme llevar por la voz de Max. No me era posible entender las palabras.

Abrazada con fuerza a aquel hombre maltrecho como si quisiera pasarle toda mi energía curativa me quedé dormida pensando en su terrible desgracia.

Me despertó el timbre del teléfono. Era casi mediodía. İlyas me preguntaba a qué hora vendría a recogerme.

—No hace falta que vengas a casa, İlyas —le dije—. Ven a las dos al Pera Palace, nos veremos allí y llevamos al profesor al aeropuerto.

—Muy bien.

El profesor no estaba a mi lado ni en la habitación, pero del baño llegaba ruido de agua. Un rato después salió envuelto en un albornoz blanco. Parecía recuperado. Me sonrió.

—¡Dormía muy profundamente! —exclamó—. ¡Ah, esos sueños hermosos de la juventud!

Yo también me levanté, me di una ducha y me despejé. La noche sin dormir, la bebida y el llanto me habían dejado con ojeras y la cara hinchada. Me hice una compresa con agua helada. No quería que Max me encontrara fea.

Luego pedimos el desayuno en la habitación. Mientras contemplábamos el paisaje del Cuerno de Oro, nos tomamos un café solo y fuerte con unos huevos y algo de queso.

Cuando terminamos de desayunar hicimos la maleta del profesor. Se puso al cuello la bufanda lila al tiempo que me sonreía. Luego sacó una carta de un compartimento de la maleta y me la entregó.

—Esta es la carta que le mencioné ayer.

A pesar de intentarlo con todas mis fuerzas, fui incapaz de contener los sollozos al leerla. Como Max me daba la espalda no podía ver cómo los ojos se me anegaban en lágrimas, hasta el punto de no ser capaz de seguir leyendo. ¿Por qué no se volvía? ¿Estaba ocultándome él también sus lágrimas? Se encaminó lentamente al baño y eso que acababa de salir.

Acto seguido, hice una copia de la carta. Justo cuando estaba transcribiendo las últimas palabras, salió del baño. Le devolví la carta y volvió a guardarla en la maleta. Yo doblé la copia y me la metí en el bolsillo, apretándola ligeramente con la mano.

—Cuidaré bien de ella, Max —dije.

Sonrió. No nos dijimos nada más. Nos quedamos un rato en

silencio en la habitación. Luego bajamos. La universidad pagaría la factura del hotel y él se hizo cargo de los extras, o sea, las cenas, las bebidas y demás. Llevaba en la mano la funda del violín. Un botones bajó la maleta y se la entregó a İlyas.

Subimos al coche y nos alejamos del hotel. Tampoco hablamos hasta llegar al aeropuerto; tan en silencio como en el desayuno. Como era domingo, las carreteras estaban relativamente despejadas.

Al despedirnos en la terminal me besó en la mejilla y me dijo en voz baja:

—Gracias. —Y añadió—: Por todo.

Luego se marchó sin mirar atrás y desapareció con su abrigo negro, su sombrero, su violín, su maleta y la bufanda lila al cuello.

14

El vacío en el que me hundí después de que se marchara es indescriptible. En un instante el mundo entero cambió y se convirtió en algo completamente distinto. Todo se asemejaba a una serie de movimientos sin sentido: esa gente en el aeropuerto corriendo para ir de una ciudad a otra, de un país a otro, acarreando maletas, intentando llegar a tiempo a algún sitio.

Mientras İlyas me llevaba a casa yo miraba por la ventanilla desde el asiento de atrás. ¡Cuánto tráfico! ¡Cuánta gente, desconectados unos de otros, ignorantes de lo que vivían los demás! La vida fluía mientras perseguíamos todo tipo de objetivos, con todo tipo de preocupaciones. Pero nadie conocía la historia del prójimo.

Al llegar a casa me tiré en un sillón. Quería pasar esa tarde de domingo moviéndome lo menos posible.

Saqué la grabadora del bolso. Todo lo que Max me había contado desde la noche anterior hasta esa mañana cabía en aquel diminuto aparato. En mis manos sostenía una historia extraordinaria. Me sentía como si estuviera a punto de alcanzar el secreto de la vida.

En los últimos días había aprendido muchas cosas que no sabía. ¡Qué sucesos más increíbles se habían vivido en estas tierras hacía apenas unas generaciones! ¡Lo que había sufrido la gente en este mundo! Ahora sabía cosas de las que la semana pasada no tenía ni idea. Lo que había ocurrido hacía sesenta años ahora me resultaba familiar. Y había mucho que me faltaba, que tenía que investigar, que aprender.

Eso era lo que pensaba, pero hacía rato que había comprendido que el mero hecho de acceder a toda esa información por la que sentía tanta curiosidad no significaba nada.

¿Y qué si me enteraba de lo que había vivido la abuela paterna junto con todos los datos históricos? ¿Y qué si sabía lo que había pasado hacía sesenta años, hacía cien, hacía seiscientos? ¿Qué podría hacer aunque supiera lo que habían sufrido en esta ciudad el profesor, Nadia y tantos otros cuyos nombres surgieron cuando la noche anterior me contaba sus recuerdos? Sólo tendría sentido si se planteaba como la historia de cada uno de ellos en concreto.

Todos aquellos viajeros ofuscados por la prisa en el aeropuerto, los conductores inquietos que había visto en sus vehículos al venir, las secretarias de la universidad, los que hacían la compra en las tiendas, lo único que me podía interesar de ellos era la historia que vivía cada cual.

Y cada historia humana nos puede interesar tanto como lo que nos pasa a nosotros. Basta con que se conciba en su propia realidad. Al fin y al cabo, ¿no es cada historia particular la de la existencia humana en su conjunto? ¿Y la de la vida entera en su fluir?

Miré de nuevo la grabadora que tenía en la mano. Debía levantarme a cambiarle las pilas y luego escuchar la grabación de principio a fin. Una vez y otra. Y después tenía que contar aquella historia; tenía que escribirla. Sólo esforzándome en contarla podría comprenderla. No era obligatorio explicar los hechos uno por uno. Si lo hiciera así, podría desviarme un poco de lo que había narrado el profesor. Tenía que hacerlo con la conciencia de que la historia de una persona era la de todo el género humano.

Pero tendría que empezar al día siguiente. Esas tarde y noche de domingo quería pasarlas sentada sin hacer nada. Tenía que recuperar fuerzas después de unos días tan intensos.

Sentada en el sillón, cerré los ojos. Recordé los días en que empezaba a convertirme en adolescente. Los domingos me parecían tan aburridos y sin sentido como el agua de fregar. Mi padre miraba los partidos en el televisor en blanco y negro de pantalla opacada por la luz del sol y se emocionaba con el juego; mi madre, o bien estaba en la cocina preparando la comida, o bien resolvía crucigramas con el ceño fruncido en la mesa del comedor, y a mí, como no tenía nada que hacer, me tocaba aburrirme. Cogía alguna novela, me encerraba en mi pequeño cuarto y al rato estaba dormida. Mi hermano siempre estaba fuera. Aunque yo saliera también, no tenía adónde ir. Con el paso de los años el bloque de pisos se había impregnado de un olor mezcla de gas ciudad y comida.

Ese día sentía exactamente lo mismo. Todo lo que durante una semana había puesto mi vida patas arriba, que había estimulado mi curiosidad, que me había despertado y llenado de vida, había desaparecido con Max. Poco después Ahmet traería a Kerem. Él y yo empezaríamos a vivir nuestros días iguales unos a otros, cumpliríamos nuestros deberes cotidianos, nos acostaríamos al llegar la noche para despertarnos al día siguiente y hacer lo mismo.

Iría y volvería de la universidad, cenaría y dormiría, al día siguiente iría de nuevo a la universidad, cenaría y dormiría, al día siguiente iría de nuevo a la universidad, cenaría y dormiría, al día siguiente iría de nuevo a la universidad, cenaría y dormiría, al día siguiente iría de nuevo a la universidad, cenaría y dormiría… Y así

transcurrirían quizá treinta años.

Las mismas calles, la misma gente, los mismos chismorreos.

Sí, sumergirme en la historia del profesor sería una liberación para mí.

Además tenía el problema de Süleyman. Cuando viera que me había llevado el violín, posiblemente se enfurecería todavía más. Era imposible saber si había escondido el violín para venderlo o para vengarse de mí.

En cuanto llegó, Kerem se dirigió directamente al ordenador. Le dije que al día siguiente tenía clase, que tendría que levantarse temprano, que no se acostara muy tarde. Pero la única razón de que no protestara y me respondiera con unos «Hmmm, vale» se debía a que lo dejaba tranquilo.

No encontré en mí la energía necesaria como para apartarle del ordenador. Me fui a mi dormitorio arrastrando los pies. No obstante, no me vino el sueño cuando me acosté. En realidad, no estaba físicamente cansada y era normal que no consiguiera dormirme a esas horas.

Mientras daba vueltas a izquierda y derecha, mi mirada cayó en los papeles que tenía sobre la mesilla. Me estiré con desgana para cogerlos. Decidí informarme un poco más sobre aquel barco *Struma* que había venido de Rumanía y había sido abandonado a su suerte. Empecé a leer con alegría; si leía algo que me interesaba me entretendría hasta que me entrara sueño.

Pero leer sobre la situación del *Struma*, esperando en las aguas de Estambul, te llenaba de angustia.

En ambas cubiertas el número de camarotes era muy insuficiente. No había bastante sitio para dormir. Incluso el espacio libre para que la gente pudiera moverse a lo largo del día era muy limitado. No había baños ni duchas. Era difícil encontrar un lavabo para los niños de pecho. No había manera de lavar la ropa sucia. Vivían sin poder cambiarse. Y, aún peor, sólo había un retrete para setecientas sesenta y nueve personas, por lo que se formaba una cola interminable ante la puerta. Por ese motivo, hacían sus necesidades en la cubierta, que al estar llena de excrementos se volvió resbaladiza. Además todo quedó envuelto en un hedor insoportable.

Las condiciones sanitarias se agravaron en extremo. Los veinte médicos que había entre los pasajeros luchaban noche y día contra los casos de disentería. La falta de medicamentos provocaba que administraran dosis muy bajas a los enfermos. Dos jóvenes perdieron el juicio.

La vida era extraordinariamente dura. Como los pasajeros no podían dormir, su día comenzaba a las cuatro o las cinco de la

mañana. Algunos, previamente seleccionados, sacaban cubos de agua del mar para que la gente se pudiera lavar la cara.

Sólo se podía preparar té un día de cada tres a causa de la escasez de combustible. Para poder hervir el agua a veces quemaban las cajas de madera de las frutas y verduras. Como alimento se repartían por persona una naranja, unos pistachos y un terrón de azúcar. Sólo algunos días se podía preparar comida caliente. Como el pan era el alimento más importante, a los pasajeros no se les entregaba. Cada uno de los niños recibía medio vaso de leche en polvo y una única galleta.

Los judíos de Turquía, Palestina y Estados Unidos con influencias políticas intentaban hacer algo por ellos. Simon Brod y Rifat Karako, dos de los líderes de la comunidad judía de Estambul, se esforzaron al máximo para salvar a los pasajeros del *Struma*. Hicieron todo tipo de promesas a las autoridades competentes para que les permitieran abandonar el barco y continuar su camino hasta Palestina por carretera, pero no obtuvieron respuesta.

El gobierno británico y su servicio secreto no escatimaban esfuerzos para que la importancia del asunto del *Struma* no fuera en aumento y para que los judíos no pudieran viajar a Palestina.

Mientras tanto, en el barco la vida continuaba. Que lo hiciera, incluso en medio de una situación tan amarga, había pasado a la historia como prueba de que no hay que perder la esperanza en el ser humano.

Un rabino que estaba en el barco casó a dos jóvenes. Los pasajeros organizaron actividades sociales para aprovechar los días que pasaban mano sobre mano. Dos músicos ofrecían conciertos cada noche. Se impartían clases de literatura hebrea e historia judía.

Ese año Estambul vivía un invierno nunca visto y todo se congelaba. Los judíos de la ciudad encendieron una hoguera en la orilla con la intención de subirles la moral a los del barco. Para que el fuego, que se veía desde el *Struma*, no se apagara nunca transportaban leña sin cesar.

El hecho de encontrar aquellas líneas tan cálidas me animó mientras leía toda aquella dolorosa información sobre el *Struma*, que me helaba el corazón. Me relajé un poco. Posiblemente gracias a eso me quedé dormida.

La mañana siguiente, al llegar a la universidad, me di cuenta de que Süleyman había estado haciendo de las suyas porque las secretarias, las de la secretaría personal y los bedeles me miraban de forma muy rara y murmuraban entre ellos. Cuando me acercaba se callaban.

En los ojos de los hombres se veían brillos de deseo y en los de las mujeres, de hostilidad. No estarían pensando que había hecho el amor con un hombre de ochenta y siete años… Pero su actitud parecía confirmar que sí lo creían. Era como si el asunto les hubiera aportado una nueva energía a los trabajadores del rectorado. La semana en la que yo me marchitaba, ellos reverdecían. ¿Tendría noticia el rector de lo que había pasado? O sea, de los rumores.

En una situación normal, habría tenido fuerzas para enfrentarme a tanta tontería, pero no esa semana. No tenía energías, estaba deprimida, ofendida, agotada, hundida.

La causa no era sólo la partida de Max. La historia de Nadia se había mezclado con la de mis abuelas y me llenaban el corazón de un dolor infinito. Lo que les había ocurrido a tres mujeres que no se conocían, turca, armenia y judía, había derribado todas mis esperanzas en la Humanidad y casi me había arrebatado el deseo de vivir.

Había permanecido aletargada ante la maldad del ser humano. Por eso esa semana no estaba como para enfrentarme a la universidad, a los chismes, a los marrulleros como Süleyman que inventaban todo tipo de maldades mientras sentían una lascivia infinita. Lo único que me apetecía era huir.

Con una decisión repentina, me levanté de mi mesa y salí. No pensaba volver a la universidad por lo menos en una semana. Ya me buscaría un certificado médico. Se enfadarían, pero a esas alturas me daba igual.

La última semana me había cambiado mucho, me había obligado a mirar desde fuera la vida que llevaba, a sopesar las cosas de otra manera. Caminé hasta la plaza de Beyazıt y tomé un taxi. No llovía ni nevaba, pero el cielo estaba encapotado y gris.

Me fui a casa. Llamé por teléfono a la secretaría de rectorado. Les dije que estaba enferma, que no podría ir a trabajar en unos días y que les enviaría un certificado médico, y colgué sin darles la oportunidad de contestarme.

La casa estaba hecha un desastre; el baño estaba sucio y había que cambiar las sábanas y quitar el polvo. En especial, el cuarto de Kerem se encontraba en un estado inaceptable. No obstante, no toqué nada.

Después de sentarme un rato llamé a Tarık.

—¿Nos vemos esta noche?

—Vaya —dijo con voz alegre—. ¿Se ha ido tu viejo?

—Sí.

—Muy bien. ¿Te recojo a las siete y media?

—No, iré yo a tu casa.

—Estupendo. Hala, *bye*.

Luego eché las cortinas de mi dormitorio, me metí en la cama en aquella profunda oscuridad, negra como la pez, y dormí como un tronco.

Por la tarde me despertó el timbre de la puerta. Era Kerem. Tenía llave, pero llamaba de todas formas.

—¿Han ido bien las clases? —le pregunté.

—Sí. —Y se fue a su habitación.

Al parecer, nuestra comunicación, que era un hilo muy fino, había vuelto a romperse.

Llené la bañera y me sumergí en el agua caliente. Dejé el grifo abierto de forma que cayera sólo un chorrito. Me gustaba oírla correr y no estar en el agua estancada. Notaba cómo el agua caliente y la espuma le sentaban bien a mi cuerpo cansado y a mis sentidos embotados. Cerré los ojos. Me dejé llevar por la ternura protectora del agua. Intenté poner en orden los acontecimientos de la última semana, pero no lo conseguí. Tenía la mente demasiado confusa.

Luego me vestí, me arreglé y me maquillé ligeramente. Pedí unas alitas de pollo para Kerem, le dejé algo de dinero en la mesa y salí. Eran las ocho.

Tarık vivía en uno de esos lujosos rascacielos. En la entrada había una impenetrable seguridad. Debía de haber avisado al guardia que iría esa tarde porque me acompañó hasta el ascensor. Cuando llamé a la puerta me abrió el propio Tarık. Estaba solo en casa, así que le había dado permiso a la asistenta.

No era muy guapo de cara, pero tenía el cuerpo bastante en forma. Por supuesto, aparte de su juventud, influía que fuera tres días por semana al gimnasio. Su piso estaba decorado de forma minimalista y fría. No había nada que hiciera cálido el ambiente, como madera, telas con estampados o cortinas. Todo era blanco. La mayoría de los objetos colgados de las paredes eran metálicos. Pero desde el piso 27 se podía disfrutar de una vista muy hermosa del Bósforo. Por las ventanas del salón, que llegaban hasta el suelo, las luces del Bósforo brillaban como gemas. Los coches que iban y venían por la carretera costera de la orilla de Anatolia, las luces del puente, la iluminación del Liceo Militar de Kuleli y los enormes barcos que los atravesaban creaban una imagen maravillosa.

Sentí que la angustia empezaba a aliviárseme.

—Vamos a tomar una copa de vino —propuse.

—Te he preparado un oporto blanco.

—Gracias, pero esta noche prefiero un tinto.

Siempre tenía vinos muy buenos. Esa noche abrió un estupendo Amarone, italiano. Lo sirvió en unas copas enormes. Después de beber la primera con rapidez, me besó. Yo le rechacé. Cuando me preguntó

por qué, le respondí con voz desagradable:

—No me apetece.

No se lo tomó a mal. Sólo me preguntó:

—¿Qué te ha pasado?

—No lo sé —contesté un poco avergonzada.

Era verdad. No sabía lo que estaba haciendo. Luego cenamos en una mesa de metal y vidrio que daba al Bósforo. Como estaba loco por el sushi lo había hecho traer de Mori, el mejor restaurante japonés de Estambul. Todo era fresco y estaba exquisito. La vida de *yuppie* de Estambul era para él un estilo al que no podía renunciar.

—Así que tu viejo se ha ido.

—¿De dónde te sacas que era mío?

—Mujer, es una forma de hablar.

—Bueno.

—¿Cómo era?

—Sería largo de explicar.

—¿Por qué?

—Bah, ya sabes, uno de esos profesores extranjeros —contesté para poner punto final al asunto.

No quería hablarle de Max a Tarık. Por alguna razón, hacerlo me resultaba doloroso. Me parecía una falta de respeto hacia Max.

—Dime tú, ¿cómo puedes estar siempre tan alegre?

—¿Y por qué no? —preguntó.

—Estamos viviendo la peor crisis económica. De repente el dólar está a un millón setecientas mil liras. Bancarrotas, suicidios, empresarios en la cárcel, bancos que se hunden… Y tú estás en el negocio financiero. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

—Porque soy listo.

—¿Qué quieres decir?

—Hay algo que aprendí muy bien estudiando en Brown y luego en mi vida profesional en la bolsa.

—¿Qué? Dímelo e ilumíname.

—Saberlo es fácil, pero hacen falta nervios bien templados.

—Vamos, ¡no te hagas de rogar!

En su rostro apareció una sonrisa de sabelotodo. Le encantaba hablar de aquellos temas.

—No debes actuar siguiendo a la masa ni dejarte llevar por el pánico.

—¿O sea?

—Venderás cuando todos compren, comprarás cuando todos vendan y no te dejarás llevar por el pánico.

—¿Y eso es lo que estás haciendo en esta crisis? ¿No nos hemos

hundido todos con la bolsa?

Lanzó una carcajada. Echándose hacia atrás en el sillón bebió un buen trago de vino.

—No, justo al contrario, todos hemos ganado.

—¿Yo también?

—Claro. Ha sido uno de los momentos en que más dinero has ganado en tu vida. Mientras paseabas al profesor, al mismo tiempo estabas haciéndote rica.

La verdad es que me animé, ¿quién no? Porque al venir pensaba que me diría que había perdido todo mi dinero y que se me llevarían los demonios, pero de todas formas no podría echarle la culpa a él.

—¿Y cómo ocurrió este milagro?

—Mira, todo el mundo se asustó y cambió a divisas todo lo que tenía en el bolsillo e intentó sacarlo al extranjero.

—¿Y qué hiciste tú?

—No cambié ni un céntimo. Mientras el dinero se convertía en papel sin valor…

Se me vino a la memoria la época en que en Alemania un dólar valía 4,2 trillones de marcos. Con el paso del tiempo los billetes se usaban para encender el fuego.

—Ahí está el secreto —continuó—. Te lo explico en pocas palabras. Los inversores huían de tal manera de la lira que el repo a un día llegó al 9.000%.

—¿Y?

—Yo invertí el dinero de mis clientes, incluidos el tuyo y el mío propio, en esos intereses. ¿Qué quiere decir el 9.000% de un día para otro? Quiere decir que tu dinero se está reproduciendo todas las noches.

—Pero con respecto a las divisas…

—Esto no puede continuar mucho tiempo así, ya verás cómo el dólar vuelve a la normalidad. Confía en mí. Y además ahora mismo estás ganando bastante también en divisas.

—¿Cuánto?

—El doble que el mes pasado, por lo menos. Pero ten paciencia y multiplicarás tu capital. En los momentos de crisis es cuando más se gana, pero eso lo sabe muy poca gente.

Hice un cálculo mental. Si multiplicaba mi dinero por tres, cabía la posibilidad de que no tuviera que trabajar más.

—A la salud de Maya, nueva rica —dijo Tarık alzando la copa.

—No digas eso, lo odio.

—¿Qué?

—Nueva rica. ¿No has oído la expresión *nouveau riche*?

—No, no sé francés.

—Quiere decir «nuevo rico», pero se usa en el sentido de advenedizo, de ostentoso.

—Ay, déjate de tonterías, los ricos son ricos, ¿qué más da nuevo que viejo?

Así eran los nuevos hombres de negocios formados en las universidades americanas. La vida estaba constituida por *winners* y *losers*. La única medida era el dinero. Me di cuenta de por qué no había querido hablarle sobre Max hacía un instante, porque no lo habría comprendido. Estaba tan lejos de ese mundo… En este mundo nuevo ya no quedaba nadie que pudiera comprender a mis abuelas, a Nadia, a Max. No le podían interesar menos lo que yo llamaba «historias».

Volví la cabeza y me quedé ensimismada mirando el paisaje del Bósforo. Por algún motivo aquellas tres mujeres se mezclaban en mi mente. Pensaba en ellas a la vez, como si se conocieran, como si se hablaran. Nadia estaba en el Regimiento Azul y saltaba con mi abuela Ayşe al lago Kızılçakçak. Mi abuela Mari estaba en el *Struma*. Tres religiones distintas, tres mujeres distintas, pero destinos comunes.

En el colegio nos habían enseñado una frase de Ibn Jaldún, que no olvidé a pesar del paso de los años: «la geografía es el destino». El destino de aquellas tres mujeres había sido trazado por la geografía y el tiempo en que habían nacido.

Pero, de todas maneras, venir a casa de Tarık había aliviado mis preocupaciones. Me había angustiado sobremanera que el pasado se desplomara de repente sobre mí. Sentía que no podría con todo ese dolor. Cierto, en ello había algo de egoísmo. Creía que me sentaría bien ver que le importaba a aquel joven tan guapo, rozar aunque fuera una esquinita de su mundo materialista y alegre. Y, tal y como pensaba, realmente me sentó bien. Y además supe que era rica. ¡Qué más quería!

Ah, también estaba lo del médico. Le pedí que su hermano, que era ginecólogo, me firmara una baja de una semana. Me contestó que nada más fácil y que mañana mismo la enviaría con el chófer a la universidad.

Insistió en llevarme a casa.

Me sentí mejor simplemente con ver la luz que se filtraba de la habitación de Kerem cuando entré en mi piso en penumbras. Esa luz dispersó de mi alma las nubes oscuras de preocupación.

En ese momento se me pasó por la cabeza qué estaría haciendo Max. Posiblemente estuviera durmiendo porque él también había pasado la noche anterior sin dormir. A pesar de su edad y su enfermedad era un hombre muy vigoroso. A su edad, yo no habría

aguantado lo que él.

Como había dormido la siesta ahora no tenía nada de sueño. Encendí el ordenador y leí unos artículos sobre *Mímesis* de Erich Auerbach. Todos ponían el libro por las nubes y afirmaban que era el mejor texto escrito en el campo de la crítica literaria. Antes Auerbach había escrito un libro sobre Dante. También leí algunos artículos sobre él.

Tal y como había dicho Max, traducir los libros de Auerbach al turco podía ser un objetivo en la vida. Y también contar la historia del *Struma*. Y sacar a la luz la tragedia oculta del Regimiento Azul. ¿Y si acomodaba mi vida para hacerlo? ¿Y si le dedicaba mi tiempo libre? Según me hacía esas preguntas notaba que el vacío de mi interior iba menguando. Necesitaba una meta. El mundo falso de Tarık era agradable de vez en cuando, divertido, pero no le aportaba ningún sentido a mi vida.

Debía empezar organizando lo que me había contado el profesor, escribiendo la historia de Maximilian y Nadia. Presioné el botón de la grabadora. Ahora no se encendió la luz roja de grabar, sino la verde.

Historia de Maximilian y Nadia

En el año 1934, en la ciudad de Múnich, un joven profesor asistente, alto y delgado, se dirigía a pasos largos hacia el grupito reunido en el jardín de la Facultad de Derecho. Como siempre, vestía un traje que le quedaba como un guante y que completaba la elegancia de sus gestos, pero hoy se movía con más inquietud que otras veces.

Que avanzara con tanta decisión hacia un punto concreto atraía la atención de los presentes en el jardín, bastante tranquilo en ese momento. De hecho, Maximilian Wagner era un joven que llamaba la atención.

Llamaba la atención de las jovencitas porque era apuesto y gentil. Llamaba la atención de los nazis porque por su constitución física era un miembro del que enorgullecerse de la raza superior, la aria; un testimonio viviente de lo que Nietzsche había llamado *Übermensch*. Llamaba la atención de los profesores porque era un hombre de ciencia trabajador, de pensamiento independiente y muy joven.

Cruzó por entre los cientos de estudiantes reunidos en el jardín y cuando llegó al lugar donde había un grupo de diez o doce se detuvo dando un zapatazo. Los estudiantes nazis que formaban el grupo desviaron su atención de la joven a la que rodeaban y la dirigieron al asistente.

En la Alemania de 1934, cuando un profesor se mezclaba con los estudiantes no había que faltarle al respeto. Aunque acabara de cumplir los veinte años, aunque sólo tuviera un par de años más que los estudiantes, al fin y al cabo, era un profesor. Además, todos estaban seguros de que en el futuro sería un catedrático de mucho éxito. Un científico ario de los que necesitaría la Gran Alemania que, en un futuro próximo, dominaría el mundo entero, que sería reconocido en su campo como una autoridad mundial.

Por ese motivo, los estudiantes nazis dejaron de empujar y maltratar a la muchacha y se volvieron hacia Maximilian Wagner.

La joven permanecía entre aquellos brutos con una mano en el pelo y la otra en la garganta como si quisiera pasar desapercibida. Mantenía la última posición que había adoptado para protegerse de las manos que le tiraban del pelo y de los duros dedos que se le clavaban en los hombros y el cuello. Miraba con ojos llenos de ira y miedo, despeinada y con las mejillas enrojecidas.

El joven asistente le ofreció la mano a la muchacha judía. Ella cruzó la brecha que se le abría empujando a los estudiantes y, sin aceptar la mano de Maximilian, se dirigió hacia él. Ahora caminaba

más erguida. Sus ojos llegaban a la altura de los hombros del asistente, aunque avanzaba con la mirada clavada en un punto por detrás de él, avergonzada de mirar a su alrededor porque ya era el centro de atención de todo el jardín.

—Pero usted es un alemán ario, ¿por qué protege a esta judía? —preguntó uno de los estudiantes nazis.

—Estoy impidiendo que una estudiante mía sea tratada de manera injusta —respondió Maximilian muy seguro de sí mismo—. Esta es la Facultad de Derecho, ¿lo han olvidado?

Los otros se dispersaron refunfuñando.

Poco después solo quedaron los dos en el centro del jardín, aunque todas las miradas estaban vueltas hacia ellos. Maximilian se volvió y miró a la muchacha a la cara. Se encontró con unos ojos tímidos y un tanto admirados.

—Nadia, ¿se encuentra bien?

—Muchas gracias. Ahora sí estoy bien, claro.

Mientras le señalaba el camino con la mano, Maximilian dijo:

—Vamos, tomemos un café.

Echaron a andar. En realidad, Maximilian estaba sorprendido de cómo podía comportarse con tanta tranquilidad y seguridad en sí mismo. ¿Cómo era capaz de mantener el control, de no ponerse nervioso a la vera de la chica a la que llevaba meses queriendo acercarse? Posiblemente porque tan sólo se concentraba en cumplir con su deber como ser humano y se le antojaba poco personal como forma de comunicación.

Sin embargo, llevaba semanas, incluso meses, pensando en Nadia cada día, cada hora. Cuando se acercaba a pocos metros de ella, todo su cuerpo y su espíritu se alteraban de repente, como si no pudiera controlarlos.

Cuando entraron juntos en el edificio de la facultad, Maximilian se llenó de alegría, pues sentía que estaba comenzando una nueva etapa en su vida. Esa tarde fue la primera vez que se sentaron frente a frente a tomar café. Con el café, pidieron un trozo de *Bienenstich* para compartir.

En ese momento el joven asistente se sentía muy a gusto porque lo único que le importaba era estar cerca de Nadia, pero en realidad se encontraban en un entorno muy desagradable. Los días cada vez iban a peor. Nadia veía que no podría asistir más a las clases y estaba muy triste.

—Yo le daré clases particulares —la consoló Maximilian—. Por favor, acepte. Esta injusticia me hierve la sangre.

Nadia tenía la cabeza gacha. Se mordió ligeramente los labios.

—Como dicen los nazis, usted es un alemán ario. ¿Por qué se

arriesga tanto?

—Antes que alemán soy un hombre de leyes —contestó—. Ahora el país está sufriendo una crisis, pero surgirán alemanes con la cabeza sobre los hombros. El pueblo alemán parará los pies a estos comportamientos, ya lo verá.

Nadia le miró a la cara con desesperanza. Era como si quisiera decirle algo y no lo consiguiera. Aunque lo miraba con agradecimiento y afecto, movía la cabeza como si estuviera preparando una respuesta negativa.

—Por favor —insistió él—. Permítame que le dé clases particulares, si no es por usted, para satisfacer mi responsabilidad moral. Pronto terminará esta locura y entonces podrá presentarse a los exámenes y continuar con su carrera.

—No sé…

—No quiero que corra riesgos por venir a la facultad. Los estudiantes que se dejan arrastrar por la ideología nazi se vuelven cada día más violentos. El otro día un profesor amigo mío me enseñó una carta que le habían enviado repleta de amenazas. Escribían cosas terribles. Si no quiere que me pase el día entero preocupado por usted, acepte mi oferta, por favor.

Era imposible no distinguir en el rostro de Nadia su gesto de indecisión y el miedo que pretendía ocultar sin conseguirlo. Poco después llegó la primera señal de que su resistencia empezaba a resquebrajarse.

—Si le parece peligroso que venga a la facultad, eso quiere decir que las clases no me las daría aquí.

—No; o sea, sí… No las daríamos aquí.

—¿Entonces?

Por la cara del joven se extendió una sonrisa alegre y por primera vez se atrevió a poner una mano sobre la de ella.

—No se preocupe. No piense en dónde. Las haremos en el lugar más seguro. Nadie podrá llegar hasta usted.

Una tarde días después Maximilian, emocionado, estaba llevando a cabo una serie de preparativos. Había cubierto con servilletas los vasos de zumo de fruta que estaban dispuestos en el cuarto de trabajo. Otra cubría un plato de galletas.

Cuando vio pasar a su madre ante la puerta, echó a correr para alcanzarla.

—¿Esta chaqueta va bien con el color de los pantalones?

—Sí, Max, te lo he dicho hace nada, estás muy guapo.

—Sí, me lo has dicho… Te iba a preguntar si me quito la chaqueta, hace buen tiempo… Si me quedo en mangas de camisa… ¿Y si me pongo otra un poco más oscura?

—Hmmm, sí, tienes una de un tono más oscuro, póntela.

El joven fue a su habitación a la carrera. Su madre lo llamó a sus espaldas.

—¡Max! ¿Cómo se llama esa muchacha a la que vas a dar clases?

—¡Nadia! Está a punto de llegar. Si viene mientras estoy en mi cuarto la recibes tú, ¿no?

—Por supuesto.

Su madre miró el reloj del pasillo. Quedaba más de media hora para que comenzara la clase. Sonrió con cariño.

A partir de esa tarde Maximilian empezó a darle clase a Nadia dos días por semana. También empezaron a verse con más frecuencia fuera de las clases. Se encontraban en cuanto tenían oportunidad. Aunque Nadia casi nunca mostrara intención de quedar con Max, aceptaba sus propuestas sin demasiadas reticencias.

Una tarde de un fin de semana el sonido acompasado de cuatro instrumentos se extendía por el salón. Dos violines, una viola y un violoncelo. Maximilian y sus amigos se reunían cada semana para tocar. En las últimas sesiones el cuarteto había contado con una invitada: Nadia.

Ese día interpretaban la *Serenata* de Schubert. Mientras aquella música tan emotiva seguía fluyendo, la joven se puso en pie y salió al balcón. Este daba a la parte de atrás de aquel edificio que pertenecía a la universidad y desde él se divisaba el jardín desierto. Como no era día lectivo nadie le había puesto impedimentos a Nadia para entrar. Ella se quedó allí, en el balcón, dando la espalda a los jóvenes músicos, sin moverse.

Cuando terminaron la pieza Max también salió. La tomó de los hombros y la volvió hacia sí con delicadeza. De repente, el corazón del joven asistente se inflamó. Los hermosos ojos de Nadia estaban llenos de lágrimas. Ella, sin decirle nada, lo miró a la cara, luego lo abrazó y empezó a sollozar.

Max esperó a que se calmara un poco y le preguntó:

—¿Qué es lo que te entristece?

Como no obtuvo respuesta, continuó:

—¿Que el compositor sea austriaco, como Hitler?

Nadia no estaba en condiciones de hablar.

—Más tarde te lo contaré.

Unos días después, durante una de las clases particulares en su casa, Max recordó su llanto y volvió a preguntarle por el motivo.

—Puede que lo que voy a decir suene absurdo —contestó ella dócilmente—, pero ese nivel de belleza produce en mí, junto con el gozo, una sensación de dolor. Puede que sienta que se sobrepasan los

límites del ser humano. Caigo en un vacío existencial. ¿Cómo puede crear nadie algo parecido, cómo? ¡Es la voz de Dios!

Ese fin de semana, Nadia no acudió al ensayo del cuarteto. Max inició una conversación con sus compañeros sobre cómo existen personas a las que la música les afecta más que a otras.

Discutieron sobre cómo la música emociona de distinta manera a unos y a otros. Hablaron de cómo Tolstói, autor de la *Sonata a Kreutzer*, era incapaz de escuchar música tanto mientras trabajaba como en algunos momentos especialmente sensibles de su vida. Como le afectaba tanto, decía que la música sacudía los cimientos de su ser y que sus sentimientos se volvían como hojas atrapadas por la tormenta, así que no podía oírla.

Max les dijo que Nadia era una de esas personas. Que no percibía la música como «sonidos bonitos», como los demás, sino que le sacudía los cimientos de su propio ser.

Después de la sesión, mientras se separaban, Max les reveló la decisión que había tomado: compondría una serenata para Nadia. Una serenata en la que pondría todo su talento musical y su corazón. A partir de entonces, ese sería su objetivo en la vida.

Max y Nadia empezaron a pasar mucho más tiempo juntos. Iban a restaurantes, paseaban de la mano por los parques. Para cualquiera que los viera componían una imagen interesante. Un hombre alto y rubio y, junto a él, una muchacha delgadita, frágil, de largo pelo negro y ojos verdes. Nadia tenía un aspecto que no se parecía al de ninguna otra mujer. Era como si fuera del norte y del sur al mismo tiempo. El único lugar al que no podían ir juntos era a los salones de conciertos. Una noche fueron a un concierto para escuchar la quinta de Beethoven dirigida por un famoso director de orquesta. Nadia se pasó el concierto sudando, con las manos aferradas a los brazos del asiento, y cuando llegó el momento en que ni siquiera era capaz de respirar, Max se vio obligado a sacarla de la sala ante las miradas reprobatorias de los espectadores. Cada día que pasaban juntos el amor de Max se convertía en una pasión mayor, pero había algo que no comprendía: el sistema nervioso de Nadia era delicado en extremo y aquellas tormentas sentimentales que la atrapaban tan a menudo la hacían temblar como a una hoja en otoño.

Por aquellos días Max empezó a releer *Las penas del joven Werther*. La novela le había gustado cuando la leyó en su primera juventud, pero no había logrado entender cómo había provocado una epidemia de suicidios entre los jóvenes. Sin embargo, ahora sí lo entendía. Así que había que estar profundamente enamorado para alcanzar el significado más profundo de la obra. Y ahora él se encontraba en esa situación. Nadia estaba presente en cada instante de sus días y sus noches. Mientras daba clases en la facultad pensaba en ella, mientras

tocaba el violín imaginaba su cara, cada noche se acostaba diciendo: «Buenas noches, querida», y por las mañanas se levantaba con un «Buenos días, Nadia», cada momento de su ausencia lo veía como horas perdidas que eran difíciles de soportar. Su único consuelo era trabajar en la serenata. Puede que fuera una locura atreverse a hacerlo después de que un gigante como Schubert hubiera compuesto la que quizá era la más famosa serenata de la historia de la música, pero eso no le desanimaba y no dejaba de probar armonías y pasarlas al pentagrama con el magnífico piano Bösendorfer que su madre tenía en el salón.

Schubert había escrito su obra en 1826. La mañana de un domingo de verano, paseando por los jardines de Zum Biersack, Schubert vio a su amigo Titze sentado a una mesa y fue a acompañarle. Titze tenía un libro abierto ante él. Schubert lo cogió y empezó a hojearlo. Se detuvo en una página, le mostró un poema a su amigo y le dijo: «Se me ha ocurrido una melodía muy dulce, ojalá me hubiera traído papel para anotarla». Doppler, otro amigo, trazó un pentagrama detrás de un billete de tren. Y Schubert escribió aquella melodía inmortal entre los violines que sonaban en el jardín, los camareros que corrían de acá para allá y la multitud de gente que se divertía. La obra original estaba pensada para ser cantada.

Se trataba de un precedente de mal agüero para Maximilian. Inevitablemente, la obra que estaba componiendo se compararía con la de Schubert y las conclusiones no serían nada favorables para él, pero seguía insistiendo en que el título de su obra sería *Serenata*. No obstante, ni él mismo estaba seguro del motivo. ¿Por qué *Serenata* y no sonata u otra cosa parecida? No era la única forma posible para una obra musical. La única respuesta que encontraba cuando se lo preguntaba a sí mismo, era: «Porque me sale así de dentro».

(Aquí me veo obligada a intervenir como Maya porque ese mundo que describe Maximilian me resulta tan ajeno que es como si no fuera capaz de creérmelo. De no haberlo oído de labios de un hombre tan respetable y que sufría tanto, posiblemente no le habría hecho caso pensando que exageraba. Gente que se suicida por un libro, jóvenes inflamados por la imagen de la amada, que componen serenatas. En el mundo de hoy, eso es imposible. Me parece incluso cómico pensar que pudieran hacer cosas así Ahmet, Tarık y hasta Kerem cuando sea mayor. O puede que el romanticismo resulte contagioso. Esto sólo se puede explicar por la época. Posiblemente exista lo que llaman «el espíritu de los tiempos». En fin, regresemos a nuestra historia.)

Hannelore, la madre de Maximilian, era una buena pianista. En aquella época las familias ricas no descuidaban la música en la

educación de sus hijos. Y Hannelore había recibido clases desde niña de los mejores maestros hasta convertirse en una pianista extraordinaria. Una tarde Maximilian le entregó a su madre la obra que había terminado y le pidió que la tocaran juntos. La madre al piano y el hijo al violín interpretaron la obra por primera vez. Así resolvieron juntos un par de problemas relativos al *tempo* y a la armonía.

Nadia iba esa noche a cenar con ellos. Pasaron una velada agradable en torno a la larga mesa. Tuvieron cuidado de no hablar ni de política ni de la tensión en ascenso que se apoderaba del país. En especial, se cuidaron de mencionar la cuestión judía. Después de cenar pasaron al salón y mientras tomaban café Hannelore dijo: «Max ha compuesto una obra muy bella».

Al tiempo que se disculpaba por interrumpir a su madre, Maximilian añadió:

—Y yo te iba a pedir que la tocáramos.

Hannelore se sentó al piano, Max tomó el violín y comprobó que estuviera afinado según el piano. Luego empezaron a tocar juntos. Una música muy impactante y sentimental se extendió por el salón. Nadie hacía un ruido.

Albert, el padre de Maximilian, escuchaba la pieza con gran placer, pero la digna de ver era Nadia. Se emocionaba, se mordía los labios para no llorar, se le aceleraba la respiración, el rostro se le enrojecía. La arrebataba un tifón de sensaciones, pero hacía un esfuerzo extraordinario para no demostrarlo ante aquella familia que no era la suya. Por fin Maximilian y su madre terminaron la pieza y su padre y Nadia aplaudieron. Max se puso en pie.

—Posiblemente, hasta hoy nadie haya hecho una propuesta de matrimonio con la ayuda de su madre, pero yo la voy a hacer. —Y se volvió hacia Nadia y le preguntó—: Nadia, ¿quieres casarte conmigo?

Aquello fue demasiado para Nadia. Se levantó, ocultó la cara entre las manos para que no vieran las lágrimas que le brotaban de los ojos y echó a correr hacia el jardín. Los padres, estupefactos ante semejante escena que les presentaba su hijo, sólo fueron capaces de mirarlo correr tras Nadia.

Max llegó junto a ella, que se había refugiado en el cenador del jardín en penumbra. Abrazó su cuerpo estremecido de forma que descansara la cabeza en su hombro.

—Lo digo en serio, Nadia. Cásate conmigo, por favor.

Luego, por primera vez, la besó en los labios.

La noche siguiente un silencio preocupado había caído sobre la casa de los Wagner. Maximilian estaba sentado en un sofá escuchando

las breves frases que le decían sus padres entre largas pausas, sin darles ninguna respuesta.

Sentados en sendos sillones, aquella pareja madura exponía sus preocupaciones dejando claro sin lugar a dudas que su principal prioridad era su hijo. Eran de ideas liberales y, en principio, no se oponían a que Max se casara con una judía.

—Sé que para ti sería una decisión muy dolorosa renunciar a este matrimonio —decía su madre.

Se producían largos silencios.

—No obstante —continuaba Albert—, sería aceptable comparado con el dolor que podríais sufrir durante años en caso de casaros.

Maximilian permanecía sin responder, simplemente escuchaba, como si esperara a que sus padres terminaran de hablar.

Aquellas tensas conversaciones llevaban varios días repitiéndose con intervalos.

—No dejarían tranquila a tu esposa —le advertía Albert—, ni tampoco a su familia. No dejarían pasar la oportunidad de castigarlos por haberse casado con un ario.

—Además, a saber cómo sería el país en el que vivirían vuestros hijos —añadió de inmediato su mujer—. Quizá se pasen la vida en peligro y siendo desgraciados.

Por primera vez Maximilian respondió a sus padres:

—Me casaré con Nadia. Ella me aceptó anoche.

La madre pareció haberse tragado la lengua. No supo qué decir. Miró a su marido como buscando ayuda. Y él meditó profundamente, como si acabara de acontecer una noticia de gran importancia, como si hubieran aparecido nuevos datos a considerar. Se inclinó, apoyó los codos en las piernas, puso la barbilla entre las manos y pensó un poco más. Luego se incorporó de repente.

—Entonces, ¡lo mejor será que celebremos la boda!

La mujer lo miró como si los ojos se le fueran a salir de las órbitas. En ese momento Max empezó a sonreír. Y cuando su padre se le unió, la sonrisa se convirtió en una auténtica carcajada. Al final, también su madre se echó a reír. Los tres rieron largo rato, casi sin aliento.

—En realidad, sabía que no iba a dar su brazo a torcer —dijo la madre con lágrimas en los ojos— porque también él es un Wagner. Conozco bien a esta familia. En cuanto se les mete algo en la cabeza…

No se podía saber si sus lágrimas eran de alegría o de tristeza.

Poco después, Albert los mandó callar. Esperó un momento para que vieran que iba a hablar en serio y planteó una única condición:

—Pero te pido que os mudéis a otra ciudad y que ocultéis en lo posible que Nadia es judía. Nadie dudará de ella como *frau* Wagner.

La sugerencia fue aceptada de inmediato. Luego visitaron a la

familia de Nadia. Su padre era un sastre originario de Rumanía. Vivían en los suburbios, en una casa de dos pisos medio ruinosa. La familia habitaba la parte de arriba e Isaac, el padre, utilizaba el piso inferior como taller, en el que arreglaba ropa vieja, achicando y agrandando trajes y vestidos. Sobre la puerta se leía «Schneider». Desde el boicot a los judíos no le quedaban muchos clientes.

Aceptaron la decisión de los Wagner con alegría también, pero, sobre todo, con bastante preocupación.

Unas semanas más tarde celebraron una boda íntima por el rito católico en el jardín de la mansión de los Wagner. En la ceremonia no hubo rabino, sino sacerdote, aunque cuando terminó y todos se retiraron, ambas familias celebraron también los ritos judíos entre ellos.

Nadia y Maximilian se pusieron bajo la *jupá*. Ambas familias les sirvieron unas copas de vino tras bendecirlas y ellos rompieron una. Se leyeron fragmentos del antiguo testamento y cumplieron con las costumbres judías, como que Max se pusiera la *kippa*, la lectura de la *ketuba* y las «siete bendiciones».

Cuando el novio se puso en pie todos entendieron que se disponía a hacer algo importante. Bajo las atentas miradas de los presentes en el jardín, Maximilian cogió el violín de donde lo había dejado a propósito. Hannelore se sentó al piano, que habían sacado al jardín a tal efecto. A ambos lados de aquel Bösendorfer de cola ardían las velas de sendos candelabros.

Mientras Max y Hannelore tocaban, Nadia vertía lágrimas como gemas. Acabó la pieza y la música se acalló. Maximilian esperó a que cesaran los aplausos y entonces descubrió el título de lo que acababan de interpretar:

—*Serenade für Nadia*.

Aquella boda habría sido una ceremonia impensable bajo el régimen nazi y la familia de Nadia quedó muy satisfecha. Los católicos Wagner se comportaron con tolerancia consintiendo a todo.

Como los judíos habían estado oprimidos desde antiguo, sus padres le habían dado a Nadia otro nombre que pudiera compartir con los cristianos: Katharina.

Decidieron que a partir de ese momento usarían el nombre de Katharina ante los demás y así se lo recordaron a ambas familias.

Poco después de la boda Maximilian empezó a trabajar para la Universidad de Heidelberg y se trasladaron a aquella bella ciudad. En poco tiempo se forjaron allí una vida agradable.

Frau Katharina Wagner era un buen nombre alemán.

En la universidad no había ningún judío. De hecho, ni siquiera

quedaban de antes. Algunos amigos suyos se habían marchado a Estambul. Les hablaban muy positivamente de la vida en aquella ciudad en las cartas que les llegaban con meses de retraso vía Marsella.

Los recién casados llevaban una vida respetable como el señor y la señora Wagner. Así pasaron meses, años, aunque por las noches discutían medio preocupados y temerosos sobre la situación del país. No podían creerse cómo se había llegado a tanto. Como muchos otros, también ellos se habían autoengañado. El Tercer Reich no se había desplomado en unos años, como habían creído; al contrario, cada vez se hacía más fuerte. Y se oía decir que estaban llevando a los judíos a campos de concentración.

Entretanto, el padre de Nadia tomó la repentina decisión de llevarse apresuradamente a toda la familia a Rumanía. Los Wagner lo recibieron como una buena noticia, al menos así salvaban la vida. Se pusieron en marcha sin avisar a nadie, para evitar posibles impedimentos.

Ahora los nazis defendían abiertamente sus políticas inhumanas porque la mayoría de los que los apoyaban ya no lo hacían por error como antes. Iba en aumento el número de ciudadanos que los respaldaban conociendo cómo eran, en otras palabras, concediéndoles su aprobación.

Todavía se oían voces aisladas que criticaban las políticas nazis. No obstante, se cuidaban de que su oposición no fuera efectiva recurriendo a todo tipo de medidas, al tiempo que, de forma magistral, se ofrecía una imagen democrática.

La noticia de un atentado en París fue usada por los nazis como el suceso que llevaban tiempo esperando. Un joven polaco de diecisiete años disparó a un funcionario de la embajada alemana en protesta por el trato que habían recibido sus padres.

Aquello fue utilizado por los nazis como un ataque de los judíos. La tensión fue en aumento. Se empezó a hablar de atentados preparados contra la raza alemana, de que había que impedirlos y de que era necesario vengarse.

Maximilian y «Katharina» Wagner seguían los acontecimientos con inquietud y el estallido social que temían comenzó la noche del 9 de noviembre de 1938. Los grandes tumultos que continuaron hasta la tarde del día siguiente pasaron a la historia como uno de los días de mayor vergüenza para Alemania y la humanidad.

Al final de los altercados, miles de negocios que pertenecían a judíos habían sido saqueados y había cientos de heridos. Murieron noventa y un judíos. Al acabar aquella noche que llamaron la *Kristallnacht*, el sol naciente y las llamas de los incendios se reflejaban en los escaparates rotos en el suelo, que brillaban como cristal de roca.

De hecho, fue por ese motivo por el que le dieron aquel nombre, que significa «Noche de los cristales rotos».

Ese día también se incendiaron sinagogas e incluso se profanaron cementerios.

El profesor Maximilian Wagner se dirigía a la universidad llevando del brazo a su esposa, muy elegante en su vestido de noche.

—Querida, todavía puedes dejarlo. Regresemos si quieres, te acompaño hasta casa.

—Ay, Max, esta vez no me queda más remedio que ir. Tú mismo me decías el otro día que apenas asisto a estas ceremonias. Ya voy poco a las de los demás, pero si no voy a una que se celebra en tu honor no tendremos forma de explicarlo.

El profesor Wagner era muy querido en la universidad. En un breve plazo de tiempo había conseguido los títulos de adjunto y después de catedrático. Continuamente ascendía en su posición en la universidad y, en consecuencia, se le reconocían más oportunidades. Cada promoción de un miembro del personal académico, cada éxito que se conseguía era una excusa para reunirse, divertirse y celebrarlo con champán. Aquellas reuniones eran en parte privadas, pero también oficiales.

Esa noche se reunían para celebrar el éxito de la nueva obra que Maximilian acababa de publicar. En el cóctel todos se saludaban y se dirigían amables cumplidos.

Una funcionaria de la universidad subió al estrado para anunciar el programa de la velada, que era bastante breve. Después invitó al rector al estrado para que se dirigiera a los presentes.

El rector se limitó a decir generalidades y tópicos. Dio alguna información sobre los trabajos del profesor Maximilian Wagner. Cuando se acercaba al final de su discurso elevó la voz de una manera que, claramente, seguía las últimas convenciones sociales. Al tiempo que intentaba parecer entusiasta, habló sobre la superioridad de los científicos de raza alemana y felicitó a Maximilian Wagner como ejemplo de ello.

Justo en ese momento, un camarero que esperaba con una botella de champán en el centro del salón la abrió con un estallido. Los aplausos se elevaron junto con el champán que brotaba de la botella. El rector y los demás profesores empezaron a servirse.

A la mínima oportunidad, todos se acercaban a Maximilian para felicitarle.

La funcionaria volvió a subir al estrado para clausurar la ceremonia y leyó un mensaje enviado por el Ministerio de Educación. En cuanto terminó, todos los del salón extendieron el brazo derecho

con firmeza y gritaron desaforadamente *Heil Hitler*!

Katharina estaba angustiada. ¿Se habría dado cuenta alguien de que ella no había saludado? De hecho, en los últimos tiempos se habían enterado de que habían surgido ciertos rumores. Mientras tanto, la antipática mujer del estrado repitió algunas frases del mensaje del ministerio y todos volvieron a pasarse la copa a la mano izquierda y a gritar *Heil Hitler*!

Esta vez también Katharina levantó el brazo con violencia. Con tanta que sintió un dolor en el hombro. Gritó con todas sus fuerzas:

—*Heil Hitler*!

Dobló el brazo por el codo acercándoselo al cuerpo y luego lo volvió a estirar con brusquedad. Saludó de nuevo, con más fuerza que la vez anterior. Y gritó con una voz tan alta como para que le doliera la garganta:

—*Heil Hitler*!

Las lágrimas le corrían por la cara. Maximilian Wagner se acercó a su esposa, que temblaba tensa. La tomó con dulzura del brazo y se lo bajó. Poniéndole la mano en el hombro la condujo hacia la puerta.

Salieron sin despedirse de nadie. Todos observaron comprensivos que se fueran así, entendían la emoción que los aquejaba y, sobre todo, compartían los sentimientos de la mujer alemana que tan orgullosa estaba de los éxitos de su marido. Era lo que comentaban con una sonrisa.

Al entrar en casa Nadia recuperó su voz:

—Lo siento, querido.

Max se inclinó y besó con cariño la húmeda mejilla de su esposa.

Otro día Max entró en casa llevando el pan y el periódico. Besó a Nadia, que lo recibió en la puerta. Después de dejar el pan en la cocina, pasaron al cuarto de atrás. Era la habitación más alejada del piso de los vecinos. Tenían cuidado de pasar las tardes allí para poder comentar las noticias del periódico con tranquilidad.

Leyeron una columna en la que el autor afirmaba que a los judíos se les podía reconocer por el olor. Se rieron de nuevo con amargura. Habían tomado por costumbre reírse después de cada noticia o comentario que leían.

Max dejó el periódico y se enderezó en el sillón. Miró con ojos admirados y llenos de amor a su esposa, que leía el diario. Luego alargó el brazo y pasó lentamente la punta de los dedos por el rostro de la mujer, empezando por el cabello. Al llegar al cuello se inclinó y le rozó los labios.

—Puede que el tipo ese tenga razón —dijo—. Yo te reconozco por el olor. Para mí es como una terapia.

Esta vez Nadia no se rio.

—¡Están investigando los matrimonios entre arios y judíos, Max! Hace tiempo que en otras ciudades ya han empezado —continuó con un gesto lleno de dolor—: No nos dejarán vivir aquí.

—Lo sé, vida mía. Pero todavía nadie ha intentado realizar una investigación parecida en la universidad. De hecho, admiten que pertenecemos a la clase más segura. Todavía no hay peligro.

A Nadia le dolía la cabeza y se la sujetó con las manos. A esas alturas podía ver cómo había aumentado el peligro incluso a través de las charlas de las mujeres en las casas y en el mercado. También era consciente de que su marido la consolaba quitando continuamente importancia al peligro. Con todo, no podía ocultarle cómo el cerco se iba estrechando cada día que pasaba. Todo se había salido de quicio.

Nadia oía todo tipo de rumores relativos a gente de la que se afirmaba que ocultaban su identidad y se presentaban como alemanes. Hasta corrían por ahí historias de personas que, aun siendo alemanas, habían sido arrestadas y enviadas a los campos por error.

La joven ya no podía soportarlo más. No quería seguir viviendo así.

Que pudieran encerrarla en uno de esos campos le aterrorizaba, simplemente por el hecho de estar lejos de Max. No podía ni imaginarse que un día pudiera no ver a su marido.

Y, lo más importante, sentía que sería Max quien no podría vivir lejos de ella y se comportaba con sumo cuidado para que no la atraparan y él no tuviera que experimentar el dolor de la separación.

Además, iban a tener un hijo. Habían pasado al menos dos meses y ahora estaba completamente segura.

Sus preocupaciones y sus miedos iban en aumento. Debía de haber llegado algo a los oídos de los compañeros de universidad de Max porque iban cortando sus relaciones con ellos uno a uno. Por mucho que Max dijera que los consideraban de confianza, estaba claro que la realidad no era exactamente así.

De hecho, no existía nadie de confianza. Todos sospechaban de todos. Un día el rector de la universidad invitó a los profesores a «jurar su fidelidad a Hitler». Y él se negó.

A esas alturas era muy difícil que encontraran refugio en Alemania.

Hablaban de aquello durante horas. Ambos se daban cuenta de que hacía tiempo que habían tomado la decisión de marcharse. Pero aquella necesidad de marcharse se la explicaban el uno al otro como si todavía estuvieran tratando de decidirse. Unos días antes habían hablado del mismo tema con los padres de Maximilian. Ellos también pensaban que lo mejor era que la joven pareja se marchara del país.

—Muy bien, ¿y adónde iremos? ¿Dónde viviremos? —preguntó Nadia.

—A Estambul… Podremos iniciar una nueva vida. Al fin y al cabo, tenemos amigos allí.

De los trámites para conseguir el pasaporte y los visados necesarios para salir del país se encargó el padre de Maximilian, que tenía conocidos influyentes en Berlín. Le vendieron las cosas de la casa a un vendedor de muebles viejos que no los conocía, en la otra punta de la ciudad. El profesor Wagner dimitió de su puesto en la universidad alegando razones familiares.

Un sábado subieron al tren e iniciaron su viaje a París. Lo último que el profesor hizo antes de partir fue enviar una carta desde el buzón de la estación. Se trataba de una carta dirigida al rector. Nadia no había podido impedirle que la escribiera, a pesar de que lo intentó.

Max consideraba un deber ineludible enviar aquella carta, que creía que tendría una importancia histórica. En ella criticaba el régimen del Tercer Reich, abominaba de las políticas racistas de Adolf Hitler y precisaba que se sentía orgulloso de tener una mujer judía.

Cuando el tren se puso en marcha hacia París hablaron de cómo pasarían allí una semana y luego seguirían hacia Estambul en el Simplon Orient Express. Sentían la alegría de estar comenzando una nueva vida. Estaban sentados a una mesa del bonito y elegante vagón restaurante, donde todos los camareros llevaban pajarita.

—¡Por los buenos días futuros!

Maximilian bebía champán. Estaba de celebración. Nadia acompañaba a su esposo con agua. No sólo estaba embarazada, sino que, posiblemente por la tensión, en los últimos tiempos le dolía la cabeza con frecuencia. Y esa tarde se le había repetido el dolor.

El tren se detuvo en la frontera, la estación estaba llena de nazis. Parecían una manada de lobos con sus gorras, sus cruces gamadas y sus abrigos de piel.

Nadia se había presentado como Katharina a un par de personas que habían conocido en el tren. Ya quedaba muy poco para la frontera. Pronto, a cualquiera que le preguntara su nombre, podría responderle orgullosa: «Nadia».

Maximilian entregó a los nazis los pasaportes y los visados de ambos. Estaba tranquilo porque todo había sido preparado a la perfección. El nazi que los controlaba ni siquiera los miró con atención. Tal y como suponía, aquel tipo desagradable selló los documentos y se los devolvió. Luego él y su compañero le desearon buen viaje a Maximilian y siguieron adelante. Incluso saludaron a *frau* Wagner llevándose amablemente la mano a la visera.

Puede que aquellos fueran los últimos nazis que vieran en su vida. Tampoco iban a echarlos de menos. Ni siquiera miraron cómo se

marchaban. Continuaron la conversación donde lo habían dejado. En ese momento les trajeron los postres.

Pero Nadia no dejaba de frotarse las sienes. Max le llenó un vaso de agua.

—Vamos, querida, tómate la medicina antes de que vaya a más.

—No la tengo aquí, me la he dejado en la maleta. Voy a por ella.

—No, yo te la traigo.

Max se levantó. Acarició un poco las sienes de su mujer.

—Ya verás, cuando lleguemos a Estambul los dolores de cabeza se te pasarán. Porque los causantes son estos días tan angustiosos que estamos viviendo.

Le dio una palmadita en el hombro como diciéndole «Espera aquí» y se alejó de ella. Su compartimento estaba tres vagones más allá. Era fácil atravesar los pasillos porque el tren aún no estaba en marcha.

Llegó al compartimento, abrió la maleta de Nadia y empezó a buscar los medicamentos. En ese momento el tren arrancó. Al final encontró la medicina en un neceser. Chocando a izquierda y derecha en los pasillos atravesó los tres vagones del tren, que iba cada vez más rápido, hasta regresar al restaurante. La comida y las bebidas estaban tal y como las había dejado. Se sentó a la mesa. Nadia no estaba, seguro que había ido al servicio. Mientras la esperaba bebió un sorbo de champán. Dejó la medicina junto al vaso de agua que poco antes había llenado para Nadia.

El tren avanzaba a toda velocidad en la oscuridad de la noche. Era como si, después de salir de la Alemania nazi, su traqueteo hubiera cambiado y se hubiera convertido en un sonido alegre. Ya habían pasado a territorio francés. No volverían hasta que aquellos tipos fueran derrotados. El profesor estaba decidido: forjaría para Nadia la mejor y más tranquila vida en un país neutral y le daría la felicidad que se merecía.

Pasó un rato. Nadia seguía sin aparecer. Las miradas huidizas que los presentes en el comedor le lanzaban a Max componían un cuadro cada vez más extraño. Después de esperar un poco fue al lavabo a la salida del vagón y llamó a la puerta.

—Nadia, ¿estás bien, querida? —la llamó.

Enseguida se abrió la puerta y salió un hombre muy elegante con esmoquin. Max se dirigió al camarero.

—¿Recuerda a la señora que estaba cenando conmigo?

—Claro, *herr* Wagner.

—¿Dónde está?

—La Gestapo de la frontera la hizo bajar del tren.

—¿Quéééé?

—Sí, precisamente. Después de que usted se fuera, vinieron y se

llevaron a *frau* Wagner.

Parecía que decirle aquello le provocaba un secreto placer. Bajo su falsa amabilidad debía de ocultarse un nazi cruel y aquello le estaba divirtiendo.

—O sea, ¿me está diciendo que mi esposa se ha quedado en Alemania?

—Sí, *herr* Wagner, así es, por desgracia.

—Quiero volver.

—No puede, *herr* Wagner. Queda mucho para la próxima estación.

Maximilian, poseído por el horror, corrió hacia la locomotora. Como no consiguió ningún resultado del maquinista a pesar de implorárselo, tiró de la alarma del pasillo. El tren se detuvo con violencia, con una sacudida que lo estremeció todo.

—¿Qué está haciendo, *herr* Wagner? —le increpó el revisor, que había llegado a toda prisa—. ¡Ha parado el tren en medio del campo a medianoche! Aunque se bajara aquí, no habría nada que pudiera hacer.

Justo en ese momento Max vio detrás de él al médico del tren. Con un movimiento preciso como un bisturí, le clavó una jeringa en el brazo. Aquella fue la última imagen que Maximilian vio esa noche. De inmediato sintió un dolor en el brazo y se desmayó. El maquinista había decidido que lo anestesiaran después de que anduviera por ahí como un loco, gritando y chillando, y de que, por fin, tirara de la alarma y detuviera el tren.

Cuando volvió en sí estaba en su compartimento. Le dolía la cabeza. Al querer levantarse se dio cuenta de que lo habían esposado a la cama.

Lo que le había sucedido era terrible. Increíble. Se encontraba en territorio francés. Y Nadia se había quedado en manos de la Gestapo. Quería volver de inmediato. Empezó a gritar de nuevo. Cuando se abrió la puerta, vio que entraba el encargado de la seguridad del tren.

—¡Desáteme!

—No se preocupe, le desataremos en París —le dijo el de seguridad —. Haciendo uso de nuestras prerrogativas legales, nos hemos visto obligados a administrarle un tranquilizante y esposarle porque estaba poniendo en peligro la seguridad del tren y de los demás pasajeros.

—¡Desátemeeeee!

En París llamó a Alemania en cuanto bajó del tren, pero su padre hablaba de una manera muy extraña. Respondía con frases que no tenían nada que ver con lo que Maximilian le decía, como si estuviera hablando con un amigo que le hubiera telefoneado el día anterior.

—¡Qué dices, papá, no te entiendo!

—Sí, amigo mío, yo le llamaré tan pronto como pueda.

—Estoy en París, papá. ¿Has entendido lo que ha pasado en el tren?

—Claro, de acuerdo. Hagámoslo así. Lo mejor es que usted vaya allí. Sí, es lo mejor.

—Papá, ¿quieres decir que regrese? No puedo. Le escribí una carta al rector que…

—¡La Gestapo está aquí! —le replicó su padre convirtiendo su voz en un susurro. Así que por un instante había encontrado la manera de hablar. Pero enseguida volvió a su tono anterior de voz—: Sí, Curt, amigo mío, como te he dicho, cuando llegues allí nos pondremos en contacto, ¿de acuerdo?

—Entiendo, papá. Bien, me voy a Estambul. ¡Papá! ¡Encuentra a Nadia, te lo ruego!

Lo único que podía hacer en París era esperar el tren de Estambul. Max estuvo errando por las calles de aquella ciudad en la que nadie le conocía mientras las lágrimas le corrían por las mejillas. No comía ni bebía, no se sentaba en ningún sitio a descansar. Concebía la esperanza de que si se cansaba mucho quizá pudiera dormir en el tren, mantenerse cuerdo y llegar a Estambul sin perder la cabeza. Quería vivir. Tenía que vivir por Nadia.

En la estación de tren de Sirkeci, en Estambul, un grupo de gente, mayoritariamente judíos, esperaban a un viajero. La noticia de la llegada del profesor Wagner le había precedido y sus amigos corrieron a la estación para recibirle.

Aunque sabían que descendería del tren un hombre agotado por el viaje y entristecido, cuando lo vieron no pudieron ocultar su asombro. En lo que había tardado en llegar a Estambul, Maximilian se había convertido en un cadáver viviente.

De repente todos los movimientos en la estación se refrenaron. La gente actuaba como si estuviera en un funeral. Ante el viajero se formó una pequeña cola. En un ambiente de duelo fueron abrazándole por turno para darle la bienvenida.

El profesor tenía que salvar a Nadia. Lo conseguiría aunque le costara la vida. Regresaría a Alemania si servía de algo. De ser necesario, sacrificaría su vida y mataría a Hitler. De hecho, cada noche lo mataba de una manera distinta.

No hablaron de nada de eso. Maximilian no les contó nada. No era necesario, todo era evidente y no había nada más que explicar. Los conocidos del profesor vivían en Bebek en su mayoría, a la orilla del mar. Primero lo instalaron en el Pera Palace. Unas semanas más tarde le alquilaron una casita cerca de la universidad, porque tampoco necesitaba nada grande mientras no llegara Nadia.

En la casa primero dispuso las cosas de su mujer. Abrió la maleta, planchó la ropa de su esposa y la colgó cuidadosamente en el armario, colocó los zapatos, puso los perfumes y cremas delante del espejo de la cómoda. Incluso dejó sobre la mesilla de noche del lado en que ella se acostaría aquel maldito medicamento para el dolor de cabeza. En las paredes colgó las fotografías de ella sola y las que se habían hecho juntos, incluidas las de la boda.

Todo estaba listo. Sólo faltaba Nadia. Maximilian iba y venía de la universidad como un robot, daba sus clases y aprendía turco. Todos sus esfuerzos se enfocaban en averiguar dónde se encontraba Nadia, pero era algo muy difícil en las circunstancias de aquellos tiempos. Cualquier carta que enviaba tardaba seis meses en llegar, incluyendo su paso por la censura. A pesar de toda su influencia, tampoco el padre de Max conseguía nada. Nadia era inalcanzable. Además, al aceptar una nuera judía habían corrido un riesgo enorme y su situación no era tan segura como antes.

Si sólo hablaba de Nadia no era posible que el profesor Wagner mantuviera una comunicación fluida con quienes acababa de conocer en Turquía o con sus viejos amigos. Sobre todo se comentaban las noticias de la guerra. Toda Turquía estaba concentrada en ello.

Turquía era un país que permaneció neutral e intentaba llevarse bien con todas las partes, incluida Alemania. İnönü, que se había convertido en presidente de la República tras la muerte de Atatürk al día siguiente de la *Kristallnacht*, hacía oídos sordos a las sugerencias de Churchill de entrar en la guerra y mantenía al país fuera de ella obstinadamente.

Pero en la prensa y en los círculos políticos, incluso en el gobierno, existía una gran admiración por Alemania. Cuando llegaban noticias de las victorias de los ejércitos de Hitler en Ankara se veían diputados que se abrazaban y se felicitaban. Como si fuera su propio ejército el que estuviera combatiendo.

Turquía proveía a Alemania del cromo que necesitaba para la guerra. En Estambul se había creado una «Oficina de Información de Alemania», que era bastante efectiva en explicar las tesis alemanas. Maximilian y sus amigos, como exiliados, estaban relegados por la comunidad alemana residente en Turquía.

Los otros se reunían en la Teutonia-Haus y celebraban fiestas en la residencia de Tarabya. El entorno de Max no tenía nada que hacer allí. Al contrario, el gobierno alemán presionaba al turco para que los devolviera. Adolf Hitler designó un enviado especial para que preparara informes sobre ellos y ejerciera presión sobre las autoridades turcas: ¡Scurla!

Scurla era un hombre extraño.

Aunque la vida de Maximilian transcurriera entre diversos temas tanto en la universidad como en los locales en que se reunían, para él sólo existía uno en realidad: encontrar a Nadia y salvarla. Con ese objetivo buscaba enloquecido cualquier solución y su búsqueda de consejo le llevó a Notre Dame de Sion, un colegio famoso en Estambul. Notre Dame de Sion era una institución que impartía enseñanza en francés en un hermoso y antiguo complejo de edificios en Harbiye. Algunas amigas de Max habían estudiado allí. De hecho, en cierta ocasión había ido a la iglesia del Espíritu Santo, en el interior del complejo del colegio, para la boda de su amiga Şebnem, que se casaba con un italiano y se había graduado allí. Le llamó la atención que en aquella maravillosa iglesia hubiera tantas imágenes de la Virgen María y se le concediera tan poco lugar a Jesucristo.

Era algo que había estado investigando con anterioridad. Los fundadores de aquella orden religiosa eran de origen judío. Un judío llamado Theodore Ratisbonne había llegado al cristianismo a través de la filosofía, se ordenó sacerdote y fundó Notre Dame de Sion en París en 1850. Como le debía su existencia a la Virgen María, le dio su nombre a la orden. Su lema era «un corazón, un alma». Se mantenían cercanos al judaísmo.

El profesor acudió allí porque se enteró de que ayudaban a los judíos que se encontraban en dificultades en aquellos años de guerra. Les contó su historia.

Lo lamentaron mucho y le dijeron que rezarían por Nadia, pero le dejaron claro que no estaba en su mano hacer nada para salvarla. Se estaba despidiendo, completamente desesperado, cuando la madre superiora le dijo:

—Hay alguien que le puede ayudar, *herr* Wagner. El padre Roncalli.

El profesor Wagner empezó a vivir días llenos de emociones. Primero investigó quién era el padre Roncalli, cuyo nombre no había oído nunca. Según la superiora, era un enviado especial extraoficial del Vaticano en Estambul porque los contactos oficiales entre Turquía y la Santa Sede aún no habían comenzado. Angelo Roncalli se había ganado gran simpatía entre los turcos, había creado grandes lazos de amistad e incluso había conseguido que algunas misas católicas se celebraran en turco.

Roncalli sería un personaje bien conocido en años posteriores. Y, lo más importante, se convertiría en papa con el nombre de Juan XXIII. Los italianos lo llamarían «el papa bueno» y, tras su muerte, sería canonizado. Había testigos que habían presenciado muchos milagros al curar a tullidos en Estambul.

Investigando un poco, Maximilian descubrió que el padre Roncalli

era realmente muy buena persona. Supo sorprendido por distintas fuentes que estimaba a protestantes y judíos porque creía en la fraternidad humana, que incluso aceptaba el islam diciendo que el camino que lleva a Dios es único en todas las religiones.

Pero el aspecto que más le interesaba de Roncalli era que, en colaboración con Von Papen, había salvado a muchos judíos de los Balcanes. En realidad, a Maximilian le resultó extraño que Von Papen hubiera colaborado, pero no cabía duda de que la información era correcta.

Von Papen era el embajador alemán en Ankara. Es decir, de la Alemania nazi. Y no sólo eso, en 1932 fue presidente del gobierno. Fue él quien convirtió a Hitler en canciller en 1933 al recomendárselo al presidente de la república Hindenburg. Von Papen se convirtió en vicecanciller. Sin embargo, luego Hitler se desharía de él y de sus seguidores.

Primero fue embajador en Austria y ayudó a que Alemania se la anexionara, es decir, al *Anschluss*. Luego pidió que le destinaran a Ankara, pero no pudo ser porque Atatürk se opuso.

Atatürk se opuso a su nombramiento porque lo había conocido durante la Primera Guerra Mundial, cuando el ejército otomano estaba bajo las órdenes de los alemanes. Pensaba que no se podía confiar en él. Por el contrario, Atatürk estimaba mucho al padre Roncalli. Tras la muerte del presidente de la República, Von Papen fue destinado como embajador a Ankara. Por aquel entonces, el mayor deseo de Hitler era impedir que Turquía participara en la guerra del lado de Francia e Inglaterra y, si era posible, asegurarse de que atacara a la Unión Soviética junto con los alemanes. Además, Von Papen tenía la misión secreta de establecer buenas relaciones con los árabes.

Pero, curiosamente, Roncalli y Von Papen habían colaborado para salvar vidas judías. Se decía que unas veinticuatro mil.

Maximilian era incapaz de entender por qué el embajador de Hitler habría hecho eso, pero comprobó por distintas fuentes que era cierto.

Por eso no se sorprendió en absoluto cuando, al seguir por la prensa los juicios de Núremberg tras la guerra, vio que Von Papen era absuelto. Roncalli había testificado a su favor.

Un día Maximilian llamó por teléfono y consiguió una cita con el padre Roncalli. Fue a un espléndido edificio en la calle Ölçek, en Harbiye. Roncalli era un hombre vestido de blanco, de estatura media, cara redonda y aspecto del sur de Europa. Tenía un estilo dulce que enseguida atrapaba bajo su influjo y unos ojos afectuosos que proclamaban que era un humanista.

El profesor le contó su historia de principio a fin.

—Soy un católico alemán, padre —le dijo—. Mi mujer es judía y ahora debe de estar a punto de dar a luz. Pero no sé en qué circunstancias vive, ni siquiera si sigue viva. Por Dios, por Cristo, por la Virgen María… Por la fraternidad humana, se lo ruego, ayúdeme. Estoy a punto de perder la cabeza.

Roncalli puso su mano sobre la de Max y lo miró a los ojos.

—Te entiendo, hijo mío. Comprendo tu dolor y haré por ti lo que esté en mi mano.

Luego, en voz baja, le explicó que, a través de sacerdotes, traductores y comerciantes que iban a Europa, había entregado certificados de bautismo a algunos judíos y que gracias a ellos se habían salvado miles de personas.

Maximilian era incapaz de estarse quieto mientras le escuchaba. Se ponía en pie, daba un par de pasos por la habitación, se sentaba de nuevo, miraba al padre a los ojos, le tocaba la mano y volvía a levantarse, no podía parar.

Comprendió de inmediato que el sistema que le explicaba el padre era una buena idea porque no habría quien dudara del catolicismo de alguien que podía demostrar con un documento vaticano que había sido bautizado.

—Aunque hay dos condiciones —continuó Roncalli—. Primero debe averiguar dónde se encuentra su esposa. Segundo, tiene que encontrar la manera de hacerle llegar el documento. Eso yo no puedo hacerlo. Y, por supuesto, queda la cuestión de si su esposa lo aceptará o no.

—¿Qué quiere decir, padre? ¿Por qué no iba a aceptar?

—Porque hay judíos que prefieren morir a tener un certificado de bautismo.

—Eso es impensable, monseñor. Nadia aceptará el certificado sin dudarlo. Es una mujer muy racional. Pensará en su hijo y en mí. ¿Puede darme el documento? Encontraré a Nadia y se lo haré llegar, seguro.

Como contraste a la inquieta emoción de Maximilian, la voz del padre y sus gestos eran bastante pausados.

—Pero todo esto debe quedar en secreto —le previno—. Puede poner en peligro las vidas de miles de personas que podríamos salvar en el futuro.

Max juró que nadie oiría una palabra. Luego ambos bajaron al piso inferior. Allí Roncalli les dio una serie de instrucciones a sus asistentes. Le pidieron al profesor los datos personales de Nadia y prepararon el certificado de bautismo.

Antes de irse, Maximilian tocó a Roncalli respetuosamente en el

brazo.

—Quizá esté yendo demasiado lejos, pero tal vez Von Papen pudiera encontrar a mi esposa si usted se lo pidiera.

—Por desgracia, eso no puedo hacerlo, hijo mío. Que Dios te ayude.

El profesor inclinó la cabeza, comprensivo. Luego se despidió con una reverencia. Al dejar el edificio pensaba «Este hombre es un santo» sin saber que en el futuro llegaría a ser papa y realmente lo proclamarían santo.

Por lo menos, ahora albergaba una esperanza. Maximilian llevaba en el bolsillo el certificado de bautismo de una católica llamada Nadia Katharina. Y de la nunciatura nada menos. Tenía que hacer todo lo que pudiera por encontrar a Nadia. De ser necesario, regresaría a Alemania con una identidad falsa para buscarla.

No podía resolver todo aquello por sí solo, pero tenía muchos amigos entre los profesores alemanes. Un mediodía paseaba por la plaza de Sultanahmet con Erich Auerbach. Auerbach vivía en Estambul desde 1935 y era un hombre silencioso y serio, que no se metía con nadie, pero que despertaba un gran respeto.

Max confiaba mucho en él. Se fiaba de su personalidad y su altruismo y también de su forma de pensar y de sus opiniones. Así que le explicó cómo estaba la situación y le preguntó qué debía hacer.

Auerbach no le respondió de inmediato sino que se lo pensó un momento. Caminaron un rato sin hablar. Luego, sin volver la cabeza hacia Max, como si hablara consigo mismo, Auerbach dijo:

—Quizá Schummi pueda ayudarte.

Estaba claro que lo decía sin estar muy seguro. Había dado su opinión con la cabeza gacha, mirándose la punta de los pies. Sin embargo, como sabía que nunca hablaba en vano, incluso aquello bastó para darle esperanzas a Max.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Cómo puede ayudarme, qué puede hacer?

El hombre que había mencionado Auerbach era el famoso pediatra Albert Eckstein. Sus amigos lo llamaban «Schummi». Después de perder su trabajo en la Universidad de Düsseldorf aceptó una oferta del ministro de Sanidad turco y en 1935 se instaló en Ankara con su familia. Trabajaba en el Hospital Clínico. Era muy respetado en los círculos turcos, a cuyos hijos trataba. Incluso Von Papen y algunos otros alemanes recurrían a él cuando sus hijos o nietos caían enfermos.

Auerbach le relató a Max una interesante anécdota sobre Schummi. Según le habían contado, Şakir Kesebir, un personaje muy conocido en

Ankara, envió a Viena a su hija enferma, Tülin, de cinco años. La niña estaba muy mal porque una pulmonía había derivado en un enfisema. La mujer de Şakir Kesebir le telefoneó desde Viena y le dijo que la niña estaba a punto de morir. Kesebir le pidió a Eckstein que fuera a Viena para tratar a su hija, pero todo aquello ocurría después de que Hitler hubiera entrado en Austria. La familia de Eckstein protestó por lo peligroso del viaje, pero por fin intervino el propio Atatürk, que les dio garantías: «Nuestro agregado no se separará de él ni un segundo. Por favor, vaya y salve a la niña».

Así que Schummi tomó el tren a Budapest, donde se le unió un diplomático turco, y juntos fueron a Viena. Cuando llegaron al hospital la niña estaba realmente a punto de morir, con la cara morada e hinchada. Eckstein quiso operarla de inmediato, pero los cirujanos de allí le contestaron que ellos no operaban cadáveres. Gracias a su insistencia, le abrieron el tórax, limpiaron la infección y la niña empezó a respirar mejor.

Schummi regresó de Viena con la moral por los suelos porque pudo ver con sus propios ojos las crueldades de los nazis. Explicaba la falta de talento que habían demostrado los médicos de Viena con Tülin pues «tenían la cabeza en otra cosa», es decir, en la tiranía nazi. De vuelta de Viena se trajo consigo a un médico judío y a una enfermera socialdemócrata cuyo novio, también judío, había desaparecido. Consiguió que los turcos les extendieran pasaportes diplomáticos.

A Maximilian le sorprendió que Auerbach, que normalmente hablaba poco, le contara con todo detalle aquella historia.

—¡Muchas gracias, Erich! Has sido de mucha ayuda.

Ya estaba convencido de que tendría que ir a Ankara a hablar con Eckstein.

—¡Un momento! —le advirtió Auerbach—. No he terminado. Lo que te voy a decir no es un cotilleo, sino algo importante.

—Pues dime.

—La fama de Schummi se ha extendido tanto por Ankara que todos los miembros del gobierno, la mujer de Von Papen e incluso los gerifaltes nazis, son pacientes suyos.

—¿Los nazis?

—Sí, y eso es lo que te puede ayudar. Hace poco lo llamaron a casa de Maitzig, que trabaja bajo la apariencia de agregado comercial pero que en realidad es el jefe de todos los nazis de este país. Su hijo tenía una fiebre muy alta. No sé si lo sabes, pero la oficina de Maitzig es el centro de los espías alemanes.

—Sí, lo sé. He oído hablar de él.

—Schummi trató al niño y cuando salía Maitzig lo paró. «Muchas gracias, doctor Eckstein. Quizá haya algo que pueda hacer por usted.

¿Tiene familia en Alemania?», le preguntó. Schummi le contestó que todos habían muerto, «Gracias a ustedes», añadió. Tampoco aceptó el pago que le ofrecía, y le dijo: «Su dinero está demasiado sucio para mí».

Aquella historia que le contaba Auerbach podía ser una buena noticia para rescatar a Nadia. Max le estrechó la mano con afecto y le dio las gracias. Al día siguiente pidió permiso en la universidad, tomó el tren y se dirigió a Ankara a ver a Eckstein.

El doctor Eckstein tomaba café con su visitante en su despacho del Hospital Clínico. Del rostro de aquel hombre, flanqueado por mechones de pelo negro pues por arriba no tenía, fluían como siempre inteligencia y voluntad. Lo primero que se le pasó por la mente a Maximilian cuando lo vio fue: «Tiene toda la pinta de ser un gran maestro». Eckstein, con su bata blanca de médico, inspiraba sentimientos de confianza y honestidad.

Sus asistentes y estudiantes le demostraban un profundo respeto al «profesor Bey», como lo llamaban. Recibió amistosamente a Wagner y pasaron de inmediato a su despacho. Pidió los cafés también con mucha rapidez. Era evidente que tenía muy poco tiempo disponible. Max, que lo sabía, le resumió su historia.

—Ahora mismo no sé si mi esposa está en un campo de concentración, si está viva o muerta o a punto de dar a luz, pero aquí tiene el certificado de bautismo. Por favor, profesor, la vida de una familia está en sus manos.

El doctor Eckstein miró a su invitado a la cara con mucha atención. Los ojos le brillaban como si los tuviera húmedos. Se notaba que bajo su aspecto autoritario había un corazón sensible.

—En esta situación sería una crueldad no ayudarle. Pero yo no puedo acudir a ese nazi de Maitzig. Tendría que volver con el rabo entre las piernas.

—Estamos hablando de salvar vidas. Se lo ruego, profesor, ayúdeme.

Maximilian cerró los ojos y esperó un momento, luego continuó:

—Deme una carta e iré yo a hablar con Maitzig.

—¡No! —respondió Eckstein—. Eso sería lo mismo. —Miró a Maximilian fijamente—. No le prometo nada, pero puede que halla una solución.

Max contuvo el aliento. No tenía sentido presionar a Eckstein para que continuara. En realidad, llevaba meses esperando, aunque a veces las esperas se le hacían muy largas.

—La señora Von Papen vendrá al hospital dentro de un rato —prosiguió Eckstein—. Quizá pueda pedírselo a ella mientras está en la

consulta.

Se veía que estaba meditando con toda su buena intención qué era lo que podía hacer. Y ahí tenía una oportunidad real.

—¡Es usted un hombre extraordinario, profesor! ¡No olvidaré este favor mientras viva!

—Espere un poco. Todavía no sabemos qué va a pasar.

Max le entregó el certificado de bautismo y Eckstein se puso en pie.

—Yo esperaré en el jardín. Le agradecería que me dedicara un par de minutos después de ver a la señora Von Papen.

—Le ofrecería que esperara aquí, profesor Wagner, pero será una situación incómoda cuando llegue ella.

—No se preocupe por mí. Volveré cuando se haya ido del hospital.

Maximilian paseaba entre los campesinos llegados de Anatolia que esperaban su turno acuclillados en el jardín. Era incapaz de prestarle atención a nada. Aunque comprendía que todo el mundo tenía sus problemas, le era imposible concentrarse. Lo más importante era encontrar las fuerzas necesarias para tener paciencia y dejar que pasara el tiempo.

Poco después llegó un automóvil negro escoltado por la policía y de él bajó la señora Von Papen con sus guardaespaldas. El administrador y el director médico del hospital la recibieron en las escaleras y la acompañaron al interior con grandes muestras de respeto. A Maximilian le desagradó que entrara en cuanto llegó y sin esperar turno al contrario que la gente del jardín, que llevaba esperando horas, incluso días.

También él esperó y esperó… Intentó acuclillarse como los campesinos de Anatolia, pero a los pocos minutos sintió calambres en las piernas. No comprendía cómo podían estar tanto tiempo en aquella postura. Posiblemente fuera una de las características que diferenciaban a los campesinos turcos de los demás pueblos del mundo.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado. Un rato después los directores del hospital volvieron a acompañar a la señora Von Papen hasta su coche. Eckstein no había salido ni a recibirla ni a despedirse de ella. Maximilian se dirigió hacia su despacho muy nervioso.

Se miraron sin hablar. Eckstein parecía cansado. Era evidente que no se sentía bien. Max temía preguntarle nada. Pensaba que no podría soportarlo si recibía una respuesta negativa.

—Profesor Wagner —dijo Eckstein—. He cumplido mi misión. Le he entregado a la señora Von Papen el certificado de bautismo de su esposa y le he rogado que se interese por ella. Me ha contestado que

haría todo lo necesario. Cuando iba a darme las gracias al marcharse, le he dicho: «No hace falta. Su interés por Nadia Katharina es una forma de agradecimiento». Me ha dado su palabra. Ya no hay nada más que yo pueda hacer, profesor. Estamos en las manos de Dios.

Se miraron un momento en silencio. Eckstein prosiguió después de darse un respiro:

—Le deseo de todo corazón que pueda volver a ver a su mujer sana y salva.

Maximilian no sabía cómo agradecérselo. Dio unos pasos hacia él. Alargó la mano y estrechó la de Eckstein. Luego, sin decir nada, dio media vuelta y salió del despacho.

Esa noche tomó el tren de regreso a Estambul. Al llegar fue directamente a ver a Auerbach y le contó todo lo que había pasado. Ya no podía hacer nada sino esperar.

Realmente les estaba muy agradecido a Auerbach, a Eckstein y a todos los judíos que le habían ayudado. Alemania había deshecho sus vidas y había asesinado a sus familiares, pero ellos no dudaron en ayudar a un alemán de «sangre pura» como Maximilian.

Cada día pasaba como si fuera un siglo. Esperaba noticias por todos lados, pero no podía conseguir información consistente. Un día supo que los padres de Nadia habían sido asesinados después de que Rumanía fuera invadida por Hitler. Los encerraron en un edificio y luego los fueron sacando en grupos de tres o cinco. Pero en realidad todo era un engaño. A los que sacaban los mataban colgándolos de ganchos de carnicero.

Cuando recibió noticias de Nadia echó las cuentas y sólo hacía tres semanas que había regresado de Ankara. Sin embargo, le parecía que habían pasado siglos. Las noticias se las dio el propio Eckstein:

Nadia estaba viva. Se encontraba en el campo de Dachau y había perdido el niño. Gracias a la intervención de Von Papen, la habían sacado de allí, le habían entregado el certificado de bautismo y la habían enviado a Rumanía, el país de su familia.

Esa era toda la información, pero al profesor le bastó para volar de alegría. Era un milagro saber que vivía y que se había salvado del campo de la muerte. Ahora a él le tocaba enterarse de sus señas en Rumanía y asegurarse de traerla a Estambul, lo cual, comparado con lo anterior, podía considerarse un juego de niños.

Pasó unos días feliz. Ni siquiera le alteraba el humor no recibir nuevas noticias de Nadia. «Qué más quiero», pensaba. Sabía que Nadia había salido del campo y que había conseguido que le entregaran el certificado de bautismo. Ahora tenía un documento oficial que acreditaba que era cristiana.

Le habría apetecido ir de inmediato a Rumanía, pero no podía hacerlo. El país estaba bajo dominio de los nazis. Aunque no fuera judío, estaba en la lista negra. A Nadia no le serviría de nada que fuera.

Pero todo iba bien. Traería a Nadia lo antes posible a Estambul, conseguiría que olvidara todos sus sufrimientos, la abrazaría con todo su cariño. Aquella noche estaba tan feliz que sacó el violín y, por primera vez en mucho tiempo, tocó la *Serenata* ante el retrato de Nadia. Cuando terminó era como si la Nadia de la fotografía sonriera de todo corazón. Luego empezó a tocar otra vez. Lo hacía mirando a Nadia a los ojos.

Cuando llamaron a la puerta dejó el violín en una mesilla y abrió. Eran los vecinos de abajo. El matrimonio Arditi era una agradable familia de sefardíes de Estambul. Eran descendientes de aquellos judíos que habían emigrado desde España hacía quinientos años. Le sonreían con timidez.

—Nos hemos dado cuenta de que la música del violín venía de aquí —le explicó la señora Matilda Arditi— y hemos venido a escucharle.

Maximilian los invitó a entrar con una respetuosa inclinación. Esperó a que tomaran asiento y empezó a interpretar la *Serenata*.

Luego les contó la historia de la pieza y todo lo que les había ocurrido. Rober Arditi, incapaz de decir nada, se limitó a indicarle con un gesto que volviera a tocarla. En aquella segunda interpretación ambos derramaron lágrimas.

Maximilian dejó de nuevo el violín en la mesilla y el señor Arditi se levantó lentamente y salió. En cuanto a su esposa, inició con Max una cálida conversación. Le explicó que ayudaría a Nadia cuando llegara, que la llevaría a conocer Estambul, que se aseguraría de que se sintiera en casa.

En eso regresó su marido con una botella de vino tinto. No le había llevado mucho tiempo traerla del piso de abajo. Brindaron por Nadia. El señor Arditi era un hombre con gran sentido del humor que se dedicaba al comercio internacional de hierro.

Se sentían tristes porque Nadia hubiera perdido al niño, pero todos juntos decidieron que no era el momento de pensar en ello. De todas formas, ya tendrían más hijos.

Los Arditi tenían muchas esperanzas en que encontraría a Nadia en Rumanía. Rober Arditi le ofreció su ayuda. Tenía algunos contactos comerciales allí y, gracias a eso, quizá fuera posible encontrarla y traerla. Pero ¿por dónde podían empezar a buscarla?

El profesor los puso al corriente de toda la información, aunque fuese fragmentaria, que había conseguido reunir hasta ese día. Luego,

a petición de su vecino, fue a buscar papel y pluma. El señor Arditi empezó a tomar notas y a hacerle preguntas. Los nombres y apellidos de los padres de Nadia, cómo se llamaba su ciudad natal, familiares que se dedicaran al comercio con los que pudiera contactar…

Por fortuna, Maximilian disponía de toda aquella información. Incluso contestaba a lo que no le preguntaban. Les explicó cómo los nazis habían matado a los padres de Nadia y le dio a Rober la dirección de su casa en Rumanía.

A partir de ese día Maximilian y sus vecinos comenzaron a verse a menudo. Le sentaba bien hablar con ellos. Rober Arditi le informaba puntualmente de sus esfuerzos por encontrar a Nadia. Era capaz incluso de hacer chistes sobre sus iniciativas más infructuosas. Era un tipo sentimental y, al mismo tiempo, alegre.

Un día el señor Arditi subió corriendo las escaleras. No podía estarse quieto de la emoción mientras llamaba sin aliento a la puerta del profesor. Habían pasado unos dos meses desde aquella primera noche en que le escucharon tocar el violín y brindaron por Nadia. En cuanto le abrió la puerta le dio la noticia de que la había encontrado, sin darle la oportunidad de preguntar nada.

Según las noticias que había recibido, Nadia había ido a la ciudad de su familia y se había puesto a trabajar con un sastre rumano, viejo amigo de su padre. Pero la situación era peligrosa. Habían empezado a sucederse las muertes de judíos rumanos, así que había que sacarla de allí lo antes posible.

Por lo tanto, decidieron que el profesor le escribiera una carta a Nadia. Max cambió a dólares todo el dinero que había ahorrado hasta entonces y lo metió en un sobre. Se lo entregó al señor Arditi con el ruego de que se lo hiciera llegar a su mujer. Arditi, junto con el dinero, también le facilitaría algunos nombres que la ayudarían a venir a Estambul usando el certificado de bautismo.

Un mes más tarde llegaron nuevas noticias de los comerciantes rumanos. Nadia había recibido el dinero y la carta y llegaría a Estambul en un barco que partiría del puerto de Constanza.

Quedaban cinco días para que el barco zarpara cuando Max se enteró de aquello. Si la travesía duraba un par de días, eso quería decir que Nadia estaría, como mucho una semana más tarde, en Estambul, en casa, con Max, en su cama.

Matilda Arditi propuso organizar una fiesta de bienvenida y adornar la casa en su honor. Prepararía la comida ella misma. El profesor estaba tan feliz que no dejaba de dar besos al matrimonio.

Al día siguiente les comunicó la buena noticia a sus colegas turcos y alemanes de la universidad. Todos lo felicitaban. Cuando Nadia llegara irían a visitar al padre Angelo Roncalli y a Schummi. Cada día

limpiaba la casa de arriba abajo y la llenaba de flores.

Esa semana transcurrió con una enorme emoción, pero con una lentitud terrible. Cuando quedaban ciento dos horas, Max empezó a decir que los malos tiempos estaban tocando a su fin. Que habían llegado al final de meses de separación y de días que pasaban como pesadillas. Cuando quedaban setenta y dos horas, la excitación se hizo insoportable. Cuando quedaban diecisiete, empezó a decir que no podía aguantarlo más, que le era imposible esperar tanto tiempo.

En realidad, sus cálculos sobre cuánto tiempo le quedaba a Nadia para llegar a Estambul se basaban en suposiciones. Y en suposiciones optimistas. Cuando supuso que quedaban unas doce horas, Maximilian fue al lugar en el que el Bósforo se abre al mar Negro. Empezó a esperar cerca del mausoleo de Telli Baba. En aquella colina el Bósforo y el mar Negro formaban un extraordinario y salvaje paisaje. El barco tendría que pasar por allí.

El profesor había tomado un taxi con la condición de que siguiera a su lado hasta que llegara Nadia. Él y Remzi, el taxista, se dispusieron a esperar. Remzi fumaba y Maximilian rastreaba el horizonte con unos prismáticos.

Las diecisiete horas que decía que no podría soportar quedaron atrás, y se sucedieron otras diecisiete más.

Mientras tanto, un grupo de soldados que estaban tomando medidas de seguridad se les acercó al tiempo que daban gritos de aviso. Como eran tiempos de guerra, sospecharon de aquellos dos hombres que oteaban los alrededores desde la colina. Cuando el profesor les informó de su historia los dejaron tranquilos.

Al día siguiente, mientras miraba por los prismáticos, Max distinguió la silueta de un barco que avanzaba hacia el Bósforo desde el mar Negro. Esperó nervioso a que se acercara. Cuando la imagen se hizo más nítida, vio que era un barco muy viejo, una chatarra, pero que además le pasaba algo extraño. Debía de estar averiado porque lo estaban remolcando. La gente se arracimaba en la cubierta. No podía estar seguro de si aquel era el barco correcto. Esperó a que se acerara más, angustiado. Por fin se aproximó al Bósforo y el profesor pudo leer el nombre con los prismáticos: *Struma*.

Sí, era el barco que esperaba. Por fin Nadia estaba en aguas territoriales turcas, a un kilómetro de Max. Empezó a ser capaz de distinguir a la gente en la cubierta. Nervioso por si acaso la veía, Maximilian no conseguía ver a Nadia entre aquella multitud.

El barco se acercó bastante al pasar por delante de ellos. Los pasajeros de aquel cascarón parecían agotados y se les veía en un estado lamentable. Estaban unos encima de otros en la cubierta. Max forzaba la vista, pero no veía a Nadia.

Tomaron la carretera de la costa para ir paralelos al barco, que se detuvo al llegar a Tophane. Maximilian bajó y se acercó a la orilla seguido por Remzi. Se pusieron en marcha para alquilar una motora y acercarse al *Struma* para rescatar a Nadia. Remzi habló con los barqueros, saltaron a una de las motoras y salieron en dirección al barco.

Parecía estar a punto de hundirse. Era como si estuviera más hundido de lo normal y se veía bastante sucio. Maximilian no tenía otro objetivo que sacar de allí a Nadia lo antes posible y llevarla a su bonita casa. No obstante, los guardacostas no les dejaron acercarse. Con las manos les hacían señas para que retrocedieran, activaban la sirena y les gritaban «¡Cuarentena, cuarentena!». No les quedó más remedio que regresar a la orilla. Posiblemente a los pasajeros les harían controles sanitarios y de pasaporte.

Pero pasaron las horas y no ocurría nada. El profesor acudió a las autoridades portuarias. Enseñó su documentación y dijo que quería hablar con el director. Este le informó de que el verdadero destino del *Struma* era Palestina, pero que el motor había reventado y había tenido que quedarse en Estambul.

—De hecho, mi esposa iba a quedarse en Estambul, no iba a Palestina —dijo Maximilian—. ¿No es posible traerla a tierra?

—No —contestó el director al tiempo que negaba con la cabeza—. Hemos recibido instrucciones para que no desembarque ningún pasajero y para que no dejemos que nadie se acerque al barco.

Después de días contando las horas, aquel inconveniente le pareció inadmisible. Pero Maximilian enseguida se repuso. Tras haber superado tantas desgracias era necesario ser paciente ante los imprevistos. De cualquier forma, se resolvería en un par de días, pensó. Nadia estaba en Estambul, el resto era fácil.

No obstante, los días pasaban y nadie desembarcaba. Mientras tanto, los pasajeros colgaron pancartas de tela con frases en francés como «*Souvez nous*» («Sálvennos») o «*Immigrants Juifs*» («Inmigrantes judíos»). Se trataba de una situación muy extraña. El profesor sentía que estaba a punto de volverse loco. Tenía a Nadia a tiro de piedra, pero no podía verla. No le entraba en la cabeza.

Al día siguiente fue a ver al rector, le explicó la situación y le pidió ayuda. El rector le dijo que fuera a ver a un tal Sadık Bey, una autoridad en las líneas marítimas. Incluso le ayudó personalmente a conseguir una cita.

Sadık Bey recibió bien a Maximilian, le ofreció un café y le contó la historia del *Struma*.

Se trataba de un barco de bandera panameña construido en los astilleros de Newcastle, en Inglaterra, en 1867. Pertenecía a la

Compañía Mediterránea de Vapores Limitada, propiedad de un griego llamado Pandelis y dirigida por un judío, Baruch Confino.

Cuando en 1941 mataron a cuatro mil de ellos en el pogromo de Iaşi, todos los judíos de Rumanía empezaron a buscar maneras de abandonar el país. Entonces se publicaron unos anuncios con fotografías en la prensa. El *Struma*, «transatlántico de lujo», saldría de Constanza con destino a Palestina. En el anuncio usaron fotografías de los salones y camarotes del *Queen Mary*.

El billete era bastante costoso: mil dólares por persona. Setecientas sesenta y nueve personas compraron billetes resignándose a pagar aquella cantidad. Como algunas familias sólo fueron capaces de reunir mil dólares, se vieron obligadas a escoger de entre sus hijos cuál de ellos se salvaría.

Cuando los pasajeros vieron el *Struma* se quedaron horrorizados. Protestaron porque era una chatarra y los propietarios les tranquilizaron asegurándoles que el verdadero barco esperaba más allá de las aguas territoriales rumanas. Pronto comprenderían que no era verdad.

Llenaron el barco como sardinas en lata. Como no cabían todos en la cubierta, algunos tuvieron que instalarse en las bodegas, donde no había aire, y solo podían respirar quince minutos al día cuando los sacaban al exterior. Tampoco tenían provisiones como era debido. Poco después de salir de Constanza el motor empezó a averiarse y reventó del todo cuando se acercaban al Bósforo. Pidieron ayuda y un remolcador turco lo condujo hasta el Cabo de Palacio, donde se encontraba ahora.

—En su estado, es imposible que el barco continúe hasta Palestina —añadió Sadık Bey poniendo punto final a su información sobre el *Struma*.

—¿Y qué va a pasar? —le preguntó el profesor.

—Tendremos que esperar.

—Pero mi esposa venía a Estambul, de hecho. Tengo que sacarla del barco.

—Lo siento mucho, pero no puede hacerlo.

—¿Por qué?

—El gobierno ha dado órdenes muy claras. Nadie abandonará el barco.

El profesor no sabía qué decir y no dejaba de agitarse en su asiento, abriendo los brazos e inclinándose desesperado. Sadık Bey levantaba las cejas y alzaba los hombros. No se trataba de gestos que acompañaran las palabras, sino de mímica para lo que no se decían.

Con el paso de los días la prensa empezó a referirse al asunto, que

iba quedando más claro.

El gobierno turco estaba convencido de que el verdadero objetivo de los pasajeros no era ir a Palestina, sino desembarcar en Estambul. En las actuales condiciones de la guerra, no tenían intención de admitir a setecientos sesenta y nueve judíos. Querían que se reparase el motor y el barco siguiera rumbo a su destino, pero ahora era el gobierno británico el que no daba permiso.

Por aquel entonces Palestina era un mandato británico. Habían limitado la emigración judía para mantener buenas relaciones con los árabes y presionaban con ahínco al gobierno turco para que el barco no prosiguiera su viaje. El gobierno turco, a su vez, sospechaba que entre los pasajeros podía haber espías y no quería correr riesgos admitiéndolos en tiempo de guerra.

Maximilian iba todos los días a Tophane prismáticos en mano e intentaba ver a Nadia. Por otro lado, meditaba sobre las noticias que leía u oía. ¿Por qué el gobierno británico impedía viajar a aquella pobre gente? ¿Por qué el gobierno turco no los instalaba en un hospital o una residencia?

¿Qué tenía Nadia que ver con asuntos de política internacional como que los ingleses quisieran llevarse bien con los árabes y que los turcos sospecharan que había espías en el barco? Por culpa de las estúpidas disputas de poder de algunos, las familias no podían reunirse y la gente sufría. La felicidad de las personas se convertía en algo desechable entre los juegos de poder.

—Lo ves, ¿no? —le decía el profesor a Remzi, el taxista que había contratado—. Ningún poder es inocente.

Remzi, entrecerrando los ojos, miró atentamente una vez más hacia el lugar que el profesor apuntaba con sus prismáticos.

—Lo veo.

Remzi creía de verdad en que se podía ver en el barco lo que el profesor decía. Un tipo que daba clases en una universidad tan importante no podía estar equivocado.

Como llevaba haciendo prácticamente todos los días desde hacía dos meses, Maximilian cogió los prismáticos y fue a Tophane con el taxi de Remzi. Esperaban sumidos en la desesperación, él en la orilla y los pasajeros en el barco. Pero esta vez Max experimentaba una impaciencia distinta. Miró de nuevo el reloj, aunque había decidido no hacerlo durante un rato porque el tiempo no sabía pasar.

En el periódico de ese día se decía que dos jóvenes habían escapado saltando al agua, pero que luego habían sido capturados y devueltos al barco. El profesor no lo había visto, lo que era bastante normal porque tampoco se pasaba todo el tiempo observando con los

prismáticos. Iba a trabajar a la universidad, aunque organizaba el día entero, la vida entera, con la intención de acercarse al barco lo antes posible.

Al principio no se permitía subir a bordo a nadie excepto a funcionarios públicos. Algo después, la comunidad judía de Estambul consiguió permiso para ayudar a los pasajeros. Llevaron el motor del barco a tierra y empezaron a repararlo. En aquellas idas y venidas también les llevaban comida y medicamentos.

Gracias a aquello empezó a llegar información más detallada. El profesor supo que el único retrete de que disponían estaba atascado y que las enfermedades infecciosas empezaban a asomar la cabeza. Que no tenían ya comida, ni medicinas, ni nada con qué calentarse en el frío de febrero. Los que se acercaban al barco oían el llanto de los niños, los sollozos de las mujeres, los gritos de «¡Sáquennos de aquí!» de los hombres. Las voces incluso llegaban a veces a la orilla. Los estambuleños oían aquellos gemidos del *Struma* y querían ayudar, pero no podían acercarse al barco por orden gubernamental.

Al profesor Wagner no le costó mucho trabajo enterarse de los nombres de aquellos a quienes se les permitía subir a bordo: eran Simon Brod y Rifat Karako. Se puso en contacto con ellos por mediación de los Arditi. Le explicó la situación al señor Brod y le rogó que le entregara una carta a Nadia. Aquel hombre compasivo se la aceptó y se la guardó en el bolsillo.

Veinticuatro horas más tarde esperaba impaciente a que dieran las tres. Tras largos minutos en que había esperado con gran esfuerzo sin mirar el reloj, por fin le echó un vistazo. Sí, sólo quedaban dos minutos. Miró el punto que había descrito ayer en su carta. ¡Allí estaba! ¡Nadia!

Parecía agotada y estaba más delgada, pero de todas formas seguía siendo muy bella. Max sentía que el corazón le iba a estallar en pedazos. Así que Nadia había recibido la carta. Para verla mejor con los prismáticos alargaba el cuello todo lo que podía. Ahora distinguía con más nitidez la cara de Nadia que las de los demás pasajeros. ¿Acaso llevaba días sin salir a cubierta? No había sido capaz de distinguirla antes entre aquella multitud. Y por fin estaba allí. No se cansaba de mirar el hermoso rostro de su esposa.

Ella primero le saludó con la mano y luego le mandó un beso. Vio que también llevaba unos prismáticos. ¿Se los habrían facilitado los que le llevaron la carta? ¿O los había encontrado en el barco?

Max levantó el brazo y empezó a agitarlo. También le mandó besos. «¡Te quiero!», gritó.

Sí, claramente Nadia lo estaba viendo. También ella lo saludaba con la mano.

Al día siguiente Max se encontró de nuevo con Simon Brod. No cabía en sí de alegría. Tomó el trozo de papel amarillento que le entregaba Brod. Era una especie de recibo en el que se leía algo en rumano. Le dio la vuelta y reconoció de inmediato la letra de su esposa. A toda prisa, con nerviosismo, había escrito: «¡Espérame! Nadia».

Brod le explicó que la situación del barco estaba empeorando. Tenía miedo de que empezaran las epidemias y las muertes.

—¿Y qué es lo que piensa hacer, señor Brod? —le preguntó Maximilian.

—No hemos logrado doblegar la intransigencia del gobierno turco. La única solución es reparar el motor lo antes posible, repostar combustible y asegurarnos de que el barco sigue su camino.

—Pero los ingleses no dan permiso.

—Sí, y nuestros amigos han formado un *lobby* en Londres. Están buscando la manera de que el gobierno los escuche. Aquí estamos en contacto con la embajada. El asunto está difícil, pero no podemos hacer otra cosa.

El profesor se rio en voz alta. Tenía los nervios de punta.

—Esto va a ser más difícil de lo que me creía. Que Nadia y yo podamos estar juntos, a pesar de que sólo hay unos cientos de metros entre nosotros, se ha convertido en un problema de política internacional.

Dejó a Brod y echó a andar hacia la universidad. Pensaba en qué podría hacer. Eckstein no le sería de utilidad; si de alguien podía esperar ayuda, era del padre Roncalli. Quizá él pudiera rescatar del barco a una «cristiana» con certificado de bautismo. Fue a verle y le expuso el problema, pero él tampoco podía hacer nada a pesar de lo mucho que lo lamentaba. Ya había hecho algunos intentos, pero no había obtenido ningún resultado.

Un día, mientras vigilaba desde el Cabo de Palacio, Maximilian vio una motora que se alejaba del barco y traía a la orilla a algunos civiles. Nervioso, se la señaló a Remzi, que dio un salto de contento.

El profesor tenía sentimientos encontrados. En primer lugar, algunos se estaban salvando. Era una noticia de la que alegrarse. Por otra parte, pensaba en qué sentirían los que se quedaban en el barco. Sin duda, todos querrían estar en el lugar de los que iban en la motora. Bien, ¿y Nadia? ¿Qué sentiría ella al ser testigo de cómo llevaban a la orilla a aquella gente? ¿Los estaba viendo?

Al día siguiente el profesor consiguió alguna información sobre los que habían desembarcado. El empresario Vehbi Koç había logrado rescatar al representante en Rumanía de la Standard Oil Company,

Martin Segal, a su mujer y a sus dos hijos.

Dos días después otra motora desembarcó a una mujer enferma. El profesor supo por Simon Brod que la mujer estaba a punto de dar a luz y que, como sufría una hemorragia, la habían llevado al hospital Or-Ahayim de Balat. Les pidió el favor a los compañeros de la Facultad de Medicina de su universidad, y así consiguió una cita con el director médico del Or-Ahayim.

Era un hospital que estaba a la orilla del Cuerno de Oro. El director médico lo recibió con amabilidad y él le contó que su esposa estaba en el barco y que le gustaría hablar con la mujer que habían traído al hospital para conseguir información. Aunque su situación parecía muy violenta. Era alemán y continuamente estaba visitando instituciones judías en busca de ayuda. En aquellos días de guerra, en aquella atmósfera, habría sido muy normal que sospecharan que era un agente al servicio de Alemania. Sin embargo, por alguna razón no se comportaban así.

Unas horas más tarde Maximilian entraba de puntillas en la habitación en la que dormía la mujer. Le habían aplicado un suero intravenoso. Había sufrido una hemorragia y había perdido al niño. Esperó allí, de pie, sin molestar, a que se despertara. Era una mujer joven de facciones finas, pelo oscuro y piel blanca. Tenía la cara muy delgada, las mejillas hundidas y profundas ojeras. Ese rostro era como una prueba viviente de lo que había pasado en el barco.

Por fin se despertó. Se llamaba Medea Salomovici. Por suerte, hablaba alemán. Había estudiado en una escuela de lenguas extranjeras. Asimismo, dominaba el inglés y el francés.

Por un instante clavó la mirada en el rostro de Maximilian. De seguro que estaba intentando dilucidar si era uno de los médicos.

—Lo siento, señora Salomovici, me temo que la he despertado.

Ella lo miró fijamente un rato sin reaccionar. Clavaba en él sus ojos negros, muy visibles en su cara delgada. Tenía las pestañas tan largas como para darles sombra.

Lo miró, lo miró, lo miró, y entonces, con voz débil y apenas perceptible, dijo:

—Hola, *herr* Wagner.

Fue como si hubiera recibido un disparo en la cabeza. Era imposible que Medea lo conociera.

Ella dijo algo más. O, más exactamente, trató de decirlo. Hablaba tan bajo que no se le entendía nada. El profesor acercó el oído.

—Nadia me ha ayudado mucho —decía la mujer—. Ha hecho todo lo que ha podido por aliviarme el dolor.

Tomó aliento. Parecía estar descansando un instante porque estaba agotada. Luego tomó la mano de Max y lo miró con aquellos ojos

negros que tan grandes parecían.

—Hablaba sin parar de usted. Me enseñó fotos, pero lo habría reconocido sin verlas. Sáquela cuanto antes de ese infierno. No puedo describirle lo que está pasando en el barco. Sálvela o morirá, morirá, morirá. Mi marido sigue allí.

Mientras se lo decía, por su cara inexpresiva empezaron a caer hilos de lágrimas que le humedecieron las mejillas. No cesaba de repetir: «Morirá, sálvelos, salve también a mi marido». Continuó diciéndolo con voz cada vez más baja hasta que perdió la conciencia. O se había desmayado o se había quedado dormida de puro agotamiento.

Entonces entró un médico que amablemente invitó a Maximilian a salir de la habitación.

Maximilian salió del hospital peor de lo que había entrado. Se sentía poseído por una insoportable desesperación. Pero estaba decidido a no cambiar la actitud que se había impuesto desde el principio. No se torturaría pensando en lo que Nadia estaría viviendo y en todo lo malo que podría ocurrirle. Porque necesitaba estar fuerte para luchar por ella. Ya tendría tiempo de sobra para lamentarse por todo aquello. Por eso no lloraba. No era el momento.

Los periódicos publicaban noticias sobre las conversaciones entre los gobiernos británico y turco. El primer ministro Churchill había declarado que no permitirían que el barco siguiera su rumbo.

Habían pasado setenta días justos. Mientras observaba el barco con los prismáticos, Maximilian vio que subía a bordo un gran número de policías. Estaba claro que iba a pasar algo. Los pasajeros en cubierta se resistían, pero los policías los hacían bajar a la fuerza a las bodegas y allí los encerraban. Luego cortaron las amarras y un remolcador empezó a tirar del barco. Pusieron proa hacia el mar Negro. Se trataba de algo sorprendente. Estaban arrastrando el barco, sin motor y sin amarras, al lugar de donde había venido, al mar Negro.

Hasta Remzi estaba estupefacto. Como si no lo estuviera viendo también con los prismáticos, sacudía el hombro del profesor y le señalaba el barco mientras era remolcado.

Avanzaron con el coche en paralelo al Bósforo, siguiendo el barco hasta el mar Negro. Allí vieron que lo llevaban hacia la derecha de la embocadura del Bósforo; es decir, en dirección a Riva y Şile.

Regresaron a la ciudad. El profesor quería que tomaran de inmediato un transbordador para pasar a la orilla asiática y encontrar el *Struma* lo antes posible, pero Remzi lo convenció para dejarlo para la mañana siguiente. No serviría de nada que fueran de noche. En la oscuridad sería imposible encontrar nada, ni caminos, ni playas, ni el

barco. Además, no había transbordadores por la noche. Por lo tanto, quedaron en ponerse en marcha a las cuatro de la madrugada. Así fue como el profesor tomó una decisión equivocada, de la que se arrepentiría durante toda una vida de remordimientos, que le amargaría la existencia.

Pasó la noche sin pegar ojo, sufriendo un infierno. A la mañana siguiente, bien temprano, pasaron a la otra orilla en el primer transbordador y fueron en dirección a Şile.

Cada vez que llegaban a un sitio donde se podía ver el mar, se bajaba del coche y oteaba con los prismáticos. Por fin vio el *Struma* en el cabo Yom, cerca de Şile. Parecía abandonado. No se veía ni rastro del remolcador que lo había llevado hasta allí. Se encaminaron hacia la orilla.

Si ese día le hubieran dicho que cincuenta y nueve años más tarde regresaría exactamente al mismo lugar y tocaría el violín, de seguro que el profesor no se lo habría creído. Por supuesto, el motel que vería en su segunda llegada aún no existía.

Corrió hasta la orilla. Les pidió a los pescadores que lo llevaran al barco. Se hicieron de rogar pretextando que hacía mal tiempo y que el mar estaba picado, pero luego uno de ellos aceptó a cambio de una cantidad muy respetable.

Subieron al bote del pescador. El taxista dijo que los esperaría en la playa. Avanzaron hacia el barco luchando con las olas. Qué poco le quedaba para su reencuentro con Nadia. El profesor se puso de pie en el bote, que se sacudía a cada rato, y gritaba sin cesar:

—¡Nadia, Nadia! ¡Ya voy! Todo ha terminado, los malos días han quedado atrás.

No había policía ni medidas de seguridad por los alrededores. Como mucho media hora más tarde habrían regresado a tierra firme con Nadia, se habrían montado en el taxi y estarían de camino a su casa.

El pescador, al mismo tiempo que manejaba el motor, sujetaba al profesor pues temía que aquel tipo que no dejaba de gritar en una lengua extranjera se cayera al mar. Justo cuando consiguió que se sentara tirándole del brazo, el *Struma* salió volando por los aires con una extraordinaria explosión.

El mundo se sumió en el silencio de repente después de aquel terrible estruendo. El aire se llenó de fragmentos de madera y de cuerpos humanos y el barco se hundió a toda velocidad.

El pescador, asustado por la explosión, dio marcha atrás y se encaminó rápidamente a la orilla. El profesor iba de un lado a otro en el bote.

—¡Pare! —gritaba—. ¡Vuelva, vuelva!

El pescador no lo obedecía, pero Maximilian estaba decidido. Saltó sobre él, lucharon un momento, luego el hombre cayó al mar. Max, ahora sólo en el bote, giró el timón para llevarlo de nuevo hacia el barco. El bote volcó y también él cayó al agua.

Estaba helada y las olas lo impulsaban hacia la orilla. Llegó un momento en que sintió que el agua del mar, salada y fría, le llenaba los pulmones.

Cuando abrió los ojos, primero trató de adivinar adónde se encontraba. ¿Qué hacía entre aquellos hombres? ¿Por qué aquel tipo chorreando se comportaba como un loco? Era evidente que se lanzaría sobre él y lo haría pedazos, si lo dejaban. Los demás también parecían enfadados. Unos cuantos sujetaban a su compañero y los otros se gritaban entre sí.

Para ser precisos, Maximilian veía que aquel grupo de hombres airados y nerviosos gritaban, pero no oía sus voces. No podía oír nada. Luego los oídos se le destaparon de repente. Primero oyó el furioso rugir de las olas, luego los gritos de frustración. Cuando levantó la cabeza para mirar, en el mar flotaban muchos restos. Junto a partes del barco hecho pedazos aparecían y desaparecían entre las altas olas objetos personales e incluso partes de cuerpos.

En eso llegó una gran cantidad de gente. Empezaron las tareas de rescate con todo tipo de equipamiento.

Se puso en pie de un salto mientras gritaba como si quisiera desgarrarse la garganta. Echó a correr hacia el mar todavía chorreando agua. Apenas había dado un par de pasos cuando alguien lo sujetó. Reconoció a aquel hombre que se metía en el agua helada para detenerlo. Era un amigo, entonces ¿por qué le hacía aquello, por qué no lo dejaba? ¡Remzi! Remzi el taxista… ¡Cuántos días llevaban compartiendo dolor y esperanza aún sin entenderse! ¿Por qué ahora le impedía ir hacia los restos? ¿Por qué no lo entendía? Otros cuatro o cinco hombres acudieron en ayuda de Remzi y arrastraron a Maximilian hasta la playa. Él no estaba enfadado con ellos, sólo con Remzi. Tiritaba de frío, de la rabia, del dolor. Y gritaba sin cesar:

—¡Nadiaaa!

En ese momento llegó la policía. Esposaron a Maximilian y se lo llevaron a Estambul. Él les preguntaba una y otra vez en turco:

—¿Hay supervivientes? ¿Hay supervivientes?

—Se ha salvado uno —le respondieron.

Uno de setecientos sesenta y nueve sin incluir la tripulación, pensó el profesor. Rezó para que fuera Nadia. Pero no era ella, sólo se salvó un joven llamado David. Todos los demás murieron. En cuanto lo supo, empezó a aullar a voz en cuello.

—¡Asesinos, asesinos, asesinos!

Lo arrojaron a una celda en el sótano de la comisaría. Las paredes y el suelo estaban húmedos y desprendían un fuerte olor a moho. Una bombilla siempre encendida pendía sobre su cabeza. Como la celda no tenía ventanas, no se sabía si era de día o de noche. Se comportaba como un enfermo mental grave, se levantaba y se golpeaba la cabeza contra el muro con movimientos rítmicos. Se oía un toc, toc, toc, y la frente se le quedaba bañada en sangre. Ni se le pasaba por la mente limpiársela. No probaba la comida que le llevaban los policías y se acostaba acurrucado sobre el suelo húmedo. Cuando cerraba los ojos, veía la explosión del barco y los cuerpos lanzados por los aires. ¿Dónde estaría Nadia en el momento de la explosión? ¿Lo habría visto y le esperaría agarrada a la baranda? ¿O estaría en la bodega? ¿Qué sería lo último que había comido? ¿Cuál habría sido su último pensamiento? ¿Le habría dado tiempo a sentir miedo? ¿Se encontraría entre quienes fueron lanzados al mar? ¿Habría muerto en el acto o habría agonizado largo rato en el agua fría?

Pensaba en todo aquello y luego se ponía en pie y empezaba a golpearse la cabeza contra el muro rítmicamente. El toc, toc, toc, hacía eco en los muros de la celda.

Así estaba cuando se lo llevaron para interrogarle. Era incapaz de dar una respuesta decente a ninguna pregunta, no entendía lo que le decían. Simplemente gritaba:

—¡Voy a dedicar mi vida a contarlo! ¡Voy a contarle este crimen al mundo entero!

Era el 24 de febrero.

En los días siguientes se comentó mucho el incidente, mejor dicho, el hundimiento del *Struma*. Surgieron todo tipo de rumores que se contradecían entre sí. Había quienes decían que los turcos lo habían torpedeado y otros, que habían sido los alemanes. También se comentaba que le habían puesto una bomba sin que nadie se diera cuenta mientras lo remolcaban desde el Bósforo a Şile.

Años más tarde, un investigador alemán nombrado por la fiscalía de Frankfurt sacaría a la luz la verdad. Al *Struma* lo había torpedeado el submarino soviético SC 213 porque tenían instrucciones de Stalin de hundir cualquier nave de identidad sospechosa que estuviera en el mar Negro. Esa mañana, cuando el submarino al mando del teniente Dejnenko detectó el *Struma*, envió varias señales por telégrafo. Como no recibieron respuesta, lo torpedearon.

Sacaron al profesor Wagner de su celda y lo llevaron directamente a su casa. Le informaron de que tenía prohibido salir de allí y le pusieron un guardia en la puerta. Continuaba la investigación sobre él.

Unos días más tarde lo deportaron de mala manera. Cuando le preguntaron a qué país quería ir, respondió:

—A Estados Unidos.

No había hecho ningún preparativo y tampoco encontró tiempo para hacer el equipaje. La partitura de la serenata que había compuesto para Nadia se quedó entre las cosas que tuvo que dejar en Estambul. En el último momento telefoneó a la universidad y les pidió que entregaran sus cosas al matrimonio Arditi.

Cuando se alejaba de Estambul no sabía que regresaría cincuenta y nueve años después. Ni siquiera habría podido sospecharlo. En realidad, no pensaba en nada.

Después de su llegada a Estados Unidos pasó mucho tiempo sin intentar siquiera ponerse en contacto con Turquía. No siguió la suerte de sus pertenencias porque estuvo meses ingresado en un hospital, fuertemente sedado y bajo tratamiento psiquiátrico. Los médicos no querían que estableciera conexiones con su pasado.

El tratamiento iba bien. Había vuelto a la vida y se encontraba mucho mejor. Pero una carta que llegó de repente provocó que todo se pusiera patas arriba de nuevo. Era una carta escrita por Nadia.

> Querido:
>
> No te entristezcas demasiado cuando esta desdichada de Medea te entregue la carta. Te cuente lo que te cuente, no te lo creas. La pobre está muy delicada por su embarazo y su enfermedad y la situación en el barco la ha afectado más que a los demás. No lo digo para tranquilizarte, créeme que estoy bien. Y sé que saldré de esta.
>
> Porque hace dos días le rogué a Dios que me enviara una señal. Alcé la cabeza al cielo y cerré los ojos. Me temía que cuando los abriera vería el cielo vacío, pero no fue así. Dios me había escuchado. Justo sobre mi cabeza vi una bandada de pájaros volando en forma de uve. Volaban con tanta armonía que ni uno solo alteraba las filas, ni se acercaba de más al que le precedía, sino que mantenían la distancia formando una uve perfecta. Sí, justo por encima de mi cabeza. Pensé que era un milagro.
>
> Dios, señor tuyo y mío y de toda la humanidad, me ha enviado la señal de la victoria desde el cielo. Me llenó un sentimiento de agradecimiento y alegría. Más que intuirlo sé positivamente que saldré de aquí y que volveré a encontrarme contigo. Y me tocarás esa serenata que compusiste y que tanto echo de menos.
>
> Me hace feliz saber que estamos en la misma ciudad, cerca el uno del otro, respirando el mismo aire.

Pronto estaremos juntos y podremos contárnoslo todo.

Mientras tanto, no te entristezcas. Estoy bien, me encuentro perfecta de salud, tenemos con qué calentarnos y alimentarnos.

Espero con ansia el día en que volvamos a encontrarnos.

Tu mujer,

NADIA

Nadia le había entregado aquella carta a Medea porque sabía que Max acabaría encontrando a la mujer que rescataron del barco para llevarla al hospital. No obstante, Medea no había visto la oportunidad de entregársela en esos días en que luchaba con la muerte. Una vez restablecida y antes de partir hacia Palestina, entregó la carta a la administración del hospital.

Y ellos la enviaron a la Universidad de Estambul. El rectorado tardó bastante en encontrar las señas del profesor y dónde estaba trabajando. Enviaron la carta a la Universidad de Harvard, que lo había aceptado. No obstante, como en ese momento se encontraba en el hospital, la carta no llegó a sus manos de inmediato.

Se la dieron por fin mientras estaba ingresado en un hospital de Boston. De haberlo sabido, los médicos lo habrían impedido con toda seguridad porque después de leerla se hundió en un abismo de una profundidad y una negrura insondables. Su mente tardó mucho en recuperarse.

Volvía la mirada hacia la ventana y deliraba.

—Voy —decía—. Voy, Nadia, voy.

Luego trataba de recordar la *Serenata* mencionada en la carta, pero de las profundidades de su mente confusa no brotaba ni una nota.

Continúo donde lo dejé

15

Han podido leer la angustiosa historia de Maximilian y Nadia en un capítulo aparte, como es habitual en la literatura oriental. Tanto en *Feridüddin-i Attar*, como en *Las mil y una noches*, como en el *Mesneví*, se acostumbra a insertar capítulos que pueden leerse como parte del libro o bien de manera independiente. Por supuesto, no tengo la intención de convertirme en escritora profesional ni en representante de la literatura oriental, pero probablemente no pongan objeciones a que haya recurrido en este humilde relato a una tradición que considero muy próxima a mí. Ahora continúo con mi historia donde la dejé.

Al día siguiente me levanté con una energía que me sorprendió a mí misma. No estaba cansada a pesar de lo poco que había dormido. Después de mandar a Kerem al colegio escribí un correo electrónico al Ministerio de Exteriores. Les decía que un académico miembro de la Universidad de Estambul estaba escribiendo un libro sobre el «deplorable» incidente del *Struma* acaecido en 1942 y les preguntaba si le concederían permiso para investigar en los archivos del ministerio.

No creía que recibiría una respuesta afirmativa, pero quise probar suerte. Puede que me encontrara con algún director general que no le supusiera ningún problema abrir los archivos tantos años después.

Luego me arreglé a toda velocidad y salí a la calle. Caía una ligera nevisca. Como iba en un taxi colectivo en dirección a Beyazıt, me parecía estar siguiendo el trayecto cotidiano hacia la universidad, pero esta vez tanto el lugar al que me dirigía como mi intención eran distintos.

En cuanto me bajé en la atestada plaza, saqué del bolsillo un papel. Era la fotocopia del documento de deportación que había encontrado en el expediente de Maximilian Wagner y lo que tenía de importante para mí era que en él constaba la dirección de su casa en aquel momento.

Algunos cafés de la plaza de Beyazıt habían revivido el interés por los narguilés de la época otomana y estaban llenos de estudiantes y

turistas. Nunca en mi vida había fumado un narguilé. Decidí que algún día tendría que probarlo. ¿Qué efecto tendría el humo atravesando el agua?

Mientras pasaba por delante de los puestos de comida alineados en la plaza, el irresistible olor a sándwiches de *sucuk* me detuvo. Había salido de casa con el estómago vacío. Me senté a una de las mesitas de fórmica y pedí un sándwich y un *ayran*.[6] Aproveché para preguntarle al camarero por la dirección que llevaba escrita en el papel, la calle Nasip. No la conocía, pero quizá el viejo propietario del colmado de al lado supiera dónde estaba.

Una vez que hube terminado el sándwich me dirigí al colmado y le pregunté al anciano que estaba tras el mostrador. Lo pensó un rato, frunció el ceño y por fin dijo:

—Me parece recordarlo, pero… No sé. Por aquí han cambiado mucho los nombres de las calles. Lo mejor es que vayas a la alcaldía del barrio y preguntes allí, hija.

Y me indicó dónde podía encontrarla.

No obstante, el alcalde del barrio tampoco conocía la calle Nasip. Y, teniendo en cuenta que no podía existir una calle que desconociera, o bien la dirección estaba mal escrita, o bien, como había dicho el tendero, le habían cambiado el nombre. Hablamos un poco sobre aquella posibilidad. Era un tipo que quería ayudar pero tan lento que era capaz de aburrir a cualquiera. Abrió antiguos libros de registro y por fin encontró la calle Nasip. Ahora se llamaba Akdoğan.

Mientras salía de allí y me encaminaba a la calle Akdoğan le daba vueltas en la mente a los cambios de nombre en nuestro país. ¿Por qué ninguna calle, avenida, plaza o aldea conservaba el mismo nombre y los cambiaban continuamente? ¿Para huir de la historia? ¿Para empezar todo de cero?

¿Qué diría Erich Auerbach sobre los problemas de un país que quiere cambiar su pasado? ¿Habría hablado en sus cartas a Walter Benjamin de aquel «deseo extremo de transformación»? Sin darnos cuenta, estábamos cambiando de piel a cada rato. Líbrate de Bizancio, líbrate de los otomanos, líbrate de la cultura árabe… Y ahora, la última moda: ¡Líbrate del kemalismo! Oculta lo del Regimiento Azul, oculta el *Struma*, oculta lo de los armenios.

En cierto momento me pregunté por qué habría tantos sitios en Turquía que se llaman Ereğli. En Konya, en la región de Mármara, en el mar Negro. Luego, investigando un poco, comprendí que eran los antiguos «Heraklion». Lo mismo pasaba con Bolu. Bolu, İnebolu, Tirebolu, Safranbolu, los nombres de todas aquellas ciudades en realidad venían de «polis», es decir, «ciudad» en griego.

Mientras pensaba en si existiría algún otro país que continuamente

redefiniera su pasado, di con la calle Akdoğan.

Era una callejuela pequeña llena de edificios descuidados. Estaba pavimentada con adoquines muy viejos y desiguales. Entre edificios modernos se veían aisladas casas de madera herencia de otros tiempos, pero todas estaban en ruinas. Eran viviendas con saledizo que en su momento habían sido bonitas, pero que ahora habían perdido la pintura y mostraban la madera ennegrecida.

Bajé un poco hasta encontrar el número 17, pero allí había un edificio nuevo y feo con revestimiento de cerámica. Aquella no podía ser la casa en la que vivían Max y los Arditi. Por lo que se veía, la calle, como las demás, se había llevado una buena bofetada de la emigración de Anatolia y se habían derruido las antiguas casas para construir otras nuevas. No me quedaba más remedio que preguntar en el centro de información de direcciones número 1 de cada calle de todo el país: en el colmado. Le pregunté al tendero si conocía al matrimonio Arditi. La tienda tenía oraciones en árabe colgadas por todos lados. La barba del tendero, su casquete blanco de punto y el rosario que tenía en la mano indicaban que era un hombre venerable y devoto con todas las de la ley.

—Hija —me dijo—, yo vine de Kayseri y abrí esto hace cinco años. No conozco a los viejos del barrio, pero entre los clientes hay ciudadanos hebreos de los antiguos. Supongo que ellos te podrán dar más información.

Luego llamó a su hija:

—Kübra, Kübra, lleva a la señora a casa de Madame.

Por detrás del mostrador salió una muchacha delgada y de rasgos afilados con un velo estampado prietamente anudado.

—Debería haberte ofrecido algo, hija. ¿Qué tomas? —me preguntó el padre mientras ella se ponía el abrigo.

Le di las gracias, pero no me apetecía nada. Entonces me dio una oración en árabe impresa en una pequeña cartulina.

—Llévala siempre contigo, hija. Es la aleya del trono, es decir, la palabra de Dios. Te protegerá en esta ciudad de cualquier accidente, de los desastres, del mal de ojo… No te separes de ella.

Aquella actitud bondadosamente pía, de proteger y velar por una mujer a la que no conocía de nada, me tranquilizó. Eran buena gente, como muchas familias tradicionales de Anatolia.

Luego Kübra y yo salimos a la calle. Fuimos a una de las casas viejas que estaban unas puertas más allá. Kübra llamó al timbre de la antigua puerta de madera, que era al viejo estilo, de los que había que girar. Por la ventana del piso superior una señora mayor se asomó a mirar.

—¿Eres tú, Kübra? Voy, hija.

Hablaba turco con un acento muy particular. Cuando abrió la puerta nos encontramos con una mujer a la que todo, incluido el acento, evidenciaba como sefardí. Ya me había enterado de que los musulmanes del barrio la llamaban «Madame». Llevaba en la punta de la nariz unas gafas de montura metálica con un cordón que le colgaba del cuello. Inclinó la cabeza para mirarnos por encima de los cristales.

—Pasad, pasad.

Kübra le explicó la situación y añadió que tenía cosas que hacer.

—¿Quieres que te traiga algo, tía? —preguntó antes de irse.

—No, hija. Gracias, bonita —le agradeció Madame.

Luego me hizo pasar.

—Son una familia muy buena —me explicó—. Tengo fatal la ciática y no puedo salir como me gustaría. Les llamo por teléfono y Kübra me trae enseguida lo que le pida. En las fiestas nunca se olvidan de pasar por aquí para que les dé unos caramelos o unos dulces.

Todo aquello eran restos de la antigua vida cosmopolita de Estambul. Restos de aquellos buenos tiempos perdidos.

Madame me condujo a un saloncito. La casa tenía un ambiente particular, que recordaba el mundo del pasado. Sobre unas mesitas muy antiguas, talladas y con taracea de nácar, había decenas de fotos en sus marcos correspondientes.

—¿Te preparo un café? —me preguntó.

—No se moleste.

—Yo no me he tomado el café de la mañana, hija. Nos lo tomaremos juntas.

Poco después regresó con una bandejita con dos cafés espumosos que olían estupendamente en unas delicadas tazas con soporte de plata. Trajo también sendos vasos de agua y junto a las tazas colocó unas delicias turcas de rosa. Justo al estilo del viejo Estambul. Eso no se encontraba en ninguna de las cafeterías de moda. Volví a preguntarme por qué la gente habría dejado de lado unas costumbres tan hermosas para tomar café instantáneo. Café, además, con un sabor muy raro.

En realidad, la razón era evidente. Se pretendía que miles de millones de personas que vivían en distintos lugares del mundo, cada cual con sus características distintivas, desearan las mismas comidas y bebidas, compraran el mismo tipo de ropa y, en consecuencia, vivieran el mismo tipo de vida. Así las grandes empresas multinacionales podrían vender sus productos en cualquier parte del mundo. Lo más terrible de ese sistema era que estaba destruyendo las culturas locales. Luego me reí para mis adentros. Desde la semana pasada me había convertido en una «experta en nostalgia».

Supe que aquella elegante señora que se sentaba frente a mí, y a la

que todos se dirigían como «Madame», en realidad se llamaba Raquel Ovadya. Pertenecía a los sefardíes nativos de Estambul desde hacía quinientos años. Habían huido de la España inquisitorial de los tiempos de Isabel y Fernando y habían venido en los barcos otomanos que partieron del puerto de Cádiz en 1492. Esa misma noche, del mismo puerto partieron también los barcos de un explorador llamado Cristóbal Colón, que planeaba llegar a la India atravesando el océano Atlántico.

Dulcemente, con ese turco con acento ladino con el que hablaba, Madame Ovadya me presentaba a la gente de las fotografías y elogiaba la buena planta de su marido, a quien había perdido hacía cinco años. Estaba claro que le agobiaba la soledad y buscaba con quién hablar.

—Madame Ovadya —le dije—. Me llamo Maya Duran. Trabajo en la Universidad de Estambul. He venido para preguntarle algo. ¿Conocía al matrimonio Arditi, que vivía tiempo atrás en esta calle?

Su mirada se nubló y clavó los ojos en el techo para extraer el nombre de los Arditi de entre los confusos recuerdos acumulados por los años.

—Arditi, Arditi —murmuraba.

—Matilda y Rober Arditi —añadí los nombres con la intención de ayudarla a recordar—. Antiguamente vivían en el número 17.

De repente se le iluminó la cara.

—¡Clarooo! ¡Cómo no voy a acordarme, hija! La señora Matilda. Cuando yo era mocita me daba pañuelitos bordados. Eran muy buena familia, mucho.

—¿Y sabe dónde están ahora?

—¿Sabe?, eran mayores que yo. Supongo que el señor Rober ha fallecido. Y, por lo que he oído, la señora Matilda estaba en una residencia. Debe de tener más de noventa años.

—¿Todavía vive?

—Eso no lo sé, hija.

—¿En qué residencia estaba?

—Ay, guapa, eso tampoco lo sé. ¡Cuánto ha cambiado Estambul, cuánto! Si supieras cómo era esto antiguamente…

Me di cuenta de que iba a empezar a hablar otra vez de los viejos tiempos.

—Por favor, madame. Es muy importante que encuentre a la señora Matilda. ¿Puede esforzarse un poco más?

—¿Por qué buscas a esa familia?

—Es largo de contar, pero estoy realizando una investigación que se relaciona con la universidad. Tengo unas preguntas que hacerle.

—Yo te las puedo responder. Sé mucho. De cuando estudiaba en

Notre Dame de Sion.

—Gracias, pero son asuntos relacionados con esa familia. Si no le importa…

—Espera un momento, entonces. Creo que mi Izi me habló de la señora Matilda. Le voy a preguntar.

Fue hasta un teléfono Ericsson negro, de estilo antiguo, que estaba sobre la mesita del rincón. Primero le quitó el pañito que lo cubría y luego levantó el auricular y marcó lentamente.

Hablaba una lengua tan rara con la tal Izi que era imposible entenderla. Decía unas frases en español, otras en francés y otras en turco. Mientras hablaba recordé una bonita historia sobre los sefardíes de Estambul.

Como llegaron en 1492, hablaban el español de Cervantes, que a estas alturas en España ha cambiado mucho. Un grupo de filólogos de Madrid vino a Estambul para investigar la lengua y el vocabulario de aquel tiempo y les hicieron todo tipo de preguntas. Pero cuando el tema pasó a la política y les preguntaron si aquí estaban a gusto o no, un sefardí les contestó medio en turco medio en español:

—Las meseles del hükümet, no mos karışıyamos. —O sea, «En los asuntos del gobierno, no nos metemos».

Algunos profesores de la universidad lo contaban como un chiste y se reían, pero madame Raquel y la tal Izi hablaban exactamente así.

—Bueno, querida, *au revoir*. —Colgó y se volvió hacia mí—: Hemos encontrado a la señora Matilda. Está en la residencia de ancianos Artigiana de Harbiye. Espera, te voy a traer un poco del dulce que hice ayer.

—No, por favor, no se moleste. Tengo algo de prisa. Me ha hecho un gran favor, madame Raquel. Adiós.

Luego salí dejando a la anciana a solas con sus recuerdos y su incurable soledad. Mientras se despedía de mí con un «¡Adiós, vuelve cuando quieras!», su cara reflejaba una tristeza indescriptible. Eché a andar en dirección a la plaza, con la histórica puerta de la universidad frente mí. Me reconfortaba no tener que entrar en aquel edificio aunque sólo fuera por una semana. Tomé un taxi colectivo y fui a Harbiye. No sabía dónde estaba la residencia Artigiana, pero seguro que la encontraba a fuerza de preguntar. Y así fue. Después de preguntar en un par de tiendas me encontré delante de la residencia.

Por lo que leí después, la Artigiana fue construida por decreto del sultán Abdülmecid en 1838 con una donación de veinte mil piastras. Era un refugio, un hogar para los últimos días de ancianos de distintas religiones que se quedaban sin nadie. A todos se les daba una habitación. Si querían podían instalarse en ellas con sus propios muebles. También se les permitía salir de día y regresar de noche.

Cuando les dije a los vigilantes de la puerta que buscaba a Matilda Arditi me condujeron al segundo piso. Sobre las puertas, bastante ajadas, estaban escritos los apellidos de los residentes: Kuyumcuyan, Stavropoulos, Mavromatis, Serrero…[7]

¿Quién sabía qué recuerdos se guardaban en aquel viejo edificio? ¿Qué dramas, qué diversiones, qué amores se recordaban? Después de recorrer unos metros vi que ponía «Arditi» en una habitación a mi izquierda, así que llamé y entré. Una mujer muy anciana se incorporó en la cama al verme.

—Dígame.

—Busco a Matilda Arditi.

—¿Para qué la busca?

—Para charlar un rato.

—Adelante, pues.

Me señaló un sillón verde que había junto a la ventana. Me senté en él.

—¿Es usted Matilda Arditi?

—Sí, sí. La verdad es que ha pasado tanto tiempo de todo que ya ni me acuerdo de quién soy.

—Madame, por favor, acepte esto.

Le alargué el ramo de violetas que había comprado en la floristería de la esquina antes de llegar a la Artigiana.

—Ah —dijo—, qué amable. Quién sabe cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que me regalaron flores. ¿Un siglo, dos?

—Por Dios, no sea así, madame Arditi. Tampoco es usted tan mayor.

—¡Ay! Me da la impresión de que llevo viviendo desde el principio de los tiempos. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Maya.

—Ah, Maya. Me gusta mucho el nombre de Maya. Un vecino nuestro en Esmirna tenía una hija que se llamaba Maya. Teníamos la misma edad y éramos grandes amigas. No sé si seguirá viva.

—Madame Arditi, me gustaría preguntarle algo.

—Adelante.

—¿Se acuerda de Maximilian?

Dudó un instante y trató de recordar arrugando aún más su frente, de por sí ya arrugadísima. Luego se le iluminó la cara.

—¡Sí! Maximilian. Claro. Por supuesto que lo recuerdo.

—Eran vecinos en la calle Nasip.

—Sí, sí, en la calle Nasip, claro.

Sus gestos no eran del todo naturales porque estaba intentando aparentar seguridad en sí misma. Luego se detuvo otra vez, estaba

confusa.

—La calle Nasip de Ginebra, ¿no?

—No, madame, la de Estambul.

Dudó otra vez.

—Sí, la de Estambul, claro —dijo entonces, ahora sí con firmeza.

—¿Recuerda a Max?

—¿Max? Ah, Maximilian… ¿Cómo no lo voy a recordar?

—¿Podría hablarme un poco de él?

—¡Ajá!

Me guiñó pícara. Me hizo una señal con la mano para que me acercara. Arrimé el sillón a la cama.

—Ahora vamos a hablar entre chicas, guapa —dijo entre risitas—. Era un hombre tan amable, tan caballeroso, tan rico… Un poco galán, claro, pero, hija, ¡cómo no iba a serlo! Las mujeres no lo dejaban tranquilo. Cuando yo era joven Estambul era preciosa. Iba con Max de la mano a la pastelería Le Bon, me gustaban mucho los *éclairs*. ¡Adónde no iríamos! Estaba el Petrogrado, que habían abierto los rusos donde servían camareras también rusas. Era un café muy bonito.

Se detuvo un momento como si se le vinieran a la cabeza otras cosas. Luego hizo un gesto como queriendo decir «qué más da», como si fuera a contarme algo pero renunciara a hacerlo, y continuó:

—Adónde no iríamos, bonita. Iba de compras en el pasaje Karlman y me compraba los zapatos en Patzikakis. Luego estaban los almacenes Lyon y Mayer. E íbamos al teatro y a los conciertos al Petit-Champs.

Meditó un instante como si se le hubiera olvidado algo.

—El querido Max nunca se compraba nada para él. Yo iba a Mayer a comprarle los calcetines, los calzoncillos, las camisetas. Allí trabajaba Fritz. Otro judío alemán. Y también estaba Lázaro Franco. No hace mucho que cerró; unos veinte años. Vendía cortinas. Cosas de la casa, vaya… Y había otra tienda donde me compraba los sombreros… Iba a sombrereras rusas, que conocen bien su oficio. Esa se llamaba madame Bella. Encima del cine Lale. Y luego estaba Marieta, también vendía sombreros. Pero la mía era cara y muy buena. Cada dos pasos había sastres, sombrererías…

Cuando guardaba silencio ponía una expresión que dejaba bien claro que estaba pensando en algo. Al mismo tiempo, me hacía gestos con la mano para que esperara. Continuaba deprisa para que yo no pudiera intervenir, para que no la interrumpiera.

—Me gustaba mucho la música clásica. Bach, por ejemplo. Siempre iba a escucharlo a Taksim. Antes no existía la ópera. Había un restaurante que se llamaba Novotni, en Tepebaşı. Lo llevaban cinco o seis hermanos rusos. A veces tocaban el piano. Iba allí a escucharla. Nos gustaba mucho la comida. De hecho, siempre íbamos allí si

salíamos a cenar. Por desgracia, no había ningún otro sitio con música clásica. También íbamos a conciertos. Vino Rubinstein, por ejemplo, y Yehudi Menuhin. Cuando entraba en la sala del brazo de Max me sentía como una reina. Todos los martes jugábamos a las cartas con los amigos. Sólo para entretenernos. Pero nos arreglábamos como si fuéramos a una recepción importante. Éramos ocho. Siempre nos poníamos un vestido distinto. Arreglábamos la mesa con mucha elegancia. En fin, hacíamos lo que podíamos.

Madame Arditi me tenía desconcertada. Contaba sus historias con ansia, con pasión incluso, pero yo empezaba a dudar mucho de lo que decía. Probablemente tuviera la mente confusa y estuviera confundiendo a Max con otro.

—Madame Arditi, ¿está usted segura de que habla del profesor Maximilian Wagner?

—Por supuesto —respondió con gesto de estar sumamente segura —. Aunque lo olvidara a él, nunca olvidaría su música.

Bien, al parecer hablábamos de la persona correcta.

—¿Recuerda la *Serenata*? —pregunté.

—¿Está loca, hija? ¡Cómo va a olvidárseme esa obra! Esa música celestial que cada vez que la oía me transportaba por encima de las nubes.

Luego con una voz delicada pero que se quebraba continuamente empezó a entonar una melodía. Al mismo tiempo se balanceaba como si estuviera bailando un vals. Tarareaba «laa, lalalaaa, laa, lala» moviendo la cabeza. Mientras seguía el tempo del vals con el brazo, se le deslizó la manga de la ajada bata de algodón. El brazo que quedó al aire parecía un trozo de piel marrón y con manchas sobre el puro hueso. Había algo que oprimía el corazón en aquella visión trágica con la expresión de suma felicidad que reflejaba su cara. Luego me llamó con la mano. Me puse en pie y me acerqué. Me cogió la mano y, haciendo uso de todas sus fuerzas, se levantó. Sin soltarme y siguiendo aquella melodía incomprensible del lalalá, trataba de mecerse a ambos lados como si bailara un vals con ese cuerpo que se veía tan pequeño y delgado dentro de la bata de algodón. No había la menor posibilidad de entender nada de lo que decía ni de la melodía. Poco después no pude aguantarlo más e interrumpí aquella música que podía durar hasta el infinito y la senté en la cama teniendo cuidado de no hacer daño a ese cuerpo que me daba la impresión de que se podía romper en cualquier momento.

—Madame Arditi. Dicen que tiene usted las cosas de Max.

Me guiñó con picardía.

—¿Y quién más podía tenerlas, guapa?

Aquella anciana no hacía más que insinuar que había vivido un

amorío con el profesor, pero eso no cuadraba con lo que me había contado el propio Max sobre su estado psicológico mientras esperaba a Nadia.

Decidí que madame Arditi lo mezclaba todo y que no recordaba bien nada. Caí en la desesperación y me dispuse a irme.

—Veo que tiene visita, señora Rita —dijo una enfermera que entró justo en ese momento—. Es la hora de su medicina.

—¿Señora Rita? —pregunté.

—Sí, Rita, lleva aquí cuatro años.

—Pero yo me creía que era madame Matilda Arditi.

—Se ha equivocado. Madame Matilda está en esa habitación.

Me señalaba una puerta a su izquierda. Así que las dos habitaciones estaban una dentro de otra y madame Arditi estaba en esa.

La señora Rita, la rumí, cuyo engaño había sido descubierto, ya no me miraba a la cara. Había perdido aquel aire travieso de poco antes y se había convertido en una niña vergonzosa. Me pareció muy enternecedora. Aunque me hubiera tomado el pelo, me daba pena aquella anciana solitaria. Me acerqué a ella y le cogí la mano.

—Encantada de conocerla, señora Rita —dije—. Ha sido una conversación muy agradable. Volveré a visitarla.

Me miró esperanzada.

—¿No se ha enfadado conmigo?

—No, ¿por qué? Me he divertido mucho escuchándola.

—¡Que Alá te bendiga! —exclamó y se persignó.

Así es Estambul, pensé. Una bendición musulmana y un persignarse a la griega al mismo tiempo. La ciudad en la que se entremezclan las oraciones, las religiones y las culturas.

Besé en las mejillas a la pobre mujer y pasé a la habitación interior. Madame Matilda no se encontraba en tan buen estado como su compañera. Estaba acostada con los ojos entrecerrados como si se le hubiera escurrido la vida. Pareciera que quisiera despedirse de este mundo lo antes posible. Pero por lo visto su capacidad mental seguía en su sitio.

—¿Señora Arditi?

Estaba echada de lado y con la cabeza enterrada en la almohada. Sin cambiar de postura, moviendo sólo los ojos, me preguntó con voz débil:

—¿Qué quiere?

La voz le salía tan baja que la oía a duras penas. Su empequeñecido cuerpo era como el de un niño de mal genio.

—Esto… Me llamo Maya Duran, de la Universidad de Estambul. Quería preguntarle algo.

—Pregunte.

—Entre los años 1939 y 1940 vivía en la calle Nasip, ¿no?

—Sí, ¿y?

—En aquella época tenía un vecino, el profesor Maximilian Wagner. ¿Lo recuerda?

Me miró de mala manera, de nuevo moviendo sólo los ojos.

—¿Por qué no lo iba a recordar? ¿Qué es lo que quiere saber de él?

Tenía un gesto como de «acaba de una vez y déjame tranquila».

—El profesor dejó dicho que les entregaran a ustedes sus papeles cuando lo deportaron.

—Y eso hicieron.

—¿Dónde están, señora Arditi?

—Después vino uno del consulado alemán y se lo llevó todo.

—¿Quién era? ¿Recuerda cómo se llamaba?

—Tengo su rostro muy presente. Un tipo de cara bastante angulosa. Pero no, espere que me acuerde de su nombre. Era algo con ese, creo.

—¿Scurla?

—*C'est possible*. Me suena el nombre.

Aquella anciana tenía una memoria increíble. Conservaba en la mente detalles que nadie sería capaz de recordar.

Cuando salía de la Artigiana no pensaba en Scurla, sino en Matilda y Rita. Como no tenía experiencia en ello, no había sabido distinguir el acento rumí del sefardí. Rita había hecho que me tragara el anzuelo, pero de todas formas me había caído bien.

Cuando envejezca me gustaría ser como Rita, no como Matilda. Rita era una dulce locuela y con su mente confusa jugaba a juegos divertidos. La pobre Matilda, con su mente joven y brillante encerrada en un cuerpo viejo que la había traicionado, esperaba la muerte consciente de todo como un condenado a la pena capital. La edad, en la mayor parte de los casos, no hunde al mismo tiempo el cuerpo y la mente. Por lo general, uno de ellos conserva la juventud. Y hoy había sabido la respuesta a la pregunta trágica de qué sería mejor perder antes: si primero pierdes la cabeza, mueres más feliz.

Por desgracia, Max no viviría esa felicidad. Dentro de seis meses moriría con una mente brillante y entre los amargos recuerdos del pasado. Yo quería ayudarlo. Si por lo menos encontraba la partitura de la *Serenata*, el pobre hombre podría experimentar una gran alegría los últimos días de su vida.

Cuando salí de la residencia Artigiana vi que estaba nevando con grandes copos. Las calles ya estaban cubiertas de nieve, que también empezaba a acumularse en los hombros de los viandantes, en los tejados y en las ramas de los árboles de las aceras. Como siempre,

tapaba todo lo feo y me llenaba de gozo. Bajo la nieve, Estambul se convertía en una ciudad de cuento. Las mezquitas, las iglesias, las sinagogas, los puentes del Bósforo se pintaban de blanco y el aire vibraba con una ligera bruma. Cuando el tiempo estaba así las aguas azules del Bósforo se volvían de un verde esmeralda. Ahora la ciudad se estaba poniendo su vestido blanco a toda velocidad. Recordé de nuevo a mi abuela Mari. La nieve era colcha en Anatolia, pero en Estambul era una capa blanca como de cuento. Por lo menos en los barrios del centro.

Caminando bajo la nevada continué tras las huellas de Max. Después de cruzar la distancia entre Harbiye y Şisli, que tampoco es mucha, hallé la calle Ölçek preguntando un poco. No era demasiado difícil encontrar el edificio del Vaticano en aquel callejón que daba a la avenida porque enseguida llamaba la atención con su elegante arquitectura y la arcada de su puerta. Más tarde supe que se había construido en 1849.

En la inscripción que había en ella estaba escrito «Nuntiatura Apostolica» en torno a un símbolo que no supe identificar. Y debajo, en turco, «Legación en Estambul de la Embajada Vaticana». Así que Max había venido aquí, había cruzado esta puerta, había hablado con el padre Roncalli y aquí le había conseguido a Nadia un certificado católico de bautismo. Ay, Dios, vaya ciudad en la que vivíamos. ¿Cuánta de la gente que se refugiaba de la nevada cada vez más intensa en paradas de autobuses, tiendas y marquesinas sería consciente de ello? ¿Cuántos de sus quince millones de habitantes tendrían noticia de la historia cosmopolita de esta ciudad?

Pero yo no tenía derecho a reprochárselo a nadie. Hasta hacía una semana yo también vivía en una ciudad totalmente distinta. A pesar de que había estudiado letras y sabía algo de historia, todo aquello quedaba muy lejos de mi vida cotidiana.

Nadie levantaba la cabeza para mirar las esculturas que adornaban sus increíbles edificios mientras pasaba por la «Grand Rue du Péra», es decir, la calle İstiklâl, en ese barrio que yo ahora sabía que se llamaba Beyoğlu, «hijo del bey», por Alvise, hijo del bailo de Venecia. La multitud de jóvenes vestidos de oscuro caminaba entre olores a carne asada, bocadillos, *sucuk* y *lahmacun* mirándose entre ellos o al suelo. Pero ahora no era el momento de pensar en eso. Seguir las huellas de Max bajo la nieve había empezado a adquirir el carácter de un juego que me estaba gustando mucho. Me subí a un taxi y le dije al conductor:

—¿Me lleva al Cuerno de Oro? Al hospital Or-Ahayim.

Mientras pasábamos por el puente del Cuerno de Oro pensé que las gaviotas parecían estar tan a gusto como yo porque se las notaba más animadas de lo habitual. En sus zambullidas en el mar había algo que

te hacía notar que estaban contentas. Después de llegar a la parte de Balat seguimos a lo largo de la orilla. A mi izquierda tenía las murallas bizantinas y a mi derecha interesantes edificios junto al agua. El más curioso de ellos era la iglesia búlgara, construida completamente con hierro. Cada pieza de esta maravillosa iglesia había sido fabricada en Bulgaria y luego transportada a Estambul por el Danubio.

No pasó mucho tiempo hasta que el taxi me dejó delante del hospital Or-Ahayim. Junto al bellísimo edificio antiguo pegado al mar se veía también otro moderno de reciente construcción. Pasé por el portón exterior, de barrotes de hierro. Atravesé la multitud de pacientes, llegué al departamento de información y les dije que venía del rectorado de la Universidad de Estambul y que quería ver al director del hospital.

Poco después llegó un hombre maduro y bastante voluminoso que me estrechó la mano amistosamente. Cuando le conté que estaba allí para una investigación le pareció estupendo y empezó a enseñarme el hospital y a proporcionarme información. En la entrada del edificio antiguo pude ver en las paredes muchos nombres y retratos. Cuando me encontré con algunos nombres judíos con título de bajá, le pregunté el motivo. El director me dijo que eran bajás otomanos que habían contribuido a la fundación del hospital: entre nombres como el almirante doctor Izak Molho Bajá, el doctor. Izidor Gravyer Bajá o el doctor Eliyas Kohen Bajá, se recordaba asimismo al médico personal de Atatürk, el doctor Samuel Abravaya Marmaralı. Que, por cierto, fue también diputado.

Según la información que me proporcionó el director, el hospital se construyó en 1898 en un terreno cedido por Abdülhamid II. Mientras paseábamos por los pasillos charlando, a nuestro lado pasaban médicos y enfermeras con batas blancas y unas mujeres maduras vestidas de rosa de arriba abajo. No tenían edad para ser enfermeras y entre ellas las había realmente muy mayores. Le pregunté quiénes eran y el director sonrió.

—Los Ángeles Rosas.

Luego me explicó que los Ángeles Rosas eran señoras voluntarias que ayudaban a los enfermos. Trabajaban noche y día con gran entrega.

El director me invitó a un café en su despacho y yo aproveché para preguntarle en qué habitación había estado ingresada Medea Salomovici. No lo sabía. De hecho, nunca había oído ese nombre. Cuando le mencioné el barco *Struma* me confesó que sólo tenía una ligera idea. Pero quizá podría ayudarme la señora Leyla, de los Ángeles Rosas.

Levantó el teléfono y la llamó al despacho. Era una mujer de unos setenta años a la que le sentaba muy bien el rosa. Estaba claro que se

había consagrado al bienestar del prójimo. Le pregunté por Medea. Por un momento se quedó ensimismada.

—Nadie se acuerda de aquello —dijo luego volviéndose hacia mí —. O, más exactamente, nadie quiere acordarse. Por eso no se habla de ello, pero cuando empecé a trabajar como voluntaria en el hospital sentí curiosidad y supe por las trabajadoras antiguas dónde había estado ingresada Medea.

Envalentonada por la dulce sonrisa de la señora Leyla, me atreví a pedirle que me llevara a la habitación. Le di las gracias al director y cuando Leyla y yo echamos a andar por los pasillos del edificio antiguo me sentí poseída por la emoción. El corazón me palpitaba con fuerza. Era como si en la habitación a la que llegaríamos poco después fuera a encontrarme la cara pálida de Medea y al joven Max observándola a su lado. Pero no fue así, claro. La habitación a la que me condujo, procurando que la mirara desde la puerta sin hacer ruido, era una habitación cualquiera de hospital. Dentro había una anciana. Cerramos la puerta sin molestarla y nos fuimos.

Noté una extraña sensación de desagrado. Quizá no debería haber venido, pensé. Incluso debería renunciar a mi curiosidad por ver los lugares que me representaba en la imaginación gracias a las historias que me habían contado. Al parecer era mejor revivir determinados acontecimientos y lugares en la mente que ver los escenarios reales. De todas formas, le di las gracias a la señora Leyla y me dispuse a marchar, pero ella no tenía la menor intención de dejarme ir sin regalarme un frasco de mermelada de rosas de la que hacían los Ángeles Rosas.

Para cuando salí estaba anocheciendo, la nieve lo cubría todo y era muy difícil encontrar un taxi entre toda aquella gente que se esforzaba por regresar a su casa. Esperé bastante rato delante del hospital haciendo señas a los que pasaban. Ninguno se detuvo. Incluso los que iban vacíos pasaban lentamente frente a mí como si quisieran vengarse por los días en que nadie los tomaba. Tenía que haber alguna explicación; o bien trataban de llegar a las avenidas donde fluyera el tráfico sin perder el tiempo en calles atestadas, o bien se dirigían a la dirección de alguien que les había llamado por teléfono. De todas formas, mostraban una cierta actitud de estar disfrutando de su poder con respecto a los peatones que esperaban en la acera. Al final conseguí atrapar uno que dejaba a un enfermo y pude volver a casa.

Después de terminar mis tareas cotidianas, como preparar la cena procurando que Kerem se alimentara de manera un poco más sana y recoger la cocina, pasé a mi dormitorio y me puse a leer la última parte de la documentación sobre el *Struma*.

Tenía muchos deseos de continuar, sobre todo porque la última vez me había quedado en un punto bastante agradecido. Seguiría por

donde se contaba cómo habían encendido hogueras en la orilla para elevar la moral de los pasajeros del *Struma* en esos días de frío polar y en los que la vida en el barco proseguía a pesar de tan trágica situación.

Pero en cuanto empecé a leer me poseyeron el pesimismo y la desconfianza en ese ser que llamamos humano. Lo primero que leí fue cómo dos muchachos se habían lanzado al agua helada con la intención de llegar a tierra pero los habían capturado y los habían devuelto al barco.

En cierto momento pensé incluso en dejar de leer. De todas maneras, Max me había contado su historia. Además, como Kerem no estaba al tanto del asunto, había reunido una información muy dispersa, a veces repetitiva.

Hojeé los papeles saltándome bastantes partes. Ahora, gracias a lo que había leído antes y lo que me había contado Max, era capaz de crear una imagen mental mientras leía.

Por ejemplo, podía ver a los pasajeros contemplando desde la borda cómo la costa se alejaba poco a poco. Del mismo modo, cuando leía las líneas en que describía cómo el *Struma* había estallado con un enorme estruendo, cerré los ojos un momento y no pude impedir que en mi mente se formaran escenas horribles.

No obstante, me esforzaba en lo posible para tratar de ver aspectos positivos en ese ser que llamamos humano.

Por ejemplo, me pareció muy bien leer que el hundimiento del *Struma* había dado lugar a que estallara una serie de protestas.

No había necesidad de que me saltara otras partes, como la que contaba que el hundimiento del barco había provocado tensión en las relaciones entre la Agencia Judía y sir Harold MacMichael, alto comisionado para Palestina y líder de los que se oponían a extender visados de emigrantes a los pasajeros.

Pocos días después de que el *Struma* se hundiera en el mar Negro, en las regiones de Palestina habitadas por judíos se empezó a ver por todas partes un cartel pegado en los muros que decía:

> ¡ASESINO! Sir Harold MacMichael, conocido como el Alto Comisionado para Palestina, SE BUSCA POR ASESINATO de ochocientos refugiados ahogados en el mar Negro en el barco *Struma*.

Como principal responsable se acusaba a Walter Edward Guinness Moyne, el más alto cargo británico en Oriente Medio, que había presionado a Turquía para que impidiera que los pasajeros del *Struma* desembarcaran. Lord Moyne fue asesinado el 6 de noviembre de 1944. Eliahu Hakim, de diecisiete años, y Eliahu Bet Zouri, de veintidós,

sospechosos del crimen, fueron ahorcados el 22 de marzo de 1945 en la prisión de El Cairo. Cuando se les preguntó por qué habían cometido el asesinato, los dos jóvenes respondieron al tribunal:

—Nos hemos vengado del *Struma*.

En cuanto a MacMichael, alto comisionado de Palestina, salió sano y salvo de un intento de atentado muy serio en agosto de 1944.

En los papeles que tenía en mis manos se decía que el motivo de la explosión y hundimiento del barco sólo se supo con certeza muchos años después.

En los años sesenta, el fiscal de Frankfurt encargó al historiador militar Jürgen Rohwer que investigara quién había hundido el *Struma*. El doctor Rohwer estudió en los archivos de la marina alemana todos los documentos que pudieran relacionarse con el *Struma* desde el principio de la guerra hasta febrero de 1942.

Las conclusiones a las que llegó fueron las siguientes: En aquellas fechas la flota alemana de submarinos del Danubio no salió al mar Negro. En cuanto a los buques de guerra con base en Varna, se les había ordenado que escoltaran y protegieran a los cargueros italianos. Además, entre el 20 y el 28 de febrero de 1942 no habían salido en ninguna misión. Por lo tanto, el *Struma* no había sido hundido por ningún navío alemán.

Mientras llevaba a cabo sus investigaciones, el doctor Rohwer se entrevistó con Eckazova, director del departamento de historia militar de la marina soviética, y supo por él que en las fechas en que fue hundido el *Struma* el submarino soviético SC 213 se encontraba en la zona y que el 24 de febrero de 1942 había hundido un barco no identificado a veintidós kilómetros al norte-nordeste del Bósforo.

En otra página se decía que el doctor Refik Saydam, primer ministro de Turquía por aquellas fechas, había tratado el tema en un discurso pronunciado ante la Asamblea Nacional el 20 de abril de 1942:

> Hemos hecho todo lo que estaba en nuestra mano en este asunto, de forma que no tenemos la menor responsabilidad moral ni material. Turquía no puede servir de patria a personas non gratas para otros. Ese es el camino que hemos emprendido. Por ese motivo no pudimos acogerles en Estambul. Por desgracia, fueron víctimas de un accidente.

Tiré los papeles que sostenía en mis manos. No había mucho más que saber. Aquello había sido una masacre. Gran Bretaña, Rumanía, Alemania, Turquía y la Unión Soviética dieron lugar a la muerte de setecientos sesenta y nueve inocentes y se pusieron de acuerdo para dar carpetazo al asunto y no volver a mencionarlo nunca más.

Por eso Max decía que ningún gobierno era inocente.

Lo habían deportado para que no investigara aquel crimen, para que no entreabriera el grueso telón que lo cubría. Habían relacionado de nuevo con aquel motivo su inesperada visita a Turquía años después y por eso le habían hecho seguir por hombres de la inteligencia. Y ahí se originaba también el interés por él de británicos y rusos.

Pero ¿qué pintaban en todo aquello Maximilian, el profesor asistente de universidad, y Nadia, una estudiante que sólo pretendía ir a lo suyo? Ellos deberían haber vivido juntos días hermosos y tranquilos. Trabajar para avanzar en sus carreras, criar a sus hijos, ser felices.

Mientras reflexionaba, de repente se me vino a la memoria la partitura de la *Serenata*. Lo había decidido, tenía que encontrarla. Encontrar la *Serenata* empezaba a significar para mí una forma de oposición a todas las maldades del mundo, a las guerras, a la hostilidad, al poder.

Según los datos que había reunido era altamente probable que la partitura de la *Serenata* estuviera guardada en los archivos nazis de Alemania, junto con el expediente del profesor y otros documentos que se habían llevado de la Universidad de Estambul.

Recogí los papeles dispersos y me levanté de la cama. También tenía cosas que recoger en la cocina. Cuando atravesé el pasillo vi que Kerem estaba ante el ordenador. Se me ocurrió que lo estaba descuidando y me dio un vuelco el corazón. Me acerqué y le apoyé la mano en el hombro. No pareció darse cuenta.

—¿Me ayudas? —le pregunté.

No me contestó, pero levantó la cabeza y me preguntó qué quería con la mirada.

—¿Puedes encontrar dónde están los archivos de los nazis? Me hace mucha falta saberlo. Al fin y al cabo, una vieja como yo no sabe usar internet tan bien como su inteligente hijo.

Se rio; era evidente que se había sentido halagado con mis palabras.

En parte conocía lo que podía responderme porque ya me había enterado de algunas cosas. Por supuesto, podría encontrar por mí misma la información necesaria con todo tipo de detalles. Estaba bastante acostumbrada a investigar por internet. Pero era bueno que Kerem se sintiera importante, que pensara que me ayudaba. Y la verdad era que me estaba sirviendo de bastante ayuda.

Empezó a investigar de inmediato y yo le di un par de palmaditas en el hombro a modo de agradecimiento y pasé a la cocina.

Poco después me llamó y me enseñó lo que había encontrado. Tal

y como yo había visto, los archivos estaban en la ciudad alemana de Bad Arolsen. El ITS, International Tracing Service, el Servicio de Seguimiento Internacional. Se daba la siguiente información sobre el archivo:

50 millones de registros sobre 17,5 millones de personas.
26 kilómetros de expedientes.
232.710 metros de microfilms.
106.870 microfichas.
11,8 millones de preguntas y solicitudes respondidas desde su apertura en 1943.

Entre los 17,5 millones de personas registradas en aquel centro que guardaba la información de las víctimas de la época nazi y sus familias para entregarla a sus allegados, seguro que se encontrarían también Max y Scurla. Tenía que ir lo antes posible a Bad Arolsen.

Bad Arolsen era un balneario situado a cuarenta y cinco kilómetros al oeste de Kassel. Quería ir de inmediato, no podía esperar. La esperanza de encontrar la partitura de la *Serenata* me excitaba, estaba impaciente.

Pero no pude ir porque al día siguiente el mundo entero se me desplomó encima.

16

Seguía en la cama cuando el teléfono sonó con amargura. Estaba disfrutando de mis días de permiso por baja médica.

Justo en este punto, me alegro de haber visto algo más que tengo que corregir porque, además, me permite darme un descanso con el copia-pega. Trabajar en un asiento de avión con la espalda y la nuca tensas es más difícil que escribir en casa.

Antes de emprender este viaje me sentía llena de confianza escribiendo esas líneas a lo largo de días repletos de emoción. Avanzaba muy rápido al pensar que, de todas maneras, luego lo revisaría. No obstante, a menudo me aburre corregir lo que he escrito para darle su forma final. Me quedo atascada en alguna frase.

Ahora mismo me he atascado con lo de «cuando el teléfono sonó con amargura». Y es que los teléfonos no suenan amargamente, suenan siempre igual, somos nosotros los que interpretamos a veces de esa manera su sonido según la noticia que recibimos. Se ve que me dejé llevar demasiado por la escritura y me expresé como si supiera que iba a ocurrir algo malo antes siquiera de responder al teléfono.

La verdad es que hoy, cuando vuelvo la vista atrás, realmente lo recuerdo como si el teléfono sonara «con amargura». Mejor no lo corrijo. De hecho, interrumpirme para añadir estas líneas ha servido para relajarme un poco. Prosigo:

Por el auricular me llegaron los gritos de Ahmet. Sin decir ni buenos días ni hola.

—¿Qué te crees que has hecho? —chillaba—. ¿Qué te crees que has hecho? ¡Nos has puesto a todos en evidencia! ¿Cómo vas a mirar a la cara a Kerem? ¿Cómo nos vas a mirar a la cara a mí, a tu madre, a tu padre?

—¡Eh, más despacio, vamos a ver! Acabo de despertarme y no tengo ni idea de qué me estás hablando.

¿Qué le ocurría al pusilánime de Ahmet? Era la primera vez en la vida que pasaba de las zalamerías a la ira. ¿Qué sería lo que lo había puesto así?

—¿Es que no tienes vergüenza?

—¡Mira, Ahmet! —le dije—. No me calientes la cabeza y explícate como es debido, ¿qué te pasa? ¡Deja ya de berrear!

—¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!

—Pero ¿qué dices? ¿Qué gritas? ¿Has perdido la cabeza?

—¿No has visto la prensa?

—No, ¿qué ha pasado?

—Pues tómate la molestia de echarle un vistazo. ¡Y eres madre, qué vergüenza, qué vergüenza!

—Venga ya, vete a la porra.

Y le colgué sin despedirme.

Me había puesto los nervios de punta. Despertarte con una llamada así debe de ser una de las peores cosas en la vida. Pero tanto como el susto me dominaba la curiosidad. Ahmet no era un hombre que hiciera ese tipo de cosas. ¿Qué sería lo que lo había enloquecido de aquella manera?

Me levanté. Kerem se había ido al colegio. Vi que se había tomado el desayuno que le había preparado la noche anterior. Por lo visto, cuando yo no estaba levantada, no era necesario estar metiéndole prisa cada dos por tres para que llegara a tiempo al autobús.

Fui a la puerta de la calle de una carrera. El portero dejaba un periódico cada mañana y Kerem ni lo tocaba. Abrí la puerta, lo recogí y empecé a hojearlo. Las noticias políticas de siempre, la foto de una mujer guapa en la esquina superior derecha de la primera página, las noticias de cotilleos de la segunda, los crímenes de la tercera… Y entonces lo vi en la quinta página. Era una noticia de tamaño medio.

De repente el mundo empezó a girar más rápido. Giró, giró, giró, y se me cayó encima. El calor se me subió a la cara. Traté de leer la noticia del periódico, que sujetaba con manos temblorosas, sin creerme lo que estaba viendo:

ESCÁNDALO EN LA UNIVERSIDAD DE ESTAMBUL
ÚLTIMAS NOTICIAS

Estos días un enorme escándalo sacude la Universidad de Estambul. Según algunas declaraciones, Maya Duran (36), responsable de relaciones públicas de la universidad, ha mantenido relaciones impropias con el norteamericano Maximilian Wagner (87), que llegó a la universidad la semana pasada como profesor invitado.

S. L., otro miembro de la universidad, y A. K., empleado, que afirman haber sido testigos directos de cómo la pareja mantenía dichas relaciones impropias en un motel cerca de Şile,

califican el espectáculo que se encontraron de «repugnante». Declaran que vieron a la pareja, pese a la gran diferencia de edad entre ambos, completamente desnudos en la misma cama. El suceso ha tenido el efecto de un terremoto en círculos de la universidad.

El rector, con quien nos pusimos en contacto para recabar su opinión sobre el escándalo, comentó: «Se ha abierto un expediente administrativo a la susodicha funcionaria. En caso de que las acusaciones sean ciertas, se iniciará el proceso de expulsión de nuestra universidad».

Y el secretario general de la universidad: «No se puede esperar que cerremos los ojos a una vergüenza semejante en el hogar de la ciencia».

El profesor invitado Wagner ya ha abandonado nuestro país, pero son motivo de interés las explicaciones que pueda ofrecer Maya Duran, actualmente de baja por enfermedad, ante estas acusaciones.

Noté que estaba entrando en estado de shock. Me dio un terrible dolor de cabeza, sudaba, las manos me temblaban. Incluso me costaba trabajo respirar.

Me llegó un aullido a los oídos. Alguien lanzaba chillidos desgarradores. Enseguida me di cuenta de que salían de mi garganta. Me tapé la boca con la mano. Sentía náuseas. Corrí al baño y vomité. Vomité hasta que me salió la bilis amarilla.

En ese momento llamaron por teléfono. Lo cogí por pura costumbre. Me saludó una voz de mujer:

—¿Maya Duran?

—¿Sí?

—Llamo del perio…

Colgué sin dejar que terminara la frase. El teléfono empezó a sonar sin cesar. Eran números todos distintos y desconocidos. Lo puse en silencio. La luz roja no dejaba de parpadear.

Me di unas bofetadas en las mejillas. Intenté superar el shock.

Sentía en lo más profundo que aquella noticia me cambiaba la vida, que sacudía las bases de mi existencia. Pero, de todas formas, tenía que dominarme. Fui a la cocina y me preparé un café fuerte. Me obligué a tomármelo. Me revolvió el estómago y se me hizo un nudo en la garganta. Le puse un poco de leche e intenté comer una galleta que ablandé mojándola en el café.

—Vuelve en ti, Maya, concéntrate. Tranquila, tranquila.

Hiciera lo que hiciese no podía impedir que el corazón me palpitara como un pájaro que ha caído en una trampa. Era como si me

hubieran arrojado completamente desnuda en mitad de Estambul. Tenía que encontrar la forma de calmarme. ¿Y si me bebía un oporto a pesar de lo temprano de la hora? Pero la mera idea me revolvió el estómago todavía más.

En ese momento se me vino a la mente un medicamento. Filiz me había dado unas pastillas llamadas Lexotanil para que me ayudaran en las noches de insomnio. Las tenía en el cajón de la mesilla de noche, pero nunca las había usado. Fui al dormitorio, las saqué del cajón y me tomé una de inmediato. Empecé a dar vueltas por el salón.

Una noticia así no podía permanecer oculta y probablemente también se había publicado en otros diarios. En este momento estarían hablando del asunto los trabajadores de la universidad, los profesores, los estudiantes… Estarían haciendo mil y un chistes sobre la mujer de treinta y seis años y el hombre de ochenta y siete.

¿Y Kerem? En cuanto se me vino Kerem a la cabeza, el pánico volvió a apoderarse de mí. Mi hijo no leía periódicos y sus compañeros no me conocían, pero podía encontrarlo en internet.

Poco después la pastilla debió de empezar a producir su efecto porque, aunque el dolor de mi corazón no había mermado, podía razonar contemplando los sucesos desde fuera. Era como si se me hubieran dormido los brazos y la boca. Tenía la cabeza más ligera. Me tumbé boca arriba en la cama. Permanecí allí un rato sin pensar en nada. Veía cómo parpadeaba la luz del teléfono, que había dejado en la mesilla.

No sé cuánto tiempo pasé así, pero cuando me levanté me sentía mejor. Debía de haber superado la primera impresión. Me di una ducha caliente y comí algo, de nuevo forzándome a mí misma. Resistí a los ataques de llanto que me sobrevenían de cuando en cuando. Pero no pude impedir las lágrimas al pensar: «Abuela, aquí está esa gente oscura que me quiere hacer daño».

Luego me rehíce por fin. Dediqué todos mis esfuerzos a desarrollar un plan en la mente. No permitiría que me amargaran la existencia a causa de esa criatura despreciable llamada Süleyman. Yo era más lista que él y tenía mejor formación. Lucharía.

Cogí el teléfono. Primero marqué el número de la periodista que me había llamado esa mañana.

—Sibel, dígame —contestó.

—Me ha llamado esta mañana. —Se puso nerviosa cuando le dije quién era—. Me gustaría hacer una declaración —continué.

—¿Puedo ir a hacerle una entrevista? —preguntó.

—No. Sólo quiero hacer una declaración.

—¿De qué tipo?

—La noticia que han publicado no tiene la menor relación con la

realidad.

—No hemos dicho que la tuviera, Maya Hanım. Hemos dicho que es lo que se comenta en la universidad.

—Mire, yo soy madre. Tengo un hijo de catorce años. Mis padres todavía viven y tengo un hermano que es coronel. ¡Piense en qué posición me deja esta noticia ante ellos!

—Tranquilícese, Maya Hanım.

—¿Cómo quiere que esté tranquila cuando me han puesto en evidencia ante toda Turquía? Por favor, publíquenme una explicación. Por lo menos escriban que niego este detestable rumor.

—Puedo ir enseguida a hacerle una entrevista y usted puede decir todo lo que quiera, ¿no sería eso lo mejor?

Ah, tonta de mí. Cometí el error de aceptar la propuesta de la periodista.

—Tome nota, le voy a dar la dirección de mi casa.

—Ya la sabemos, señora Duran. Nos ponemos en camino ahora mismo.

Tenía que superar aquella prueba para limpiar mi buen nombre. Me arreglé un poco el pelo. Recogí el salón. Vi que mientras tanto mi madre había llamado cinco veces y presioné el botón de contestar.

—¡Mamá!

—¡Ay, Maya! Me iba a dar un ataque. ¿Dónde estás, hija?

—¿Has visto la noticia del periódico?

—Sí.

—Es mentira, mamá, todo mentira. ¡Una calumnia miserable!

—Claro que es mentira, hija. ¡Como si yo no te conociera!

—Ahora van a venir los periodistas y lo desmentiré todo. Aguanta hasta mañana. Y papá, ¿está bien?

—Bien, gracias a Dios, pero disgustado, claro.

—Pues dile que no se preocupe. Lo aclararé todo y llevaré a juicio a estos calumniadores.

En ese momento llamaron a la puerta.

—Mamá, ya están aquí, cuelgo, luego te llamo.

—Que Dios te proteja, hija.

Abrí la puerta. Entraron una joven morena y un muchacho con una enorme cámara fotográfica colgada del cuello. Me sentó un poco mal que viniera un fotógrafo, pero no podía hacer nada ya. Traté en lo posible de parecer decidida y confiada en mí misma.

Mientras la periodista y yo nos sentamos a hablar, el fotógrafo daba vueltas a nuestro alrededor cambiando continuamente el objetivo y haciéndonos fotos.

—Quiero informarles de que esta noticia y estos rumores no tienen

ningún fundamento —dije—. En todo este asunto lo que hay es un complot malintencionado contra mí.

—Bueno, ¿y quién la ha calumniado?

—Süleyman, el chófer del rector.

—¿Por qué?

—Está furioso conmigo porque no le dije al rector ciertas cosas que me pidió que le dijera. Además, intentó robar el violín del profesor invitado. Cuando descubrí su trapacería, encontré el violín y se lo devolví a su dueño. Por todo ello quiere vengarse de mí.

—Espere un momento. ¿El profesor tocaba el violín?

—Sí.

—¿A quién? ¿Se lo tocó a usted?

—¡Claro que no!

—Bueno, ¿tocaba bien, por lo menos? O sea, ¿sonaba profesional? Me parece un poco extraño un hombre de ciencia tocando el violín.

—No lo sé, no lo oí lo suficiente, me parece que tocaba bien, pero ese no es el tema.

—He visto fotografías del profesor Wagner. Un hombre bastante apuesto.

—¡Y a mí qué! ¡Qué más me da cómo fuera!

—Pero era guapo, ¿no?

—Puede que sí. ¿Y?

—Muy bien. ¿Fue con él a Şile?

—Sí.

—¿Por qué quisieron ir a Şile en un día de invierno?

—No fue cosa mía, sino suya. Quería refrescar viejos recuerdos. Süleyman nos llevó con el coche del rector.

—Pero se quedaron a solas unas horas en el Black Sea Motel…

—Sí, porque el viejo Mercedes del rector se averió, como sucede a menudo, y no arrancaba. Süleyman se fue a buscar a un mecánico de Şile. No íbamos a esperar fuera con el frío que hacía.

—Y Süleyman regresó luego.

—Sí.

—Perdone que se lo pregunte, pero ¿es verdad que les vio a ustedes dos desnudos en la cama?

Eso sí que no podía explicarlo. Nadie me creería si decía que, para que no se congelara, lo había desnudado y lo había abrazado con mi cuerpo semidesnudo, y que lo había hecho sólo para salvarle la vida.

Para que la periodista no sospechara pensando en por qué dudaba en una entrevista en la que hasta ese momento las preguntas y las respuestas se sucedían con rapidez, fingí enfurecerme con aquella impertinencia. Me detuve un instante como si estuviera

controlándome.

—¡No! —le dije entonces como reprendiéndola—. ¿Qué cama? ¿Cómo puede inventarse algo así el muy sinvergüenza?

—O sea, que dice que no pasó nada parecido.

—¡No!

—Bien. Nos vamos, a ver si llegamos a tiempo para publicar la noticia.

La detuve un momento delante de la puerta. Le cogí la mano y la miré directamente a los ojos.

—Mire, las dos somos mujeres. Sabemos cómo se nos mira en este país, sobre todo a las divorciadas como yo. Tengo un hijo de catorce años. Como mujer, le pido que me ayude a salir de este lío. Le juro que es todo una calumnia.

La periodista me miró con afecto. Era una chica que se comportaba como si siempre tuviera prisa, pero en ese momento relajó el gesto.

—No se preocupe. La entiendo. Haré todo lo que esté en mi mano. Mientras tanto, sea fuerte.

Me tranquilicé un poco después de que se fueran. Así que, como muy tarde mañana, aquello estaría solucionado. «Abuela, después de la gente oscura ha venido la gente de luz —me dije—. Todo se arreglará.»

Llamé a mi madre para darle la buena noticia de que al día siguiente el periódico publicaría una rectificación. Luego, tratando de contener los nervios, llamé a Ahmet.

—Te devuelvo todos los insultos que me has lanzado esta mañana —le dije—. Eres tú quien debería avergonzarse. Me atacas con la excusa de una calumnia. ¡Cómprate mañana el periódico y lee!

Y le colgué de inmediato de un golpe.

Luego llamé a Tarık y a Filiz. Les conté todo lo que había pasado.

Llegó el turno a la última llamada, y la más difícil. Telefoneé al rectorado. Le pedí a Neylan que me pusiera con el señor rector. Me hizo esperar un poco en la línea y luego me dijo que el rector estaba ocupado y que no podía hablar conmigo.

Conocía muy bien aquella actitud porque yo misma me había quitado de encima a mucha gente en nombre del rector utilizando el mismo método. No hablaría conmigo.

Llamé al móvil al secretario general, que sí contestó.

—Me enfrento a una gran calumnia —le dije—. Me gustaría ir a explicárselo todo.

—¿No estaba usted enferma, Maya? —me contestó con voz sarcástica.

—Sí, pero me levantaré de la cama para limpiar esta mancha que le han echado a mi honra. Y mañana el periódico publicará una

rectificación.

—Sabrá que se le ha abierto un expediente administrativo…

—Lo sé, he leído sus declaraciones. Por eso quiero explicarme, contarle la verdad.

—Hágalo, pero le aviso, no va a ser fácil. Hay muchas acusaciones contra usted.

—Lo que usted llama acusaciones son calumnias de ese miserable de Süleyman.

—No sólo es él.

—¿Y quién más podría ser?

—El muchacho que trabaja en el Black Sea Motel, los camareros, los recepcionistas y los empleados del servicio de habitaciones del Pera Palace, e incluso Ilyas.

Fue como si me hubieran pegado un tiro. Ahora sí que estaba jodida. Relacionarían lo del Black Sea Motel con las cenas en el Pera Palace y la noche que pasé en la habitación de Maximilian.

Así las cosas, no convencería a nadie por muchas explicaciones que diera. Pero algo tendría que hacer.

—¿Cuándo le viene bien que vaya?

—Mañana por la mañana —contestó—. El señor rector está furioso y quiere que este escándalo acabe cuanto antes.

Colgamos.

Lo había comprendido. Iban a echarme de la universidad. «Que el escándalo acabara cuanto antes» sólo podía tener un significado. La decisión había sido tomada con anterioridad, pero me iban a hacer pasar por una investigación para guardar las apariencias.

Hasta en los peores momentos una siempre quiere tener esperanzas. Te esfuerzas en encontrar una salida. Por mi mente empezaron a pasar a toda velocidad un montón de ideas todas revueltas.

«Aunque me echen de la universidad, no tiene demasiada importancia, encontraré otro trabajo, quizá mejor, y además Tarık me dijo que tenía ahorrado bastante dinero, basta con que me libre de este escándalo, que el periódico desmienta mañana la noticia, en realidad me vendría bien un cambio radical en mi vida, acabar con el trabajo de la universidad, respirar tranquilamente, puede que mudarme a otra ciudad, quizá sea lo mejor, nada tiene demasiada importancia, Tarık me dijo que tenía bastante dinero, quizá ahora empieza una vida mejor, a partir de hoy llevaré una vida más satisfactoria, encontraré otro trabajo, mañana iré a pedirle a Tarık el dinero ahorrado, me iré al aeropuerto, tomaré un avión, me marcharé a algún lugar donde nadie me conozca, mañana el periódico desmentirá la noticia, acabaré con el trabajo en la universidad, iré a

un sitio de clima cálido y donde la gente sea feliz, encontraré otro trabajo…»

Todas aquellas frases me revoloteaban por la cabeza sin cesar. El deseo de dejarlo todo e irme lejos iba creciendo en mi interior.

En eso sonó el timbre de la puerta y me despertó de mis ensueños de playas cálidas. Quien llamaba era mi hijo, la prueba más evidente de que no podría llevar a cabo mis fantasías. Estaba obligada a quedarme y luchar. La vida me había atado con sus sogas liliputienses a Estambul y a mi entorno. No podía comportarme con la libertad de un ave del campo. Estaba en una jaula.

Comprendí enseguida que Kerem no tenía ni idea de nada. Estaba con su humor de siempre. Después de comer no encendí el televisor. Por si acaso, puede que hubiera alguien deseoso de dar la noticia también por allí. Habiendo sexo, una mujer, la universidad y demás, no podrían resistirse.

Kerem no leía los sitios de noticias de internet, pero, por si acaso, le pedí que investigara sobre los archivos nazis de Bad Arolsen. ¿Podría encontrar online algo sobre Scurla y Wagner?

Kerem estaba encantado de hacerlo. Se plantó de inmediato frente a la pantalla.

Pensé en la extraña relación entre la escritura y la vida humana. La escritura no era algo natural. Era un invento; es decir, no estaba en nuestra naturaleza, como tampoco lo estaba volar. Por eso, de la misma forma que nos da miedo volar, la escritura también nos da miedo. ¿Tendría razón Claude Lévi-Strauss cuando atribuía el estancamiento de la humanidad a la invención de la escritura?

Incluso los actos humanos más inocentes cobraban un aire de delito al pasarlos por escrito, en especial si se convertían en material periodístico. Podías salir una noche, encontrarte con una amiga en Beyoğlu, cenar en Rejans y regresar a casa. Un comportamiento de lo más corriente. Pero cuando eso mismo se escribe en un periódico, en un informe, en un acta policial, todo tiene apariencia de delito.

> El sujeto salió de su domicilio a las 19.14, tomó el taxi de matrícula 34 AF 6781 y se dirigió a Taksim. Continuó a pie por la calle İstiklal y se encontró con otra persona frente al consulado francés. Ambas siguieron caminando por dicha calle y entraron en un restaurante llamado Rejans, fundado por rusos blancos. Tras permanecer por un espacio de dos horas en dicho restaurante, se separaron al salir del establecimiento. El sujeto caminó de nuevo hasta Taksim, tomó el taxi de matrícula 34 ZD 2645, regresando a su domicilio a las 23.27.

Así quedaba todo. La escritura puede oscurecerte la vida, puede

mostrarte como una criminal, incluso puede destruirte. No se puede hacer lo mismo con un documental, por ejemplo, porque los espectadores podrían ser testigos de la cotidianeidad de la cita, las expresiones de las caras, las bromas amistosas, y comprender que todo era un simple encuentro inocente. Pero la escritura pone en marcha la imaginación y es causa de que lo más honesto se cargue de significados increíbles. Ese es el poder más terrible y destructor que tienen en sus manos la prensa y la policía.

Pero luego pensé:

«También viene de ahí el poder de la literatura. Hitler escribió un libro, pero Tolstói también los escribió. El problema no está en la escritura, sino en quién escribe y con qué propósito. El mismo Dios se expresa a través de las Escrituras. Bien, pero entonces ¿no existía Dios antes de que se inventara la escritura?»

Fui a acostarme y me acurruqué debajo del edredón. En algún lugar muy profundo dentro de mí algo me dolía y el miedo me envolvía por todos lados. Recordaba la época en que, siendo una niña pequeña, me daban miedo las sombras de mi cuarto, pues me parecían figuras terribles. Por aquel entonces yo ignoraba que los muebles de madera crujían, y en cuanto oía un crujido creía que hombres malos habían entrado en mi habitación. Cerraba los ojos bien apretados, temía incluso respirar, y esperaba. Al rato saltaba de la cama como un rayo, corría al dormitorio de la abuela y me metía debajo de su edredón. La abuela me abrazaba con fuerza y me tranquilizaba acariciándome el pelo.

Esa noche sentía los mismos miedos. Iban a pasar cosas malas y yo estaba sola frente al mundo entero.

17

Después de un sueño incómodo, intermitente y repleto de pesadillas, me desperté antes de que amaneciera. Lo primero que hice fue ir hasta la puerta y mirar si habían dejado el periódico. La bolsa que colgaba del picaporte estaba vacía, todavía no había llegado.

Me volví a la cama, pero era incapaz de dormir. Sentía palpitaciones. Se me vino a la memoria aquel medicamento. ¿Cómo no se me había ocurrido por la noche? Las pastillas grises estaban divididas en cuatro. Filiz me había dicho que bastaba con un cuarto, pero me había tomado media. En ese momento me daba la impresión de que me sería imposible calmar el corazón.

A pesar de que sabía que era demasiado temprano como para que llegara el periódico, me asomé a mirar tres veces más. En la última la bolsa colgada de la puerta seguía vacía, pero se oían pasos en la escalera. Así que el portero había empezado a dejar el pan y la prensa.

Me metí en casa y esperé detrás de la puerta. Los pasos del portero se acercaron, oí el crujir de la bolsa. Luego se hizo el silencio. Abrí de inmediato, cogí la bolsa y saqué el periódico. En la primera página no había nada sobre mí, pero en la segunda me encontré con una enorme foto mía que tuvo el efecto de un disparo en la cabeza.

Miraba al objetivo con una sonrisa avergonzada. Bajo la foto, entrecomillado, había el siguiente titular: «Era un hombre muy guapo». Y debajo: «La mujer clave en el escándalo de la universidad se confiesa con nuestra reportera». También había otra fotografía de Max.

La noticia ni siquiera rozaba de cerca ninguna de mis explicaciones y se limitaba a indicar que yo había dicho: «Era un hombre muy guapo. Tocaba muy bien el violín». Aquello era mi sentencia de muerte. Ya no podría vivir en mi comunidad, en mi entorno.

La sangre se me subió a la cabeza. Agarré de inmediato el teléfono y llamé a la tal Sibel, la reportera que había venido a mi casa. Me dijeron que todavía no había llegado. Llamé cada diez minutos. A la cuarta contestó ella misma. Grité a voz en cuello:

—¿Cómo me hace esto? ¿Le dije yo acaso eso? Voy a llamar a un abogado y obtendré una orden judicial para que tengan que publicar

una disculpa.

Estaba tan enfadada que no era capaz de controlar ni mis palabras ni el volumen de mi voz.

Habían dispuesto con tanta habilidad las fotografías y las citas entre comillas que lo que mostraban era a una funcionaria de la universidad ligera de cascos que vivía un amorío con un profesor que tocaba el violín, anciano pero apuesto y romántico. Y se especificaba que era divorciada.

Un rato después oí la voz de la chica por entre mis gritos:

—Lo siento —decía—. Tiene razón, a mí también me ha sentado muy mal. De verdad creo que debería obtener una orden judicial para una disculpa pública.

Me quedé atónita.

—Entonces, ¿por qué me ha hecho esta canallada?

—Tenga por seguro que yo no soy la responsable. Escribí lo que me dijo y así lo entregué. Ni más, ni menos. El titular que escribí era: «Todo es una calumnia».

—¿Y qué ha pasado entonces?

—El editor de la página lo vio mejor así —me dijo en voz baja—. Yo soy una simple redactora. Les traigo la noticia que me piden, pero son ellos quienes deciden cómo se publica.

—¿Y por qué me hacen esto? —pregunté—. No conozco a ninguno de ellos. ¿No tienen el menor respeto por la verdad? ¿Cómo voy a vivir yo ahora con esta noticia?

—Tiene razón. Créame que lo lamento sinceramente. Lo mejor es conseguir una orden judicial.

Me hablaba bajando mucho la voz. Le creí de veras.

—Le pido disculpas por haber gritado —dije.

—No tiene importancia. La comprendo perfectamente.

Cuando colgaba el teléfono di un salto al oír la voz de Kerem:

—¿Qué pasa, mamá? ¿A quién le gritabas?

—No tiene importancia. Problemas del trabajo… Ven, vamos a prepararte el desayuno.

Después de quitarme de encima a Kerem, telefoneé a Tarık. Le conté lo que había pasado y la actitud del periódico. Le dije que necesitaba un abogado. Sola, no podría conseguir nada.

Me aconsejó que me tranquilizara y que no me dejara llevar por el pánico. Encontraría un abogado y además él tenía amigos en ese periódico. Les pediría que desmintieran la noticia.

—Aguanta un poco. Vivimos en un país en el que hasta los mayores escándalos se olvidan en una semana. Puedes estar segura de que nadie se acordará dentro de poco.

—Pero sí se acordarán mis familiares, mis vecinos, mis compañeros de trabajo. Además, ¡me rebelo contra esta injusticia!

—Uf, pues no hay injusticias mucho más gordas en este país… A los asesinos se les deja en libertad; los violadores están en la cárcel dos años y a la calle. ¿Buscas injusticias? Lo tuyo es algo muy pequeñito, créeme.

Hablaba con un tono de voz que, más que contradecirme, era como si me apoyara, como si nos estuviéramos contando las penas el uno al otro. Pero, de todas formas, sus palabras no tenían ningún significado para alguien en mi situación.

—Sólo a quien se quema le duele la quemadura —le dije—. No hablarías así si estuvieras en mi lugar.

—Eso es verdad. Pero también es verdad lo que te estoy diciendo.

Hubo un momento de silencio en el teléfono. Luego continuó:

—Si quieres, podemos organizar una conferencia de prensa juntos. Puedo decir que eres mi prometida, que te creo, que no has hecho nada de eso. Nos cogemos de la mano y posamos muy sonrientes.

—Ay, Dios, déjalo. Sería peor. Dirían: «Mira tú la solterona, con lo vieja que es y de novia».

—¿Qué vas a hacer hoy?

—Voy a ir a la universidad. Me han abierto un expediente administrativo.

—Llámame luego, te conseguiré una cita con un abogado. Si es necesario, llevaremos a juicio también a la universidad.

No sabía que tenía tan buen corazón. El carácter se demuestra en los días difíciles. Pero mi angustia seguía. Tarık creía que todo lo que escribía el periódico era mentira. Por eso le parecía tan lógico denunciar a la universidad y demás. Pero los testigos contarían que me había metido en la cama medio desnuda con Max, que habíamos cenado a solas, que había pasado la noche en su habitación, que habíamos pedido bebidas alcohólicas incluso. Yo era inocente, pero ¿quién iba a creer en mi inocencia?

Me vestí con ropa formal y me dirigí a la universidad. El medicamento me había tranquilizado un poco. Estaba preparada para las miraditas, las risitas, los susurros…

Fui directa al despacho del secretario general. Esta vez evitó mirarme los pechos. Estaba extremadamente serio.

—Siéntese, Maya. Ha puesto a nuestra universidad en una situación muy difícil.

—No, eso no lo admito. Lo que dice la prensa es mentira. No he hecho nada malo.

El secretario me condujo al despacho del rector. Avancé por entre las miradas de la secretaría personal, sin saludar a nadie, orgullosa,

con la cabeza alta.

El rector se comportó con mucha frialdad. En el despacho había otros profesores.

—La señora Duran lo niega todo —dijo el secretario general—. Dice que todo es una calumnia.

El rector pidió a la secretaria que llamara a Süleyman. Debía de estar por allí cerca porque llegó muy rápido. Entró haciendo reverencias. Cruzó las manos por delante y esperó. Ni me miraba.

—La señora Duran dice que la has calumniado —dijo el rector—. Cuenta lo que viste.

—A Dios pongo por testigo, que se me caigan los ojos, con la mano en el Corán…

—Deja de jurar y dinos qué fue lo que viste —le amonestó el rector con dureza.

—Ese día fuimos a Şile cuando todavía estaba oscuro. El tipo aquel se puso a tocar el violín a la orilla del mar. Yo creí que se había vuelto loco. Luego lo llevamos al hotel para que no se congelara. El coche se había averiado. Fui a Şile a buscar a un mecánico. Cuando regresé unas tres horas más tarde, vi a esta mujer desnuda en la cama con él.

—¿Qué tiene que decir ante esas afirmaciones? —me preguntó el rector.

—Es cierto.

La comisión al completo se quedó estupefacta porque esperaban que protestara.

—¿Cómo que es cierto?

—Todo lo que ha dicho es verdad.

Los de la comisión se miraron unos a otros.

—Entonces, confiesa que es culpable.

—No, no lo soy.

—¿Qué quiere decir?

—El resumen de los hechos es correcto, pero no es eso lo que significan.

—¿Se metió en la cama con el profesor Wagner sí o no?

—Sí, pero no en el sentido que insinúan.

—¿Y cuál era, pues? Díganos usted.

—El día que el profesor Wagner me pidió que fuéramos a Şile para revivir un antiguo recuerdo fue el día más frío del año. Por favor, recuerden el 24 de febrero. E imagínense lo violenta que puede ser una ventisca en la costa del mar Negro. El profesor, que permaneció largo rato en la orilla, se enfrentaba a una muerte segura. Lo metimos en el coche, pero estaba averiado, no funcionaban ni el motor ni la calefacción. No tenía ningún sentido que nos quedáramos allí.

Llevamos a rastras al profesor hasta un motel que había en lo alto de una colina. Tampoco allí había calefacción. Cuando lo acosté y lo tapé estaba morado. Tenía las manos rígidas. Comprendí que estaba a punto de morir.

Iba a hacer una pausa, pero pensé que sería mejor no detenerme y continué.

—Para salvarle la vida me metí yo también en la cama para transmitirle mi calor corporal. Lo cierto es que funcionó y eso le salvó la vida. Luego tuvimos que ingresarlo en un hospital. Si leen los informes médicos, verán que estuvo expuesto a un frío intenso. Hice todo lo que consideré necesario para que el nombre de nuestra universidad no se viera mezclado en el escándalo de la muerte a causa del frío de un profesor norteamericano invitado nuestro. Ese fue todo mi crimen.

De nuevo todos volvieron a mirarse y el rector empezó a trazar garabatos en el papel que tenía delante. Estaban desconcertados y no sabían qué decir.

—Hay algo más, señor rector —añadí.

—¿Qué?

—Süleyman, es decir, su chófer, quiso que yo le pidiera a usted que contratara a un primo suyo. Como me negué, se enfadó y quiso vengarse. Y, además, cometió un delito.

—¿Qué delito?

—Dijo que el profesor no se había dejado en el Mercedes su violín, que es una antigüedad. Ilyas es testigo. Fuimos al taller, lo encontramos en el coche, envuelto en unos trapos, y se lo devolvimos al profesor, para evitar que se lo robara. Aquí tiene la tarjeta del mecánico Rıza, que también fue testigo del hecho.

La dejé en la mesa del rector.

Sentía que se iban derribando todos los muros que me rodeaban. Estaba a punto de ganar. Süleyman temblaba de miedo a perder el trabajo.

—Por la calumnia de un chófer con tendencias delictivas y las mentiras de un diario que por pura enemistad hacia esta universidad está siempre buscando la mínima oportunidad, han jugado ustedes con el buen nombre de una empleada fiel y honrada —seguí—. Soy madre, ocupo un lugar honorable en la sociedad, mis padres, maestros jubilados, aún viven. No me esperaba que me trataran así.

Era evidente que algo había cambiado en la mente del rector. Estaba a punto de ponerse en pie y disculparse conmigo. Justo cuando empezaba a pensar que había ganado, intervino en la conversación aquel maldito secretario general.

—¿Puedo preguntarle algo, Maya?

—Adelante.

—Cuando dieron de alta al profesor en el hospital se encontraba bien, ¿no?

—Sí.

—Y en el Pera Palace funcionaba la calefacción.

Comprendí adónde quería llegar, pero para no crear una impresión negativa si dudaba, decidí responder de inmediato:

—Sí, funcionaba.

—O sea, el profesor no se estaba congelando como en Şile.

—No, en efecto.

—Bien, entonces, ¿por qué decidió pasar la noche en su habitación, en su cama? ¿También era un esfuerzo por salvarle la vida?

—No, señor.

—¿Y pidió una botella de coñac Martell para que el profesor entrara mejor en calor?

—Todo eso tiene su explicación. El profesor es un hombre que ha sufrido mucho. Le ocurrieron cosas terribles en el tiempo en que vivió en Estambul. Me lo estuvo contando y yo intenté darle consuelo.

El secretario general, ahora mirándome abiertamente los pechos, se rio:

—Una forma de consolar muy efectiva.

Los otros también se rieron, excepto el rector. Probablemente a él le caía bien y creía en mi honestidad, pero no alzaba la voz.

En ese momento comprendí que había perdido la partida. Dijera lo que dijese ya no me escucharían. La historia había entrado en un contexto sexual y una vez que surgía la cuestión del sexo todo lo demás quedaba en un segundo plano.

—Lo siento mucho, Maya —dijo el rector—. Pero después de todo esto parece muy difícil que podamos seguir trabajando juntos. Le agradecemos los servicios prestados hasta ahora. ¿Prefiere dimitir o ser despedida como consecuencia de un expediente disciplinario?

Por algún motivo pensé que aquí tampoco tenía que dudar, así que respondí en el acto:

—Redactaré ahora mismo mi renuncia.

El rector miró a los demás, con rapidez pero uno por uno.

—La reunión ha terminado —dijo.

Me levanté, me marché sin perder tiempo y fui a mi despacho. Abrí un archivo de Word en el ordenador y escribí: «Presento mi dimisión porque he sido víctima de una injusta calumnia y no he recibido apoyo de la dirección de la universidad. Atentamente». Lo imprimí, lo firmé y lo dejé sobre mi mesa. Recogí de los estantes mis libros, la fotografía de Kerem de la mesa, menudencias como cremas, un peine

y gotas para la nariz que se habían ido acumulando en los cajones y abandoné el edificio sin despedirme de nadie y para no volver nunca más.

En realidad, sí había gente de la que me habría gustado despedirme y contarles toda la verdad, como Nermin, la del archivo, pero en ese momento no encontraba dentro de mí las fuerzas para hacerlo porque a duras penas contenía el llanto. En el taxi ya no pude aguantarme más y empecé a llorar a mares.

El pobre taxista no sabía qué hacer.

—Todo pasará, señorita, no esté triste. Lo único que no tiene remedio es la muerte.

Cuando llegamos delante de la estación de Sirkeci la crisis se me pasó y me tranquilicé un poco.

—Si quiere le compro un rosco de ajonjolí y un té —me dijo el taxista.

—No, amigo. Gracias, pero no me apetece.

Cruzamos el puente de Gálata y llegamos a Karaköy. Los transbordadores de las líneas urbanas iban y venían dejando paso a otros. Las gaviotas los seguían. El olor de los bocadillos de pescado que vendían en las barcas lo cubría todo.

—¿Y un bocadillo de caballa? —me preguntó ahora el taxista—. Igual eso sí le apetece. Apago el taxímetro, no se preocupe.

—Gracias, amigo —repetí—. Muchas gracias, pero basta con que me lleve a casa lo más rápido posible.

El pobre muchacho estaba deseando ayudar a una mujer en apuros, pero no había nada que pudiera hacer.

Según las antiguas tradiciones de Anatolia, el remedio a cualquier pena era la comida. Por muy triste que fuera lo que estabas sufriendo, la comida era curativa. Cuando murió mi abuela de Antakya los vecinos no permitieron que cocináramos durante un mes. Por turno, cada uno de ellos nos ofrecía un banquete. Siempre se comía «por el alma de los fallecidos». Como si a sus espíritus les aprovechara el alimento.

Con todo, siempre me han molestado los que juzgan y desprecian estas tradiciones con la lógica materialista de hoy en día. Es una de las fórmulas que el ser humano ha desarrollado a lo largo de miles de años para consolarse y, en mi opinión, es necesaria.

Cuando llegamos a casa el taxista no quiso aceptar mi dinero.

—¡Cómo voy a cobrarle en un día tan triste! ¡Por el amor de Dios! —insistía.

En realidad, no tenía ni la menor idea de qué era lo que me apenaba y tampoco sentía curiosidad por saberlo. Lo único que le importaba era que yo estaba triste. Me costó trabajo que aceptara el

dinero.

Después de dejar mis cosas llamé a Tarık, que vino a recogerme en su impresionante Jaguar. A saber lo que pensarían los vecinos que hubieran leído el periódico. Además del anciano profesor aparece un joven millonario.

Tarık me llevó al Paper Moon. Le insistí en que prefería permanecer lejos de aquel elegante restaurante al que se iba para ver y ser vista, pero no me hizo caso. Los camareros, que lo conocían, lo saludaron y nos llevaron hasta una buena mesa. Nos trajeron unos menús enormes y yo le dije a Tarık que pidiera por mí.

Y la verdad es que escogió bien. «Estos días tienes que comer bien para estar fuerte», me decía. O sea, pensaba igual que el taxista. El horizonte de uno estaba limitado por los bocadillos de caballa que se podían comprar en una barca, y el del otro por un restaurante internacional como el Paper Moon, pero la lógica era la misma.

El local, siempre muy concurrido, estaba relativamente vacío. La gran crisis había golpeado con dureza a muchos empresarios y, aunque sus pérdidas no afectaran a los gastos en comida, no querían llamar la atención dejándose ver en lugares caros como este. Los pobres no venían.

La verdad era que estaba entretenida con Tarık, el restaurante y los comensales de las mesas que nos rodeaban, pero no se me había pasado el dolor que sentía, que de vez en cuando se me clavaba en el corazón como un cuchillo. La injusticia y las calumnias que había sufrido me habían hecho mucho daño. Sobre todo la actitud del periódico.

Cuando llegó la comida le pregunté a Tarık si me había encontrado un buen abogado.

—¿Te has tranquilizado un poco? —me preguntó.

—¿Qué quieres decir con eso? Acaban de despedirme de mi trabajo, la prensa me ha puesto en evidencia ante toda Turquía, no sé qué decirle a mi hijo… ¡Cómo quieres que me tranquilice!

—Es muy importante que me escuches con calma. No he hablado con ningún abogado.

—¿Quéééé?

—Porque este no es un asunto para abogados.

—Por lo menos podría echarle en cara su calumnia al periódico, obligarles a que publiquen un desmentido y llevarles a juicio por difamación.

En eso llegó el camarero a preguntarnos si estábamos satisfechos con la comida. Asentimos y le dimos las gracias. Bebíamos agua a petición mía. No sabía qué podría pasar si le añadía vino al Lexotanil.

—Mira —continuó Tarık—. Suponte que hablamos con un

abogado. Y que prepara un texto para una rectificación. Va a los juzgados, si puede consigue una orden judicial y, si el periódico está de acuerdo, la publica.

—¿Cómo «si está de acuerdo»?

—Tienen derecho a una prórroga de cien días. Además, aunque no publiquen el desmentido no pasa nada. Pagan una multa no muy alta. Supongamos que lo publican. Sólo servirá para recordarlo todo meses después de los hechos y tú volverías a estar en el candelero.

—Bien, ¿y la demanda por injurias y la correspondiente indemnización?

—En este país el juicio más simple dura cinco años. Y luego están las apelaciones al Supremo. El expediente puede estar allí varios años. Si el Supremo admite la apelación todo empieza de nuevo. Dentro de cinco o diez años, ¿qué más da si ganas el juicio o no?

—¿De verdad apenas hay remedio para esta situación?

—Sí. Por desgracia, así es. El sistema judicial está saturado y no funciona. Por eso, es mejor que dejes el asunto. Te harás polvo, te amargarás y cada vez que vayas al juzgado darás pie a que se refresque la noticia.

—Bueno, ¿y cómo defiende sus derechos una ciudadana en este país?

—¡No puede! —fue su breve y neta respuesta—. ¿Sabes que hay juicios en los que en treinta años no han emitido un fallo y que los asesinos se benefician de que prescriben?

—¿Treinta años?

—Sí, treinta años.

Me poseyó una profunda desesperación con aquello que me estaba contando. La comida se me atragantaba.

—¿Y qué puedo hacer?

—Lo primero, dejar de jugar con el tenedor y terminarte la comida. Luego te vas a casa, duermes de un tirón y esperas a mañana.

—¿Y entonces?

—Mañana se publicará una noticia a tu favor y tú les enseñarás el periódico a todos los que te han acusado y les demostrarás que se equivocaban.

—¿Es que has hablado con tus amigos?

—Por supuesto. Tú haz lo que te digo. Ya veremos luego. ¿Quieres *pannacotta*?

—No.

—¿Tiramisú?

—No —respondí entre risas.

—¿Por qué te ríes?

—Hoy todo el mundo intenta que coma. ¿Mis ahorros siguen en aumento?

—Claro.

—Bien, me harán falta porque ahora soy oficialmente una ciudadana en paro.

—No te preocupes —me dijo cuando nos levantábamos—. ¿Cómo no vas a encontrar empleo?

Después de que Tarık me dejara en casa me senté en el salón y medité largo rato. Me había sentado de maravilla y me había aliviado mucho el apoyo de un amigo en ese día tan difícil para mí. Cierto, era un playboy un poco esnob, con inclinación por los relojes caros, la ropa de marca, los coches elegantes y la ostentación en general, o sea, no era para nada mi tipo, no compartía mis valores, pero tenía buen corazón. Le estaba profundamente agradecida por su amistad.

Si hoy Kerem tampoco había oído nada, no se lo contaría, ya hablaríamos mañana, después de que el periódico hubiera desmentido la noticia. Si la publicaban. No albergaba la menor confianza, pero Tarık había hablado muy seguro de sí mismo.

No me sentía sola ni siquiera sentada en la casa vacía. En esos momentos la presencia del abeto me venía muy bien. Fui a la cocina a por la jarra de agua y lo regué. Acaricié las hojas como si rozara la cara de mi abuela materna.

El tranquilizante y la comida me dieron sueño y me acurruqué en el sofá del salón. Además, me había pasado la noche en vela.

Mientras duermo me da la impresión de que se produce un terremoto. El sofá en el que estoy echada sube y baja y se sacude de una forma tremenda. Casi me caigo. Pienso que ha llegado el gran terremoto que estábamos esperando y me consuelo porque van a morir todos, los de la universidad y los del periódico. Por algún motivo no pienso que mi hijo puede morir. Me sacudo tan feliz.

De lejos llegan anuncios de «turbulencias, turbulencias». Alguien me da golpecitos en el hombro.

—Señora, por favor, abróchese el cinturón.

Miro y es Renata, la azafata que me fue de tanta ayuda.

—Estamos en zona de turbulencias. Parece que no ha oído el anuncio.

—Perdone.

Me abrocho el cinturón todavía atontada por el sueño. El enorme avión no deja de dar sacudidas. Hasta crujen los compartimentos para el equipaje que tenemos encima de la cabeza. Me había quedado dormida. Mientras tanto han abierto las cortinillas. El interior del avión está lleno de luz. Todos tienen delante las bandejas del

desayuno y sujetan los vasos de zumo de naranja y las tazas de café y té para que no se derramen con las sacudidas. Las azafatas han interrumpido el servicio. La pareja que anoche se metía mano por debajo de la manta acaba de despertarse de un sueño profundo y feliz. Les brilla la cara y se miran a los ojos. «Ah, ese sueño hermoso de la juventud.» ¿Quién había dicho eso? Max, por supuesto.

Había recibido un correo electrónico suyo. Decía que había viajado muy bien y que nunca olvidaría la semana que había pasado, y me preguntaba cómo estaba. Como no podía contestarle «Me he metido en problemas por tu causa» me limité a un breve «Bien».

18

Esa noche volví a dormirme con una pastilla y cuando me desperté a la mañana siguiente me dolían todas las articulaciones. Estaba hecha polvo, bien de la tensión o del disgusto mismo. Desde la publicación de la noticia, lo primero que sentía al despertar era una tremenda desmoralización; todo iba mal, aquello era un desastre. Luego, con un dolor sordo como si me estuvieran cortando con un cuchillo, lo llevaba al nivel de la conciencia. Ese día fue también así. La almohada estaba húmeda. Debía de haber llorado por la noche. Ni me había dado cuenta.

Me levanté de la cama dolorida, entumecida, cogí el periódico de la puerta, volví las páginas esperanzada. En la segunda página no había nada, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho… Seguía pasando páginas. Estaba a punto de dejarme llevar por la desesperanza cuando vi una pequeña nota en la página 12.

DESMENTIDO DE LA MUJER ACUSADA:
¡SOY INOCENTE!

> Ayer se vivió un nuevo giro en el escándalo que lleva dos días sacudiendo a la Universidad de Estambul. Maya Duran, responsable de Relaciones Públicas, de quien se aseguraba que había mantenido relaciones con el profesor invitado Maximilian Wagner, declaró que todo era una calumnia.
>
> Esta es la declaración que Maya Duran hizo a nuestro periódico:
>
> «Aparte de la puramente profesional, no tuve ninguna relación con el profesor Wagner. Todo es una confabulación y una calumnia. Es evidente en cuanto se tienen en cuenta la edad y la posición del honorable profesor y mis responsabilidades como mujer y madre turca. Condeno con toda firmeza esta calumnia.»

Me quedé de piedra al leer la noticia. Estaba muy bien que la hubieran publicado, pero yo no había dicho nada de eso. Me habían

atribuido aquello de la mujer y madre turca consciente de sus responsabilidades para defenderme mejor. Así que habían decidido que ellos sabían defenderme mejor que yo con mis propias palabras. Con todo, no estaba mal, por supuesto. Abría la puerta a un ligero alivio. Por lo menos, ahora existía una noticia que explicaba lo contrario. Además, no especificaban que había perdido mi trabajo. Qué poder tiene la prensa, Dios mío. Te podía llevar al cadalso o al cielo.

Estaba a punto de dejar el periódico en la mesa cuando una fotografía justo debajo de la noticia me llamó la atención. La había visto antes de leer lo mío y se me había pasado por la cabeza lo mucho que se parecía a Ahmet. Ahora la miré con más cuidado y me quedé perpleja. ¡Sí, era él! ¡Ahmet, mi exmarido!

Ver su fotografía en el periódico era algo inesperado, pero no reconocerle al primer vistazo era increíble. Observé la foto con atención; con él estaba aquella reportera que había hablado conmigo el día anterior. Creía recordar que se llamaba Sibel. Se veía con toda claridad a Ahmet, con su cara de siempre, los ojos muy juntos y el pelo, más ralo pero con ese peinado que nunca cambiaba. Parecía que estuviera mirando la fotografía de un extraño a pesar de lo mucho que lo conocía. Todo era conocido, pero la expresión de su rostro resultaba curiosa. Cuando ves un gesto inesperado en la cara de alguien muy conocido, la sensación que te produce puede afectarte hasta el punto de que te parezca un extraño.

Lo habían fotografiado con la boca entreabierta y el ceño ligeramente fruncido mientras decía algo. Le hacía un gesto decidido con la mano a la reportera, como si le estuviera indicando que se esperara.

Por lo visto, mi noticia continuaba después de aquella fotografía que habían añadido debajo de lo que ya había leído. La foto y la segunda parte de la noticia las habían colocado sobre un fondo ligeramente distinto. Nerviosa, seguí leyendo.

APOYO A MAYA DURAN DE SU EXMARIDO

Ahmet Baltacı asegura que no cree las acusaciones sobre Maya Duran, de quien se divorció hace ocho años. En sus declaraciones a nuestra enviada afirmó lo siguiente:

«Conozco muy bien a Maya. En estos últimos años hemos seguido viéndonos, aunque no con mucha frecuencia. Nadie que la conozca puede creerse esta calumnia.

Es una buena madre y una persona en la que se puede confiar. Una mujer de principios, firme en sus valores, consciente de sus responsabilidades.

Por supuesto, hay temas en los que no estamos de acuerdo, pero en esta cuestión actual cuenta con mi entera confianza.

Además, Maya es una mujer que no está casada, moderna y libre. Que quiera vivir una relación no es de interés para el público. Pero es improbable que eso haya ocurrido con alguien a quien había conocido apenas hace unos días, con quien trataba por motivos profesionales y de mucha más edad que ella. No me lo creo. Es decir, lo sé, sé que no es verdad.»

Yo tampoco me creía que aquellas declaraciones fueran de Ahmet. Era como si alguien a quien conocía bien se presentara con una expresión que veía por primera vez y hablara con una voz ajena.

¿Habrían los editores cambiado también sus palabras para escribir lo que mejor les parecía? Aquel no era el estilo de Ahmet. Hablaba seguro de sí mismo, decidido, con fuerza. Pero ¿realmente habrían cambiado lo que había dicho? Si hubieran tenido la intención de retorcerlo, no lo habrían dejado así.

Dejé el periódico, cogí el teléfono y marqué el número al que había llamado el día anterior.

—Buenos días, ¿puedo hablar con Sibel?

—Dígame, soy yo.

Esta vez la había encontrado a la primera.

—Hola, soy Maya, Maya Du…

—¡Ah, hola, Maya! Lo ha leído, ¿no?

Había un tono de orgullo en la voz de Sibel. Al parecer pensaba que la llamaba para darle las gracias.

—Sí, y me gustaría preguntarle algo. ¿Cómo entrevistó a mi exmarido?

—Lo encontré de la misma forma que la encontré a usted. La primera vez que lo llamé debía de tener algún problema porque no podía entenderle. Dijo algunas cosas sobre él, que se notaba que eran cosas personales, pero a las que no pude dar ningún sentido, y se negó a que lo entrevistara.

—Ah, pero usted insistió, claro.

—No, no fue así. La verdad es que me sentía en deuda con usted, así que pensé en entrevistar a su exmarido por si servía de algo, pero cuando se negó me dediqué a mis asuntos y lo olvidé. Alrededor de una hora más tarde, me llamó él mismo y me propuso que habláramos. Por algún motivo llamaba desde otro teléfono, pero…

—¡Ay, Dios!

—¿Qué es lo que le sorprende?

—No es un comportamiento que me esperaría de él.

—La verdad es que yo también sentí que debía de estar viviendo

un día un tanto especial. Estaba muy furioso pero en apariencia tranquilo. Se le notaba la actitud de quien se comporta de manera distinta a lo habitual.

—¿Estaba furioso con la noticia, con usted?

—No, bueno, no lo sé. Puede que fuera por un motivo totalmente diferente.

—Bien, no quiero entretenerla demasiado. Lo último que quiero preguntar es ¿las palabras que aparecen en el periódico son todas suyas o su jefe ha vuelto a redactarlas como mejor le ha parecido?

—Han publicado prácticamente lo mismo que dijo. —Se le notaba en la voz que estaba sonriendo—. La verdad es que no confiaba en que fueran a publicar la entrevista tal y como la había redactado. Y, de repente, veo que la han publicado añadiéndola a la otra nota.

—Muchas gracias. Me ha ayudado mucho.

—Por favor, sólo intento hacer mi trabajo.

Después de colgar releí ambas notas tratando de despojarme de mi incredulidad. La fotografía y las palabras de Ahmet continuaban pareciéndome las de un extraño. Al declarar aquello no cabía la menor duda de que tomaba partido abiertamente y con vehemencia por mí. Era como si, de repente, se hubiera transformado.

Cogí el teléfono y me entretuve un rato jugueteando con el teclado. Era absurdo que dudara, así que presioné la tecla de llamada. Sonó bastante rato y, cuando estaba a punto de colgar porque pensaba que no iban a responder, lo cogieron. Pero fue una voz de mujer la que oí.

—Oh, perdone, estaba buscando a Ahmet.

—Soy su madre. Maya, ¿eres tú?

Sólo entonces reconocí la voz de mi exsuegra. Se me pasó por la mente si no habría quedado feo que no la reconociera. Lo mejor era empezar a hablar sin perder tiempo.

—¿Cómo está?

—Bien, gracias, y tú, ¿cómo estás?

—Gracias, bien también.

Hubo un silencio breve pero extraño. Luego continuó ella:

—Ahmet no está. Salió ayer a mediodía. O sea, ayer vino a casa, pero se dejó el teléfono cuando se marchó.

Se veía que hoy todos se habían puesto de acuerdo para sorprenderme. ¿Por qué no había ido a recoger su teléfono desde ayer?

—Qué curioso —dije—. ¿Cómo es que no volvió por el teléfono?

—Bueno, tuvo una discusioncilla con su padre y… No pasa nada, ya vendrá a recogerlo.

¡Discutir con su padre! ¡Ahmet! No podía imaginármelo. Un hombre que no se atrevía a mirar a su padre a la cara, que a veces

tartamudeaba cuando le hablaba, ¿cómo iba a discutir con él?

No sé si fue porque el silencio se prolongaba, pero mi suegra continuó como si se sintiera obligada a ofrecerme una explicación.

—Estábamos sentados en casa y sonó el teléfono de Ahmet. Le llamaban de un periódico porque querían hablar con él. A Ahmet le entró el pánico. Ya sabes que cuando habla por teléfono delante de su padre se pone un poco nervioso.

—Sí, un poco.

—Dijo que no quería hablar y colgó. Pero no se acabó ahí la cosa. Su padre empezó a refunfuñar. Ya sabes, sobre…, en fin…

—Entiendo, la noticia que publicaron sobre mí ayer.

—Sí, bueno, entonces Ahmet se marchó. Y se le olvidó el teléfono.

—Y no regresó luego a recogerlo, ¿no?

—Llamó como una hora más tarde. Preguntó el número desde el que le habían llamado y no volvió a telefonear. Ni siquiera ha venido.

Mientras hablábamos me fue quedando más clara la declaración que Ahmet le había hecho al periódico. Así que su padre había dicho cosas malas sobre mí. Así que Ahmet, a estas alturas de su vida, se había enfrentado a su padre. Así que llamó al periódico para decirles que quería hablar con ellos y fue cuando le hicieron esa foto que me pareció tan extraña, hablando como un hombre seguro de sí mismo. Así que por fin había actuado por su propia voluntad.

Suponía que quien se hallaba en una situación más difícil en aquella casa era mi suegra. Una mujer acostumbrada desde hacía años a aguantar a su marido y a proteger a sus hijos de él tenía que estar atónita ante el comportamiento rebelde de Ahmet.

Mi exsuegra y yo nos veíamos muy raras veces. No mostraba ninguna actitud notablemente favorable ni desfavorable hacia mí. En realidad, su vida en general era así, del tipo de «sin comentarios». A lo largo de los años se había acostumbrado a vivir teniendo cuidado de no irritar a su marido, pero con él como centro de su existencia.

Me entraron prisas de repente. Teniendo tantos problemas propios, no estaba en situación de entretenerme dándole vueltas a la cabeza. Quizá porque la conversación con mi exsuegra estaba tan llena de largos silencios y frecuentes intervalos, fue complicado recapitular y despedirme. Pero por fin colgué el teléfono.

Todavía era de mañana. Seguía doliéndome todo. No obstante, empecé a moverme con rapidez, me vestí a toda prisa, salí y compré diez periódicos antes de que se agotaran. Para tenerlos por si acaso, pensé. Los compré en sitios distintos porque se me ocurrió que sería mejor no agotarlos en ninguno para que quienes acostumbraban a comprar allí el diario vieran la noticia. Al fin y al cabo, todos estaban cerca de mi casa.

Luego regresé y me di un baño caliente. Me vino de maravilla.

Ahora también me apetece darme un baño caliente, pero a ocho mil metros de altura y en estas condiciones no tengo esa posibilidad, por supuesto. Aquí cada cual sólo tiene de espacio privado lo que ocupa su asiento. Y no es mucho. En los viajes largos una entiende mejor la importancia del espacio privado.

Me doy cuenta de que a lo largo de mi relato he estado hablando constantemente de baños y duchas. Pero es así. No hay nada que me relaje más que estar metida en agua caliente. No se trata tanto de una cuestión de higiene como de una especie de terapia. Sobre todo en momentos difíciles no hay nada que me sienta mejor que sumergirme en agua caliente o sentirla correr por mi cabeza.

Wilhelm Reich, a quien leí en mis años de universidad, lo interpreta como un deseo de volver al útero materno, al igual que cuando nos acurrucamos en posición fetal bajo las sábanas. Pero, bueno, cuando una ve todas las maldades de este mundo ¿no se deja llevar por ese deseo de regresar al útero?

En este momento no tengo la oportunidad de darme un baño, pero me viene bien descansar un poco mientras me lo imagino.

En cuanto salí del baño, vi que tenía varias llamadas de teléfono. Mi madre, Filiz y Tarık. Habrían leído la noticia, seguro, pero ya hablaría con ellos más tarde.

Abrí el baúl y saqué mi viejo álbum marrón. En él tenía cientos de fotografías del pasado. Las más antiguas eran en blanco y negro y las más recientes, en color.

Me gustaban más las antiguas en blanco y negro. Como si en ellas la expresión de la gente fuera más dramática y las luces y sombras más artísticas. Quizá se debiera a porque todas se habían tomado en un estudio. Los fotógrafos se aseguraban de que hombres y mujeres siempre posaran de cierta manera.

La mujer joven se sentaba en una silla elegante y el hombre, con traje y corbata, estaba a su lado de pie. Apoyaba una mano en el respaldo de la silla sin excesiva familiaridad. En las fotografías familiares los mayores se sentaban en sillas alineadas al frente, cogían a los nietos en brazos, y los jóvenes y los adultos se ponían detrás de ellos de pie. La coreografía nunca cambiaba. Era la manera en que el pueblo turco se hacía retratos.

Además, nadie sonreía cuando miraba al objetivo, al contrario que hoy. Seguro que nadie gritaba «*cheese*» cuando los fotografiaban. Ni fruncía los labios como en las fotos de las artistas diciendo «trescientos treinta y tres». O bien estaban serios, o bien mostraban una sonrisa

volátil y casi imperceptible con la comisura de los labios. En especial, lo hacían las mujeres. Se peinaban, se ponían sus mejores ropas y en general se acicalaban con esmero para el gran día del retrato.

Me encantaba la atmósfera que despedían aquellos álbumes. Encontraba en ellos algo inocente, limpio, emotivo. Se hacían fotos a los niños varones desnudos, todavía de meses, prestando atención a que se les viera el pito, como si se quisiera demostrar su sexo.

Por detrás de la mayoría de las fotos estaba escrita a mano en letra inglesa la frase «Vine a visitaros» con la fecha. Me sentaba estupendamente mirar aquellos álbumes. Aquel día, con el albornoz y una toalla en la cabeza tuve esa misma sensación de frescura al mirar las fotografías familiares.

Observé con mayor atención los retratos de mi abuela Ayşe. Luego saqué del álbum una fotografía de carnet que se había hecho para algún asunto oficial. De la misma forma, extraje una de mi abuela Mari y la coloqué junto a ella. Las dos jóvenes, lado a lado. Saqué una mía del cajón y la coloqué con las suyas. Les recorté el reborde con unas tijeras. Luego puse los tres pequeños retratos en el compartimento con cubierta de plástico para guardar el carnet de mi billetera de piel negra. Juntas mis abuelas y yo. A nuestro lado quedaba un vacío y, si tenía suerte, también lo rellenaría. En ese hueco iría la foto de Nadia.

Así me integraría con esas tres mujeres cuyo dolor y cuya lucha percibía en mi carne y mis huesos. La historia había ahogado el grito de todas ellas y había tratado de hacer lo propio con el mío. Pero yo elevaría sus voces acalladas. Era Maya y Ayşe y Mari y Nadia, cuyo rostro todavía no había visto. Era musulmana y judía y católica. O sea, era humana. No cabía en mí de la alegría. Afrontaría un camino difícil pero luminoso. Era como si acabara de despertarme de un sueño de siglos, como los siete durmientes de Éfeso.

Para poner en práctica mi plan primero debía llamar a Ahmet, pero se había dejado el teléfono en casa de sus padres. Pude encontrar el número del fijo de su casa después de rebuscar un buen rato en el cuaderno en el que lo tenía anotado. Lo marqué. Sonó largo rato, pero nadie contestó.

Después de dudar un poco, volví a llamarlo al móvil. Si contestaba su madre, colgaría tras intercambiar unas breves frases. Pero respondió él.

—Hola, Ahmet —le dije—. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

Hablaba en voz baja y más acobardado que nunca.

De repente me puso de los nervios. Y yo que pensaba tener una agradable conversación, charlar un poco y luego explicarle la ayuda

que esperaba de él para llevar a cabo mis planes… Con todo, decidí mostrarme paciente.

—Tus declaraciones han sido una agradable sorpresa. Muchas gracias.

—Sí.

Conocía aquella voz y esa forma de hablar suyas. Seguro que estaba con su padre.

—¿Dónde estás?

—En casa, con mis padres.

Habría ido a recoger el teléfono suponiendo que su padre no estaba en casa y cuando se encontró con aquel viejo déspota no habría sabido qué hacer. Así que hasta ahí había llegado su determinación.

—Mira —le dije—, tengo que hablar contigo.

—¿Cuándo?

—Ven a las once al café S.

—Pero tengo trabajo.

—¡No me vengas con el trabajo! —grité. Posiblemente lo había dicho para que lo oyera su padre—. Yo estoy aquí jugándome la vida y tú me vienes con tonterías. ¡Estate allí a las once en punto!

Sabía que iría. Lo conocía muy bien. Ahora había entrado en modo miedo y sospecha. Le habría invitado a casa, pero no me apetecía.

Luego llamé a Tarık.

—¿Te ha parecido bien? —me preguntó.

—Sí. Habría preferido que me consultaran antes por teléfono en lugar de redactar la noticia como si todo aquello saliera de mi boca, pero…

—Ay, Dios. No estás contenta con nada.

Comprendí que estaba esperando que se lo agradeciera.

—Muy bien. Gracias, te agradezco tu ayuda, ¿vale?

—No, no quería decir eso. Tu hombre se ha mostrado bien valiente, ¿eh?

—¿Qué hombre?

—Tu exmarido. Bravo por él.

—En fin… Muchas gracias, en serio. Me has sido de mucha ayuda en estos días tan difíciles. Por cierto, hoy voy a necesitar sacar algún dinero.

—Claro, cuando quieras.

—¿Podría sacar unos marcos del banco?

—Por supuesto, pero no te lo aconsejo. En estos momentos las divisas están muy caras. Con las liras no dejas de ganar. Llegado el momento nos pasaremos a las divisas.

—No, no estoy diciendo que lo cambiemos todo. Me basta con

quinientos marcos.

—¿Qué vas a hacer?

—Tengo un asunto que resolver. ¿Podré sacarlos del banco a primera hora de la tarde?

—Perfecto. Pásate después de las dos.

No dijo nada más sobre las declaraciones de Ahmet al periódico. No le gustaba demasiado hablar de él.

Luego hablé con mi madre y con Filiz. Mi madre se había alegrado mucho de la noticia. Estaba segura de que ella también habría comprado cuatro o cinco ejemplares del diario y se los enseñaría a los vecinos: «¿Veis cómo lo de mi hija era todo una calumnia?». Ellas también elogiaron con frialdad las declaraciones de Ahmet. En fin, el periódico de hoy había servido al menos para elevarles un poco la moral.

—Hija, no sabes qué tranquilo se ha quedado tu padre —me dijo mi madre—. El pobre llevaba días sin dormir. Se pasaba las noches dando vueltas arriba y abajo por el salón. La verdad es que nunca se lo creyó, pero…

No le dije que me habían despedido, pero Filiz ya se había enterado, por supuesto.

—Lo siento mucho, hija —dijo.

—No, no lo sientas. Creo que ha sido para mejor.

—¿Por qué?

—Porque me va a facilitar un nuevo comienzo desde cero, por eso. Hay cosas más importantes en la vida que pasarse años entrando y saliendo de ese edificio y persiguiendo noticias sobre el rector.

—¿Otro trabajo?

—¡Otra vida!

—No te entiendo.

—Una vida más creativa, más colorida. ¡Con más sentido! Eso es lo que más me estimula, ¿me entiendes?

—No.

—Ya nos veremos y te contaré mis planes.

Mientras iba andando hacia el centro comercial a pesar del frío sentía que mi decisión y mi fuerza aumentaban. Comenzaba a dispersarse la aturdida desesperación en la que había caído el primer día. El mísero estado en que me encontraba ayer, los llantos en el taxi y demás. No quería ni acordarme.

Para cuando llegué al café S, Ahmet ya estaba allí. Se levantó y me invitó a sentarme con su gesto falso de siempre y su cortesía de mentira. Y eso que yo tenía algunas esperanzas mientras venía. Esperaba que al alejarse de su padre quizá volviera a la actitud que mostraba en el periódico.

—¿Eras sincero en lo que dijiste en el diario?

Me contestó con un gesto de cabeza cuyo significado no supe adivinar. Estaba allí sentado frente a mí con esa mímica y esos gestos que disparaban la rabia que se había ido acumulando en mí a lo largo de los años.

—¿Por qué me echaste la bronca por una noticia que era un invento? —le pregunté.

—Fue lo único que se me vino a la cabeza cuando leí el diario.

—En fin… Ahora escúchame bien.

—¿Qué querrás beber?

—Nada. Me vas a escuchar cinco minutos, luego me levantaré y me iré.

Su perplejidad iba en aumento al ver lo decidida que estaba. Contemplé con agrado la mirada suspicaz que se asentaba en sus ojos.

—Me han despedido del trabajo.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Por este asunto?

—Sí, a causa de esta calumnia.

—Lo siento mucho.

—No lo sientas por mí, ¡siéntelo por ti!

—¿Por qué?

—Porque ya no tengo ni empleo ni sueldo. No podré hacerme cargo de los gastos de la casa, de los pagos del colegio de Kerem, de vestirlo y alimentarlo. Y, si yo soy su madre, tú eres su padre.

—O sea, ¿que quieres que te pase una pensión?

—No.

Sorprendido, dejó colgando el labio inferior y su cara adoptó una expresión estúpida.

—El asunto no es la pensión —le expliqué—. Lo que tienes que hacer es lo siguiente: te llevas a Kerem, lo vistes, lo mandas al colegio, le ayudas a preparar los exámenes, te quedas a su cabecera cuando esté enfermo, intentas apañártelas con sus problemas psicológicos, lo llevas de vacaciones. Y yo lo recojo, me lo llevo de paseo y le compro regalos el fin de semana que me apetezca.

—Pero soy un hombre, ¿cómo voy a cuidar de un niño?

—De la misma manera que lo he hecho yo todos estos años. En realidad, no te queda otro remedio. Voy a dejar la casa. Y me marcho de Estambul.

El pánico que envolvía a Ahmet se había vuelto visible y palpable. Trataba de interrumpirme y preguntar, pero no encontraba la mínima oportunidad porque yo hablaba como una ametralladora.

—Si no quieres que tu hijo se quede en la calle, vendrás mañana a buscarlo —dije, y me levanté y me fui.

Me sentía muy, pero que muy bien. No me volví a mirar la cara que se le había quedado, pero lo que me imaginaba me hacía sonreír. Que se fastidiara. No tenía noticia de mis ahorros en el banco ni de que cada segundo que pasaba ganaba dinero.

Casi me alegraba del escándalo de la universidad y de que me hubieran despedido. De mi interior surgía una mujer nueva que le plantaba cara al mundo. Con pasos enérgicos subí al último piso, me senté en otra cafetería, me tomé un enorme café de filtro y me comí un sándwich mixto. Ellos mismos hacían el pan y estaba muy sabroso.

Luego fui a la agencia de viajes del primer piso y pregunté con qué avión podía ir a Kassel. La empleada miró la pantalla y me dijo:

—No hay vuelos directos a Kassel. Tiene dos opciones, volar a Frankfurt o Hannover. Desde allí puede ir en tren.

Al día siguiente compré un billete de ida y vuelta en clase turista para Frankfurt, que pagué con mi tarjeta de crédito. Como estábamos en la temporada de invierno, las Líneas Aéreas Turcas habían programado campañas baratas. En las épocas en que iban y venían los cinco millones de turcos que había en Europa los billetes se encarecían a pasos agigantados.

La chica de la agencia me preguntó si tenía visado.

—Tengo pasaporte verde.

El pasaporte verde de funcionaria del Estado que había conseguido gracias a la universidad me sería de mucha utilidad y pensaba aprovecharme de él hasta el último día. Con él era posible viajar sin visado por los países de Schengen.

Después de mediodía me pasé por el banco y saqué quinientos marcos. No era mucho dinero, pero tampoco me quedaría demasiado tiempo en Alemania. Además, me llevaría la tarjeta de crédito.

Esa tarde mantuve una conversación con mi hijo. Le expliqué con un lenguaje adecuado todo lo que me había ocurrido. No le mostré los primeros dos periódicos, sino el último.

—A veces te pueden ocurrir cosas inesperadas —le dije—. Esta última semana he visto lo inteligente, lo valiente y lo ingenioso que eres.

—¿Qué quieres decir con «ingenioso»?

—O sea… O sea… Pues listo. Saber qué hacer en cada situación.

Asintió con la cabeza. Seguí con mi discurso.

—Eres un muchacho maduro y estoy segura de que entenderás lo que te voy a decir. Por culpa de una calumnia, he perdido mi trabajo en la universidad.

—¿Te han echado? —me preguntó abriendo enormemente los ojos.

—Sí. Se puede decir así. Yo creo que la verdadera razón son esos asuntos de espías en los que nos hemos visto envueltos. Todo lo demás son excusas.

—Así que de verdad era un espía, ¿eh?

—No. Yo creo que no, pero es lo que ellos suponen. Ahora que me he quedado en el paro, es imposible que sigamos manteniendo esta casa y esta vida. Por eso quiero que te quedes una temporada con tu padre. La verdad es que no tenemos otro remedio.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta que todo se arregle. No queda mucho para las vacaciones de verano e iremos a Bodrum con tus abuelos y nos quedaremos con ellos hasta el otoño. Es decir, sólo será una separación de tres meses, pero te veré a menudo, claro. Si yo no puedo vivir sin ti… ¿Qué me dices?

—¿Qué quieres que te diga? —Se encogió de hombros.

Me dolía en el alma. Su padre y yo le habíamos hecho lo peor que se le puede hacer a un adolescente separándonos y ahora se convertía en un juguete entre ambos. Pero me consolé al pensar que todo lo hacía para prepararle un futuro mejor. Iba a emprender algo muy grande y necesitaba tener las manos libres, aunque sólo fuera temporalmente.

Durante años había llevado la vida de una persona que vive de su trabajo y que se las apaña con su sueldo. Había intentado ahorrar un poco y había pagado a plazos. Vivir así te transformaba. Una se creaba un nivel de necesidades según los ingresos que tenía y de ahí resultaba un determinado nivel de vida. Y responder a esas necesidades, mantener el nivel de vida, se convertía en lo más importante.

De hecho, entre los plazos y las tarjetas de crédito ya te habías gastado en gran parte los sueldos de los meses y los años siguientes. Había también quienes preferían no comprarse un coche ni una casa, es decir, no gastarse de entrada los sueldos futuros y así ahorrar un poco. Pero, al fin y al cabo, para nosotros, para los que nos veíamos en la obligación de trabajar y de vivir de un salario, a partir de cierto punto lo más importante era la seguridad. Ese era el mayor obstáculo para cambiar de vida. Se convertía en una forma de entender la vida; mejor dicho, en una costumbre.

Aunque no hubieran terminado como me habría gustado, los acontecimientos de los últimos días habían desencadenado una revolución en mi vida personal. Como cualquiera que trabaja en un empleo monótono, había alimentado en un rincón de mi mente la idea de llevar una vida libre y trabajar por mi cuenta, y ahora iba a dar un paso en esa dirección. Me lo facilitaban los ahorros que le había confiado a Tarık y que habían aumentado tan inesperadamente.

Podría salir adelante aunque no contara con unos ingresos regulares. Podía arreglármelas con que sólo ganara un poco de vez en cuando. Pero a la primera oportunidad tenía que solucionar asuntos como la asistencia sanitaria y las cotizaciones para la jubilación. Tenía que pensar incluso en el proceso legal que tendría que llevar a cabo para que Kerem se beneficiara, en caso necesario, de la seguridad social de su padre. Nada de eso era demasiado urgente y haría lo que tuviera que hacer, pero a partir de ese momento mi vida no transcurriría de forma cobarde ni buscando continuamente la seguridad.

Quizá si hubiera vivido todo aquello unos años después no habría pensado de esa forma ni me habría sentido así. Como me habría pasado más tiempo dependiendo de un salario y tendría ya más edad, posiblemente le daría más importancia a cosas como la estabilidad en el empleo.

Pensando en todo aquello crecían en mí sentimientos de agradecimiento hacia Max. Seguro que ni se le pasaba por la cabeza, pero me había hecho un gran favor. Él había sido la causa de que me despidieran y de que se publicaran esas calumnias sobre mí en la prensa. O sea, me había facilitado que me convirtiera en una persona capaz de enfrentarme a todo. Ahora tenía la oportunidad de librarme de una vida sin sentido, como la de aquel İlyas-ı Habır, de la que me hablaba un amigo de Mardin, que no había tenido ni un día feliz en su vida.

Antes de acostarme me entretuve un buen rato en internet. Primero miré el parte meteorológico de Alemania. Hacía un frío de helarse, por todos lados estaban a cero grados o por debajo. Y en Bad Arolsen nevaba.

Luego introduje la dirección www.its-arolsen.org y leí las condiciones para poder acceder a los archivos. Los registros estaban abiertos a los familiares de las víctimas y a los funcionarios del Estado, pero también podían estudiarlos los investigadores. Era gratuito y simplemente se pedía una cantidad insignificante por las copias en papel o en CD. Para investigar allí tenía que rellenar un formulario, algo que se podía hacer online.

Al mismo tiempo que describían la organización del archivo, contaban por qué los datos no estaban accesibles online. La verdad es que lo leí por encima. Al parecer se trataba de algo relativo a acuerdos con ciertos países.

Abrí el formulario y lo cumplimenté. En «empleo» y «lugar de trabajo» escribí «investigadora» y «Universidad de Estambul» y lo envié. De todas formas, hasta que se iniciaran los trámites y mi renuncia fuera efectiva pasaría un tiempo. Hasta entonces no había problema en que usara aquella identidad. Esperarían por lo menos hasta primeros de mes.

Exploré los hoteles de Bad Arolsen. «Bad» significaba «baños» en alemán y la ciudad era famosa por sus aguas termales. Había bastantes hoteles, posiblemente para acoger tanto al turismo de balneario como a quienes iban a investigar al ITS. En aquella época del año no eran demasiado caros, aunque yo escogí el de precio más ajustado. Reservé dos noches en un hotel llamado LandKomfort, que según las fotos parecía limpio y que incluso ofrecía sus aguas curativas. En la habitación que escogí, la noche costaba cuarenta y siete marcos. Cuando acabé, hice la maleta, en la que metí camisetas de lana y jerséis.

A la mañana siguiente me levanté temprano y le preparé el desayuno a Kerem. Sobre la mesa le dejé cien millones de liras. A toda prisa, llevé al salón dos palanganas y un cubo con agua. Coloqué el abeto en una de las palanganas. Después de regarlo en abundancia eché un poco de agua también en la palangana. Puse las demás macetas de la casa en la otra palangana y las regué también.

Mientras salía de la habitación con el cubo vacío en la mano me di media vuelta. Acaricié las agujas y el tronco del árbol. Me despedí de él. Luego fui al cuarto de Kerem. Dormía. Me incliné y le di un beso.

La noche anterior había llamado a la señora Elmas para decirle que no era necesario que se esforzara demasiado cuando viniera a la limpieza semanal, pero le advertí que regara las plantas. Saqué el teléfono del bolso y le mandé un mensaje a Ahmet recordándole que tenía que recoger a Kerem a la salida de clase.

Me puse el abrigo más grueso que tenía y las botas de invierno, cogí la maleta y salí de casa.

Comenzaba una nueva vida.

19

Tenía un amigo muy querido de Mardin. Cada vez que hablábamos llevaba la conversación a aquella antigua ciudad y, como si hablara de algo que había ocurrido ayer, decía: «¿Sabes? Cuando Tamerlán conquistó Anatolia el único lugar que no pudo tomar fue la fortaleza de Mardin». Yo le respondía: «Enhorabuena. Sois todos unos héroes». Y nos echábamos a reír.

Un día me contó la historia de un tal İlyas-ı Habır, de Mardin.

Unos familiares de İlyas trabajaban en un restaurante de Roma y fue a visitarlos. Cuando sus parientes salían cada día a trabajar, él se iba a dar un paseo. Caminaba sin cesar por las calles desconocidas de Roma. Un día sus pasos lo llevaron a una especie de parque muy agradable. Mientras paseaba entre flores, árboles y estanques, unas lápidas le llamaron la atención.

Las lápidas estaban decoradas con esculturas de mármol y flores multicolores, como retratos de la felicidad. Pero se quedó muy sorprendido al ver las inscripciones sobre la piedra. Porque en algunas de ellas se leía veintiún días, en otra treinta y cuatro, en aquella diecisiete. Aunque no conociera la lengua lo comprendía por los números que aparecían en las lápidas. Además, eran lo bastante altas como para que no se tratara de recién nacidos. Asombrado, no supo darle sentido y no pudo preguntárselo al vigilante del cementerio ya que no sabía italiano.

Se lo contó a sus parientes al llegar a casa y les pidió que le acompañaran el día de descanso para resolver el misterio.

Fueron todos juntos un día de fiesta, encontraron al vigilante y le preguntaron el secreto de los números escritos en las lápidas.

—Este es un cementerio particular —les contestó el vigilante—. En las lápidas de quienes están enterrados aquí no se escribe la edad, sino los días que fueron felices en la vida. Alguno fue feliz veintiún días, otro treinta y siete, y no hay quien supere los cincuenta y dos.

Le dieron las gracias y se marcharon. Tiempo después, İlyas regresó a Mardin. Vivió largos años hasta que un día enfermó. En su lecho de muerte, reunió a los hijos a su alrededor y les dijo:

—Tengo una última voluntad que pediros. En mi lápida mandaréis

escribir exactamente esto: «İlyas-ı Habır ha muerto / fue de la cuna a la tumba directo».

Mi amigo de Mardin y yo siempre nos reíamos cuando contaba la historia del pobre hombre que jamás había podido disfrutar de la vida, que no había sido feliz ni siquiera un día. En el avión a Frankfurt pensaba en aquella historia, y tenía cuidado de reírme para mis adentros, y, por otro lado, intentaba adaptarla a mi propia existencia. ¿Cuántos días haría escribir yo en mi lápida?

Había tenido días felices en mi vida, por supuesto, pero la cuestión no se limitaba únicamente a la felicidad. Lo importante era sentir que la vida había tenido un sentido, un valor. Eso no era como la felicidad de una muchacha con su vestido blanco de novia y su ramo de flores, sino un problema existencial más profundo. Era la respuesta a extrañas preguntas como si había significado algo que yo viniera al mundo o si había hecho alguna mínima aportación a este viejo planeta o a quienes lo habitaban.

Desde ese punto de vista, podía escribir en mi lápida los días que había estado con el profesor. A pesar de lo mal que lo había pasado, me había hecho sentir que valía para algo. Y lo había hecho no sólo por quitarse el sombrero ante mí.

Estuve entretenida hasta Frankfurt con aquellas reflexiones y planeando lo que iba a hacer. Posiblemente ante mí se extendían días aún más significativos.

En el aeropuerto me encontré con una agitación increíble. Daba la sensación de que estaba en uno de esos cruces de autopista por el que fluye a toda velocidad un tráfico intenso. Los aviones que cambiaban de pista, los que aterrizaban y despegaban, las decenas de procedimientos que se realizaban cada minuto, los anuncios, los paneles deslizantes, y, en medio de todo ese movimiento, la gente inmersa en su propia historia ignorando la del prójimo. Mientras los miraba, recordé una frase de un amigo de mis años de estudiante al que le interesaba el teatro: «Cada cual actúa de protagonista de su propia vida».

En la librería del aeropuerto compré un librito sobre Bad Arolsen y la región. Pregunté si tenían los libros de Erich Auerbach, y no es que no los tuvieran en inglés, ni siquiera en alemán. En ese tipo de sitios sólo se venden libros como cacahuetes, para hacer pasar el rato al viajero, que los abandonará en el hotel una vez finalizado el viaje.

Encontré la estación de tren y mientras iba a Kassel y hacía un transbordo a Bad Arolsen, pensé en los que habían vivido hacía sesenta años en aquella Alemania de la que brotaba el orden por todas partes, con sus llanuras frías, sus ríos helados y su cielo encapotado. Sí, la geografía era un destino, pero también lo era la historia. Quienes habían vivido aquella época habían sufrido el dolor de haber venido al

mundo en un momento equivocado, en ese horrible siglo XX. Los nacidos en la última década del siglo, en cambio, disfrutaban de prosperidad, seguridad y libertad.

Creo que me quedé dormida un rato y luego le eché una mirada a las fotografías y a la historia de Bad Arolsen. La verdad es que no me esperaba una ciudad tan bonita. Parecía maravillosa con sus edificios barrocos, sus árboles, sus parques y su castillo. La Gran Avenida era especialmente un lugar extraordinario con sus ochocientos ochenta robles plantados a ambos lados. No obstante, todas las fotografías habían sido tomadas en primavera y verano y cuando yo llegara de seguro que todo estaría bajo la nieve, como los campos que veía desde el tren.

En 1131 las monjas agustinas fundaron allí un convento con el nombre de Aroldessen. Entre 1655 y 1918 el monasterio se convirtió en la residencia de los condes de Waldeck (luego príncipes de Waldeck-Pyrmont). El principado se unió a la República de Weimar en 1918 como Estado Libre de Waldeck y en 1929 se incorporó a Prusia. (¿Había existido un estado llamado Waldeck? Si lo decía, sería verdad. Otro ejemplo de mi ignorancia.)

Todo aquello estaba muy bien, pero lo que de verdad me interesaba era que en 1946 allí se había creado el ITS. Lo dirigían la Cruz Roja y el Estado alemán.

Atardecía cuando me bajé en la pequeña estación de Bad Arolsen y hacía mucho, pero que mucho frío. Ese día no podría hacer nada. Tomé uno de los taxis que esperaban ante la estación, todos Mercedes blancos, y me fui al hotel por aquellos caminos cubiertos de hielo. La nieve brillaba en las aceras a la luz de las farolas. Según le diera la luz parecía amarillenta o azulada.

El hotel no estaba mal. En aquella temporada estaba vacío. Lo mejor era que tenía servicio de internet. Después de instalarme en mi pequeña habitación, bajé al restaurante y cené trucha frita, que, según me dijeron, era una especialidad de la región, acompañada por una cerveza Beck's y después volví a subir para mirar mi correo electrónico. Lo único importante era la respuesta del Ministerio de Asuntos Exteriores:

> En nuestro ministerio no se encuentra ningún documento sobre la cuestión.

Ya me lo suponía. Teniendo en cuenta que hasta el Imperial War Museum de un país como Inglaterra ignoraba a los cientos de víctimas muertas en el *Struma*, era de ingenuos pretender conseguir de Turquía algún documento oficial al respecto. Pero había querido probar suerte.

Estaba muy cansada porque me había levantado muy temprano,

por no hablar de tanto viaje en avión y tren. Después de darme una ducha templada me metí entre las limpísimas y perfumadas sábanas. Dormí de un tirón hasta las siete. Y sin tomar ningún tranquilizante.

Por la mañana salí del hotel con mucha energía. Sentí la boca seca de la emoción cuando el taxi me dejó ante el edificio del ITS. Aquello era una especie de cementerio digital. Allí estaban los recuerdos, la información y las fotografías de millones de víctimas de la guerra.

Reinaba el silencio. Sobre el portalón del jardín se leía «International Tracing Service». Entré en el edificio. Me dirigí a la información y, tratando de no alterar el respetuoso silencio, les dije que el día anterior había enviado el formulario de consulta. Un alemán maduro y fornido me pidió muy educadamente una identificación. Le entregué mi pasaporte verde. Allí podía verse que trabajaba en la Universidad de Estambul. Encontró el formulario en el ordenador e hizo una fotocopia de mi pasaporte.

—A nuestra universidad vinieron científicos judíos —dije en ese momento no sé por qué razón.

Había sido un comentario totalmente gratuito, pero me sonrió.

—Lo sé —contestó—. ¿Ha leído las normas?

—Sí.

—Bien. Su registro ya está. Por favor, sígame.

Estaba cada vez más nerviosa mientras avanzábamos por los pasillos, de nuevo en silencio. Era como si estuviéramos adentrándonos en un mausoleo. Creía que iba a ver kilómetros de estantes de expedientes y documentos, pero, en lugar de eso, el funcionario me llevó hasta una sala vacía. O no vacía exactamente, sino con mesas, sillas y ordenadores.

A una mesa cerca de la ventana estaban sentados dos niños, niño y niña, con ropa oscura. Me resultó muy raro ver niños en el ITS, pero había algo todavía más extraño en su aspecto. Por una parte parecían niños y por otra, viejos. El funcionario me dejó allí y se marchó. Por un momento no supe qué hacer. El niño dijo algo en alemán. Tenía una voz ronca de hombre. Le hice notar que no le entendía y entonces me susurró en inglés:

—Siéntese, ahora se ocuparán de usted.

Al hablar comprendí que tanto él como la mujer eran enanos. Las cabezas les llegaban a duras penas al nivel de la mesa. Le di las gracias con una sonrisa. Poco después una mujer alta, delgada y morena entró en la sala. Me estrechó la mano. Se presentó como Angelika Traub y luego me condujo a uno de los ordenadores preguntándome qué tema me interesaba investigar. Así que el archivo entero estaba allí cargado y lo único que necesitaba era introducir el nombre que buscaba.

—Herbert Scurla.

—¿Es una víctima?

—No —respondí—, representante especial de Hitler, pero busco a varias víctimas que tienen que figurar entre sus papeles. Profesores que fueron a la Universidad de Estambul en los años treinta. Me interesa en especial el profesor Maximilian Wagner.

—No es un nombre judío.

—No, pero sí fue una víctima.

Tomó nota de todo aquello e hizo unas búsquedas.

Al introducir el nombre de Scurla aparecieron en la pantalla miles de documentos. La mayoría llevaban el sello del águila bicéfala. A fuerza de restringir la búsqueda Angelika Traub acabó llegando a la Universidad de Estambul. Poco después pude ver en la pantalla el famoso informe que Scurla había presentado a Hitler sobre los profesores. Yo miraba la pantalla emocionada. Era como si nos hubiésemos montado en la máquina del tiempo de H. G. Wells. Con unos toques de ratón la historia revivía en nuestras manos. Pero la verdadera emoción la sentí al introducir el nombre de Maximilian Wagner. ¡Sí, sí, sí! ¡Allí estaban los papeles que Scurla le había robado a la señora Matilda Arditi!

Angelika salió de la sala para traerme los expedientes. No sabía qué hacer, me chasqueé varias veces las articulaciones de los dedos y me mordí la uña del meñique de la mano derecha. Mientras tanto la pareja de enanos de la otra mesa me miraba con simpatía.

Poco después entró Angelika Traub con unas carpetas. Las dejó en la mesa más próxima a mí y se retiró. Me senté a la mesa donde las había dejado.

Primero tomé la que llevaba el nombre de Max. Abrí la carpeta poco a poco, como quien entreabre un sarcófago. Desprendió ese olor característico de los papeles viejos. De entre los escritos y notas en alemán aparecieron de repente unas fotografías ante mí. Max de joven y, junto a él, una mujer morena y muy hermosa. ¡Sí, Nadia!

Era la primera vez que la veía. Miraba directamente al objetivo, con una gran franqueza. Tenía los pómulos salientes. Las cejas curvadas hacia arriba. La mirada de aquellos ojos, que Max decía que eran verdes, se te clavaba muy adentro. De la expresión que le daban los labios al rostro se desprendía una enorme nobleza. Había otras fotografías en las que se la veía sola. Todo aquello se lo habían llevado de la calle Nasip en 1942. Era increíble.

Me acerqué a la pareja y les pregunté:

—¿Se pueden hacer copias de esto?

—Claro que sí —contestó él—. Pero está prohibido sacar nada de esta sala. Si se lo dice a los empleados, ellos la ayudarán.

—¿Son ustedes familiares de víctimas? —pregunté.

No estábamos muy cómodos hablando en susurros.

—Sí. —Fue ella quien respondió ahora—. Aquí está prohibido traer bebidas, pero fuera hay una cafetería. Si quiere, podemos tomar algo allí y charlamos.

—Será un placer —dije—. Voy a pedir las copias y luego vamos.

Regresé a mis carpetas. Miré los otros documentos a los que se me había olvidado echar un vistazo por la emoción de haber encontrado las fotos.

Y de repente lo vi. Reprimí a duras penas el grito que me salía de dentro. Me di cuenta de que me había tapado la boca con la mano.

Allí estaba. En mis manos. Un papel pautado con pentagramas, amarillento, escrito con una tinta china que aún no había palidecido. En el encabezamiento decía:

Serenade für Nadia
Maximilian Wagner

Cerré los ojos. En mi interior le di las gracias a todos los dioses, a todas las fuerzas divinas del universo. La pareja de enanos contemplaba comprensiva mi emoción. «Ojalá supiera leer música —pensé—, ojalá hubiera aprendido a leer partituras en el colegio.» Entonces podría oír la melodía perdida en aquellos papeles amarillentos.

Salí y le dije al encargado que quería hacer unas fotocopias e imprimir algunos documentos.

—Espere en la sala.

Poco después llegó *frau* Traub. Le mostré la partitura y las fotos de las que quería hacer copias. Se lo llevó todo y cinco minutos después regresó con unos papeles.

—Puede pagar en caja —dijo mientras me alargaba un recibo. Le di las gracias.

—Disculpe, pero hay algo más.

Me miró a la cara.

—El Regimiento Azul.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Cuando Hitler invadió la Unión Soviética se le unió un regimiento de turcomanos de Crimea. Y cuando las cosas empezaron a irles mal se retiraron con los alemanes. Se quedaron en campamentos en el norte de Italia y Austria. Luego los ingleses decidieron entregarlos a los soviéticos y algunos de ellos se suicidaron y los demás fueron fusilados por los rusos.

—Es la primera vez que lo oigo. ¿Busca a alguien en particular?

—Sí, a mi abuela materna. Se llamaba Ayşe, pero como entonces no tenía apellido no sé cómo buscarla.

—Yo la ayudaré —dijo—. Pero antes hay algo que tiene que hacer.

—¿Qué?

—Tenemos que añadir algo a su formulario de solicitud.

—¿Por qué?

—De lo anterior se ocupaba como investigadora, pero en este caso es familiar de la víctima. Tenemos que indicarlo en el formulario.

No dije nada, pero aquella formalidad me pareció innecesaria. ¿Qué más daba? La disciplina alemana, pensé.

Cuando era pequeña siempre se nos ponía como modelo su disciplina. Incluso se nos daban ejemplos poco reales y exagerados como el del jardinero que no dejaba de regar el césped aunque lloviera. Mi padre decía a menudo que vivir con disciplina no era algo que coartara la libertad, sino que la incrementaba. Nos explicaba que organizaba la vida, que multiplicaba el tiempo libre y que nos abría el camino a vivir libremente sin ser un obstáculo para los demás. Sin duda, eran opiniones que tenían mucho de verdad. Si los funcionarios del ITS no se comportaran con tanta meticulosidad, el archivo no habría llegado a ser tan rico y tan útil.

Me dirigí otra vez a información, les expliqué lo que pasaba y realicé los añadidos necesarios a mi solicitud. Mientras hacía todo aquello protegía el sobre en el que llevaba las fotocopias como Moisés los Diez Mandamientos. Luego regresé a la sala.

La pareja de enanos se levantó, me estrecharon la mano y se presentaron muy amablemente. Sólo me llegaban hasta la cintura. Eran rumanos. Al principio había pensado, no sabía por qué, que se trataba de un matrimonio, pero eran hermanos.

Yo también me presenté. Cuando supieron que era de Estambul, se entusiasmaron mucho. Fuimos juntos a la cafetería. El señor Ovitz me preguntó qué quería tomar e insistió en traérmelo él mismo. Su hermana y yo nos sentamos a una mesa de madera. Ovitz trajo los cafés y los bizcochos en dos bandejas, pues se negaba a que lo ayudáramos. Las bandejas parecían tan grandes en sus manos que me dio miedo que se le cayeran, pero no pasó nada.

Había algo conmovedor en la amabilidad mundana y madura de aquel hombre. Como si nadie pudiera esperarse un comportamiento caballeresco de un enano. No obstante, ¿qué tenía que ver la cortesía con la altura?

Mientras nos tomábamos los cafés les conté que mi investigación también estaba relacionada con Rumanía y lo muy ilusionada que estaba de haber encontrado fotografías de Nadia, muerta en el *Struma*.

Por supuesto, habían oído hablar del barco.

Ellos me explicaron que estaban escribiendo un libro sobre sus familiares y que por eso llevaban semanas yendo y viniendo al archivo. Les pregunté si entre ellos también había víctimas.

—Puede decirse que sí —respondió él—. Pero cuando se habla de víctimas se piensa en los muertos en los campos. Sin embargo, nuestros abuelos fueron la única familia enviada a Auschwitz que consiguió sobrevivir.

Luego me contó la historia, que era absolutamente sorprendente. En su familia había enanos y gente de tamaño normal. Cuando invadieron Alemania enviaron a Auschwitz a nueve hermanos, siete enanos y dos normales. Allí los hicieron desnudarse y los metieron en aquellas cámaras de gas que los prisioneros creían que eran duchas. Empezaron a gasearlos.

Pero el doctor Mengele, al que llamaban el Ángel de la Muerte, interrumpió el proceso y salvó a los enanos en el último momento. Como habían respirado algo de gas los hicieron vomitar y les dieron a beber leche.

Mientras Ovitz me contaba aquella horrible historia pensé en los terribles momentos que habrían vivido quienes se quedaron en la cámara de gas. Primero la ducha, luego el pánico cuando empezaron a gasearlos, las familias abrazándose desnudas por el miedo a la muerte; de repente el gas se detiene y los nazis entran para llevarse a los enanos; luego las puertas se cierran de nuevo y se abren las espitas de gas…

El doctor Mengele los había usado como cobayas para las investigaciones que estaba llevando a cabo sobre enfermedades hereditarias. Los instaló en un departamento aparte. Todos los días les tomaban muestras de sangre y de la médula espinal, los sometían a radiación, les vertían agua caliente y fría en los oídos, los cegaban poniéndoles gotas en los ojos y llenaban las matrices de las chicas de productos químicos…

Un día los hizo desnudarse y se los mostró a sus colegas. Otro los obligó a cantar y hacer monerías y los filmó para que Hitler se divirtiera viendo la película.

Se salvaron cuando el Ejército Rojo ocupó el campo.

Ovitz contaba aquello con un tono normal, pero a mí me daban punzadas en todos los músculos de mi cuerpo. ¡Qué historia! Si el ser humano era una criatura tan horrible como para hacer todo eso, ¿qué sentido tenía la vida? Estaba anonadada. A saber qué dramas parecidos ocultaría cada pedazo de papel de aquel enorme edificio.

Cuando regresamos a la sala Angelika Traub me dijo que había encontrado documentos sobre el Regimiento Azul, pero que estaban

en alemán y ruso. «¿No hay fotografías?», le pregunté. Me contestó que había una del grupo del campo de refugiados de Austria. Le pedí también una copia de la fotografía y de los documentos en alemán y ruso. Luego me despedí de los hermanos y salí del edificio del ITS.

Sentía la cabeza muy pesada por todas las emociones que había vivido en un día. Me fui directamente al hotel. Pedí prestada una lupa en recepción y subí a mi cuarto. Estudié con la lupa la fotografía de grupo del campo austriaco de Drau. Miré cada cara una por una. Estuve un buen rato intentando identificar a mi abuela y a su familia, pero no pude encontrar nada entre aquella multitud miserable y famélica.

Al día siguiente volví como había ido, en tren y en avión. Me pasé todo el viaje contemplando las fotografías de Nadia y la partitura de la *Serenata*, de la cual no entendía nada. Les pasaba las manos por encima como si pudiera tocar su alma con mis dedos.

Y aquí, si me lo permiten, voy a interrumpir el orden cronológico para copiar una cita de un libro que caería más tarde en mis manos. Porque aunque no siga la sucesión de acontecimientos, creo que viene muy bien en este momento por el significado que aporta.

En uno de los libros de Auerbach me llamó la atención uno de los ensayos. Se llamaba «La victoria del mal» y trataba sobre Pascal. La cita de Pascal de la introducción me impresionó mucho y sirve como explicación de la violencia del Estado, de la cual estaba viendo múltiples ejemplos en los últimos días:

> Seguir al justo es lo correcto, seguir al fuerte es necesario. La justicia sin fuerza es impotente; la fuerza sin justicia es tiránica. La justicia sin fuerza encuentra oposición porque siempre existen hombres malvados, la fuerza sin justicia es indeseada. Es necesario reunir la justicia con la fuerza y para ello es necesario que el justo sea fuerte y que el fuerte sea justo.
>
> La justicia está abierta a la discusión. La fuerza es reconocible e indiscutible. Por eso no hemos podido darle fuerza a la justicia, porque la fuerza ha contradicho a la justicia y ha dicho que ella era la justa. Y así, como no hemos podido hacer que el justo sea fuerte, hemos hecho que el fuerte sea justo.

Al final de su largo ensayo, Auerbach hablaba de los pensadores que estudiaron el Estado y el poder y decía lo siguiente:

> Pero estos teóricos estaban interesados por el Estado en sí; lo tomaban como un valor en sí mismo. Como Maquiavelo, disfrutaban de su dinámica vitalidad; o como Hobbes,

> demostraban un fuerte interés por él por los beneficios que un Estado bien construido puede proporcionar a la gente aquí y ahora. A Pascal todo aquello le era indiferente. Para él, la dinámica interna del Estado no existía y, de haber existido, la habría considerado fundamentalmente maligna. Combinó la doctrina de la razón de Estado con el agustinianismo y llegó a la paradoja del poder como mal en estado puro […].

Mientras termino aquí la cita para continuar con mi relato, pienso que no se podría decir mejor. ¡Sí! ¡Todos los Estados son malvados! En realidad, esa organización que llamamos Estado existe para asegurar la continuidad del mal.

¡Viva Pascal!

Antes de que el avión empezara las maniobras de aterrizaje saqué mi billetera de piel y miré en su interior. Desde el compartimento cubierto de plástico ahora me miraban cuatro mujeres.

¡Maya, Ayşe, Mari y Nadia!

20

La azafata hizo una serie de anuncios mientras el avión descendía hacia Estambul. Uno de ellos se refería a los pasajeros en tránsito que llegaban de vuelos internacionales y querían transbordar a los nacionales. Les avisaba de que si iban a algún aeropuerto con aduana llevaran a cabo allí los trámites pertinentes; pero que si se dirigían a uno sin aduana, tendrían que pasar el control de pasaportes en Estambul.

Se trataba de un anuncio que no me afectaba lo más mínimo, sino que iba dirigido más bien a los turistas que viajaban a destinos vacacionales.

Pero en cuanto el avión hubo empezado el descenso, vi el aire gris, deprimente y angustioso que cubría Estambul y pensé: «¿Por qué no?». De todas maneras, no había nadie que me esperara en casa y tampoco tenía un trabajo al que tuviera que ir. Ahora era tan libre como un pájaro al que han echado del nido. Podía cambiar de avión e ir a Bodrum. Después de todo lo que me había pasado, quizá me calmara los nervios. Y mi familia se alegraría mucho.

Le conté mi problema a la azafata. Me aconsejó que pasara por la aduana en Estambul y que luego me dirigiera a vuelos nacionales para tomar el avión a Bodrum. De hecho, mi equipaje estaba facturado sólo hasta Estambul.

Lo hice tal y como me dijo. Me bajé en la terminal internacional, esperé en la cola para pasar el control de pasaportes, recogí la maleta y, al salir, pensé en que hacía diez días justos me encontraba en aquel mismo punto esperando para recibir a Max en ejercicio de mis funciones.

Fui a la terminal de nacionales y estuve mirando los vuelos a Bodrum. Había uno una hora y cincuenta minutos más tarde. Aquello me alegró, compré el billete y después de facturar la maleta me hice con regalos para mis padres en una de las tiendas. No les avisaría, sería mejor darles una sorpresa.

Compré también unos periódicos y revistas y me senté en una cafetería. Los diarios volvían a estar llenos de las deprimentes noticias de Turquía. Crisis económica, políticos que se echaban la culpa unos a

otros, periodistas que se dedicaban a rellenar sus columnas enfrentándose a sus colegas… Leer todo aquello de una tirada te ponía de mal humor y te llenaba de pesimismo.

Llamé a Kerem, pero no contestó. ¿Qué estaría haciendo, estaría a gusto? Intentaba no pensar en ello, pero entonces me remordía la conciencia. Me sentía culpable y lo echaba mucho de menos. No obstante, yo también me encontraba en un callejón sin salida. Mis esfuerzos por forjarme una vida nueva, como era debido, acabarían beneficiándolo a él también. No tenía la menor intención de dejar a mi hijo toda la vida con un tipo tan falto de personalidad como Ahmet.

Pensé en llamarle a él ya que no iba a ver a Kerem. Igual podía hablar con mi hijo con su teléfono. Pero no me apetecía nada.

¿Estaba siendo injusta con Ahmet? ¿No eran muy duros mis sentimientos hacia él y mi actitud demasiado hostil? Decidí que no estaba cometiendo ninguna injusticia al acordarme de los días del pasado, de lo que me había hecho vivir. Sin embargo, puede que también él estuviera sufriendo el dolor de un cambio radical en su vida. Puede que hubiera empezado a vivir una relación con altibajos con su padre, al contrario de lo que pasaba antes. A su edad, cabía la posibilidad de que estuviera a punto de dar un paso en el camino de convertirse en un hombre nuevo. Y en cómo viviría su vida a partir de ahora influiría mucho el presente. Si lograba controlar la irritación que me provocaba y le apoyaba un poco, ¿no estaría haciendo algo bueno?

«Es posible», me respondí a mí misma. Con todo, no me encontraba como para empezar a hacerlo en ese preciso instante. Mi vida estaba también patas arriba. Dejé para más tarde pensar sobre todo aquello justo cuando anunciaron que mi vuelo estaba a punto de despegar.

Mi asiento en el vuelo de THY a Bodrum estaba en la parte derecha del avión. Eso me permitió ver la puesta de sol en el mar Egeo y sus calas, y en cuanto oscureció, los barcos iluminados y la línea de la costa.

Ir al sur siempre me animaba. El Egeo, tierra de olivos, tomillo, albahaca y vino, tenía un encanto innegable que te absorbía de inmediato. Eso fue lo que me pasó en cuanto descendimos en el aeropuerto de Bodrum. El aire templado que me dio en la cara ya en la escalerilla del avión era una deliciosa mezcla embriagadora del yodo del mar con el aroma del tomillo de los montes. «Me alegro de haber venido», pensé.

Recogí mi equipaje rodeada de turistas, en su mayoría alemanes e ingleses. Ellos se subieron a sus autobuses siguiendo a los guías que enarbolaban carteles y yo negocié con un taxista. En visitas previas había aprendido que si ponían el taxímetro, el viaje resultaba caro,

pero que regateando podíamos acordar un precio razonable.

Abrí la ventanilla mientras avanzábamos por la carretera que seguía la orilla del mar y aspiré el aire limpio. Qué cosa tan increíble es la mente humana. Por algún motivo, en ese momento me acordé de la pareja de enanos. Probablemente habrían terminado la investigación del día en el ITS y habrían regresado al hotel. ¿Cómo llegarían al lavabo? ¿Subiéndose a una silla? Una cama era más que suficiente para los dos. ¿Se quedarían en una única habitación? Ese tipo de preguntas extrañas eran las que se me venían a la cabeza.

Si su libro se publicaba en inglés quería leerlo. Qué raro, pensé. De seguro que sus abuelos habían maldecido su suerte por haber nacido enanos, pero gracias a ello habían logrado conservar la vida. Si no, habrían muerto en las cámaras de gas como los de altura normal.

Así que las deficiencias y las anomalías podían serte de utilidad algún día. ¿No aconsejaba Nietzsche convertir las debilidades en fortalezas? Los nazis habían retorcido también su concepto de «*Übermensch*» y lo habían convertido en la base de su ideología. Aunque no era una especialista, no creía que se pudiera extraer de los escritos de Nietzsche nada que diera pie a creer en una raza superior opresora, como hacía la ideología nazi.

Entonces me reí de mí misma. «Qué más da lo que tú creas, hija —me dije—. ¡No te pases de la raya! Por mucho que de camino a Bodrum pienses en los nazis, en Nietzsche o en los enanos de Auschwitz, al fin y al cabo eres una divorciada a la que han despedido del trabajo y a la que han tildado de puta ante toda Turquía.» Sin embargo, ni siquiera esa idea me amargó el buen humor. Dentro de mí se elevaba la firme resolución de un nuevo comienzo, de una nueva vida, de una nueva lucha. De Maya nacía otra Maya.

En ese momento llegamos al principio de la cuesta que baja hacia Bodrum. Frente a mí apareció de repente aquella magnífica fortaleza metida en el mar. Construida por los caballeros de san Juan, refulgía como una gema entre las aguas. La luna, bastante grande ya aunque no llena todavía, dejaba huellas de plata en el mar. De la ciudad llegaban aromas a pescado y a *rakı*.

El lugar donde vivían mis padres era una urbanización modesta. Mi padre, rascando de donde podía de su escaso sueldo, se había hecho miembro de una cooperativa y había estado pagando largos años. A final consiguieron ser dueños de un piso bastante destartalado. Cuando se lo entregaron, los enchufes daban calambre por la humedad, el retrete se atascaba, las hormigas invadían los cuartos, las ventanas cerraban mal porque los marcos se habían hinchado, las puertas dejaban unos huecos por los que podían pasar todo tipo de bichos y salía agua por debajo de los armarios de la cocina. Pero el paisaje del mar que se extendía ante ti al salir al balcón conseguía que

te olvidaras de los agobios.

Con el tiempo se cambiaron marcos y grifos, se levantaron los suelos de tarima, cuyos clavos nos lastimaban los pies, y se cambiaron por baldosas, se reparó la humeante chimenea, se puso aire acondicionado y el piso se convirtió en un hogar de clase media, pequeño pero agradable.

En verano todos los pisos se llenaban, se animaban las playas frente a la urbanización, niños y mayores se zambullían en el mar; por las tardes se merendaba el té de las cinco con roscos de ajonjolí y al anochecer en los balcones se ponían mesas regadas con *rakı*. Sin embargo, en invierno apenas quedaban cinco o seis familias en toda la urbanización. Y la mayoría eran jubilados, como mis padres. Con el paso del tiempo los muros se cubrieron de buganvillas moradas, rosadas, rojas y amarillas, cosa que le daba al lugar un delicioso aspecto típico del Egeo.

Cuando el taxi cruzó la entrada de la urbanización me di cuenta de que había echado mucho de menos aquello. El intenso olor a yodo del aire me había sacudido ya en la escalerilla del avión. En cuanto entré al lugar, se despertaron los recuerdos de mi primera juventud. El olor a calabacines fritos que se extendía desde las casas al caer la noche, cuando las aguas se oscurecían, me parecía el símbolo del verano. Aquellas noches mágicas en que tocábamos la guitarra en torno a fogatas que encendíamos en la playa, los baños en el mar que se volvía fosforescente, los primeros amoríos, el sabor mareante de los primeros besos en recónditos escondrijos…

¡Ay! ¡Qué hermosa era la vida entonces y qué fácil el mundo!

Tal y como me suponía, en cuanto mi madre me vio lanzó un chillido y me abrazó.

—¡Aaah! ¡Ha venido mi niñaaa!

En casa mi padre nunca abría la puerta, siempre lo hacía mi madre. Mi padre vino corriendo cuando oyó el grito de alegría de mi madre.

—¡Déjame a mí también! —Forcejeó con ella.

Luego me besó en las mejillas. Me sentía mimada por aquella forma de recibirme. Era algo que necesitaba. Una isla de afecto en medio de un mundo hostil.

Pasamos la noche charlando, comiendo unas mandarinas de delicioso aroma recién recogidas del árbol del huerto cercano. Les conté lo que pude. Lo cierto era que confiaban en mí y no esperaban explicaciones y me sentí agradecida de que no me dijeran que les había dejado en ridículo ante los vecinos.

La mayoría de las familias de Turquía habrían convertido el asunto en un drama y habrían condenado a su hija sin que importara si era

culpable o no. Especialmente entre las familias del este estaba bastante extendida la costumbre de que el consejo de familia la condenara a muerte. Si la nuestra fuera una familia así, me habrían entregado una cuerda para que me colgara, o habrían fingido un suicidio tirándome bajo las ruedas de un tractor, o me hubieran llevado al campo, me habrían pegado un tiro y me habrían enterrado allí mismo. En los periódicos se podían leer casos de muchachas enterradas incluso vivas.

Sí, Turquía era un país de contradicciones. Había de todo, desde la vida más vanguardista hasta un sistema feudal de clanes. No encajaba en ningún modelo. En este país a veces me sentía tanto en Nueva York como en Kandahar, y me temo que es una impresión correcta. En fin, al menos yo había tenido suerte en cuanto a los padres.

A la mañana siguiente salimos tras un desayuno de mermeladas locales de toronja y mandarina y quesos y aceitunas también locales. Nos montamos en el veterano Opel de mi padre y pusimos rumbo al mercado de Yalıkavak. El tiempo era primaveral. Me parecía increíble si lo comparaba con el frío de nieve que me había helado hasta la médula ayer mismo en Bad Arolsen. A ambos lados de la carretera, la retama y el aloe habían florecido. En esa estación todo estaba verdísimo, mientras que en verano el sol abrasador lo dejaría todo amarillento.

Sabía que la mayor diversión de los residentes en la península de Bodrum consistía en ir al mercado. Cada día se montaba alguno de verdura, fruta y ropa en lugares distintos. El martes en el centro de Bodrum, el miércoles en Gündoğan, el jueves en Yalıkavak… En los puestos de aquellos inmensos mercados se vendían todo tipo de frutas y verduras, quesos, aceitunas, mermeladas, yogur, nata… En otra parte del mismo mercado podían encontrarse productos de artesanía de maravillosa manufactura y extremadamente baratos, como los paños de Buldan y las alfombras de Milas. Muchos decoradores de interior norteamericanos se los llevaban a Nueva York y los vendían por cincuenta veces más en las tiendas del SoHo. Inofensivos gatos y perros paseaban por allí o dormitaban en medio de la calle.

En los últimos años se habían instalado muchos ingleses en la zona. La mitad de los clientes eran extranjeros.

Habíamos acabado las compras y pedido tres tés y unos *gözleme* en el café con el emparrado que tanto le gustaba a mi padre cuando sonó mi teléfono. Me llamaban de la universidad, de la secretaría personal, había llegado un paquete a mi nombre desde Estados Unidos y me preguntaban qué tenían que hacer. Les di la dirección de mi madre y les dije que lo enviaran allí, si no era mucha molestia. Después me aparté un poco y me obligué a llamar a Ahmet.

—¿Cómo está Kerem? —le pregunté.

—Bien. Para mí también es difícil, claro.

—No estoy preguntando por ti, sino por mi hijo. ¿Está bien?

—Sí, sí, bien.

—¿Va a clase?

—Sí. Como todavía no hemos arreglado lo del autobús lo llevo y lo traigo yo.

«Menos mal —me dije—. A ver si aprendes un poco lo que es la responsabilidad.»

—Llamaré esta tarde para hablar con él —dije y colgué.

La tensión de nuestra relación se había convertido en un curioso juego del perro y el gato. Cuando yo le enseñaba mis colmillos de perro, él se achantaba y buscaba un agujero donde esconderse.

Estaba satisfecha con mi comportamiento. Me desperecé largamente bajo el sol, que a mediodía ya empezaba a calentar bastante. Luego fui al mercado de los textiles. En el piso de mis padres tenía algo de ropa que había dejado en verano, pero me compré cuatro camisetas, unos vaqueros y dos pantalones cortos en esos puestos que vendían imitaciones perfectas de las marcas internacionales más conocidas. Con la cantidad ridícula que pagué por todo aquello, en Europa no habría podido comprarme ni una camiseta de tirantes. Luego regresé al café. Fue entonces cuando mi madre me dio la amarga noticia.

—Hija, qué bonita coincidencia, vamos a estar toda la familia junta. No nos habría salido mejor si lo hubiéramos preparado.

—¿Qué es lo que pasa?

—Mañana vienen tu hermano y su familia. Se quedarán el fin de semana.

—¿Dónde? ¿En el piso?

—No, hija, ¿cuándo se han quedado con nosotros? En la residencia militar, claro.

En una de las calas más bellas de Bodrum había una instalación del ejército de cinco estrellas. El hotel, el restaurante, la playa, todo era de primerísima calidad. Allí se hospedarían.

No me hacía ninguna gracia la visita, pero no había nada que pudiera hacer.

Después de comer me quedé dormida mientras sentía la brisa que movía suavemente los visillos. Todo estaba en silencio, sólo se oía el rumor de las olas. Habría dormido más de no haber venido mi madre a despertarme. Era como si me estuviera deshaciendo de un cansancio vital. Pero mi madre, que pensaba que sería una tragedia que me perdiera la hora del té, me despertó y me obligó a sentarme a la mesa donde nos esperaban roscos de ajonjolí todavía calientes, queso y té fuerte en vasitos en forma de tulipán.

—¡Voy a engordar! —exclamé.

—Ni hablar. Mañana empiezas a echarte unas buenas caminatas y no pasa nada. Eres joven y lo quemarás.

Sentí curiosidad por saber cuántos millones de madres en nuestro país decían lo mismo usando la misma terminología.

Quería hablar con mi madre de la abuela, pero para ello era necesario que nos quedáramos a solas. Por algún motivo, siempre me abrumaba la timidez cuando mi padre estaba presente porque nos hacía notar que él no quería hablar de su madre ni de su pasado. Había cerrado aquel amargo libro de cuentas y no permitiría que nadie lo volviera a abrir.

La necesidad de esos pactos de silencio que existían en tantas familias se justificaba con la pretensión de no transmitir aquel dolor terrible a las nuevas generaciones, de empezar todo desde cero. Éramos como niños a quienes no se permite jugar en el jardín de atrás, repleto de víboras, escorpiones y pozos peligrosos. Las amarguras de nuestra historia cercana eran nuestro jardín de atrás.

Por fin pude hablar con mi madre esa noche, después de que mi padre se acostara. Estábamos sentadas en el balcón. Nos habíamos puesto unas rebecas porque al anochecer refrescaba. La luna se veía todavía más grande y creaba en el mar un camino de plata. De vez en cuando algunos barcos surgían de la oscuridad y cruzaban el sendero argénteo, deslizándose como el espectro de Poseidón.

—Mamá. ¿Cómo se llamaba la abuela?

—Ah, pues Ayşe.

—No —dije—, su nombre verdadero.

Dudó. Permaneció en silencio un momento.

—Lo sé todo, mamá, lo del Regimiento Azul, lo que le ocurrió a la abuela, los vagones de tren claveteados con tablones, el lago Kızılçakçak… ¿Por qué no me lo has contado antes?

—¿Cómo has sabido todo eso? —preguntó bajando bastante la voz.

—Me lo ha contado Necdet.

—No debería haberlo hecho.

—¿Por qué?

—Porque no es bueno para nadie revivir una y otra vez unos acontecimientos tan dolorosos, por eso.

—Quizá la abuela y el abuelo Ali habrían querido que sus nietos conocieran su historia.

—No, me parece que no. —Pero la voz sonaba avergonzada, no como la de alguien con ganas de discutir.

—¿Cómo lo sabes?

—De haber querido, lo habrían contado. A nosotros nunca nos hablaron de eso.

—¿Ni siquiera a vosotros? O sea, ¿nunca lo hablasteis?

—Una vez. Mi difunta madre me llamó y me lo contó todo. Me hizo escribir los nombres de nuestros abuelos, de sus padres, a quienes fusilaron, y de dos hermanos que saltaron al río Drau.

Guardó silencio, como esperando a que yo preguntara algo. Luego continuó:

—Su padre, o sea, mi abuelo, se llamaba Seyit y mi abuela, Ayşe. Los rusos los fusilaron. Sus hermanos se llamaban Ömer y Kurban y se suicidaron arrojándose al río Drau. Después de hacerme escribir sus nombres, me dijo: «Encarga responsos y da limosna a los pobres por el alma de los difuntos. Todos eran muy buenas personas». Ella era analfabeta y por eso fui yo quien lo escribió todo.

—Eran turcomanos y musulmanes, ¿no?

—Sí.

—Bueno, mamá, ¿cómo fue posible tanto horror? ¿Por qué el gobierno turco envió a la muerte a toda esa gente?

—No lo sé, hija. Se ve que lo vieron conveniente.

—¿Y la abuela no se rebelaba contra eso?

—No, se resignó a su destino. Simplemente lloró mucho cuando me hizo escribir los nombres de su familia. Rezó una oración por cada uno de ellos.

—¿Y el abuelo Ali nunca te contó nada?

—No. Mi padre nunca hablaba de esas cosas. De hecho, era un hombre de pocas palabras. Fumaba sin parar. Por lo que decía mi madre, había sido testigo de tales cosas en la guerra que gemía en sueños.

—Pero fue increíble que se lanzara al lago Kızılçakçak y salvara a la abuela.

—Sí. —Mi madre sonrió por primera vez desde que habíamos comenzado la conversación—. Se hace cualquier cosa por amor. Quería tanto a mi madre que incluso en sus últimos momentos quiso morir mientras miraba su rostro. Cogió la mano de mi madre, dijo tres veces su nombre y luego murió mirándola a la cara.

—¿Su nombre? ¿Dijo su verdadero nombre?

—Sí, el verdadero.

—¿Y cuál era?

—¿No te lo supones? —me preguntó.

—No.

—Sabes que fue tu abuela quien te puso tu nombre, ¿no?

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo.

—¡Maya!

Mi madre asintió con la cabeza.

—Quería que su verdadero nombre viviera al menos en ti.

Ese era el nombre que no se había llevado a los labios a lo largo de su vida, que no se atrevía a decir, que había ocultado: Maya. Y yo desde que era niña nunca había dejado de pensar por qué me habrían puesto ese nombre tan poco usual. Y no es que no me gustara. Tenía un soniquete melodioso, pero era un nombre que casi no se oía. También me gustaba que mis compañeros de colegio me dijeran que me llamaba como la abeja Maya de los dibujos animados.

Tres mujeres y tres nombres, pensé.

Maya se convirtió en Ayşe. Mari en Semahat. Nadia en Katharina.

A esas tres mujeres ni siquiera les habían permitido que usaran el nombre que les habían puesto al nacer.

Pero la que menos suerte había tenido era Nadia. Maya y Mari al menos pudieron casarse con los hombres que amaban, tener hijos, ver a sus nietos y encontrar por fin la oportunidad de transmitir su historia a las generaciones más jóvenes.

La más afortunada había sido mi abuela materna. Había perdido a su familia en unos sucesos terribles, había vivido con otro nombre, pero no se había visto obligada a cambiar de religión y comunidad. Comparado con el de mi abuela paterna y con el de Nadia, su drama parecía algo más ligero.

En cambio, la historia de la pobre Nadia se había hundido con ella en las renegridas aguas del mar Negro. Pero yo extraería su historia del mar oscuro y la contaría al mundo entero.

Esa sería mi misión.

Mi madre guardó silencio después de llorar un poco. Nos quedamos sentadas codo a codo en el balcón sin hablar. Frente a nosotras titilaban las luces de la isla griega de Cos como si nos estuvieran haciendo guiños. Lo cierto es que costaba trabajo concebir que una isla tan cercana perteneciera a otro país y no se pudiera ir a ella sin pasaporte.

Con un espíritu anarquista que había empezado a desarrollarse en mí en los últimos tiempos, pensé: «¡Ay, esos Estados! Estados que separan a la humanidad con fronteras artificiales y que son fuente de dolor».

Los gobiernos de Turquía y Grecia siempre estaban llegando al umbral de la guerra en el Egeo no ya por islas, sino por simples trozos de roca, pero cuando el terremoto golpeaba, la destrucción se producía en ambos lados, sin prestar atención a aduanas, fronteras o pasaportes.

Se me vinieron a la mente unas líneas de Stefan Zweig que había leído hacía años. El invento del avión había emocionado mucho a la generación de Zweig y les había hecho creer que significaría el fin de

las guerras en el mundo. Teniendo en cuenta que volaban por el aire, los aviones no reconocían fronteras ni nada parecido. Por lo tanto, estas desaparecerían y llegaría la paz.

Sin embargo, pocos años después esa misma generación vivió la conmoción de ver cómo Europa era devastada por bombas que los mismos aviones hacían llover desde el cielo. Frente al optimismo de los intelectuales, la realidad de la política.

—Mamá —dije para aliviar la seriedad que se nos había echado encima—, ¿sabes el chiste del optimista y el pesimista?

—No.

—El pesimista afirmaba: «Las cosas no pueden ir peor». Y el optimista contestaba: «Claro que sí, sí que pueden ir peor». Ahora dime, ¿tú eres optimista o pesimista?

—¡Ay, qué chica tan loca! Con la cabeza siempre pensando diabluras. Vamos a acostarnos, que hace ya mucho fresco.

21

A pesar de tratarse de un lugar de vacaciones, en la residencia militar de Bodrum había el mismo orden, la misma limpieza y la misma coordinación que había visto en la comandancia de Estambul. Nos sentamos en el restaurante a la orilla del mar para almorzar. Mis padres, mi hermano Necdet, mi cuñada Oya y yo. Mi hermano tenía una reunión ese fin de semana.

—Aprovechando la ocasión —sonrió—, me traje a Oya. ¡Qué buen tiempo hace aquí!

—No siempre es así. —Mi padre se unió a la conversación—. Pero este año prácticamente no hemos tenido invierno, siempre parecía primavera.

—Total, ¿qué es el invierno en Bodrum? —intervino también mi cuñada Oya—. Llueve un poco, luego sale el sol y todos a la calle.

Camareros de chaquetilla blanca nos traían marisco cuidadosamente emplatado. Sobre hojas de lechuga habían colocado gambas con dibujos de mayonesa. Te daba reparo tocarlas por no estropear la decoración de los platos.

Durante un rato comimos contemplando el resplandor del mar. Ante nuestros ojos teníamos la fortaleza de Bodrum en toda su magnificencia. Hablamos de lo que suele conversar cualquier familia corriente: niños, colegios, el tiempo, etc. No mencionamos para nada la política.

Después de comer nos tomamos unos cafés espumosos y entonces mi hermano me dijo:

—Maya, ¿damos un paseo?

—Muy bien —contesté al tiempo que me ponía de pie.

Mi relación con mi hermano había pasado por distintas fases. Cuando empecé a tener uso de razón lo veía como una figura de autoridad, como un padre, porque entre nosotros había bastante diferencia de edad. Era grandote y serio, o sea, como mi padre. Por eso no pudimos forjar una relación normal de hermanos. En nuestra vida no había lugar para las peleas, jugar, reírnos juntos ni bromear, como hacían otros hermanos. Era un miembro adulto de la familia que me ayudaba en mis clases, que mantenía las distancias, que me hacía

sentir que me quería pero que nunca lo hacía explícito, que siempre esperaba de mí formalidad y respeto.

Pero después de que yo me hiciera mayor nuestra relación comenzó a cambiar. Ahora discutía abiertamente con él, criticaba sus ideas y su postura ante la vida. Veía que los libros que leía me abrían la mente, que, frente a su superioridad física, yo estaba empezando a edificarme una superioridad intelectual. Eso él no lo podía aceptar. Por eso nuestra relación se volvió más tensa, llegó al punto de ruptura y por fin se quebró.

En realidad, por muy hermanos que sean, cuando dos personas llevan largos años sin verse desaparecen los temas comunes y las posibilidades de conversación.

Empezamos a caminar por el estrecho paseo marítimo que quedaba dentro del complejo de la residencia rodeados de un ambiente tenso, como dos extraños.

—¿Se han enterado papá y mamá? —me preguntó.

—¿De qué?

—De lo que ha pasado en la universidad.

—Sí, lo saben.

—¿Y qué han dicho?

—Han comprendido que todo es una calumnia porque confían en mí.

—¿No se han enfadado?

—No, no había nada por lo que enfadarse. ¿Qué culpa tengo yo de que me calumnien?

—¿Y saben que te han despedido?

—Todavía no. Les he dicho que he pedido una excedencia, pero se lo contaré mañana.

—Ay, Maya, ay.

—¿Qué pasa?

—Te avisé, te dije que te mantuvieras alejada de todo eso, ¿te acuerdas?

—Claro que sí.

—Pero no prestaste atención a mi consejo. Seguiste hurgando. Supongo que no creerás que las noticias de la prensa y que te echaran de la universidad fueron cosas que ocurrieron porque sí.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué todo esto me ha pasado por investigar lo del *Struma*?

—No te quepa duda. Todo tiene una cara que se ve y otra que no. Ningún Estado permite comportamientos que lo perjudiquen.

—Lo del *Struma* fue culpa de Inglaterra, de Rusia, de Turquía, de Alemania y de Rumanía, todos juntos.

—Aunque fuera verdad lo que dices, ninguno de esos países te permitirá que saques la verdad a la luz.

—Sólo Alemania aceptó su responsabilidad y pidió disculpas. Así que los demás le echaron toda la culpa. Pero hay otros países cómplices en el crimen.

—Mira, Maya. Pase lo que pase, eres mi hermana. Por eso hago todo lo que está en mi mano para protegerte. Pero, te lo pido por favor, no sigas. No puedes enfrentarte al Estado, nadie tiene la suficiente fuerza como para hacerlo.

—Eso que llamas Estado no existe. Lo que hay son unos pastores en lo más alto que toman decisiones creyéndose que son el Estado, que deciden quién puede vivir y quién tiene que morir.

—Calla, Maya. Son ideas extremadamente peligrosas, anarquistas. Las sociedades humanas no pueden vivir sin la autoridad del Estado. ¿Has visto algún país que no lo tenga? Desde la tribu más primitiva hasta el país más grande, todos necesitan un pastor que los guíe.

—Y yo tengo derecho a no aceptar ese punto de vista.

—Gente como Bakunin y Kropotkin han quedado en el pasado, las suyas son filosofías primitivas, utopías. Mira esta residencia. ¡Qué orden en todo, funciona como un reloj! Sólo hay una cosa que lo hace posible: la autoridad. Si le quitaras la jerarquía y la obediencia, si le dieras libertad a todo el mundo, imagínate lo que pasaría.

—No pongo objeciones a la autoridad en general —le interrumpí —. Claro que tiene que existir disciplina en la sociedad. Pero la disciplina que proporciona la guía de un pastor provoca más daños que beneficios. ¿Por qué necesitamos el despotismo y el orden jerárquico? ¿Qué ha sido de conceptos como el asociacionismo y el consenso?

—Te has dejado llevar por ideas muy peligrosas. Ni siquiera los golpes que has recibido últimamente te han servido para que pienses con lógica. ¿Fue ese judío comunista quien te lo metió en la cabeza?

—¿Qué judío comunista?

—¡Wagner!

Me eché a reír.

—¿De qué te ríes?

—No es comunista, ni tampoco judío. Si el expediente que te han entregado contiene semejantes errores, estamos apañados como país.

—Por supuesto que sé que no es judío. Lo he dicho por decir. La mayoría de esos profesores lo eran.

—Como su mujer, ¿y qué?

—Tú, por supuesto, no sabes la amenaza que supone Israel para nuestro país ni sus relaciones con los grupos kurdos del norte de Irak. No tienes ni idea de lo que es el sionismo, ni de sus cálculos

estratégicos internacionales, ni de nada.

—Mira, Necdet. En realidad, eres tú quien no tiene ni idea de algunas cosas. Max no era ni judío ni comunista. Simplemente estaba en contra del fascismo alemán. Y su mujer no era sionista. De hecho, murió antes de que se fundara el Estado de Israel. Si no sabes diferenciar a los judíos del Estado de Israel, el sionismo del judaísmo, es señal de que te han inculcado muchas falsedades a lo largo de los años.

¿Había ido demasiado lejos? Una vena empezó a palpitarle en la sien. No me importó.

—¿La abuela Ayşe era judía, Necdet?

—No, ¿qué tiene que ver?

—Bueno, ¿era comunista?

—¡No!

—Era una muchacha turca y musulmana, ¿no? Y su familia también.

—Sí, he sido yo quien te ha contado todo eso.

—Es verdad, muchas gracias por contármelo. Pero lo que pasa es lo siguiente, fue el Estado turco quien los dejó abandonados a la muerte. Hizo oídos sordos a sus gritos de agonía, encerrados en vagones de tren. Contempló cómo se suicidaban y cómo los fusilaban en la frontera. Bien, ¿por qué le hizo eso a gente de su propia carne y sangre? ¿Tienes alguna explicación?

Tartamudeó algo como «Las condiciones de la época…», pero era evidente que estaba desconcertado.

Sentados a la mesa, mi madre, mi padre y Oya tomaban fruta formando un cuadro de felicidad. Nos miraban de vez en cuando. Probablemente pensaban que éramos dos hermanos que se echaban de menos y se ponían al día paseando a la orilla del mar sumidos en una agradable conversación. Lo que veían era a un hombre y a una mujer que caminaban despacio, él alto y fornido y vestido de forma deportiva pero al mismo tiempo bastante formal, y ella, que le llegaba al hombro, bien vestida en realidad pero quizá un tanto descuidada para un lugar tan estricto. Seguro que sólo les hacía pensar cosas buenas el aspecto de aquella pareja que, mientras se escuchaban mutuamente, se volvía a mirar hacia la mesa en la que poco antes habían estado comiendo todos juntos.

—A mí no hace falta que me cuentes nada —continué—. Ojalá le hubieras explicado a la abuela por qué tuvieron que morir sus padres y sus hermanos. Habría tenido más lógica. Menos mal que el abuelo Ali, con su enorme corazón, salvó a Maya. Si no, ni tú ni yo existiríamos. Y el abuelo Ali era militar, como tú. Un soldado raso, no un oficial, pero de quien me siento orgullosa es del abuelo y no de mi

hermano, el alto oficial. Perdona.

—De todas formas, toma buena nota y actúa en consecuencia —dijo con una actitud que dejaba bien claro que eran sus últimas palabras—. Si no te hubiera protegido, te habrían pasado cosas mucho peores. Pero estás llegando a un punto en el que ni siquiera yo podré salvarte. Ándate con cuidado.

—Estoy pensando en algo que voy a escribir, Necdet. Me interesa tu opinión como militar.

—Dime —replicó con dureza.

—Estoy pensando que se debería poner como condición a los líderes que toman la decisión de ir a la guerra, por ejemplo, a George Bush, que para hacerlo tuvieran que matar a un niño con sus propias manos. Ya que firman la pena de muerte de miles de niños, que sea obligatorio que le quiten ellos mismos la vida a uno. ¿A que estaría bien? Porque ellos echan una firma en su despacho tan calentitos y viven sin ver ni una gota de sangre. Pero con los bombardeos mueren cientos de miles de mujeres y niños. El presidente no tiene la culpa, el piloto, que es un mandado, tampoco; entonces, ¿quién es el culpable? ¿Acaso mata a toda esa gente un botón que alguien presiona?

Ya no hacía falta prolongar la discusión. No volvería a ver a aquel hombre en lo que me quedaba de vida, pero antes de separarnos tenía una última pregunta.

—¿Qué pasó con el expediente de Maximilian Wagner?

—Se cerró porque se comprendió que su intención al venir no era crear problemas a Turquía con el incidente del *Struma*.

Me eché a reír.

—Para eso no hacía falta poner a trabajar al servicio secreto. Bastaba con que me lo hubierais preguntado.

Mi hermano no pudo aguantarlo más y se alejó de mí con pasos rápidos. Su fornido cuerpo de deportista también parecía majestuoso vestido de civil.

¿Sentí tristeza mientras lo veía marcharse? No estoy segura. Posiblemente le había hablado con demasiada dureza. En especial al decirle que todo lo que sabía era falso. Pero decía tantas mentiras sobre Max que no pude soportarlo más.

Pensé que si tuviera que contárselo a Max, de seguro lo haría añadiendo algún otro ejemplo de la tradición de la «sabiduría» de Oriente. Sonreí con lo que se me vino a la cabeza:

Cuentan que un día un religioso bastante ignorante les preguntó a los fieles lo siguiente sobre el profeta José:

—¿Qué tipo de santo era para que sus hermanas lo arrojaran a un lago y tuviera que venir su madre a rescatarlo?

Y un sabio le contestó:

—¿Qué error quieres que te corrija, hermano? De entrada, no era santo, sino profeta; sus hermanos, no sus hermanas, lo arrojaron a un pozo, no a un lago; y no lo salvó su madre, sino unos mercaderes.

Y mi hermano, como ese hombre, había salido diciendo que Max era un judío comunista. Y, aunque lo fuera, ¿qué problema había?

—He visto que tu hermano y tú estabais charlando tan a gusto —dijo mi madre al volver a casa.

—Sí, mamá, nos echábamos de menos y nos ha venido muy bien.

—Ojalá pronto celebremos su ascenso a general.

—Sí. Sería estupendo. «Su excelencia el general Necdet Duran.» Le sienta bien.

En ese momento sonó mi teléfono. Era de la empresa de mensajería para avisarme de que me había llegado un paquete.

Como estábamos apenas a cinco minutos, le pedí a mi padre que me llevara y nos metimos por las callejuelas de Bodrum entre muros blancos de jardines que apenas permiten que pase un coche pequeño. Recogí el paquete a mi nombre.

Al llegar a casa abrí el sobre de plástico y de su interior salió otro paquete, este mejor envuelto. Me encontré con un libro protegido por plástico de burbujas:

Mimesis
The Representation of Reality in Western Literature

Había una tarjeta sujeta a la cubierta con un clip:

Con afecto

MAX

En ese momento me di cuenta de que lo echaba mucho de menos, mucho.

22

Esa noche mis padres me llevaron a un restaurante de pescado en Gümüşlük. Mi hermano y mi cuñada tenían que ir a una cena oficial. Por mucho que a mi madre le hubiera gustado, les era imposible estar con nosotros.

Eso me venía de maravilla, por supuesto. Después del encontronazo a mediodía, no podría soportar volver a ver a mi hermano en la cena. Habíamos tenido muchos desencuentros en la vida, pero ninguno tan serio. No creía que nos volviéramos a ver. Y, de hecho, él preferiría olvidar que tenía una hermana como yo.

Intentaba quitármelo de la cabeza para poder disfrutar de una velada agradable con mis padres.

Al llegar a Gümüşlük el sol estaba a punto de ponerse. Los restaurantes alienados a lo largo de la orilla del mar llevaban a cabo los últimos preparativos y los camareros se preparaban para invitar a entrar a los paseantes. En los mostradores que tenían delante había lubinas, pargos y lenguados, que en esa época saben exquisitos. Como por la noche refrescaba por mucho que estuviéramos en Bodrum, habían cerrado las terrazas con cristales de forma que no ocultaran el paisaje, o bien habían colocado enormes estufas.

Como siempre, la puesta de sol en aquel pueblecito fue maravillosa. A duras penas contenías las ganas de subirte a uno de los barcos amarrados y hacerte a la mar. La isla más cercana al salir del puerto era Kálimnos, a su lado la bonita Leros y más allá Patmos, donde se escribió el Apocalipsis.

Un verano nos recorrimos todas esas islas griegas; en Leros comimos erizos de mar en el delicioso restaurante Mylos de Takis y en Patmos visitamos la gruta donde se había escrito el texto sagrado.

Lo cierto es que no todas las islas están repletas de buenos recuerdos. En la guerra se levantaron allí campos de concentración donde se torturó a muchos artistas, como Ritsos y Theodorakis. En este mundo, vayas donde vayas te encuentras con la belleza de la naturaleza y la crueldad del ser humano.

Posiblemente tenía razón Arthur Koestler cuando en su libro *Jano* defendía que la evolución humana se había quedado atascada en un

punto. Ninguna madre, al dar a luz a su hijo, piensa que algún día pueden matarlo. Todos creemos que envejeceremos y que nuestra vida terminará de forma natural, pero son cientos de millones los que han muerto a manos de otros. Sólo la Segunda Guerra Mundial les costó la vida a cincuenta millones de personas. Y en el continente más civilizado de la tierra. En la civilización de Goethe, Schiller, Beethoven, Dante, Cervantes…

—Has vuelto a quedarte ensimismada, hija —dijo mi madre—. ¿O es que estás preocupada por Kerem?

—Sí, mamá. ¿Qué estará haciendo? Mejor lo llamo.

No me apetecía decirle a mi madre que en los últimos tiempos había contraído una enfermedad seudofilosófica y que no dejaba de pensar en la humanidad sin poder controlarme. Además, de verdad me apetecía llamar a Kerem.

Me levanté y me alejé un poco de la mesa. Llamé a Ahmet y le pedí que se pusiera Kerem. Después de esperar un poco pude hablar con mi hijo. Le pregunté si estaba bien y le dije que yo estaba en Bodrum con sus abuelos, que tres meses después él también estaría allí y remaríamos en canoa, que lo echaba mucho de menos, que si su padre cuidaba bien de él, que si hacía frío, que si se abrigaba para ir a clase, que si le iban bien las clases…

O sea, le hice todas las preguntas aburridas que puede preguntar una madre a su hijo y para todas recibí respuestas monosilábicas.

Estaba a punto de colgar cuando me dijo:

—Mis compañeros de clase hablan de ti.

Me quedé helada.

—¿Qué dicen?

—Me preguntan que si mis padres se van a divorciar.

—¿Y tú qué les respondes?

—Que ya estáis divorciados. Y entonces me preguntan si mi madre está enamorada de un hombre de la edad de su abuelo.

—¿Y?

—Pues les digo que no, claro. Que ese hombre es un importante agente secreto y mi madre lo estaba siguiendo. Luego les enseño el espray y el puño americano y les cuento que los espías entraron en casa. Alucinan. Es flipante.

—¡Bien hecho, socio! Eres una maravilla. Desde luego, no cualquiera le preguntaría en la cara al mayor espía del mundo si es el mayor espía del mundo. Bravo por mi hijo. Te echo mucho de menos, te quiero mucho.

Casi lloro de la alegría al comprender por su voz y por lo que me contaba que estaba bien y a gusto. Qué extraña es la vida. Un escándalo que a mí me había costado el despido hacía feliz a mi hijo y

arreglaba nuestra relación. Exactamente como le pasó a la familia Ovitz, que se salvaron de la muerte por haber tenido la desgracia de nacer con enanismo.

Regresé muy contenta junto a mis padres. Los enormes lenguados que nos habían puesto en el plato tenían un sabor magnífico. Ahora que sabía que mi hijo estaba bien, podría quedarme un tiempo allí, relajarme un poco y empezar con la traducción de *Mímesis*.

—Tengo que contaros algo importante —dije—. Me han despedido de la universidad.

Mis padres se quedaron helados.

—Como podéis suponer, he perdido mi empleo a causa de la calumnia de la que he sido víctima.

—No te preocupes, hija —me consoló mi padre—. Ya verás cómo encuentras otro trabajo.

—Y no te des prisa —añadió mi madre—. Descansa un poco aquí, recupérate. Mira, dices que Kerem está bien con su padre.

—Eso pensaba hacer. Voy a traducir un libro.

—Magnífico —dijo mi padre—. Algo que perdurará. Brindemos por ti.

Alzamos nuestras copas de *rakı* frío como el hielo a la salud de la traducción de *Mímesis*.

Ya lo he dicho, con respecto a mis padres he sido muy afortunada y privilegiada. Cuando les conté que iba a separarme de Ahmet, también recibieron aquella decisión mía con gran madurez y me apoyaron.

Sabía que sentían una curiosidad mortal por ese profesor Maximilian Wagner que había sido la causa de todo, pero eran lo bastante educados como para no preguntar. Para corresponder a su delicadeza comencé a contárselo todo. La historia de Max y Nadia, su enamoramiento, su matrimonio, cómo les destrozaron la vida, lo del *Struma*, se lo conté con todo detalle. Por fin, cuando les dije que el profesor estaba a punto de morir de cáncer de páncreas y que había venido para despedirse por última vez de Nadia, mi madre no pudo contener las lágrimas.

Al terminar mi historia nos quedamos en silencio largo rato. Todos estábamos ensimismados en nuestras reflexiones. Sentí curiosidad por si mis padres estarían recordando lo que les había pasado a sus familias. La terrible maldición de la guerra venía a encontrarnos a nuestra mesa en Gümüşlük incluso sesenta años después.

Al día siguiente empecé la traducción de *Mímesis*, pero sólo pude avanzar dos días. El tercero tuve que regresar a Estambul a toda prisa.

Me estoy acercando al final de mi relato. Después de los últimos

corta y pega y unas pequeñas correcciones, todo habrá terminado. Además, cuando el avión empiece a aterrizar me pedirán que apague el ordenador. Tengo que acabarlo antes de que lo hagan.

Hay movimiento en el avión. Los demás pasajeros, que han dormido sus horas nocturnas y se han tomado un buen desayuno, se mueven con energía. En los ojos de todos brilla la vitalidad. Los míos muy probablemente estén muy rojos. Todos están impacientes porque en los mapas de la pantalla se ve que el avión ha cruzado el océano y ha empezado a volar sobre el continente americano. No sé por qué proporciona alivio, pero lo cierto es que saber que se está volando sobre tierra firme y no sobre el mar tiene un extraño efecto sobre la gente.

Las azafatas reparten dos formularios para la entrada en Estados Unidos. Tenemos que rellenarlos. Sin embargo, yo di todo tipo de información y de documentos en el consulado americano de Estambul para el visado. Porque para viajar a Estados Unidos el pasaporte verde también necesita visado. O sea, que ahora piden otra vez lo mismo.

Pongo en hora el reloj según el anuncio del piloto. Ya son las dos de la tarde, hora americana.

Decía que había vuelto a Estambul tres días después de empezar la traducción de *Mímesis*. Ahora les contaré por qué.

Ese día después del almuerzo estaba en el balcón de la casa de Bodrum, tomando té y traduciendo. Tenía el libro de *Mímesis* delante de mí, lo estaba empezando y, para evitar que el viento volviera las hojas, le había colocado encima una preciosa piedra verde con motas azules que había encontrado en la playa. Escribía directamente en el portátil.

Al cabo de un rato, me di un descanso, pasé a internet y leí algunos artículos sobre Bodrum. La ciudad, conquistada por Alejandro Magno, que la dejó bajo el gobierno de la reina Ada, a quien se la había arrebatado, era también famosa por el panteón del rey Mausolo, una de las siete maravillas del mundo. La palabra «mausoleo» viene de «*mausoleum*» que fue el nombre que se le dio al sepulcro de Mausolo. En el interior de la famosa fortaleza hay un museo de arqueología submarina. Cuando salía a caminar cada mañana me emocionaba al pensar que pisaba la misma tierra que Heródoto. Él era nativo de allí, mientras que yo sólo era una huésped. Mientras iba de la urbanización de mis padres hacia la ciudad, la fortaleza desplegaba toda su magnificencia ante mis ojos. No me cansaba de contemplar sus murallas y torreones. Por otro lado, no me podía creer que, a pesar del tiempo que había pasado en Bodrum, todavía no la hubiera visitado. Lo primero que hacían los turistas, aunque fueran a pasar sólo tres días, era visitar esa fortaleza que se extiende sobre el mar. Y el museo

submarino era conocido en todo el mundo.

Decidí visitar la fortaleza y el museo al día siguiente. Antes de ir me informé un poco en internet. Por lo que leí, en el museo se exponía el barco hundido más antiguo del mundo junto con los tesoros que se habían encontrado en su interior. Habían llamado al barco, hundido hacía tres mil trescientos años, «el pecio de Uluburun» por el lugar donde se había encontrado. Era una nave licia de quince metros de la alta Edad del Bronce, confeccionada con madera de cedro.

Casi nada, se hundió catorce siglos antes de nuestra era y esperó hasta 1999 en el fondo del mar a que lo encontraran. Transportaba discos de vidrio de color azul cobalto, turquesa y lavanda, ébano del que usaban los antiguos egipcios, colmillos de elefante y de hipopótamo enteros y en piezas, conchas de púrpura, caparazones de tortuga que se cree que se usaban para instrumentos musicales, azulejos y metales y gran cantidad de huevos de avestruz. Entre la carga del barco también había productos manufacturados. Candiles de cerámica de Chipre, broches, pulseras y ajorcas de plata de Canaán, una copa de oro, cuentas de ónice, oro, esmalte y vidrio, dos cajas de cosméticos en forma de pato cuyas alas les servían de tapa y un cuerno hecho de colmillo de hipopótamo. Todo aquello se exponía en la fortaleza de Bodrum. Al día siguiente sin falta tenía que ver aquel milagro de hacía tres mil trescientos años.

Esa noche vi en sueños un enano que soplaba un cuerno de colmillo de hipopótamo en la proa de un barco que se debatía entre las olas. Una mala jugada de mi mente confusa.

A la mañana siguiente fui a la fortaleza, crucé los senderos pavimentados con grandes losas de piedra desgastadas y deformadas por miles de años y entré en el museo, que recreaba realmente la atmósfera sombría del fondo del mar. Una guía joven y morena conducía a un grupo de turistas mientras les daba explicaciones. Los seguí. Encontrarme allí era algo extraordinario. Los barcos que habían permanecido sumergidos miles de años y las extrañas cargas que transportaban ponían patas arriba mis nociones del tiempo y el espacio y me arrastraban de sorpresa en sorpresa.

Entonces se me vino a la cabeza esa idea, justo cuando contemplaba el pecio de Uluburun. ¿En qué Estado se encontrarían los restos del *Struma*? ¿Se habría deshecho allá donde se hundió en el mar Negro? Pero ya que tenía ante mis ojos un barco de tres mil trescientos años, ¿por qué iba a desaparecer otro que se había hundido hacía cincuenta y nueve? ¿No se podría organizar una campaña para recuperar los restos del *Struma*? ¿Podría ser ese uno de los nuevos objetivos de mi vida?

Todas aquellas ideas que me rondaban la mente se las pregunté a la especialista que nos había dado tantas explicaciones con voz dulce

cuando acabó la visita y antes de salir de nuevo a la luz del sol. Empecé preguntándole si había oído hablar del *Struma*.

—Claro —me contestó—. El del *Struma* es un naufragio famoso entre los marinos.

—Bien, si se ha podido encontrar un barco de tres mil trescientos años, también se podrá encontrar el *Struma*, de hace cincuenta y nueve, ¿no?

—Por supuesto.

—¿Y por qué no bucean para encontrarlo?

—Lo han hecho, ¿no lo sabía? Salió en la prensa. Unos colegas del GIS lo encontraron el año pasado.

—No lo sabía. ¿Qué es el GIS?

—El Grupo de Investigaciones Submarinas.

—¿Podría facilitarme el nombre de esos colegas?

—Claro, cómo no.

Al salir del museo llevaba un papel con los nombres y números de teléfono de los dos submarinistas que habían buceado hasta el *Struma*. El corazón me palpitaba a toda velocidad. Me había acercado un paso más a mi historia.

23

El avión descendió sobre Estambul, pero entonces empezó a dar vueltas a causa del intenso tráfico del aeropuerto. Se dirigía hacia el mar Negro, daba media vuelta al sobrevolar Kilyos y atravesaba el Bósforo hasta las costas del Mármara. Yo contemplaba por la ventanilla aquella ciudad que había crecido como un monstruo. Estambul se encontraba bajo una espesa nube de contaminación. Diez millones de personas y millones de tubos de escape habían formado sobre ella una campana venenosa. La cercaban millones de construcciones ilegales. Logramos aterrizar después de media hora de dar vueltas.

De no haber tenido una razón tan importante habría sido estúpido por mi parte abandonar el paraíso de Bodrum y regresar al ambiente contaminado de Estambul. Mi decisión supuso una desagradable sorpresa para mis padres, pero no protestaron demasiado porque estaban acostumbrados a las locuras de su hija. Y, de todas formas, unos meses más tarde volvería con Kerem.

Tomé un taxi en el aeropuerto y tardamos hora y media en llegar a casa por la autopista E-5. Qué extraño, al girar la llave y entrar en mi piso fue como si no me hubiera ido a ningún sitio. Era como si Bad Arolsen, los enanos y Bodrum sólo fueran un sueño. Al regresar de Europa a San Petersburgo, Dostoyevski se sintió como si se calzara unas viejas pantuflas. Yo tenía la misma sensación.

Lo primero fue controlar el arbolito y las plantas del salón. Todo bien. Dejé para otro momento sacarlas de las palanganas en las que las había metido cuando me fui, pero no dejé de atender al arbolito, aunque fuera un poco. Moví la maceta y acaricié sus agujas. Luego fui a mi dormitorio, abrí rápidamente la maleta y coloqué la ropa. Por fin llegué a lo que me hacía darme tanta prisa. Saqué el papel del bolso y llamé a Levent Yüksel, del GIS.

Era quien había dirigido el equipo que se sumergió en busca del *Struma*. Le dije que me gustaría hablar con él al respecto. Me formuló varias preguntas para saber quién era. Esta vez no usé el nombre de la universidad porque podía haber leído las noticias o tener algún tipo de relación con la prensa. Por si acaso, le dije que era una investigadora

independiente. Que, si era posible, me gustaría recabar información sobre la búsqueda y el estado en que se encontraba el barco y que, si tenía fotografías o vídeos, querría verlos.

—Entonces será mejor que llame a los compañeros que bucearon conmigo para ofrecerle una sesión informativa —respondió con amabilidad.

Me facilitó la dirección de las oficinas y acordamos vernos a la mañana siguiente.

No me apetecía nada salir. Me senté a la mesa y continué con la traducción de *Mímesis*. La sensación de vacío y falta de sentido que se agazapaba dentro de mí desde que Max se fue era indescriptible. Parecía como si todo lo que no estuviera relacionado con el *Struma*, Nadia o la Segunda Guerra Mundial fuera absurdo y aburrido. Cuando no estaba entregada a esos temas o a la traducción nada podía llenar el vacío que sentía dentro de mí. Me había convertido en alguien completamente distinta a como era.

Entonces me vino algo a la memoria. Había leído que en los años setenta se rodó una serie titulada *Holocausto* que se proyectó en la televisión alemana. Los alemanes la siguieron en sus pantallas entre lágrimas. Así fue como se llevó a la conciencia de la gente la amarga realidad, la que no se contaba, de la que no se hablaba, gracias a una serie de televisión. Fue algo muy importante. Y la verdad es que habría que aplaudir a los alemanes por emitir una serie que los dejaba tan mal.

Según la información que leí en internet en los días en que examinaba noticias y comentarios relativos a aquel asunto, habían prohibido retransmitir la serie en la televisión nacional turca, la TRT. O sea, los alemanes habían emitido una serie que iba en su contra, pero los turcos, que no tenían nada que ver, la habían prohibido. Quizá por milésima vez volví a pensar: «Ay, Dios, ¡qué país más raro el nuestro!». Cogí el abrigo y me fui a la tienda de vídeos del centro comercial. Pregunté por *Holocausto*, pero no la tenían. El joven dependiente me recomendó en su lugar la película *La vida es bella*.

—Además —dijo—, es más divertida.

¿Divertida? ¡Pero si yo no buscaba diversión! A los ojos de la juventud actual, el cine, la música, los libros, la televisión sólo estaban orientados a la diversión. Buscaban divertirse con todo.

Me llevé la película, me senté en una cafetería, pedí un café con leche y me sorprendí meditando: «En este mundo nuevo la diversión ha ocupado el lugar de la cultura», pero me dije: «Despierta. No seas tonta. No eres ni filósofa ni científica. Déjate ya de resolver los problemas de la humanidad y soluciona los de tu insignificante vida».

Miré la cubierta del DVD que tenía en la mano y leí la sinopsis.

Luego me fui a casa y estuve mirando la película hasta el anochecer con estados de ánimo que oscilaban entre la alegría y la amargura.

Que el vendedor la aconsejara como «divertida» era cometer una injusticia con la película. Sí, lo era, pero tenía cualidades más importantes. Mientras la miraba, pensé que quienes realmente quieren vivir una vida mejor buscan la forma de conseguirlo incluso en las condiciones más difíciles. Gente que trata de vivir de la mejor manera posible en cualquier situación en la que se encuentren, que aprovecha cualquier oportunidad para lograrlo, que crean nuevas oportunidades… Sólo quienes son así se merecen que creamos en su sinceridad cuando afirman que luchan por un mundo mejor. Sólo quienes son así tienen derecho a pedir lo imposible. Sólo ellos pueden tener derecho a rebelarse para cambiar el mundo, para cambiar la situación en pro de una vida que no es posible en esas condiciones.

También me tocó la fibra sensible la relación entre padre e hijo. La recordé cuando esa noche me encontré con Kerem. Mientras le demostraba interés y cariño a mi hijo, no dejaba de pensar en si estaría actuando influida por la película.

Pero no era así. Yo siempre había querido a Kerem, me preocupaba por él, había velado a su cabecera sin pegar ojo hasta el amanecer cuando había tenido fiebre, intenté ayudarlo en la medida de lo posible con los problemas de la adolescencia, le había hecho de madre y de padre.

No encendió el ordenador porque le pedí que me echara una mano para poner la mesa. No se puede decir que fuera de mucha ayuda, pero estuvo a mi lado en la cocina. Y cenó con alegría. ¡Qué bien verlo así! Se veía que la vida monótona que llevábamos le aburría tremendamente. Los cambios le habían sentado bien.

Conversando como quien no quiere la cosa pude saber que Ahmet tenía una novia llamada Lale que iba a menudo a su casa y que se casarían en breve. Ahmet ya había hablado incluso con Kerem al respecto. Aquello no me provocó unos celos terribles, al contrario, hasta me alegré. Pero la pobre Lale no sabía la que se le venía encima.

Kerem se puso muy contento cuando le pedí que se quedara conmigo a pasar la noche. Madre e hijo dormimos bajo el mismo techo. A la mañana siguiente le preparé unos copos de maíz como siempre, le enrollé con firmeza la bufanda al cuello y lo llevé al colegio.

Luego fui al GIS a ver a Levent Bey y sus compañeros. Se presentaron uno por uno en cuanto entré en la oficina. Eran cuatro. Les estreché la mano y les dije cuánto me alegraba de conocerlos. Añadí que estaba deseando escuchar la historia de sus inmersiones en busca del *Struma*.

Me preguntaron por qué me interesaba tanto el asunto. Muy

brevemente les hablé de Max, que había perdido a su esposa en el barco.

Luego les pregunté cómo habían conseguido el permiso para bucear. Se miraron entre ellos y se echaron a reír. Me contaron que había sido muy difícil y que se habían pasado años luchando hasta que se lo permitieron.

Las redes de los pescadores siempre se enganchaban en unos restos en el lugar donde se había hundido el *Struma*. Los pescadores de la región lo llamaban «el barco de los judíos». El equipo del GIS trabajó durante más de tres años en archivos y otras fuentes hasta delimitar la zona más probable del hundimiento. Se hicieron amigos de los pescadores y fijaron los puntos en los que se les enganchaban las redes. Luego los estudiaron mediante sonar.

Los buzos hicieron varios descensos para captar imágenes de tres barcos hundidos que se parecían al *Struma* con la intención de identificarlo. Tuvieron que llevar a cabo su trabajo en condiciones muy difíciles a causa del limitado campo de visión en el mar Negro, a las fuertes corrientes, tanto superficiales como del fondo, y al agua helada de los meses de invierno. Por fin pudieron descartar otros barcos y se centraron en uno de cuarenta y seis metros de eslora y seis de manga.

Me impresionó mucho algo que dijo Levent:

—Ese naufragio no era el de un barco cualquiera para nosotros. Era un cementerio submarino. Teníamos que respetar la dignidad de los que habían muerto allí. Debíamos tener mucho cuidado. Eso hizo que nuestro trabajo nos llevara más tiempo. No podíamos emplear las técnicas habituales de buceo y fotografía.

Sin decir nada, miré con respeto a aquellos cuatro hombres. Así era el mundo tan raro en que vivíamos. Por un lado, bárbaros ansiosos de poder que oscurecían la vida de los demás; por otro, gente fiel a sus valores éticos como Levent Yüksel. Por una parte, barbarie; por otra, principios morales.

Por fin, los miembros del GIS, con el apoyo del Equipo Técnico de Submarinismo y el Grupo de Investigaciones Submarinas, pudieron llevar a cabo su inmersión el 16 de julio de 2000. Encontraron el *Struma* a seis millas al norte del Bósforo, entre los setenta y tres y los ochenta metros de profundidad.

—Posiblemente ningún equipo de submarinismo haya demostrado tanto respeto a unos restos como el que le demostramos nosotros al *Struma*. No creo, no. Era como si el alma de cientos de personas siguiera allí. Incluso por un momento me dejé llevar por la sensación de que veía a los niños paseando por la cubierta a través de mis gafas empañadas. Y podía sentir que a mis compañeros les pasaba lo mismo.

Y yo notaba su emoción a pesar de la forma tranquila de hablar y de sus gestos controlados.

Lo corroboró otro compañero, uno alto, con gafas, que se apoyaba en la mesa:

—El barco estaba inclinado a estribor. De verdad que se asemejaba a un cementerio sumergido. O eso nos parecía porque conocíamos su historia. Por supuesto, quienes se han sumergido en otros naufragios han pensado en los muertos, pero a nosotros el *Struma* nos parecía muy distinto. No tocamos nada para no dañarlo. No alteramos su silencio.

Todos nos callamos después de aquellas palabras. Nadie habló. Era como si estuviéramos guardando un minuto de silencio ante una fosa común. Las manos de aquellos hombres jóvenes habían tocado el *Struma*, lo habían acariciado sin despertarlo de su sueño de sesenta años.

Luego me mostraron las imágenes que habían tomado. El *Struma* yacía de costado en el turbio fondo marino y dormía cubierto de moluscos por todos lados. Sin tener noticia de los peces que entraban y salían de él ni de los buzos.

Les pregunté si me podían dar una copia en DVD y me contestaron que fuera a recogerla al día siguiente. Me separé de los miembros del GIS con una extraña sensación. Fui a casa y me senté al ordenador para escribir mis impresiones del día.

A la mañana siguiente regresé a Bodrum.

Pasé dos meses con la traducción, con los recuerdos, con mi familia. Viví días tranquilos y hermosos. Dormí mucho, salía a pasear por la costa al atardecer, engordé dos kilos con la comida y la insistencia de mi madre y llegué a la mitad de *Mímesis*. Aparte de eso, no ocurrió nada digno de contar.

Dos meses después, una noche, mientras revisaba mi correo electrónico, vi un mensaje de alguien que no conocía, una tal Nancy Anderson.

Me decía que era una antigua asistente del profesor Maximilian Wagner y que, siguiendo instrucciones de la universidad, había asumido el encargo de escribir a todos los amigos del profesor para comunicarles que lo habían hospitalizado y que su estado era grave. Así pues, la enfermedad había avanzado con mayor rapidez de la que se suponía.

Me quedé sentada un rato sin moverme. Pensé en qué podía hacer y yo misma me maravillé de pensármelo tanto: lo que debía hacer estaba bien claro. Por supuesto, iría a Estados Unidos a verle. ¿Qué otra cosa podía hacer? Respondí a Nancy, le di las gracias por la

noticia y le hice saber que iría a visitar al profesor.

Después llamé a Tarık. Le pregunté si conocía a alguien en el consulado americano porque necesitaba un visado con urgencia. Ya no podía usar el nombre de la universidad y era imposible que me lo dieran si estaba en el paro.

—Eso es fácil —me contestó Tarık, que encontraba una solución para todo—. Te haré figurar como miembro de nuestra empresa. A los americanos les encantan los *brokers* y están la mar de contentos de que vuelen a menudo a su país. Lo tendremos en un abrir y cerrar de ojos, no te preocupes.

—Voy a necesitar algo más de dinero. Esta vez dólares.

—Sin problema. Pásate cuando quieras por el banco. ¿Me he ganado una cena?

Me eché a reír.

—Sí, pero después del viaje a Estados Unidos.

—*Ok*! *Bye*!

Desde hace un rato repiten por la megafonía que el avión se dispone a aterrizar, por lo que debemos apagar todos nuestros aparatos electrónicos, poner los asientos en posición vertical y las mesitas plegadas.

Renata, la azafata, cada vez que pasa me hace señas con las cejas de que apague mi portátil de una vez. Le sonrío amistosamente y con el índice le pido que me deje un minuto más. Sólo un minuto más. Viene hacia mí y me dice con gesto serio:

—Tiene que apagarlo.

—Estoy escribiendo la última frase.

Y mis dedos vuelan sobre el teclado.

Dentro de nada bajaré del avión, recogeré mi equipaje, tomaré un taxi e iré directamente al Hospital General de Massachussetts. Preguntaré por la habitación del profesor con la partitura de la serenata y el DVD del barco hundido en mi bolso.

¿Qué hará Max cuando me vea? ¿Y, sobre todo, cuando vea que tengo en la mano la partitura de la *Serenata*? Luego le daré también el DVD… Las imágenes del *Struma* durmiendo desde hace sesenta años.

Log out!

Me doy cuenta de que con los rpisas hay palabras que scribo mal, pero tengo a las azafata encoma y no se apartakjnñ…

EPÍLOGO

¿Han visto alguna vez un árbol de la pimienta? Un enorme pimentero que se balancea con sus flotantes ramas como si fuera un vestido de novia, con su olor acre cuando sopla el viento, con los granos rojos de pimienta…

O una planta de aloe vera, que sólo con el aspecto de sus hojas verdes ya te transmite su fuerza curativa.

Y las buganvillas… En algunos lugares las llaman «velo de novia». Una extraordinaria fiesta de color.

Pues ahora tengo todo eso frente a mí. El mar es como un espejo mágico que refleja el sol de la tarde. Una brisa que hace ondear suavemente los visillos trae aromas de tomillo y pino procedente de las montañas.

Desde el interior se oye un violín inexperto. El arco pasa sobre las cuerdas produciendo sonidos que recuerdan el chirriar de una puerta. Quizá también se les podría llamar ruidos de tortura. Desde luego, está claro que quienes los oyen sufren un suplicio. Todos los procesos de aprendizaje de un instrumento musical son terribles, pero posiblemente ninguno pueda compararse al de un violín.

Estoy feliz, y mucho.

¿Cuándo termina el crecimiento de una hija? ¿Cuando tiene la primera regla, al cumplir los dieciocho, cuando se casa, cuando le aparece la primera cana en el pelo?

En mi opinión, en ninguno de esos momentos. Una hija nunca acaba de crecer, nunca se sentirá como una persona mayor por muchos años que cumpla. Exhalará su último aliento siendo aún una niña con el corazón pleno de deseos y emociones.

Pero vive cambios. La vida la cambiará con el paso del tiempo y en dichos cambios siempre habrá un actor que nunca falla: un hombre. Al mirar atrás comprendo que incluso Ahmet me ayudó a madurar. Tarık también me sirvió de algo, aunque su efecto no ha sido gran cosa. Sin embargo, le debo el mayor cambio de mi personalidad a un hombre ya viejo. Un hombre con el que no compartí ni un amor, ni relaciones sexuales, ni el país, ni la lengua y a quien conocí durante muy poco tiempo.

Ahora existe otra Maya. Más serena, más sensible, más comprensiva.

En los últimos días me sorprendo incluso intentado comprender a Ahmet. Más exactamente, al comprenderlo. Como todos, él también ha tenido sus problemas. Me quiso y quiere a su hijo. Quizá en nuestra ruptura influyera mi mal genio.

Aunque alguien con auténtico mal genio nunca aceptaría lo que acabo de decir. Para enfrentarse a la realidad es necesario haber cambiado de carácter.

La inseguridad de la antigua Maya la impulsaba a enseñarle los dientes a este duro mundo, la envolvía con una rígida cáscara para no mostrar ningún resquicio. A lo largo de los años he criticado a Kerem por ello, pero en realidad era yo quien lo hacía. Una mujer joven extraordinariamente controladora, que trataba de fiscalizar cada momento de su vida y a todos los que la rodeaban. Sin embargo, resulta que la vida está compuesta de múltiples caminos y cada uno debe decidir por dónde va.

Enciendo tranquilamente un cigarrillo. Mientras escribo estas líneas de vez en cuando miro con admiración mi obra.

He escrito el título con letras en negrita muy barrocas:

Mímesis
La representación de la realidad en la literatura occidental
Traducción de Maya Duran

Y en la página siguiente saltan a la vista estas líneas en cursiva:

Dedico esta traducción al honorable profesor doctor Maximilian Wagner, que me descubrió este libro y me hizo adquirir la hondura suficiente como para distinguir lo bueno de lo malo en la vida, así como a su querida esposa Nadia Katharina Wagner. Espero que hayan alcanzado la paz en su tumba marina.

Después de meses de trabajo no solo he terminado la traducción, sino también este libro con rastros de la vida de Max, de Nadia, de Mari y de Maya. El libro, que compuse a lo largo del viaje en avión a Boston uniendo las notas que había tomado previamente mediante un copia y pega e incluyendo las aclaraciones necesarias, terminará con este epílogo.

Ni siquiera tocaré las últimas frases, que escribí con errores a causa de los nervios por intentar completarlo todo como podía bajo la impaciente mirada de Renata. Porque este no es un intento de escribir

una obra maestra, sino un desahogo del corazón, una confesión, un deseo de compartir. Por lo tanto, no es necesario que pase por una revisión, que sea perfecto, que se corrijan los errores lingüísticos y ortográficos. Me da la impresión de que, de hacerlo así, entonces todo se tornaría profesional y se perdería algo de sinceridad. Por eso lo único que le pido a la editorial que vaya a publicarlo es que no toque ni una línea del texto que he escrito, por muy torpe que sea y muchos errores que contenga. Por supuesto, si encuentro un editor que acepte publicar mi libro.

He pensado mucho en cómo debería llamarse este relato: *Max y Nadia, Historia de tres mujeres, Vidas privadas, El cementerio submarino*… Se me han ocurrido muchos títulos posibles.

¿No se vuelve continuamente, desde hace miles de años, a los temas básicos que ya aparecen en las tragedias griegas? El amor, el odio, la venganza, la ambición, los celos, el destino…

Shakespeare trató esos temas, y las novelitas de quiosco también. Según cierto punto de vista, la cuestión está en cómo se narran. Yo no tengo esa preocupación. He pasado tal cual al papel lo que he vivido.

Supongo que concentrarse en la forma de narrar con independencia del contenido tiene que deberse a que se cree que lo que se cuenta no tiene importancia. El iraní Firdawsi, al principio de su *Libro de los reyes*, que escribió hace unos mil años, afirmaba que ya se había dicho todo lo que se podía decir, que no quedaba nada digno de ser repetido y que, por lo tanto, lo importante, más que decir algo, era decirlo de una manera bella.

Pero yo he escrito esta historia, no para que sea bella, sino porque la encuentro digna de ser contada.

La verdad sea dicha, nada de esto me importa mucho. Al fin y al cabo, estoy terminando el único libro que quería escribir.

Pensé poner al principio un fragmento del famoso poema «El cementerio marino» de Paul Valéry, pero todavía no he tomado una decisión definitiva. Ya veremos. En la vida todo es cuestión del estado de ánimo.

Cuando empecé a escribir el libro todos los protagonistas excepto dos habían fallecido. Sólo Max y yo seguíamos con vida. Ahora únicamente quedo yo porque Max también ha muerto.

Pero tengo que narrar lo que pasó después de que me viera obligada a apagar el portátil por los airados avisos de Renata.

Una vez que terminé con el control de pasaportes y el resto de tediosos trámites en el Aeropuerto Internacional Logan de Boston, tomé un taxi y fui directamente al Hospital General de Massachusetts. No podía perder tiempo para dejar la maleta en el hotel que había

reservado porque no sabía en qué estado se encontraría Max.

Nunca habría pensado que resultara tan fácil entrar en el Mass. General. Puede que no admitieran a nadie fuera de los días y del horario de visitas, pero sin duda les impresionó el hecho de que llegara de Estambul y que hubiera venido directamente desde el aeropuerto, lo que era obvio a juzgar por mi aspecto desaliñado. Al minuto me habían conducido hacia la habitación del cuarto piso en que se encontraba el profesor.

Max estaba pálido y me pareció más delgado. A pesar de ello, una vez más me di cuenta en lo más hondo de lo mucho que le había echado de menos cuando vi aquella cara delicada de rasgos regulares. Su rostro tenía una expresión bondadosa que despertaba compasión y respeto. En cuanto me vio, me sonrió con la mirada. A pesar de lo mal que estaba quiso incorporarse en la cama. Me acerqué a él, le impedí que lo hiciera sujetándolo por los hombros y le besé en las mejillas.

—Nancy me dijo que iba a venir —dijo—. Le respondí que no hacía falta que volara hasta tan lejos, pero no era verdad. Quería que viniera. Verla por última vez.

—¿Por última vez?

—Sí. La última. Ya no tiene sentido ocultarlo. Me estoy muriendo, así que, en cierto sentido, terminará mi sufrimiento. Pero nada de esto es nuevo para usted. De hecho, ya lo supo en Estambul.

—No, no me contó nada.

Max se echó a reír.

—Quizá sea inocente, pero no tanto, Maya. ¿O se cree que no me di cuenta de cómo cambió su forma de tratarme después de salir del hospital?

—¡Deje eso ahora, profesor! —Enseguida me corregí—: Max… Puede que vayamos a abrir viejas cuentas, puede que levantemos la costra de la herida, pero le he traído unos recuerdos.

—¿Qué recuerdos?

—De Nadia.

De repente palideció. Me inquieté un poco, pero ¡qué importancia tenía preocuparse por la salud de un hombre que se estaba muriendo!

Me senté a los pies de su cama, abrí el bolso y saqué la fotocopia de la partitura de *Serenade für Nadia*, que había protegido cuidadosamente con una funda de plástico.

La cogió, la miró como si no se lo creyera, como si estuviera tocando un milagro, y de su ojo izquierdo se derramó una lágrima, una única lágrima. Con una voz entrecortada y silbante, como si estuviera susurrándose a sí mismo, empezó a leer la melodía. Luego se volvió hacia mí con una mirada llena de agradecimiento.

—¡Es un milagro! ¿Dónde lo ha encontrado, Maya?

Le hablé de lo que me había contado madame Matilda Arditi, de lo que sabía del *Struma*, del archivo de Bad Arolsen y de los documentos que había encontrado. Saqué las fotos del bolso y se las enseñé.

En ese momento llegó una enfermera que dijo que debía dejar descansar al profesor y que, si quería, podía volver al día siguiente. Pero Max no me dejó abrir la boca:

—Por favor —le dijo a la enfermera—. Por favor, permítale que se quede. Me ha traído unos recuerdos muy valiosos para mí. Se lo ruego, déjenos solos.

Lo dijo con un tono tan sincero, creyéndoselo de tal manera que la enfermera comprendió que se trataba de algo muy importante y nos dejó solos después de cerrar la puerta. Max se sumergió en las fotografías. Yo fui hasta la ventana. Había oscurecido. En el cristal se reflejaba el interior de la habitación.

Aunque estaba de espaldas a él, podía observarlo por el cristal. Él no se había dado cuenta. En cierto momento se llevó al pecho el retrato de Nadia y se quedó así un rato. Dijo algo en alemán, que no comprendí. Después me dio las gracias.

—Eso no es todo, Max. Hay algo más.

—¿Qué? —me preguntó emocionado.

—Quizá le provoque mucha tristeza, pero siento que estoy en la obligación de mostrarle algo más. Será como visitar la tumba de Nadia.

Saqué el portátil del bolso, lo coloqué sobre su pecho y pulsé la tecla de puesta en marcha del DVD. Enseguida aparecieron los restos del *Struma*. Max fijó la mirada en la pantalla como si ni respirara.

En la oscuridad del fondo del mar Negro los haces de luz de los submarinistas daban en el esqueleto del *Struma* iluminando el casco, los huecos de las puertas, la cubierta e incluso los mástiles. El barco estaba cubierto por animales marinos, moluscos y algas adheridas a los hierros oxidados que se balanceaban con la corriente. Según pasaba la cámara del buzo por el *Struma*, ante nuestros ojos se iban desplegando los lugares por los que Nadia había paseado, en los que se había sentado, que había tocado o donde había escrito su carta.

Era como sumergirse en un cementerio, un cementerio submarino. Por el fondo se dispersaban varios objetos rotos. Cuando los buzos alargaban la mano para saber qué era, la arena se levantaba impidiendo la visión. Tanto Max como yo teníamos una sensación muy extraña. Puede que no se pudiera entrar en una tumba en la tierra, pero se había entrado en una marina.

Sesenta años después Max volvía a ver el mismo barco que había observado desde la orilla durante días con tanto dolor, aunque ahora no fuera más que un esqueleto: los mástiles, la borda, el puente de

mando. El agua estaba turbia y se veían diminutos seres vivos y a veces peces grandes. Allí estaba el barco al completo, a excepción de los pasajeros. En ese momento se me vino una idea terrible a la mente. A los setecientos sesenta y nueve pasajeros, incluida Nadia, ¿los abuelos de esos peces (si es que se podía llamar «abuelos» a las generaciones anteriores de unos seres ovíparos) se los habrían…? En fin, rápidamente me concentré en otra cosa.

El DVD se acabó; sobre la habitación cayó un pesado silencio, no sabíamos qué decir ni qué hacer. Apagué el portátil y lo guardé en la funda. Max parecía no ser consciente de mi presencia. Se había quedado con la mirada clavada en la pared. En ese momento me sentí superflua. Era como si me hubiera inmiscuido entre Nadia y Max y les impidiera estar a solas. Recogí mi abrigo y mi bolso y salí silenciosamente de puntillas. Cerré la puerta tras de mí.

Mientras salía del hospital y me dirigía a mi hotel me sentía extrañamente inquieta. ¿Había cometido un error? ¿Había venido hasta Boston nada menos que desde Estambul sólo para hacer sangrar las heridas de un enfermo a las puertas de la muerte? ¿Me había parecido excesivo que muriera en paz? Poco a poco me iba poseyendo un extraordinario arrepentimiento. ¡Qué irreflexiva, qué brusca había sido con ese anciano!

Llegué al hotel por caminos cubiertos de nieve convertida en hielo por el viento del atardecer. El taxista entregó mi maleta al botones por la puerta giratoria. Subí a mi habitación, pequeña y fea pero limpia, abrí la maleta y luego me preparé un baño caliente, que tanto deseaba con el cansancio que arrastraba. Me sumergí en la bañera espumosa con las sales de baño.

Media hora más tarde, como me sentía ya mejor, pedí al servicio de habitaciones una sopa *clam chowder*, que había visto en el menú, aunque no sabía de qué era. Estaba caliente, era sabrosa y me sentó bien.

No obstante, era incapaz de vencer el desasosiego que sentía. Me dormí con un profundo disgusto. Como por efectos del *jet lag* y de esa sensación no dejaba de despertarme a cada hora, de nuevo tuve que solucionarlo con una pastilla. Gracias a ella pude disfrutar de un sueño reparador hasta la mañana siguiente.

Después de desayunar telefoneé al hospital. Le dije a la enfermera de planta que estaba en el hotel y que, por favor, le preguntara al profesor si quería verme o no. Me dijo que Max estaba recibiendo quimioterapia y que probablemente ese día no se encontrara en condiciones de ver a nadie, pero que al día siguiente le preguntaría cómo se encontraba y le comentaría que había llamado. Se quedó con mi número de teléfono.

Ante mí tenía un día vacío y sin sentido, no sabía qué hacer, no

estaba satisfecha de mí misma y el error que había cometido me agobiaba sobremanera. Salí a tratar de dar un paseo, pero hacía tanto frío que hasta dolía respirar. Tomé un taxi y le dije que quería ir a la Universidad de Harvard. Posiblemente no entendió mi pronunciación, porque me preguntó: «¿A Cambridge?». Ay va, me dije, ¿qué tendrá que ver la universidad inglesa de Cambridge con Harvard? Pero resultó que la ciudad donde está Harvard se llamaba también Cambridge. Me reí cuando aquel charlatán taxista latino me lo explicó. Le contesté que era la primera vez que venía a Boston y no lo sabía.

Pasé gran parte de ese día errando por los departamentos de la legendaria universidad, por su biblioteca, por el *Faculty Club*… Vi un poster que anunciaba que en Stone Hall se celebraría un congreso sobre Oriente Medio. Cuando comprobé que estaba abierto al público fui a dicha sala a escuchar a un orador que iba a hablar sobre el islam y Occidente. Una funcionaria muy amable llamada Elaine me ayudó a encontrarla. La conferencia no me pareció demasiado interesante. Decía las mismas cosas que ya sabemos. De hecho, en los últimos tiempos todo el mundo se dedica a hablar sobre el islam.

Llevaba preparada en el bolsillo del abrigo la tarjeta de identidad de la universidad por si alguien me preguntaba quién era, pero nadie lo hizo. Iba y venía por donde me apetecía. Incluso, a mediodía seguí a un numeroso grupo de estudiantes y fui al comedor, cogí una bandeja y me puse en la cola de la comida. Los estudiantes parecían muy tranquilos, libres y felices. A los enamorados se los veía de lejos. Mentiría si dijera que no me dieron envidia. Me gustó aquella atmósfera alegre, pero por mucho que me entretuviera, cada vez que Max se me venía a la mente me dolía el corazón y me sentía fatal. Así pasé el día.

A la mañana siguiente, Barbara, la enfermera de planta, me llamó por teléfono y me dijo que el profesor quería verme. Fui corriendo. Tan pronto como entré en la habitación comprendí que no estaba enfadado conmigo. Me miraba con tanto afecto y tanta afinidad que soy incapaz de describirlo. Me cogió de las manos, me dio las gracias y me dijo que le había emocionado mucho que viajara y me molestara tanto para encontrar aquellos valiosísimos recuerdos y traérselos hasta Boston. Añadió que le había traído la *Serenata*, el sepulcro de Nadia y, en cierto sentido, su juventud. Estaba muy contento, mucho.

—Cuando la conocí no suponía que tendría un papel tan importante en mi vida.

Respiré aliviada. Ahora estaba segura de no haberlo hecho enfadar, de no haberlo decepcionado.

Luego me dijo algo que me sorprendió mucho. Ya que le había sido de tanta ayuda, ya que me había convertido en una confidente, tenía

una última petición, muy importante, que hacerme.

—Lo he pensado mucho. Me he preguntado si era correcto que la obligara a aceptar tal responsabilidad. Pero, sea como fuere, al final me he decidido a pedírselo. Puede negarse. Si me dice que no, no me lo tomaré a mal, en serio, la comprenderé.

Me di cuenta de que estaba angustiado y que sufría, pero no acababa de decirme lo que quería.

—Sabe que haría cualquier cosa por usted, Max. Por favor, dígamelo, no tenga reparo.

Entonces me lo dijo y me quedé de piedra. No me era posible negarme, pero era una misión muy difícil de cumplir.

Me vi obligada a salir de la habitación porque en ese momento entraron los médicos. Bajé a la cafetería y mientras me tomaba un café con leche medité abrumada en lo que tendría que hacer.

No me fue posible ver a Max esa tarde. Le pregunté a Barbara cómo estaba y no me dio ninguna información, pero entendí lo que pasaba por la expresión de su cara y la mirada desesperanzada de sus ojos. Le quedaba muy poco tiempo. De hecho, esa era la causa de que pudiera verlo tan poco. Ahora lo sedaban la mayor parte del tiempo para aliviar sus dolores.

Al día siguiente quise hacerle una visita, pero no pude. Y al otro ocurrió lo mismo. Cuando al tercero pregunté por teléfono «¿Puedo verlo?», Barbara me contestó:

—Me temo que ya no podrá verlo más. Lo perdimos poco antes del amanecer. Lo siento mucho.

A pesar de que conocía su estado aquello fue como si me hubieran dado un martillazo en la cabeza, me quedé aturdida. Estuve a punto de preguntar «¿Está segura?», pero comprendí la estupidez de la pregunta y guardé silencio.

Me tumbé en la cama, cerré los ojos y recordé paso por paso lo que habíamos vivido juntos, desde que lo conocí hasta ese día. A veces sonreía, otras me poseía la amargura.

A la mañana siguiente me llamó Nancy y me dijo que teníamos que hablar. La invité al hotel y vino esa tarde, después de trabajar. Traía consigo un paquete bastante grande.

Por la voz había pensado que era una muchacha jovencita, pero resultó ser una señora de más de cincuenta años, rubia. En el desierto bar del hotel nos tomamos un whisky, ella solo y yo con hielo. Brindamos por Max. Durante un rato hablamos de él y del funeral, que se celebraría dos días después. Antes de irse, Nancy me dijo:

—El profesor me pidió que le entregara esto. —Y me entregó el paquete que llevaba.

Lo acepté sorprendida. Cuando fui a abrirlo, me lo impidió. Tras

despedirme de ella subí a mi habitación y allí lo abrí con mucha curiosidad. De él salió la funda del violín; el mismo violín que había ido y venido dos veces de Estambul y que Süleyman había tratado de robar, ahora estaba en mis manos.

El profesor había dejado en el interior de la funda un sobre con una carta escritos de su puño y letra. Me asombró ver que el sobre estaba dirigido a Kerem Baltacı. No estaba pegado, así que lo abrí y leí la carta, que empezaba con un «*Dear Kerem*». En ella Max le decía que estaba muy contento de haberlo conocido y que tenía el gran placer de regalarle el violín, que había conservado durante ochenta años. Añadía que le alegraría mucho que «un joven claramente talentoso» como él le diera una nueva vida al instrumento aprendiendo a tocarlo. Firmaba la carta en turco de la siguiente manera:

EL MAYOR ESPÍA,
MAX

Al leerlo reaccioné no sé si sollozando o riéndome.

—Ay, Max. ¡Ay, querido Max!

Vuelvo al presente. Mientras escribo estas líneas bajo el pimentero, el sonido que llega desde la casa me perfora los oídos como una prueba de las torturas a las que Kerem somete al violín de Max.

En Bodrum, donde estamos pasando las vacaciones de verano, le encontramos una profesora de música, una holandesa casada con un hombre de Bodrum y que se instaló aquí. En realidad, Kerem es muy afortunado. Tiene un maravilloso violín antiguo y una muy buena profesora holandesa.

Además, la carta de Max le ha dado una confianza en sí mismo que ni su padre ni yo habíamos podido proporcionarle hiciéramos lo que hiciésemos. Sus gestos y su forma de mirar han cambiado desde que recibió la carta y el regalo. «El mayor espía» le abrió la puerta a unos caminos totalmente distintos en la vida. Dijo que quería estudiar en el conservatorio y empezó a practicar día y noche con el violín aun al precio de mortificar a familiares y vecinos.

Regresemos a Boston. Participé en las ceremonias que se realizaron dos días más tarde, primero en la universidad y después en el crematorio. En el salón de actos de la universidad se pronunciaron discursos muy hermosos sobre Max. Sus colegas subrayaron su importancia científica y sus dotes personales y compartieron recuerdos comunes.

A mí también me llegó el turno. Me habían incluido en el

programa y junto a mi nombre habían escrito «Universidad de Estambul» porque Max no había llegado a enterarse de que me habían despedido. Subí al estrado:

—Han hablado amigos muy próximos del profesor Wagner, honorables académicos. Sobre eso no tengo nada que añadir —comencé. Había escrito el discurso la noche anterior, en el hotel—. Si me disculpan mi imperfecto inglés, me gustaría hablarles brevemente de sus años en Estambul. Nuestro querido profesor volvió a visitar en meses pasados la ciudad en la que pasó los años 1939, 1940 y 1941 y dicha visita me dio la ocasión de conocer una personalidad tan extraordinaria como la suya. También encontré la oportunidad de saber del trabajo llevado a cabo, no sólo por el profesor Wagner, sino también por otros académicos que huyeron de la Alemania nazi y ejercieron en la Universidad de Estambul.

Hablar en un ambiente silencioso te da la sensación de que lo que dices tiene mucha importancia. No sé si sería por eso, pero notaba que la voz me temblaba un poco. Continué sin prestarle mayor atención.

—En la conferencia que pronunció en nuestra universidad y en conversaciones privadas, el profesor Wagner tocó una cuestión muy importante. Contribuyó a los conceptos de «choque de civilizaciones» de Huntington y de «choque de ignorancias» de Edward Said con su tesis del «choque de prejuicios». Porque durante la Segunda Guerra Mundial, con un sufrimiento indecible, había vivido en carne propia la destrucción y el desastre provocados por comunidades que mantienen prejuicios con respecto a otras.

Me callé un momento y pude escuchar el silencio de quienes me escuchaban a mí.

—Al inclinarme respetuosa ante el recuerdo de este gran hombre, me gustaría mencionar a otra persona que, si estuviera él entre nosotros, habría deseado que se rememorara. Su querida esposa Nadia Katharina Wagner. El amor de esta pareja de alemán y judía era un lazo humano mucho más fuerte que cualquier prejuicio del mundo. Que el recuerdo de ambos ilumine nuestro camino.

Al terminar la ceremonia muchas personas que no conocía, altas y bajas, delgadas y gordas, con gafas y sin ellas, rubias y morenas, se me acercaron a felicitarme fervorosamente. Supongo que les maravillaba que una mujer musulmana pudiera hablar así. Porque, de la misma manera que nosotros no diferenciamos entre nigerianos y senegaleses, entre ciudadanos de Mali y de Namibia y nos contentamos con que todos son africanos, de la misma manera que no diferenciamos entre coreanos, chinos y camboyanos y a todos los llamamos orientales, los occidentales no diferencian entre turcos, árabes, iraníes y afganos, a todos nos llaman musulmanes y piensan que participamos de la misma cultura. O bien yo era víctima de mis propios prejuicios y pensaba que

todos los occidentales también tenían prejuicios con respecto a nosotros.

Desde la universidad nos dirigimos al crematorio. Aunque el profesor era católico no quiso una ceremonia religiosa. Éramos unos cincuenta en la sala. Encima de una especie de estrado de mármol estaba escrito el nombre de Isaac Newton. Luego unos hombres de negro trajeron el ataúd y lo colocaron sobre la losa que había en la plataforma. También allí se pronunciaron algunos discursos. Junto al ataúd pusieron gran cantidad de claveles rojos.

Después llegó un momento que no olvidaré mientras viva. Una joven, que luego supe que pertenecía al departamento de música de Harvard, subió al estrado de mármol con su violín y empezó a tocar la *Serenata* compuesta por Maximilian Wagner.

Saqué la diminuta grabadora de mi bolsillo y presioné el botón. Era la primera vez que oía la composición al completo. Cerré los ojos. Ante mí apareció la imagen de Max esforzándose por tocar la obra a la orilla del tormentoso mar de Şile. Era maravillosa. Podía entender la emoción de Nadia. Si escuchando la *Serenata* de Schubert había sufrido tal sacudida en todo su ser, ¿quién sabe qué habría sentido al oír por primera vez aquella obra compuesta para ella? En cuanto la violinista terminó, todos nos quedamos sentados en un respetuoso silencio. Sin aplaudir ni nada parecido.

Luego nos fuimos levantando para presentar nuestros respetos ante el ataúd. Cuando me llegó el turno dejé un clavel en él, incliné la cabeza y dije:

—Adiós, Max. Cumpliré tu último deseo.

La losa se movió y el ataúd de caoba empezó a descender hacia el crematorio. Salí de allí mientras Max se encaminaba hacia las llamas.

Ya no me quedaba nada por hacer en Boston. Como el avión de Frankfurt salía a medianoche, tenía bastante tiempo libre. Fui al hotel y preparé el equipaje. Nancy vino a cenar, tomamos algo ligero en el restaurante del hotel, hablamos de Max e insistió en pagar la cuenta.

Luego me llevó en coche al aeropuerto. Me acompañó hasta los mostradores de facturación. Me entregó el paquete y los documentos que llevaba, me dio las gracias, me estrechó la mano y se fue. Dejé mi maleta en el mostrador. Con la funda del violín en la mano derecha y el paquete que me había dado Nancy en la izquierda, me dirigí a la aduana.

Allí les expliqué la situación. Me llevaron a un departamento especial. Llegó un funcionario de aduanas negro, que me preguntó si el paquete contenía metal o no.

—No, caoba.

—Porque el metal está prohibido —dijo—. ¿Puede abrirlo?

Abrí primero el papel del envoltorio y después la caja de cartón. Saqué la urna rectangular de caoba con las esquinas protegidas por plástico de burbujas. La dejé en la mesa.

La urna tenía a lo largo de la parte superior una elipse azul en la que habían tallado dos palomas blancas. Parecía una obra de arte.

—¿De quién son las cenizas que contiene? —preguntó el funcionario.

—Del profesor Maximilian Wagner, de la Universidad de Harvard.

—¿Adónde lo lleva?

—A Estambul, según su última voluntad.

—¿Es usted familiar suyo?

—No.

—¿Puedo ver su pasaporte?

—Por supuesto.

El funcionario estuvo un rato mirando mi pasaporte.

—Supongo que es usted musulmana.

—Sí.

—¿No es pecado según su religión incinerar a los difuntos?

—Puede, no lo sé pero es posible. En Estambul no hay crematorio.

Era evidente que todo el asunto le parecía muy extraño. Una mujer musulmana que lleva a Estambul las cenizas de un profesor universitario católico de nombre alemán. Posiblemente se le estaba pasando por la cabeza: «El mundo se ha globalizado, de acuerdo, pero esto es demasiado». Con todo, renunció a hacerme más preguntas por mi actitud, seria pero también arisca. Comenzó a realizar los trámites.

—¿Tiene el certificado de defunción?

—Sí, aquí tiene.

Le entregué el sobre amarillo que me había dado Nancy.

—Bien. ¿El certificado internacional de cremación?

—Está todo en el sobre.

Después de estudiar la documentación, controló el violín.

—Muy bien —dijo—. Todo parece correcto. Disculpe si la he molestado con mis preguntas.

—No me ha molestado —contesté—. Pero ¿por qué tenía tanta curiosidad?

—Porque yo también soy musulmán. —Y añadió—: *Alhamdulillah*.

Claramente no dejaría que lo cremaran cuando muriera.

Envolví con cuidado la urna de caoba en el plástico de burbujas, recogí el paquete y fui a la sala de espera.

No encendí el portátil en todo el viaje, no escribí nada. Exceptuando los momentos en que me vi obligada a bajar la mesita para comer, todo el rato llevé en las manos las cenizas de Max. Era

como si sostenerlas asegurara que todos mis recuerdos relacionados con él siguieran vivos. Recordé cada uno de los momentos, desde el minuto en que se presentó en el aeropuerto Atatürk y se quitó el sombrero hasta el último instante. Mientras lo hacía, me poseía una sensación extraña. A pesar de que tenía sus cenizas en mis manos era como si Max estuviera vivo en algún lugar. Hablaba, sonreía, contaba historias. No podía ser él quien estaba en la urna. Tantos conocimientos, tantas experiencias, tanto amor, afecto, dolor, recuerdos, no cabían en esa cajita. Por mucho que mi mente pudiera saber que así era, mi corazón se negaba a aceptarlo.

En Frankfurt no pasé por la aduana porque tomé el avión a Estambul en tránsito directo. Fui a un salón y esperé allí. Max no había vuelto a Alemania desde 1939, pero sus cenizas iban a pasar un par de horas en su antiguo país.

¡Qué curioso! No me había pedido que esparciera sus cenizas en Alemania, en la tumba de sus padres, en el Rin o en su antigua casa de Múnich, que ahora estaría en manos de quién sabe. Su vida había terminado de hecho en aquella diminuta playa del mar Negro y ahora llevaríamos a cabo el tan retrasado funeral.

En la aduana de Estambul nadie me preguntó por el paquete. Tomé un taxi y fui a casa. Coloqué la urna de caoba en medio de la mesa y el violín a su lado. Me di un baño, me tomé una pastilla y me dormí.

Al día siguiente llamé a otro taxi y fui a Şile. Guiando al taxista, logré encontrar el sendero que llevaba a la playa. Al llegar al altozano que la dominaba le pedí que se detuviera. No se distinguía desde donde estábamos, pero yo sabía que al otro lado estaba el mar. Decidí ir a pie. Además, así el taxista se quedaría en la otra parte y no me vería. Quería estar a solas con Max y Nadia.

Era un día muy bonito que no tenía nada que ver con el terrible frío de la vez anterior. El sol brillaba reluciente y el mar estaba tranquilo. Como decían los pescadores locales: «Tan tranquilo que las hormigas bebían agua».

Le dije al taxista que me esperara, cogí la urna y me encaminé hacia la playa. Ni siquiera miré el desagradable Black Sea Motel, que me quedaba a la izquierda. Fui directamente a la orilla. Saqué la grabadora del bolsillo, presioné el botón y la dejé sobre la arena. Empezó a oírse la *Serenata* interpretada por la joven de Harvard. Abrí la tapa de la urna de caoba, prietamente cerrada. Las cenizas apenas llegaban a la mitad. Me maravilló que todo un hombre se convirtiera en aquel pequeño montón de ceniza.

—Adiós, Max —dije, y vacié la urna en el mar Negro.

Con la ligera brisa las cenizas se dispersaron por la espuma blanca que cubría la arena, se humedecieron, se oscurecieron y se fueron hacia el mar con las olas que golpeaban la orilla.

—El profesor va a encontrarse con Nadia —me dije.

Tiré también al mar la caja vacía. Parecía estar llevando a cabo una alegre danza sobre el agua ligeramente ondulada.

Luego me tumbé boca arriba en la arena. Por el cielo azul pasaban unas nubes blancas, ligeras y alegres. A veces también entraban gaviotas en mi campo de visión y desaparecían a toda velocidad. Recordé la carta que Nadia le había escrito a Max. Decía que había mirado al cielo buscando una señal de que todo iría bien. Y había visto una bandada de pájaros.

—En este momento tan importante, ¿veré yo, como Nadia, una señal?

Cerré los ojos y volví a abrirlos pasado un instante. No ocurrió nada.

La *Serenata* se terminó, en los alrededores no se oía nada salvo la suave brisa y el dulce rumor del mar. Se me cerraban los párpados. Entonces volvió a sonar la *Serenata*. Se ve que había dejado la grabadora en modo de reproducción continua.

Creo que me quedé dormida un rato. Cuando abrí los ojos había un hombre plantado ante mí, mirándome. Me incorporé hasta quedarme sentada con esa sensación de haber estado haciendo algo malo que tenemos cuando nos sorprenden durmiendo. Entonces lo reconocí. Era aquel joven extraño de cara y barbilla afiladas del Black Sea Motel.

—Has hecho bien —me dijo.

—¿Qué he hecho bien?

—Has cumplido con tu deber.

—¿Qué?

—Has conseguido que el profesor alcance la paz. Lo has enterrado con Nadia.

—¿Cómo sabes todo eso?

—En realidad, sé mucho más, pero no me decido a contártelo porque no sé cómo te lo tomarás.

La situación era tan extraña que me tenía desconcertada. ¿Cómo era posible que ese muchacho hablara así? ¿Quién era? ¿O se trataba de un agente que la inteligencia había colocado allí con la misión de vigilarme?

—¿Quién eres?

—Si te lo dijera, no me creerías.

—Dilo, de todas formas.

—No, no me creerías y te burlarías.

—¿Por qué?

—Porque tu corazón no está preparado para oírlo.

—Me lo creeré, te prometo que me lo creeré. Dime, ¿quién eres?

Meditó un momento, dudó y por fin me preguntó:

—Pero no te rías, ¿eh?

—Te lo prometo. No me reiré, me lo creeré. Dime, ¿quién eres?

Miró a su alrededor y luego se inclinó hacia mi oído.

—Soy Azrael, el ángel de la muerte —susurró.

Me entraron ganas de reír.

—¿Ves? ¿No te lo dije?

—¿Qué?

—Te has reído.

—No, no me he reído.

—Pero querías reírte.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Ya te lo he dicho, soy Azrael. Lo sé todo, pero sólo le entrego mis secretos a quienes tienen el corazón preparado. Y veo que tú no lo tienes. Si no, te habría contado cosas muy interesantes.

Se dio media vuelta y echó a andar hacia el Black Sea Motel. Lo seguí. Caminaba más rápido que él, prácticamente corría, pero me era imposible alcanzarlo a pesar de su paso lento. La distancia entre nosotros iba aumentando.

Por fin abandoné y me dejé caer de rodillas sobre la arena.

Se detuvo y volvió hasta donde yo estaba.

—¿Sabes?, eres una mujer muy rara. Quizá la mujer más rara del mundo.

—¿Por qué?

—Porque nadie le dice a Azrael que se detenga y no se vaya.

—Pero tú no has venido por mí.

—Tienes razón, no he venido por ti, todavía no se ha cumplido tu tiempo. ¿Por qué me has llamado? ¿Qué quieres?

—Por favor, cuéntamelo. Cuéntamelo todo.

—Tu corazón no está preparado.

—Ahora sí, por favor, cuéntamelo.

Me eché a llorar.

—Mira, estas lágrimas son más convincentes que tus palabras —dijo alegremente—. Al principio, todos se hacen los duros, pero acaban creyendo. ¿Qué otro remedio les queda?

—¡Cuéntame!

—Bueno. En realidad, la muerte de Max debería haber ocurrido el 24 de febrero. Tenía que morir de frío en el Black Sea Motel. Todo estaba listo. Y por eso yo estaba allí presente.

Lo miraba sin saber qué decir. Él también me miró a los ojos un momento y luego continuó:

—Como sabes, Nadia también murió el 24 de febrero. Estar solo en

este mundo en que su esposa no vivía se había vuelto insoportable para Max. Mi trabajo iba a ser muy fácil.

—¿Y?

—Tú frustraste el plan. Al darle calor, lo devolviste a la vida. Su cuerpo, que estaba muriendo, recordó el amor después de años. Y el amor y la muerte son contrarios.

—¿Me estás contando la historia del visir que muere en Samarcanda? ¿El que tenía una cita con la muerte?

—No, yo no cuento nada, las historias las tienes en tu cabeza.

—Espera un momento. Entonces, si tú formas parte de la historia, eso quiere decir que también estás en mi cabeza.

—Ahora lo has comprendido —dijo Azrael—. ¡Tu corazón está listo para narrar historias!

Y se alejó riendo a carcajadas.

Junto a mí comenzó a sonar de nuevo la *Serenata* en la grabadora que había dejado en el suelo. Me levanté, me sacudí la arena y recogí la grabadora. ¿El taxista me estaría esperando todavía? ¿O tendría que ir al Black Sea Motel a pedirle a Azrael que me llamara uno?

Busqué la urna con la mirada, no se la veía por la orilla, debía de haber sido arrastrada mar adentro.

—Adiós, Max; adiós, Nadia —dije.

Decidí narrar todo lo que les había pasado porque sólo existen aquellos cuyas historias se cuentan.

AGRADECIMIENTOS

Mi mayor agradecimiento a Zafer Köse, que tanto me ayudó escribiendo este libro con su creativa labor de editor; a Saadet Özen, Rifat Bali, Yalçın Yelence, Sunay Akın y Savaş Karakaş, cuyos escritos, libros y artículos me han sido de tanta utilidad; a Levent Yüksel, Sadi Tanman y Engin Aygün del GIS; a los investigadores Cihan Akerson, Nebil Özgentürk, Necati Yağcı y Avni Özgürel.

A la editorial Metis y a la de Tübitak, a Fatma Suphi, al profesor Faruk Şen, al profesor Dr. Klaus-Detlev Grothausen, a Fatma Artunkal, a Nick Porcaro y a Nükhet Karabayraktar.

A Selahattin Özpalabıyıklar, que revisó la novela con gran minuciosidad, a Gülgün Çarkoğlu, que compartió la emoción del nacimiento del libro, y a Deniz Yüce Başarır en representación de toda la familia de la editorial Doğan Kitap.

NOTAS

[1] Traducción del griego del P. Bartolomé Pou. (*N. del T.*)

[2] En el año 2001, que es más o menos cuando se sitúa la acción, se produjo una fuerte devaluación de la lira, que venía a añadirse a la hiperinflación existente desde hacía dos décadas. Un euro venía a ser algo más de un millón de liras, llegando a casi dos millones en 2004. En 2005 le quitaron seis ceros a la moneda. (*N. del T.*)

[3] Un embutido similar al chorizo. (*N. del T.*)

[4] *Obszertvo Stracooch Raneiya Eureyev*, «Sociedad para la protección de la población judía». (*N. del T.*)

[5] «Casa de las Ciencias.» (*N. del T.*)

[6] Bebida hecha con yogur, agua y un poco de sal. (*N. del T.*)

[7] Son todos apellidos de las minorías no musulmanas, armenios, rumíes (griegos) y judíos. (*N. del T.*)